

~~SU PIEL ES MORTAL.~~ SU PIEL ES PODER.



DESTRÓZA ME

BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES

TAHEREH MAFI

This document file has been downloaded from Yappe.in

**DESTRÓZA
ME**

~~SU PIEL ES MORTAL.~~ SU PIEL ES PODER.

DESTRÓZA ME

TAHEREH MAFI

Traducción de Xavier Beltrán



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Shatter Me*
Editor original: HarperCollins
Traducción: Xavier Beltrán

1.^a edición: marzo 2022

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2011 by Tahereh Mafi
All Rights Reserved

© de la traducción 2022 by Xavier Beltrán

© 2022 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-19029-26-3

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

*Para mis padres y para mi marido,
porque cuando dije que quería tocar la luna
me disteis la mano, me abrazasteis con fuerza
y me enseñasteis a volar.*

Dos caminos se bifurcaban en un bosque y yo...
escogí el menos transitado de los dos,
y eso marcó la diferencia.

—Robert Frost, «El camino no escogido».

UNO

Llevo encerrada 264 días.

No tengo conmigo más que una libretita y un bolígrafo roto y los números de mi cabeza para hacerme compañía. 1 ventana. 4 paredes. 4 metros cuadrados de espacio. 26 letras de un alfabeto que no he utilizado durante los 264 días de aislamiento.

6.336 horas desde que toqué a otro ser humano por última vez.

—Tendrás un compañero de celda de habitación —me dijeron.

—~~Esperamos que te pudras aquí~~ Porque te has comportado muy bien —me dijeron.

—~~Un chiflado como tú~~ Se acabó el aislamiento —me dijeron.

Son los secuaces del Restablecimiento. La iniciativa que, en teoría, debía ayudar a nuestra sociedad moribunda. La misma gente que me sacó de la casa de mis padres y me encerró en un manicomio por alguna razón que soy incapaz de comprender. A nadie le importa que no supiera lo que podía hacer. Que no supiera lo que hacía.

No tengo ni idea de dónde estoy.

Lo único que sé es que me trajo alguien dentro de una furgoneta blanca que tardó 6 horas y 37 minutos en llegar hasta aquí. Sé que me esposaron al asiento. Sé que me ataron a la silla. ~~Sé que mis padres no se molestaron en despedirse de mí.~~ Sé que no lloré cuando me alejaron de mi familia.

Sé que el cielo se oscurece todas las noches.

El sol se hunde en el océano y proyecta tonalidades marrones y rojas y amarillas y naranjas sobre el mundo que se alza al otro lado de mi ventana. Un millón de hojas de cientos de ramas diferentes se zambullen en el viento y aletean con la falsa promesa de volar. Las ráfagas impulsan sus marchitas alas tan solo para obligarlas a caer, olvidadas, abandonadas, para que las pisoteen los soldados que se encuentran justo debajo.

Ya no hay tantos árboles como antes, o eso dicen los científicos. Dicen que nuestro mundo era verde. Que nuestras nubes eran blancas. Que nuestro sol siempre brillaba en su justa medida. Pero mis recuerdos de ese mundo son muy vagos. No recuerdo demasiadas cosas de esa época. La única existencia que conozco ahora es la que me han proporcionado. Un eco del pasado.

Apoyo la palma de la mano en el pequeño cristal de la ventana y noto cómo el frío rodea mi mano en un abrazo que me resulta familiar. Los dos estamos solos, los dos existimos como la ausencia de otra cosa.

Agarro mi bolígrafo, ya casi inservible, con la poquísima tinta que le queda y que he aprendido a racionar a diario, y lo observo. Cambio de opinión. Abandono el esfuerzo que supone escribir. Tener un compañero de celda puede estar bien. Hablar con un ser humano de carne y hueso quizá facilite las cosas. Practico la voz dando forma con los labios a las palabras conocidas, desconocidas para mi boca. Practico durante todo el día.

Me sorprendo al recordar cómo hablar.

Enrollo la libretita hasta formar un tubo y la meto en un agujero de la pared. Me incorporo en los muelles cubiertos de tela en los que me obligan a dormir. Espero. Me balanceo adelante y atrás, y espero.

Espero demasiado y me quedo dormida.



Mis ojos se abren y se encuentran con 2 ojos 2 labios 2 orejas 2 cejas.

Ahogo un grito y la necesidad de soltar el terror paralizante que aferra mis extremidades.

—Eres un-un-un...

—Y tú eres una chica. —Arquea una ceja. Se aparta de mí. Hace una mueca, pero no sonrío, y yo estoy a punto de echarme a llorar; mis ojos, desesperados, aterrorizados, se dirigen a la puerta, que he intentado abrir tantas veces que ya he perdido la cuenta. Me han encerrado con un chico. Con un chico.

Dios santo.

Intentan matarme.

Lo han hecho a propósito.

Para torturarme, para atormentarme, para que no vuelva a conciliar el sueño por la noche. Tiene los brazos tatuados desde el hombro hasta el codo. En la ceja le falta el pendiente que deben de haberle confiscado. Ojos azul oscuro pelo castaño oscuro mandíbula afilada compleción fuerte y esbelta. Guapísimo. Peligroso. Aterrador. Horrible.

Se ríe y me caigo de la cama y me escabullo hacia un rincón.

Sopesa la minúscula almohada de la segunda cama, que esta mañana han metido en una zona vacía de la celda, el delgado colchón y la manta andrajosa, que a duras penas cubriría la mitad superior de su cuerpo. Echa un vistazo hacia mi cama. Echa un vistazo hacia la suya.

Las une con el movimiento de una sola mano. Empuja con el pie las dos estructuras metálicas hacia su lado de la habitación. Se tumba sobre los dos colchones y agarra mi almohada para ahuecársela debajo del cuello. Empiezo a temblar.

Me muerdo el labio y procuro esconderme en el oscuro rincón.

Me ha robado la cama la manta la almohada.

Solamente me queda el suelo.

Solamente me quedará el suelo.

No me defenderé nunca porque estoy demasiado petrificada paralizada paranoica.

—Oye, una cosa: a ti... ¿qué te pasa? ¿Estás loca? ¿Por eso estás aquí?

No estoy loca.

Se incorpora lo necesario para verme la cara. Se ríe de nuevo.

—No voy a hacerte daño.

Me gustaría creerlo. No lo creo.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta.

A ti qué te importa. ¿Cómo te llamas tú?

Oigo sus irritantes exhalaciones al respirar. Lo oigo darse la vuelta en la cama que en parte había sido mía. Me paso toda la noche en vela. Me llevo las rodillas hasta la barbilla, me rodeo fuerte el

cuerpecito con los brazos; mi larga cabellera castaña es la única cortina que nos separa.

No pienso dormir.

No puedo dormir.

No puedo volver a oír esos gritos.

DOS

Huele a lluvia matutina.

El ambiente de la celda está cargado con el olor a piedra mojada, a tierra removida; el aire huele húmedo y terroso. Respiro hondo y voy de puntillas hacia la ventana para apoyar la nariz en la fría superficie. Veo que mi aliento empaña el cristal. Cierro los ojos para oír, en medio del viento, el suave tamborileo de la lluvia. Las gotas de lluvia son lo único que me recuerda que las nubes tienen un corazón que late. Y que yo también.

Siempre he sentido curiosidad por las gotas de lluvia.

Me pregunto por qué siempre caen, tropezando con sus propios pies, partiéndose las piernas y olvidando los paracaídas al arrojarse directamente desde el cielo hacia un final incierto. Es como si alguien vaciara los bolsillos sobre la tierra y le tuviera sin cuidado dónde cae el contenido, le tuviera sin cuidado que las gotas estallan cuando golpean el suelo, que se hacen añicos al chocar con el suelo, que la gente maldice los días en que las gotas se atreven a llamar a su puerta.

Soy una gota de lluvia.

~~Mis padres me vaciaron de sus bolsillos y dejaron que me evaporara sobre una losa de hormigón.~~

La ventana me informa que no estamos lejos de las montañas y, sin duda alguna, estamos cerca del agua, aunque hoy en día todo está cerca del agua. Lo que no sé es de qué lado estamos. Hacia qué dirección miramos. Entorno los ojos hacia la luz matutina. Alguien ha recogido el sol y lo ha vuelto a clavar en el cielo con alfileres, pero cada día cuelga un poco más abajo que el anterior. Es como un padre descuidado que solo conoce la mitad de tu ser. Nunca se entera de que su ausencia cambia a las personas. De cuán diferentes somos en la oscuridad.

De repente, un crujido indica que mi compañero de celda está despierto.

Me doy la vuelta como si me hubieran vuelto a pillar robando comida. Solo fue una vez y mis padres no me creyeron cuando les dije que no era para mí. Les dije que solo intentaba salvar a los gatos callejeros que vivían a la vuelta de la esquina, pero no creyeron que fuera tan humana como para preocuparme por un gato. Yo no. No algo alguien como yo. Pero, bueno, nunca creían nada de lo que les decía. Ese es precisamente el motivo por el que estoy aquí.

Mi compañero de celda está observándome.

Ha dormido vestido por completo. Lleva una camiseta azul marino y unos pantalones de color caqui metidos en unas botas negras hasta las rodillas.

Yo llevo algodón muerto en las extremidades y rubor de rosas en la cara.

Sus ojos examinan la silueta de mi cuerpo, y la lentitud con que me contempla hace que se me acelere el corazón. Recojo los pétalos de rosa conforme caen de mis mejillas, conforme flotan alrededor de mi cuerpo, mientras me cubren con algo que parece ser falta de valentía.

Deja de mirarme, quiero decirle.

Deja de tocarme con los ojos y mantén las manos a los lados y por favor por favor por favor...

—¿Cómo te llamas? —Ladea la cabeza de tal manera que parte la gravedad en dos.

Estoy suspendida en el momento. Parpadeo y me obligo a aguantar la respiración.

Se mueve y mis ojos se rompen en miles de pedazos que rebotan por la habitación, capturando un millón de imágenes, un millón de momentos a la vez. Instantáneas parpadeantes que desaparecen con el tiempo, pensamientos congelados que flotan precariamente sobre el espacio muerto, un torbellino de recuerdos que me desgarran el alma. ~~Me recuerda a alguien a quien conocí.~~

Una inspiración cortante y vuelvo a la realidad, a mi pesar.

~~Se acabó el soñar despierta.~~

—¿Por qué estás aquí? —les pregunto a las grietas de la pared de hormigón. 14 grietas en 4 paredes mil tonalidades de gris. El suelo, el techo: todo un mismo bloque de piedra. Las estructuras de la cama patéticamente construidas: hechas con antiguas tuberías de agua. El pequeño rectángulo de la ventana: demasiado grueso para romperlo. Mi esperanza se ha evaporado. Mis ojos están desenfocados, y me duelen. Trazo con el dedo un lento caminito en el frío suelo.

Estoy sentada en la zona del suelo que huele a hielo y a metal y a suciedad. Mi compañero de celda se sienta delante de mí con las piernas dobladas y con unas botas que brillan demasiado para este lugar.

—Creo que me tienes miedo. —Su voz no tiene forma alguna.

Mis dedos consiguen formar un puño.

—Creo que te equivocas.

Quizás esté mintiendo, pero no es asunto de él.

Resopla y el ruido hace eco en el aire mortecino que nos separa. No levanto la cabeza. No miro a esos ojos que me fulminan con la mirada. Pruebo el oxígeno rancio y agotado, y suspiro. En mi garganta se ha atascado algo que me resulta familiar, algo que he aprendido a tragar.

2 golpes en la puerta sorprenden a mis emociones y las devuelven a su lugar.

Él se levanta de inmediato.

—No hay nadie —le aviso—. Es solo el desayuno. —264 desayunos y aún no sé con qué están hechos. HueLEN a demasiados productos químicos; es una masa amorfa que siempre sirven *in extremis*. A veces muy dulce, a veces muy salada, siempre repugnante. La mayoría de las veces estoy tan hambrienta que no noto la diferencia.

Lo oigo dudar solo unos instantes antes de dirigirse hacia la puerta. La abre solo ligeramente y observa un mundo que ya no existe.

—¡Mierda! —Casi tira la bandeja por la ranura, deteniéndose solo para golpearse la camiseta con la palma de la mano—. Mierda, mierda. —Flexiona los dedos para formar un puño y aprieta la

mandíbula. Se ha quemado la mano. Le habría avisado si me hubiera escuchado.

—Antes de tocar la bandeja, tienes que esperar como mínimo tres minutos —le digo a la pared. No miro las débiles cicatrices que adornan mis pequeñas manos, las marcas de quemaduras que nadie pudo enseñarme a evitar—. Creo que lo hacen a propósito —añado en voz baja.

—Anda, conque ¿hoy me hablas? —Está enfadado. Parpadea antes de mirar hacia otro lado y me doy cuenta de que está más avergonzado que otra cosa. Es un tío duro. Demasiado duro como para cometer errores ridículos delante de una chica. Demasiado duro como para mostrar dolor.

Aprieto los labios y miro por el pequeño rectángulo de cristal al que llaman «ventana». No quedan demasiados animales, pero he oído historias sobre pájaros que vuelan. Quizá algún día consiga ver uno. Hoy por hoy las historias se mezclan de forma tan alocada que hay poco en lo que creer, pero he oído a más de una persona decir que en los últimos años ha visto volar un pájaro. Así pues, miro por la ventana.

Hoy veré un pájaro. Será blanco, con manchas doradas, como si llevara una corona en la cabeza. Volará. Hoy veré un pájaro. Será blanco, con manchas doradas, como si llevara una corona en la cabeza. Volará. Hoy veré un...

Su mano.

Sobre mí.

2 yemas

de 2 dedos rozan mi hombro cubierto de tela durante menos de un segundo y todos los músculos, todos los tendones de mi cuerpo, están cargados de tensión y atados a nudos que contraen mi columna. Me quedo muy quieta. No me muevo. No respiro. Si no me muevo, quizá este sentimiento dure para siempre.

~~Nadie me ha tocado en 264 días.~~

A veces pienso que la soledad que llevo dentro de mí estallará a través de mi piel, y a veces no estoy segura de que llorar o gritar o reír de histeria vaya a solucionar nada. A veces estoy tan

desesperada por tocar o por que me toquen, por sentir algo, que estoy casi segura de que me caeré por un precipicio en un universo paralelo donde nadie podrá encontrarme jamás.

No parece imposible.

Llevo años gritando y nadie me ha oído.

—¿No tienes hambre? —Su voz es más baja ahora, suena un poco preocupado.

~~Llevo 264 días muerta de hambre.~~

—No. —Esa palabra es poco más que un suspiro entrecortado que se escapa de mis labios, y me doy la vuelta y no debería pero lo hago y él está mirándome. Analizándome. Sus labios apenas están entreabiertos, sus piernas tiemblan ligeramente, sus pestañas parpadean confundidas.

Algo me golpea en el estómago.

Sus ojos. Hay algo en sus ojos.

No es él no es él no es él no es él.

Cierro la puerta al mundo exterior. Con llave. Aprieto la llave con firmeza.

La oscuridad me entierra entre sus pliegues.

—Oye...

Abro los ojos de golpe. 2 ventanas destrozadas me llenan la boca de cristal.

—¿Qué pasa? —Su voz es un intento de monotonía fallido, un intento de apatía ansioso.

Nada.

Me concentro en el cuadrado transparente que me separa de mi libertad. Quiero destrozarme este mundo de hormigón y que permanezca en el olvido. Quiero ser más grande, más fuerte, mejor.

Quiero estar enfadada enfadada enfadada.

Quiero ser el pájaro que echa a volar.

—¿Qué escribes? —vuelve a hablar mi compañero de celda.

~~Estas palabras son vómitos.~~

~~Este bolígrafo tembloroso es mi esófago.~~

~~Esta hoja de papel es mi bol de porcelana.~~

—¿Por qué no me contestas? —Está demasiado cerca demasiado

cerca demasiado cerca.

Nadie está nunca lo bastante cerca.

Trago saliva y espero a que se aleje, como han hecho todos en mi vida. Concentro la mirada en la ventana y en la promesa de lo que podría ser. La promesa de algo mayor, de algo mejor, alguna razón para la locura que nace en mis huesos, algo que explique mi incapacidad de hacer algo sin estropearlo todo. Veré un pájaro. Será blanco, con manchas doradas, como una corona en la cabeza. Volará. Veré un pájaro. Será...

—Oye...

—No puedes tocarme —susurro. *Miento*, es lo que no le digo. *Puede tocarme*, es lo que nunca le diré. *Por favor, tócame*, es lo que quiero decirle.

Pero cuando la gente me toca ocurren cosas. Cosas extrañas. Cosas malas.

Cosas muertas.

No recuerdo la calidez de ningún abrazo. Me duelen los brazos por el irremediable hielo del aislamiento. Ni siquiera mi propia madre pudo sostenerme en brazos. Ni siquiera mi padre pudo calentar mis manos congeladas. Vivo en un mundo vacío.

Hola.

Mundo.

Me olvidarás.



Toc, toc.

Mi compañero de celda se pone en pie.

Es hora de ducharse.

TRES

La puerta se abre hacia un abismo.

Al otro lado no hay color, ni luz, ni promesa alguna, salvo el horror. No hay palabras. No hay indicaciones. Solo una puerta abierta que siempre significa lo mismo.

Mi compañero de celda tiene preguntas.

—¿Qué pasa? —Su mirada va desde mí hasta el espejismo de una vía de escape—. ¿Nos dejan salir?

—Es hora de ducharse. —~~Nunca nos dejarán salir.~~

—¿De ducharse? —Su voz pierde entonación, pero sigue teñida de curiosidad.

—No tenemos mucho tiempo —le digo—. Hay que darse prisa.

—Un momento, ¿cómo? —Extiende el brazo hacia mí, pero me aparto—. Pero no hay luz... Ni siquiera vemos adónde vamos...

—Rápido. —Fijo la vista en el suelo—. Agarra el borde de mi camiseta.

—¿De qué estás hablando...?

A lo lejos suena una alarma. Un zumbido se acerca por momentos. Enseguida la celda entera vibra ante el aviso y la puerta se va deslizando hacia su posición. Agarro su camiseta y tiro de él hacia mí en la oscuridad.

—No. Digas. Nada.

—Pe...

—Nada —le siseo. Tiro de su camiseta y le ordeno que me siga mientras adivino el camino en el laberinto del manicomio. ~~Es un hogar, un centro para jóvenes con problemas, para niños abandonados de familias desestructuradas, un hogar seguro para los perturbados mentales.~~ Es una cárcel. No nos dan comida y nuestros ojos nunca ven a los demás salvo cuando los escasos destellos de luz se filtran a través de las grietas de cristal que simulan ser ventanas.

Gritos y sollozos, lamentos y gemidos tormentosos perforan la noche; sonidos de carne y huesos que se rompen por la fuerza o por propia voluntad, nunca lo sabré. Pasé los 3 primeros meses acompañada de mi propio hedor. Nadie me explicó dónde estaban los baños ni las duchas. Nadie me explicó cómo funcionaba el sistema. Nadie habla contigo salvo para darte malas noticias. Nadie te toca jamás. Los chicos y las chicas no se encuentran nunca.

Nunca, excepto ayer.

No puede ser una coincidencia.

Mis ojos empiezan a ajustarse de nuevo al manto artificial de la noche. Mis dedos palpan el camino a través de los ásperos pasillos, y mi compañero de celda no dice nada. Casi estoy orgullosa de él. Es aproximadamente un palmo más alto que yo, su cuerpo es duro y sólido, con los músculos y la fuerza propios de alguien de mi edad. El mundo todavía no lo ha destruido. Cuánta libertad hay en la ignorancia.

—¿Qué...?

Tiro de su camiseta un poco más fuerte para que deje de hablar. Aún no hemos terminado de recorrer los pasillos. Curiosamente, me da la sensación de que soy la protectora de este chico, alguien que con toda probabilidad podría destrozarme con 2 dedos. No se da cuenta de que su ignorancia lo vuelve vulnerable. No se da cuenta de que pueden matarlo sin motivo alguno.

He decidido no tenerle miedo. He decidido que sus acciones son, de hecho, más inmaduras que amenazadoras. ~~Me resulta muy familiar muy familiar muy familiar.~~ Conocí a un chico con los mismos ojos azules y mis recuerdos no me permiten odiarlo.

Quizá me gustaría tener un amigo.

Casi 2 metros más y la pared pasa de áspera a suave, y entonces giramos a la derecha. 2 palmos de vacío hasta llegar a una puerta de madera con el pomo roto y un montón de astillas. 3 segundos para

asegurarme de que estamos solos. 1 paso adelante para llegar al borde de la puerta interior. 1 suave crujido y la abertura se ensancha para revelar un espacio que tan solo veo en mi imaginación.

—Por aquí —susurro.

Tiro de él hacia la hilera de duchas y por el suelo busco pedazos de jabón atrapados en el desagüe. Encuentro 2 trozos, uno el doble de grande que el otro.

—Abre la mano —le digo a la oscuridad—. Resbala mucho. Pero que no se te caiga. No hay mucho jabón y hoy hemos tenido suerte.

Se queda callado unos segundos y empiezo a preocuparme.

—¿Sigues ahí? —Me pregunto si era una trampa. Si era el plan de alguien. Si tal vez lo mandaron para matarme al amparo de la oscuridad de este pequeño espacio. En realidad, nunca he sabido qué iban a hacer conmigo en el manicomio, nunca he sabido si creían que bastaría con encerrarme, pero siempre he pensado que quizá me matarían. Siempre me ha parecido una opción viable.

No puedo decir que no lo merezca.

Pero estoy aquí por algo que nunca quise hacer y, por lo visto, a nadie le importa que fuera un accidente.

~~Mis padres nunca intentaron ayudarme.~~

No oigo que ninguna ducha esté abierta, y mi corazón se detiene. Esta habitación en concreto casi nunca se llena, pero por lo general hay más gente, aunque sea 1 o 2 personas más. He llegado a la conclusión de que los residentes del manicomio o bien están locos de verdad y son incapaces de encontrar el camino hacia las duchas, o bien simplemente no les importa.

Trago saliva.

—¿Cómo te llamas? —Su voz quiebra el aire y mi conciencia en un solo movimiento. Noto que respira mucho más cerca que antes. Mi corazón se acelera y no sé por qué, pero no puedo controlarlo—. ¿Por qué no me dices cómo te llamas?

—¿Tienes la mano abierta? —le pregunto con la boca seca y la voz ronca.

Se mueve hacia delante y casi me da miedo incluso respirar. Roza con los dedos la tela almidonada de la única ropa que poseo y

procuro soltar el aire. Mientras no toque mi piel. Mientras no toque mi piel. Mientras no toque mi piel. Al parecer, ese es el secreto.

He lavado tantas veces mi fina camiseta con el agua dura de este edificio que sobre mi piel parece un saco de arpillera. Dejo caer el pedazo más grande de jabón sobre su mano y avanzo de puntillas hacia atrás.

—Voy a abrirte la ducha —le explico, desesperada por no levantar la voz para que los demás no puedan oírme.

—¿Qué hago con la ropa? —Su cuerpo sigue demasiado cerca del mío.

Parpadeo 1.000 veces en la oscuridad.

—Te la tienes que quitar.

Suelta lo que se asemeja mucho a una risa divertida.

—No, ya lo sé. Quiero decir que qué hago con la ropa mientras me ducho.

—Intenta que no se moje.

Respira hondo.

—¿Cuánto rato tenemos?

—Dos minutos.

—Dios, ¿por qué no me lo has dicho...?

Acciono su ducha al mismo tiempo que la mía y sus quejas se ahogan bajo los orificios rotos de los grifos, que apenas funcionan.

Mis movimientos son mecánicos. Lo he hecho tantas veces que ya he memorizado los gestos más eficientes para lavarme, enjuagarme y racionar el jabón para el cuerpo y el pelo. No hay toallas, así que el truco está en no mojarse demasiado ninguna parte del cuerpo. De lo contrario, no te secarás debidamente y te pasarás la siguiente semana a punto de morir de neumonía. Que me lo digan a mí.

En exactamente 90 segundos ya me he escurrido el pelo y vuelvo a ponerme la ropa harapienta. Mis zapatillas son lo único que tengo que se conserva en bastante buen estado. No andamos demasiado por aquí.

Mi compañero de celda me imita casi de inmediato. Me alegro de que aprenda rápido.

—Agárrate al borde de mi camiseta —le ordeno—. Hay que darse

prisa.

Sus dedos rozan la parte baja de mi espalda durante un breve instante y tengo que mordirme el labio para sofocar la intensidad. Por poco me quedo inmóvil. Nadie pone jamás las manos cerca de mi cuerpo.

Debo avanzar deprisa para que sus dedos se alejen. Él tropieza para alcanzarme.

Cuando por fin estamos atrapados entre las 4 paredes familiares y claustrofóbicas, mi compañero de celda no deja de mirarme.

Me hago un ovillo en un rincón. Aún tiene mi cama, mi manta, mi almohada. Lo perdono por su ignorancia, pero tal vez aún es demasiado pronto para que seamos amigos. Tal vez me he precipitado al ayudarlo. Tal vez solo está aquí para que me sienta muy triste. Pero me pondré enferma si no entro en calor. Tengo el pelo demasiado mojado y la manta con la que normalmente lo envuelvo sigue en su lado de la habitación. Quizá todavía le tengo miedo.

Respiro con demasiada brusquedad, miro rápidamente la tenue luz del día. Mi compañero de celda me cubre los hombros con 2 mantas.

1 mía.

1 suya.

—Siento ser tan imbécil —le susurra a la pared. No me toca y estoy decepcionada contenta de que no lo haga. ~~Ojalá me hubiera tocado.~~ No debería tocarme. Nadie debería tocarme—. Soy Adam —me dice lentamente. Se aleja de mí hasta dejar cierto vacío en la habitación. Con una mano empuja la estructura de mi cama hacia mi lado de la celda.

Adam.

Qué nombre tan bonito. Mi compañero de celda tiene un nombre bonito.

Es un nombre que siempre me ha gustado, pero no recuerdo por qué.

No pierdo ni un segundo y me subo sobre el colchón, cuyos

muelles apenas están ocultos, y estoy tan cansada que casi no noto las espirales de metal que amenazan con perforarme la piel. Hace más de 24 horas que no duermo. *Adam es un nombre bonito* es lo único que pienso antes de que el agotamiento paralice mi cuerpo.

esfuerzo. Me ciño las mantas al cuerpo y entonces me doy cuenta de que le he robado la única manera de entrar en calor. No se me había ocurrido que él tal vez tuviera tanto frío como yo. Estoy tiritando, pero su cuerpo parece impertérrito en la noche; su silueta adopta una forma firme contra el fondo negro. No sé qué decir. No hay nada que decir.

—Veo que aquí no dejan nunca de gritar, ¿verdad?

~~Los gritos son solo el principio.~~

—No —murmuro casi sin voz. Me ruborizo ligeramente y me alegro de que sea demasiado oscuro como para que él lo vea. Seguro que ha oído mis gritos.

A veces desearía no tener que dormir. A veces creo que, si me quedo muy muy quieta, si no me muevo en absoluto, la situación será diferente. Creo que, si puedo congelarme, podré congelar mi dolor. A veces no me muevo durante horas. No me muevo lo más mínimo.

Si el tiempo se detiene, no me pasará nada.

—¿Estás bien? —La voz de Adam suena preocupada. Observo sus puños cerrados a los lados, su ceño fruncido, la tensión de su mandíbula. La persona que me robó la cama y la manta es la misma que esta noche se ha quedado sin ellas. Tan arrogante y despreocupado hace pocas horas, tan precavido y callado ahora. Me asusta que este lugar lo haya destrozado tan rápido. Me pregunto qué habrá oído mientras yo dormía.

Me gustaría poder ahorrarle el sufrimiento.

Algo se hace añicos; en la distancia se oye un lamento tormentoso. Las habitaciones están enterradas en el hormigón, las paredes son más gruesas que los suelos y los techos juntos para evitar que los sonidos escapen demasiado lejos. Si oigo gritos agónicos, es que debe de ser insoportable. Todas las noches hay ruidos que dejo de oír. Todas las noches me pregunto si seré la siguiente.

—No estás loca.

Levanto la vista. Tiene la cabeza ladeada, los ojos fijos y cristalinos a pesar de la mortaja que nos rodea. Respira hondo.

—Pensaba que aquí todos estabais locos —continúa diciendo—.

Pensaba que me habían encerrado con una chiflada.

Inspiro una bocanada de oxígeno.

—Qué curioso. Yo también.

1

2

3 segundos pasan.

Esboza una sonrisa tan amplia, tan divertida, tan refrescante y sincera, que es como el estallido de un trueno por mi cuerpo. Algo me escuece los ojos y me rompe las rodillas. Hace 265 días que no veo una sonrisa.

Adam está en pie.

Le ofrezco su manta.

La acepta solo para apretarla con mayor firmeza alrededor de mi cuerpo, y de repente algo me constriñe el pecho. Mis pulmones están atravesados y ensartados, y justo cuando decido no moverme durante una eternidad, él toma la palabra.

—¿Qué pasa?

~~Mis padres dejaron de tocarme cuando aprendí a gatear. Los profesores me hacían estudiar sola para que no hiciera daño a los demás niños. Nunca he tenido amigos. Nunca he experimentado el cariño del abrazo de una madre. Nunca he sentido la ternura del beso de un padre. No estoy loca.~~

—Nada.

5 segundos más.

—¿Puedo sentarme a tu lado?

~~Sería fantástico.~~

—No. —Vuelvo a mirar fijamente hacia la pared.

Adam tensa y relaja la mandíbula. Se pasa una mano por el pelo y por primera vez me doy cuenta de que no lleva camiseta. Esta habitación es tan oscura que solo atisbo las curvas y el contorno de su silueta; a la luna solamente le permiten una ventanita para iluminar la celda, pero observo cómo los músculos de sus brazos se contraen con cada movimiento, y de pronto estoy ardiendo. Las llamas lamen mi piel y una explosión de calor me desgarran el estómago. Cada centímetro de su cuerpo rebosa de poder, cada

superficie está iluminada de alguna forma en la oscuridad. No he visto nada como él en 17 años. No he hablado con un chico de mi edad en 17 años. Porque soy un monstruo.

Cierro los ojos hasta que mis párpados parecen estar cosidos entre sí.

Oigo el crujido de su cama, el gemido de los muelles cuando se incorpora y se sienta. Me descoso los ojos y examino el suelo.

—Te debes de estar helando.

—No. —Un suspiro fuerte—. En realidad, estoy ardiendo.

Me pongo en pie tan rápido que las mantas caen al suelo.

—¿Estás enfermo? —Mis ojos recorren su rostro en busca de signos de fiebre, pero no me atrevo a acercarme ni un poco—. ¿Estás mareado? ¿Te duelen las articulaciones? —Procuro recordar mis propios síntomas. Me encadenaron a la cama durante 1 semana. No podía hacer más que gatear hacia la puerta y caer de bruces sobre la comida. No sé ni cómo sobreviví.

—¿Cómo te llamas?

Ya me ha preguntado lo mismo 3 veces.

—Quizá estés enfermo. —Es lo único que puedo decirle.

—No estoy enfermo. Solo tengo calor. No suelo dormir con ropa.

En mi estómago se encienden varias mariposas. Una humillación inexplicable me abrasa la carne. No sé hacia dónde mirar.

Él respira hondo.

—Ayer me comporté como un capullo. Te traté como una mierda, y lo siento. No debería haberlo hecho.

Me atrevo a mirarlo a los ojos.

Tiene los ojos de la tonalidad exacta del cobalto, azules como un moratón que florece, cristalinos y profundos y decididos. Tiene la mandíbula afilada y los rasgos tallados en una expresión de prudencia. Lleva toda la noche pensando en eso.

—Vale.

—Entonces, ¿por qué no me dices cómo te llamas? —Se inclina hacia delante y me quedo helada.

Me descongelo.

Me derrito.

—Juliette —susurro—. Me llamo Juliette.

Suaviza los labios formando una sonrisa que parte en dos mi columna vertebral. Repite mi nombre como si la palabra le hiciera gracia. Como si lo entretuviera. Como si lo deleitara.

~~Nadie ha pronunciado mi nombre así en 17 años.~~

CINCO

No sé cuándo empezó.

No sé por qué empezó.

No sé nada sobre nada salvo por los gritos.

Los gritos de mi madre al darse cuenta de que ya no podía volver a tocarme. Los gritos de mi padre al darse cuenta de lo que yo le había hecho a mi madre. Los gritos de mis padres al encerrarme en mi habitación y decirme que debería darles las gracias. Por la comida. Por el trato humano a ese ser que no podía ser su hija. Por la regla que usaban para medir la distancia que necesitaba para mantenerme alejada.

Les arruiné la vida, eso fue lo que me dijeron.

Les robé la felicidad. Destruí la esperanza de mi madre de volver a tener hijos.

*¿Acaso no me daba cuenta de lo que había hecho?, me preguntaron.
¿Acaso no veía que lo había echado todo a perder?*

Me esforcé por arreglar lo que había echado a perder. Cada día intenté ser lo que ellos querían que fuera. Siempre intentaba ser mejor, pero nunca supe exactamente cómo.

Solo ahora sé que los científicos están equivocados.

El mundo es plano.

Lo sé porque me empujaron por el borde y he tratado de aguantar durante 17 años. Llevo 17 años intentando volver a subir, pero es casi imposible vencer la gravedad si nadie está dispuesto a tenderte una mano.

Si nadie quiere arriesgarse a tocarte.



Hoy nieva.

El hormigón está helado y más rígido de lo habitual, pero prefiero

estas gélidas temperaturas a la humedad asfixiante de los días de verano. El verano es una olla de cocción lenta que hace que todas las cosas del mundo hiervan a la vez. Te promete un millón de adjetivos alegres para acabar cubriéndote la nariz a la hora de cenar con el hedor de las aguas residuales. Odio el calor y la masa pegajosa y sudorosa que causa. Odio el lánguido hastío de un sol que está demasiado preocupado por sí mismo como para reparar en la infinidad de horas que pasamos ante su presencia. El sol es arrogante, siempre deja atrás el mundo cuando se cansa de nosotros.

La luna es una compañera fiel.

Nunca nos abandona. Siempre está ahí, observadora, inalterable; nos conoce en nuestros momentos de luz y de oscuridad, cambia para siempre igual que nosotros. Cada día ofrece una versión distinta de sí misma. A veces es débil y pálida; a veces, llena y radiante. La luna entiende qué significa ser humano.

Incierta. Sola. Llena de cráteres por sus imperfecciones.

Miro por la ventana durante tanto tiempo que me olvido de mí misma. Extiendo la mano para capturar un copo de nieve y cierro el puño en el aire helado. Vacío.

Me gustaría atravesar la ventana con el puño que tengo pegado a la muñeca.

Para sentir algo.

Para sentirme humana.



—¿Qué hora es?

Mis párpados aletean durante unos instantes. La voz de mi compañero de celda me devuelve a un mundo que intento olvidar.

—No lo sé —le digo. No tengo la menor idea de qué hora es. No sé qué día de la semana es, en qué mes estamos, ni siquiera si en teoría estamos en una estación en particular.

De hecho, ya no hay estaciones.

Los animales se están muriendo, los pájaros no vuelan, las cosechas son difíciles de conseguir, las flores casi no existen. No

puedes confiar en el clima. A veces en los días de invierno llegamos a más de 33 grados. Otras veces nieva sin razón alguna. Ya no podemos cultivar suficiente comida, ya no podemos mantener la suficiente vegetación para alimentar a los animales y no podemos darle a la gente el alimento que necesita. La población se moría a un ritmo alarmante antes de que el Restablecimiento tomara las riendas y nos prometiera una solución. Los animales estaban tan desesperados por conseguir comida que no dudaban en comer cualquier cosa, y la gente estaba tan desesperada por conseguir comida que no dudaba en comer animales envenenados. Al intentar mantenernos con vida, nos estábamos matando. El clima, las plantas, los animales y la supervivencia de los seres humanos están intrínsecamente relacionados. Los elementos naturales estaban en guerra entre sí porque abusamos de nuestro ecosistema. Abusamos de la atmósfera. Abusamos de los animales. Abusamos del prójimo.

El Restablecimiento nos prometió que arreglaría la situación. Pero, a pesar de que la salud de las personas ha mejorado un poco con el nuevo régimen, hay más gente que ha muerto a punta de pistola que por tener el estómago vacío. La situación cada vez va a peor.

—¿Juliette?

Levanto la cabeza.

Sus ojos me analizan con preocupación y cautela.

Aparto la mirada.

Se aclara la garganta.

—Entonces... Mmm, ¿solo nos dan de comer una vez al día?

Su pregunta hace que los dos miremos hacia la pequeña ranura de la puerta.

Me llevo las rodillas hasta el pecho y mantengo el equilibrio sobre el colchón. Si me quedo muy muy quieta, casi soy capaz de ignorar el metal que se clava en mi piel.

—No hay régimen de comidas —le digo. Trazo un nuevo camino con el dedo en el áspero tejido de la manta—. Normalmente nos dan algo por la mañana, pero no hay garantía de nada más. A veces... tenemos suerte. —Mis ojos vuelan hacia el cristal perforado en la pared. En la celda se filtran tonos rosados y rojizos, y sé que es el

principio de un nuevo comienzo. El principio del mismo final. Un día más.

~~Quizá hoy muera.~~

Quizá hoy vuele un pájaro.

—¿Y ya está? ¿Abren la puerta una vez al día para que la gente haga sus necesidades y si tenemos suerte quizá nos den de comer? ¿Ya está?

El pájaro será blanco, con manchas doradas, como una corona en la cabeza. Volará.

—Ya está.

—¿No hay... terapia de grupo? —Casi se echa a reír.

—Hasta que llegaste, no había pronunciado una sola palabra en doscientos sesenta y cuatro días.

Su silencio es muy elocuente. Casi puedo alargar el brazo y tocar la culpa que crece sobre sus hombros.

—¿Cuánto tiempo estarás aquí? —me pregunta al final.

Eternamente.

—No lo sé. —Un sonido metálico cruje/gime/maniobra a lo lejos. Mi vida son 4 paredes de oportunidades perdidas, vertidas en moldes de hormigón.

—¿Y tu familia? —En su voz hay un gran dolor, casi como si ya conociera la respuesta a su pregunta.

~~Esto es lo que sé de mis padres: no tengo ni idea de dónde están.~~

—¿Por qué estás tú aquí? —Me dirijo a mis dedos para evitar su mirada. He examinado mis manos con tanta meticulosidad que sé exactamente por dónde ha devastado mi piel cada corte y cada hematoma. Manos pequeñas. Dedos finos. Los cierro para formar un puño y los abro para perder la tensión. Todavía no me ha respondido.

Miro hacia arriba.

—No estoy loco —se limita a decir.

—Eso es lo que decimos todos. —Inclino la cabeza y la sacudo un poco. Me muerdo el labio. No puedo evitar mirar de reojo por la ventana.

—¿Por qué no paras de mirar hacia fuera?

No me molestan sus preguntas, de verdad que no. Es que me resulta extraño tener a alguien con quien hablar. Es extraño tener que gastar energía para mover los labios y formar las palabras necesarias para explicar mis actos. Hace tanto que no le importo a nadie... Nadie me ha observado lo bastante cerca como para preguntarse por qué miro por la ventana. Nadie me ha tratado como a una igual. Pero, claro, no sabe ~~que soy un monstruo~~ mi secreto. Me pregunto cuánto tardará en huir para salvar su vida.

Me he olvidado de responder y él sigue observándome.

Me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja, pero cambio de opinión.

—¿Por qué me miras tanto?

Sus ojos son prudentes, curiosos.

—Pensaba que el único motivo por el que me encerrarían con una chica sería porque estabas loca. Creía que pretendían torturarme poniéndome en la misma celda que una chiflada. Creía que tú eras mi castigo.

—Por eso me robaste la cama. —Para mostrar poder. Para dejar claras sus intenciones. Para asestar el primer golpe.

Baja la mirada. Abre y cierra las manos antes de frotarse la nuca.

—¿Por qué me ayudaste? ¿Cómo sabías que no iba a hacerte daño? Me cuento los dedos para asegurarme de que siguen en su sitio.

—No.

—¿No me ayudaste o no sabías si te iba a hacer daño?

—Adam. —Curvo los labios para darle forma a su nombre. Me sorprende descubrir cuánto me gusta la facilidad y la familiaridad con que el sonido resbala por mi lengua.

Está sentado casi tan quieto como yo. Sus ojos desprenden una nueva clase de emoción que no sé interpretar.

—Dime.

—¿Cómo es? —Pronuncio cada palabra con voz más baja que la anterior—. ¿Fuera? —~~En el mundo real~~—. ¿Es peor?

Cierto dolor enmarca los rasgos de su rostro, esculpido con finura. Tarda unos segundos en contestar. Echa un vistazo por la ventana.

—¿Sinceramente? No sé si es mejor estar aquí dentro o estar fuera.

Sigo su mirada hacia el cristal que nos separa de la realidad y espero a que despegue los labios, espero a que hable para escucharlo. Y en ese momento procuro prestar atención, mientras sus palabras rebotan en la neblina de mi cabeza, empañando mis sentidos y mis ojos, nublando mi concentración.

¿Sabías que era un movimiento internacional?, me pregunta Adam.

No, no lo sabía, respondo. No le cuento que hace 3 años me sacaron de casa a rastras. No le cuento que me llevaron a la fuerza exactamente 7 años después de que el Restablecimiento empezara a difundir su mensaje y 4 meses después de que se apoderara del control. No le cuento que sé muy poco sobre nuestro nuevo mundo.

Adam dice que el Restablecimiento abarcó todos los países, dispuesto a colocar a sus líderes en posiciones de control. Dice que la tierra habitable que queda en el mundo se ha dividido en 3.333 sectores y que cada parte está controlada ahora por una Persona de Poder diferente.

¿Sabías que nos mintieron?, me pregunta Adam.

¿Sabías que el Restablecimiento dijo que alguien debía tomar el poder, que alguien tenía que salvar a la sociedad, que alguien debía restablecer la paz? ¿Sabías que dijeron que eliminar todas las voces de la oposición era la única manera de conseguir la paz?

¿Lo sabías?, es lo que Adam me pregunta.

Y es ahora cuando asiento. Es ahora cuando le digo que sí.

Esa es la parte que recuerdo. La furia. Los disturbios. La rabia.

Cierro los ojos en un esfuerzo inconsciente por bloquear los malos recuerdos, pero fracaso en el intento. Protestas. Mítines. Gritos de supervivencia. Veo mujeres y niños muriéndose de hambre, casas destruidas y sepultadas entre escombros, el campo como un paisaje chamuscado, cuyos únicos frutos son la carne podrida de las víctimas. Veo muerte muerte muerte roja y bermellón y marrón y el tono más exquisito del pintalabios favorito de tu madre manchando la tierra.

Tanto todo todas las cosas muertas.

Al Restablecimiento le cuesta seguir controlando a la gente, dice

Adam. Dice que al Restablecimiento le cuesta librar la guerra contra los rebeldes que no aceptan este nuevo régimen. Al Restablecimiento le cuesta arraigarse como nueva forma de gobierno en todas las sociedades internacionales.

Y entonces me pregunto qué le habrá pasado a toda la gente a la que veía a diario. Qué les habrá pasado a sus casas, a sus padres, a sus hijos. Me pregunto cuántos de ellos estarán yaciendo bajo tierra.

Cuántos de ellos habrán sido asesinados.

—Lo están destruyendo todo —dice Adam, y de pronto su voz parece un sonido solemne en el silencio—. Todos los libros, todos los artilugios, todos los restos de la historia de la humanidad. Dicen que es la única manera de arreglar las cosas. Dicen que tenemos que empezar de cero. Dicen que no podemos cometer los mismos errores que las generaciones anteriores.

2

golpes

en la puerta y los dos nos ponemos de pie de un salto, devueltos bruscamente a este mundo sombrío.

Adam levanta una ceja.

—¿El desayuno?

—Espera tres minutos —le recuerdo. Se nos da muy bien ocultar el hambre que tenemos hasta que los golpes en la puerta aniquilan nuestra dignidad.

Nos matan de hambre a propósito.

—Sí. —Esboza una suave sonrisa—. No quiero quemarme. — Cuando da un paso adelante, el aire corre.

Soy una estatua.

—Sigo sin entenderlo —dice en voz muy baja—. ¿Por qué estás aquí?

—¿Por qué haces tantas preguntas?

Deja poco más de un palmo de distancia entre nosotros y estoy a 25 centímetros de la combustión espontánea.

—Tus ojos son muy profundos. —Inclina la cabeza—. Muy tranquilos. Quiero saber en qué piensas.

—No deberías. —Me tiembla la voz—. Ni siquiera me conoces.

Se ríe y el gesto aviva la luz de sus ojos.

—No te conozco.

—No.

Niega con la cabeza. Se sienta en la cama.

—Tienes razón. Claro que no.

—¿Cómo?

—Que tienes razón. —Calla durante unos segundos—. Quizá sí esté loco.

Doy 2 pasos hacia atrás.

—Quizá sí.

Sonríe otra vez y me gustaría hacerle una foto. Me gustaría mirar fijamente sus labios sonrientes el resto de mi vida.

—No lo estoy, ya lo sabes.

—Pero no vas a decirme por qué estás aquí —lo reto.

—Y tú tampoco.

Me pongo de rodillas y tiro de la bandeja a través de la ranura. Algo inidentificable humea en 2 tazas de hojalata. Adam se desploma en el suelo delante de mí.

—El desayuno —le digo acercándole su ración.

SEIS

1 palabra, 2 labios, 3 4 5 dedos forman 1 puño.

1 esquina, 2 padres, 3 4 5 razones para esconderme.

1 niño, 2 ojos, 3 4 17 años de miedo.

Un palo de escoba roto, un par de rostros salvajes, susurros rabiosos, cerraduras en mi puerta.

Mírame, es lo que quiero decirte. Habla conmigo de vez en cuando. Encuentra por mí el remedio para estas lágrimas, me encantaría exhalar por primera vez en la vida.



Han pasado 2 semanas.

2 semanas de la misma rutina, 2 semanas de nada salvo rutina. 2 semanas con mi compañero de celda, que ha estado demasiado cerca de tocarme que no me toca. Adam está adaptándose al sistema. Nunca se queja, nunca da demasiada información voluntariamente, sigue haciéndome demasiadas preguntas.

Es amable conmigo.

Me siento junto a la ventana para ver cómo la lluvia, las hojas y la nieve chocan entre sí. Se turnan para bailar en el viento con unas rutinas coreografiadas para las masas desprevenidas. Los soldados pisotean pisotean pisotean bajo la lluvia, aplastando las hojas y la nieve bajo sus pies. En las manos llevan guantes que rodean armas capaces de meterle un balazo a un millón de posibilidades. No se molestan en apreciar la belleza que cae del cielo. No comprenden la libertad de sentir el universo sobre la piel. No les importa.

Ojalá pudiera llenarme la boca de gotas de lluvia y los bolsillos de nieve. Ojalá pudiera recorrer las vetas de una hoja caída y sentir cómo el viento me pellizca la nariz.

En cambio, ignoro la desesperación que hace que los dedos se me peguen y busco el pájaro que solo he visto en sueños. Antes los pájaros volaban, es lo que dicen los cuentos. Antes de que la capa de ozono se deteriorara, antes de que la contaminación hiciera que las criaturas mutaran convirtiéndose en algo horriblemente diferente. Dicen que el clima no siempre fue tan impredecible. Dicen que había pájaros que planeaban en el cielo como si fueran aviones.

Es raro que un animal tan pequeño lograra algo tan complejo como la ingeniería humana, pero la posibilidad es demasiado tentadora como para ignorarla. He soñado con el mismo pájaro que vuela por el mismo cielo desde hace exactamente 10 años. Blanco, con manchas doradas, como una corona en la cabeza.

Es el único de mis sueños que me da cierta paz.

—¿Qué escribes?

Entorno los ojos hacia su gran estatura, hacia la fácil sonrisa de su rostro. No sé cómo consigue sonreír a pesar de todo. Me pregunto si podrá conservar esa forma, esa especial curva de los labios que cambia vidas. Me pregunto cómo se sentirá dentro de 1 mes y me estremezco al pensarlo.

No quiero que acabe como yo.

Vacío.

—Oye... —Agarra la manta de mi cama y se agacha cerca de mí, y sin perder ni un segundo me rodea los hombros, aún más delgados, con la delgada tela—. ¿Estás bien?

Intento sonreír. Decido evitar su pregunta.

—Gracias por la manta.

Se sienta cerca de mí y se apoya contra la pared. Sus hombros están muy cerca demasiado cerca ~~nunca lo suficientemente~~ cerca. El calor de su cuerpo me calienta más que cualquier manta. Algo en las articulaciones me duele con un anhelo profundo, una necesidad desesperada que nunca he sido capaz de satisfacer. Mis huesos suplican algo que no me puedo permitir.

Tócame.

Echa un vistazo a la libretita que tengo en la mano, al bolígrafo roto que aferra mi puño. Cierro la libreta y la enrolla. La meto en

una grieta de la pared. Examino el bolígrafo en la palma de mi mano. Sé que está observándome fijamente.

—¿Estás escribiendo un libro?

—No. —No estoy escribiendo ningún libro.

—Quizá deberías.

Me giro para mirarlo a los ojos, pero me arrepiento de inmediato. Nos separan poco más de 5 centímetros y no puedo moverme porque mi cuerpo solo sabe quedarse paralizado. Cada músculo cada movimiento se tensa, cada vértebra de mi columna es un bloque de hielo. Aguanto la respiración y mis ojos se ensanchan, aprisionados, atrapados en la intensidad de sus ojos. No puedo apartar la mirada. No sé cómo hacerlo.

Ay.

Dios.

Sus ojos.

Me he mentido a mí misma, decidida a negar lo imposible.

Lo conozco lo conozco lo conozco lo conozco.

El chico ~~que no se acuerda de mí~~ al que conocí.

—Van a destruir el idioma —me dice en voz baja, prudente.

Me esfuerzo por recuperar el aliento.

—Quieren recrearlo todo —continúa—. Quieren rediseñarlo todo. Quieren destruir cualquier cosa que pudiera haber sido el origen de nuestros problemas. Creen que necesitamos una lengua nueva y universal. —Baja la voz. Baja la vista—. Quieren destruirlo todo. Todas las lenguas de la historia.

—No. —Me cuesta respirar. Se me nubla la vista.

—Ya lo sé.

—No. —Esto no lo sabía.

Levanta la mirada.

—Está bien que escribas cosas. Algún día esto que haces será ilegal.

Empiezo a temblar. De pronto, mi cuerpo lucha contra un torbellino de emociones, mi cerebro está plagado del mundo que estoy perdiendo y sufre por culpa de un chico que no se acuerda de mí. El bolígrafo cae al suelo y sujeto la manta con tanta fuerza que

me da miedo que se vaya a desgarrar. El hielo rebana mi piel, el terror se coagula en mis venas. Nunca pensé que la situación empeoraría tanto. Nunca pensé que el Restablecimiento iba a llegar tan lejos. Están quemando la cultura, la belleza de la diversidad. Los nuevos ciudadanos del mundo no serán nada más que números, fáciles de intercambiar, fáciles de eliminar, fáciles de destruir si desobedecen.

Hemos perdido la humanidad.

Me rodeo los hombros con la manta hasta que me arropan los temblores que no dejan de aterrorizar mi cuerpo. Me horroriza mi falta de control. No puedo quedarme quieta.

De repente, su mano se posa en mi espalda.

Su contacto abrasa mi piel a través de las capas de tela e inspiro aire tan rápido que mis pulmones colapsan. Estoy atrapada en corrientes de confusión que chocan entre sí, tan desesperada tan desesperada tan desesperada por estar cerca tan desesperada por estar lejos. ~~No sé cómo alejarme de él.~~ No quiero alejarme de él.

No quiero que me tenga miedo.

—Ey. —Tiene la voz suave muy suave muy suave. Sus brazos son más fuertes que todos los huesos de mi cuerpo juntos. Se lleva mi cuerpo envuelto en tela hacia el pecho y me hace pedazos. Dos tres cuatro cincuenta mil trozos de sentimientos me apuñalan el corazón, derretidos en gotas de cálida miel que alivian las cicatrices de mi alma. La manta es la única barrera que nos separa, y me acerca más a él, con mayor firmeza, con mayor fuerza, hasta que oigo los latidos que palpitan profundamente en su pecho y el acero de sus brazos alrededor de mi cuerpo corta toda la tensión de mis extremidades. Su calor derrite los carámbanos que me apuntalan de dentro hacia fuera y me descongelo me descongelo me descongelo, pestañeo rápido hasta que se me cierran los ojos, hasta que las silenciosas lágrimas recorren mi rostro y decido que lo único que quiero es congelarme en su cuerpo mientras sujeta el mío—. No pasa nada —susurra—. Estarás bien.

La verdad es una amante celosa y viciosa que no duerme jamás, es lo que no le digo. Nunca estaré bien.

Debo hacer acopio de todos los filamentos rotos de mi ser para apartarme de él. Lo hago porque tengo que hacerlo. Por su propio bien. Alguien me clava tenedores en la espalda cuando me alejo. La manta se enrolla en mi pie y casi me caigo antes de que Adam me vuelva a alcanzar.

—Juliette...

—No puedes to-tocarme. —Mi respiración es superficial y me cuesta tragar, me tiemblan tanto los dedos que formo un puño con ellos—. No puedes tocarme. No puedes. —Mis ojos se clavan en la puerta.

Está de pie.

—¿Por qué no?

—Porque no —les susurro a las paredes.

—No lo entiendo... ¿Por qué no hablas conmigo? Te pasas el día sentada en la esquina y escribes en tu libreta y miras a todas partes menos a mí. Tienes mucho que decirle a una hoja de papel, pero yo estoy aquí de pie y ni siquiera me diriges la palabra. Juliette, por favor... —Intenta agarrarme el brazo y yo me aparto—. ¿Por qué no me miras, como mínimo? No voy a hacerte daño...

~~No te acuerdas de mí. No te acuerdas de que fuimos a la misma escuela durante 7 años.~~

No te acuerdas de mí.

—No me conoces. —Mi voz es uniforme, plana; tengo los miembros entumecidos, amputados—. Hemos compartido un espacio durante dos semanas y crees que me conoces, pero no sabes nada sobre mí. Quizá sí esté loca.

—No lo estás —dice entre dientes—. Sabes que no lo estás.

—Entonces quizá lo estés tú —digo con prudencia, lentamente—. Porque uno de los dos lo está.

—Eso no es verdad...

—Dime por qué estás aquí, Adam. ¿Qué haces en un manicomio si no deberías estar aquí?

—Te he estado haciendo esa misma pregunta desde que llegué.

—Puede que hagas demasiadas preguntas.

Oigo la fuerza con que suelta el aire. Se ríe con amargura.

—Somos prácticamente las dos únicas personas vivas en este lugar y ¿ahora también quieres echarme?

Cierro los ojos y me concentro en respirar.

—Puedes hablar conmigo. Pero no me toques.

7 segundos de silencio se unen a la conversación.

—A lo mejor quiero tocarte.

Hay 15.000 sentimientos de incredulidad perforándome el corazón. Me tonta la imprudencia, dolorosa dolorosa dolorosa, siempre desesperada por lo que no puedo tener. Le doy la espalda, pero no puedo evitar que las mentiras sigan saliendo por mis labios.

—A lo mejor no quiero que me toques.

Emite un sonido estridente.

—¿Tanto asco te doy?

Me giro, tan sorprendida por sus palabras que me olvido de mí misma. Está mirándome fijamente con el rostro tenso, la mandíbula apretada, los dedos doblados. Sus ojos son 2 cubos de agua de lluvia: profundos, frescos, claros.

Duelen.

—No sabes lo que dices. —No puedo respirar.

—Ni siquiera puedes responder a una simple pregunta, ¿verdad?

—Sacude la cabeza y se gira hacia la pared.

Mi rostro está esculpido en un molde neutro, mis brazos y piernas están llenos de yeso. No siento nada. No soy nada. Estoy completamente vacía nunca me moveré. Me quedo mirando una pequeña grieta cerca de mi zapato. Me pasaré la vida mirándola.

Las mantas caen al suelo. El mundo se vuelve borroso, mis oídos envían todos los sonidos hacia otra dimensión. Cierro los ojos, mis pensamientos van a la deriva, mis recuerdos me golpean el corazón.

Lo conozco.

Me he esforzado mucho por dejar de pensar en él.

Me he esforzado mucho por olvidar su rostro.

Me he esforzado mucho por sacarme esos ojos azules azules azules de la cabeza, pero lo conozco lo conozco lo conozco hace 3

años que lo vi por última vez.

Nunca olvidaría a Adam.

Pero él ya se ha olvidado de mí.

SIETE

Recuerdo los televisores y las chimeneas y los fregaderos de porcelana. Recuerdo las entradas de cine y los aparcamientos y los todoterrenos. Recuerdo las peluquerías y las vacaciones y las persianas y los dientes de león y el olor de las calzadas recién pavimentadas. Recuerdo los anuncios de pasta de dientes y a las mujeres con zapatos de tacón y a los hombres mayores vestidos con traje. Recuerdo a los carteros y las bibliotecas y a los grupos de música de chicos y los globos y los árboles de Navidad.

Recuerdo tener 10 años cuando no podíamos seguir ignorando la escasez de alimentos y cuando todo se volvió tan caro que nadie podía permitirse el lujo de vivir.



Adam no me dirige la palabra.

Quizá sea lo mejor. Quizá no tenía sentido esperar que fuéramos amigos, quizá valga más que piense que no me gusta a que me gusta demasiado. Oculta algo que podría ser dolor, pero sus secretos me asustan. No me quiere decir por qué está aquí. Aunque yo tampoco le digo mucho.

~~Y aun así y aun así y aun así.~~

Anoche el recuerdo de sus brazos alrededor de mi cuerpo bastó para ahuyentar los gritos. La calidez de un abrazo amable, la fuerza de unas manos firmes que mantienen unidas todas mis piezas, el alivio y la liberación de tantísimos años de soledad. Me ha dado un regalo que no puedo pagar.

Tocar a Juliette es casi imposible.

Nunca olvidaré el terror de los ojos de mi madre, el tormento de la cara de mi padre, el miedo grabado en la expresión de los dos. Su niña era es un monstruo. Está poseída por el demonio. Maldita por

la oscuridad. Es una impía. Es una abominación. Los fármacos, las pruebas, las soluciones médicas fracasaron. Los interrogatorios psicológicos fracasaron.

«Es un arma que camina entre la sociedad», dijeron los profesores. «Nunca hemos visto nada parecido», dijeron los médicos. «Deberían sacarla de su casa», dijeron los agentes de policía.

~~«No hay ningún problema»,~~ dijeron mis padres. Tenía 14 años cuando por fin se libraron de mí. Cuando dieron un paso atrás y vieron cómo me llevaban por un asesinato que no sabía que era capaz de cometer.

Quizá el mundo sea más seguro ahora que estoy encerrada en una celda. Quizás Adam esté más seguro ahora que me odia. Está sentado en el rincón con los puños en la cara.

Nunca quise hacerle daño.

Nunca quise hacerle daño a la única persona que no quiso hacerme daño a mí.



La puerta se abre de pronto y 5 personas irrumpen en la habitación con rifles que nos apuntan al pecho.

Adam está de pie y yo estoy inmóvil. Me he olvidado de respirar. Hacía tanto tiempo que no veía a tanta gente que me quedo unos instantes estupefacta. Debería estar gritando.

—MANOS ARRIBA, PIES SEPARADOS, BOCA CERRADA. NO OS MOVÁIS Y NO OS DISPARAREMOS.

Sigo petrificada. Debería moverme, debería levantar los brazos, debería separar los pies, debería acordarme de respirar. Alguien está rebanándome el cuello.

El que grita las órdenes me golpea la espalda con la culata del arma y mis rodillas se rasguñan al chocarse con el suelo. Finalmente saboreo el oxígeno y un poco de sangre. Creo que Adam está gritando, pero un dolor agudo recorre mi cuerpo de una forma diferente a cualquier cosa que haya experimentado hasta el momento. Estoy inmovilizada por completo.

—¿Qué parte no has entendido de tener la boca CERRADA? — Miro de reojo con los ojos entornados y veo el cañón de una pistola a 5 centímetros del rostro de Adam.

—LEVÁNTATE. —Una bota con punta de acero me patea las costillas, un golpe rápido, fuerte, hueco. Solo consigo exhalar los jadeos ahogados que asfixian mi cuerpo—. He dicho que TE LEVANTES. —Un impacto más duro, más rápido, más fuerte, otra bota en mi barriga. No puedo ni llorar.

~~Levántate, Juliette. Levántate. Si no, van a dispararle a Adam.~~

Me pongo de rodillas y me desplomo contra la pared que hay detrás de mí, tambaleándome hacia delante para recuperar el equilibrio. Alzar las manos es una tortura mayor de lo que suponía. Tengo los órganos muertos, los huesos resquebrajados, mi piel es un colador, perforada por alfileres y por agujas de dolor. Al final han venido a matarme.

Por eso metieron a Adam en mi celda.

Porque yo me voy. Adam está aquí porque yo me voy, porque se olvidaron de matarme a tiempo, porque mi tiempo se ha acabado, porque mis 17 años eran demasiados para este mundo. Van a matarme.

Siempre me he preguntado cómo sucedería. ~~Me pregunto si esto hará felices a mis padres.~~

Alguien se está riendo.

—Eres un pedazo de mierda, ¿eh?

No sé si se dirigen a mí. Apenas puedo concentrarme en mantener los brazos levantados.

—Ni siquiera está llorando —añade alguien—. Lo habitual es que en este momento las tías imploren clemencia.

Las paredes empiezan a sangrar hacia el techo. Me pregunto cuánto rato podré aguantar la respiración. No distingo las palabras no entiendo los sonidos que percibo la sangre corre por mi cabeza y mis labios son 2 bloques de hormigón que no logro separar. Tengo un arma en la espalda y trastabillo hacia delante. Los suelos se vuelven hacia arriba. Mis pies se arrastran en una dirección que no puedo descifrar.



Espero que me maten pronto.

OCHO

Tardo 2 días en abrir los ojos.

A un lado tengo una lata de agua y otra de comida, y trago el frío contenido con manos temblorosas, con un ligero dolor que cruje en mis huesos, una sequía desesperada que me sofoca la garganta. No parece que me haya roto nada, pero un vistazo bajo la camiseta me confirma que el dolor era real. Los moratones son marcas azules y amarillas, de tacto tormentoso y de lenta curación.

Adam no está por ningún lado.

Estoy sola en una celda de aislamiento, 4 paredes y no más de 3 metros hacia cualquier dirección, el poco aire pasa a través de una pequeña ranura en la puerta. Cuando la imaginación empieza a jugarme una mala pasada, la pesada puerta metálica se abre de golpe. Un guardia con 2 rifles en el pecho me mira de arriba abajo.

—Levántate.

Esta vez no vacilo.

Espero que Adam, al menos, esté a salvo. Espero que no termine como yo.

—Sígueme. —La voz del guardia es gruesa y profunda, sus ojos grises son indescifrables. Aparenta unos 25 años, con el pelo rubio muy corto, camisa arremangada hasta los hombros, y tatuajes militares que serpentean por sus antebrazos, igual que los de Adam.

Ay.

Dios.

No.

Adam se coloca junto al rubio y con su arma hace un gesto hacia un pasillo estrecho.

—Muévete.

~~Adam me apunta al pecho con una pistola.~~

~~Adam me apunta al pecho con una pistola.~~

Adam me apunta al pecho con una pistola.

Sus ojos me resultan extraños, vidriosos y distantes, muy muy lejanos.

No soy más que novocaína. Estoy entumecida, un mundo de nada, todos los sentimientos y emociones han desaparecido para siempre.

Soy un susurro que nunca existió.

Adam es un soldado. ~~Adam quiere que me muera.~~

Esta vez lo miro directamente, con los sentidos amputados, con el dolor como un grito distante desconectado de mi cuerpo. Mis pies avanzan hacia delante por voluntad propia; mis labios permanecen cerrados porque jamás habrá palabras que puedan describir este momento.

La muerte sería una agradable liberación de las alegrías terrenales que he conocido.



No sé cuánto tiempo llevo andando cuando otro golpe en la espalda me paraliza. Parpadeo por el brillo de la luz que no he visto en tanto tiempo. Empiezan a llorarme los ojos y los entrecierro por culpa de los fluorescentes que iluminan el amplio espacio. Casi no veo nada.

—Juliette Ferrars. —Una voz hace detonar mi nombre. Una pesada bota me presiona la espalda y no puedo levantar la cabeza para distinguir quién me habla—. Weston, baja la luz y suéltala. Quiero verle la cara. —La orden es fría y fuerte como el acero, peligrosamente tranquila, poderosa sin esforzarse.

El brillo se reduce a un nivel que soy capaz de tolerar. La huella de la bota se queda grabada en mi espalda, pero ya no se clava en mi piel. Levanto la cabeza lentamente y miro hacia arriba.

Su juventud me impresiona. No debe de ser mucho mayor que yo.

Es obvio que está al mando de algo, aunque no sé de qué. Tiene la piel impoluta, sin manchas, y una mandíbula afilada y fuerte. Tiene los ojos del color esmeralda más pálido que he visto jamás.

Es guapo.

Su sonrisa torcida es malvada a propósito.

Está sentado en lo que él cree que es un trono, pero que no es más que una silla en la parte delantera de una habitación vacía. Su traje está planchado a la perfección, lleva el pelo rubio peinado con maestría, sus soldados son los guardaespaldas perfectos.

Lo odio.

—Eres muy terca. —Sus ojos verdes son casi translúcidos—. Nunca quieres cooperar. Ni siquiera eres amable con tu compañero de celda.

Me estremezco sin pretenderlo. El ardor de la traición me enrojece el cuello.

Por lo visto, Ojos Verdes se lo está pasando en grande, y de repente me avergüenzo.

—Qué interesante. —Chasquea los dedos—. Kent, da un paso adelante, por favor.

Mi corazón se detiene al ver a Adam. ~~Kent. Se llama Adam Kent.~~

Estoy ardiendo de la cabeza a los pies. Adam enseguida se coloca junto a Ojos Verdes, pero solo lo saluda con un breve asentimiento. Quizá el líder no sea tan importante como se cree.

—Señor —dice.

Tengo tantos pensamientos enredados en mi mente que no consigo deshacer el nudo de locura que los enmaraña. Debería habérmelo imaginado. Había oído rumores acerca de soldados infiltrados en la sociedad, soldados que informaban a las autoridades de todo lo que les parecía sospechoso. Cada día desaparecía gente. Nunca volvía nadie.

Pero sigo sin entender por qué mandaron a Adam a espíarme.

—Al parecer, la dejaste bastante impresionada.

Entorno los ojos para ver más de cerca al hombre de la silla y reparo en que lleva el traje adornado con diminutas insignias de color. Reconocimientos militares. Su apellido está grabado en la solapa: Warner.

Adam no dice nada. No me mira. Su cuerpo está erguido, 1,80 metros de magnífico músculo, una silueta fuerte y firme. Los mismos brazos que estrecharon mi cuerpo ahora son cartucheras de armas letales.

—¿No tienes nada que decir al respecto? —Warner mira a Adam y ladea la cabeza hacia mí, sus ojos bailando bajo la luz, claramente entretenidos.

Adam aprieta la mandíbula.

—Señor.

—Claro. —De repente, Warner parece aburrido—. ¿Por qué iba a esperar que tuvieras algo que decirme?

—¿Vais a matarme? —Las palabras escapan por mis labios antes de que tenga tiempo de pensarlas y la pistola de alguien me vuelve a golpear en la espalda. Caigo con un gemido entrecortado, jadeando en el suelo mugriento.

—No era necesario, Roland. —La voz de Warner está teñida de una falsa decepción—. Supongo que yo me preguntaría lo mismo si estuviera en su lugar. —Una pausa—. ¿Juliette?

Consigo levantar la cabeza.

—Tengo una propuesta para ti.

NUEVE

No estoy segura de haberlo oído bien.

—Tienes algo que me interesa. —Warner sigue mirándome fijamente.

—No entiendo —le digo.

Respira hondo y se levanta para pasearse a lo largo de la sala. Todavía no han despedido a Adam.

—Para mí eres como una especie de proyecto personal. —Warner sonríe para sí mismo—. Llevo muchísimo tiempo estudiando tus informes.

No soporto su caminar pomposo y engreído. Quiero borrarle la sonrisa de la cara.

Warner deja de andar.

—Te quiero en mi equipo.

—¿Cómo? —Un murmullo quebrado de sorpresa.

—Estamos en medio de una guerra —dice con cierta impaciencia—. Quizá tú puedas hacer encajar las piezas.

—Yo no...

—Conozco tu secreto, Juliette. Sé por qué estás aquí. Toda tu vida está registrada en los informes del hospital, las quejas a las autoridades, los procesos legales, las peticiones públicas para que te encerraran. —Su pausa me da el tiempo suficiente para atragantarme con el terror que se me atasca en la garganta—. Lo he valorado durante mucho tiempo, pero primero quería asegurarme de que no estuvieras loca de verdad. El aislamiento no era precisamente una buena manera de verlo, aunque te has defendido bastante bien. —Me dedica una sonrisa que dice que debería estar agradecida por su elogio—. Mandé a Adam para que te hiciera compañía como precaución final. Quería asegurarme de que no fueras irascible, de que pudieras mantener una interacción y una

comunicación humana básicas. Debo decir que estoy bastante contento con los resultados.

Alguien está arrancándome la piel.

—Por lo visto, Adam incluso ha interpretado su papel demasiado bien. Es un gran soldado. Uno de los mejores, de hecho. —Warner le dirige una mirada antes de sonreírme—. Pero no te preocupes, no sabe de qué eres capaz. En fin, todavía no.

Me aferro al pánico que siento, me trago la agonía, me suplico a mí misma no mirar en esa dirección, pero fracaso fracaso, fracaso. En este preciso instante, los ojos de Adam se clavan en los míos, pero aparta la mirada tan rápido que no estoy segura de si me lo he imaginado.

~~Soy un monstruo.~~

—No soy tan cruel como crees —continúa Warner con una cadencia musical en la voz—. Si tanto te gusta su compañía, puedo hacer que esto —nos señala a Adam y a mí— sea una asignación permanente.

—No —jadeo.

Warner curva los labios para esbozar una sonrisa natural.

—Ah, ya. Pero ten cuidado, bonita. Si haces algo... malo..., te tendrá que disparar.

Unos alambres de espino me perforan agujeros en el corazón. Adam no reacciona ante nada de lo que dice Warner.

Se limita a hacer su trabajo.

Yo soy un número, una misión, un objeto fácilmente reemplazable; ni siquiera soy un recuerdo en su mente.

No soy nada.

No esperaba que su traición me fuera a sepultar tan profundamente.

—Si aceptas mi oferta —Warner interrumpe mis pensamientos—, vivirás igual que yo. Serás uno de los nuestros, no uno de ellos. Tu vida cambiará para siempre.

—¿Y si no acepto? —pregunto con la voz rota antes de que el pánico la destruya.

Warner parece decepcionado de verdad. Entrelaza las manos con

consternación.

—En realidad, no tienes opción. Si te quedas a mi lado, tendrás una recompensa. —Aprieta los labios—. Pero si eliges desobedecerme... Bueno... Creo que estás más guapa con todas las partes del cuerpo intactas, ¿no crees?

Respiro tan fuerte que mi cuerpo tiembla.

—¿Quieres que torture a gente para ti?

Una sonrisa radiante le transforma el rostro.

—Eso sería maravilloso.

El mundo está sangrando.

No tengo tiempo de formar una respuesta antes de que se gire hacia Adam.

—Enséñale lo que se está perdiendo, ¿quieres?

Adam responde demasiado tarde.

—¿Señor?

—Es una orden, soldado. —Los ojos de Warner se dirigen hacia mí, sus labios retorcidos en un gozo contenido—. A esta me gustaría destrozarla. Es mucho más peleonera de lo que le conviene.

—No puedes tocarme —le espeto con los dientes apretados.

—Error —dice con voz cantarina. Le arroja a Adam un par de guantes negros—. Los vas a necesitar —le dice en un susurro conspirativo.

—Eres un monstruo. —Mi voz suena demasiado tranquila, mi cuerpo está lleno de una rabia repentina—. ¿Por qué no me matas y ya está?

—Eso, querida, sería un desperdicio. —Da un paso adelante y me doy cuenta de que tiene las manos cuidadosamente enfundadas en unos guantes de piel blancos. Me levanta la barbilla con un dedo—. Además, sería una pena perder una cara tan bonita.

Intento apartar el cuello, pero la misma bota con punta de acero me golpea en la espalda y Warner me aferra la cara. Reprimo un grito.

—No te resistas, cariño. Así solo conseguirás complicarte más las cosas.

—Espero que te pudras en el infierno.

Warner aprieta la mandíbula. Levanta una mano para impedir que alguien me dispare, me patee el bazo, me abra la cabeza, no tengo ni idea.

—Estás luchando en el bando equivocado. —Se pone de pie—. Pero eso se puede cambiar. Adam —lo llama—. No la pierdas de vista. Ahora está a tu cargo.

—Sí, señor.

DIEZ

Adam se pone los guantes, pero no me toca.

—Deja que se levante, Roland. Ahora me ocupo yo.

La bota desaparece. Me pongo en pie con dificultad y observo a la nada. No quiero pensar en el horror que me espera. Alguien me golpea la parte de detrás de las rodillas y casi me caigo al suelo.

—Muévete —gruñe una voz a mi espalda. Miro hacia arriba y me doy cuenta de que Adam está yéndose. Se supone que debería seguirlo.

Solo deja de andar cuando regresamos a la ceguera familiar de los pasillos del psiquiátrico.

—Juliette. —~~Una palabra suave y mis articulaciones se vuelven volátiles.~~

No le respondo.

—Dame la mano —me dice.

—Nunca —consigo decir entre entrecortadas bocanadas de oxígeno—. Jamás.

Un suspiro profundo. Noto que se remueve en la oscuridad y enseguida su cuerpo está demasiado cerca tan sumamente cerca que me desarma. Coloca una mano en mi espalda y me guía a través de los pasillos hacia un paradero desconocido. Todos los centímetros de mi piel se sonrojan. Debo seguir en pie para evitar caer en sus brazos.

La distancia que recorreremos es mucho más larga de lo que esperaba. Cuando Adam habla al fin, sospecho que estamos cerca del final.

—Vamos a salir a la calle —dice cerca de mi oído. Tengo que cerrar los puños para controlar las emociones que tropiezan en mi corazón. Me distrae tanto oír su voz que casi no entiendo el significado de lo que me dice—. Pensé que deberías saberlo.

Mi única respuesta es inhalar una bocanada de aire. Hace casi un año que no piso el exterior. Estoy tan emocionada que me duele, pero hace tanto que no siento la luz natural en mi piel que no sé si podré soportarlo. No tengo elección.

El aire me golpea primero.

Nuestra atmósfera tiene poco de lo que alardear, pero después de tantos meses en una celda de hormigón hasta el atrofiado oxígeno de nuestra moribunda Tierra me sabe a gloria. No puedo respirar suficientemente rápido. Me lleno los pulmones de esta sensación; me adentro en la suave brisa y agarro un puñado de viento, que se pierde entre mis dedos.

Una dicha que no se parece a nada de lo que he vivido.

El aire es vigorizante y fresco. Es un baño refrescante de una nada tangible que me escuece en los ojos y me fustiga la piel. Hoy el sol está alto, deslumbrante al reflejar las pequeñas manchas de nieve que mantienen helada la tierra. El peso de la brillante luz oprime mis ojos y solo consigo ver a través de dos rendijas, pero los cálidos rayos inundan mi cuerpo como una chaqueta que se ajusta a mi figura, como el abrazo de algo mayor que un ser humano. Podría permanecer en este momento para siempre. Durante un segundo infinito me siento libre.

El roce de Adam me devuelve de pronto a la realidad. Casi salgo de mi piel y Adam me agarra por la cintura. Tengo que pedirles a mis huesos que dejen de temblar.

—¿Estás bien? —Sus ojos me sorprenden. Son los mismos que recuerdo, azules e insondables como el punto más profundo del océano. Sus manos ~~amables~~ muy amables me rodean.

—No quiero que me toques —miento.

—No tienes elección. —No me mira.

—Siempre tengo elección.

Se pasa la mano por el pelo y traga la nada instalada en su garganta.

—Sígueme.

Estamos en un espacio vacío, un terreno yermo repleto de hojas muertas y árboles moribundos que toman pequeños sorbos de la

nieve derretida en el suelo. El paisaje está devastado por la guerra y el abandono, pero sigue siendo lo más bonito que he visto en mucho tiempo. Los soldados que desfilan se detienen para ver cómo Adam me abre la puerta de un coche.

No es un coche. Es un tanque.

Me quedo mirando la enorme estructura metálica e intento subir por un lado hasta que de pronto Adam se pone detrás de mí. Me agarra por la cintura y me levanta, y lanzo un grito mientras me acomoda en el asiento.

Al cabo de poco, avanzamos en silencio y no tengo ni idea de hacia dónde nos dirigimos.

Miro con atención por la ventanilla.

Como y bebo y absorbo cada detalle infinitesimal de los escombros, del horizonte, de las casas abandonadas y los pedazos rotos de metal y vidrio que salpican el paisaje. El mundo parece desnudo, despojado de vegetación y de calidez. En la calle no hay señales, ni siquiera de *stop*, pero tampoco son necesarias. No hay transporte público. Todo el mundo sabe que los coches los fabrica una sola empresa, que los vende a un precio desorbitado.

Muy poca gente puede permitirse una vía de escape.

Mis padres La población se ha repartido en lo que queda del país. Los edificios industriales conforman la columna vertebral del paisaje: cajas metálicas altas y rectangulares atestadas de maquinaria. Maquinaria diseñada para fortalecer al ejército, para fortalecer el Restablecimiento, para destruir masivas cantidades de civilización humana.

Carbón/Alquitrán/Acero

Gris/Negro/Plateado

Los colores del humo manchan el horizonte y gotean en el aguanieve que antes era nieve. La basura se acumula en montañas desordenadas por todas partes, debajo de la devastación se asoman manchas de hierba amarillenta.

Las típicas casas de nuestro viejo mundo han sido abandonadas, las ventanas están destrozadas, los techos se han derrumbado, la pintura roja y verde y azul se desdibuja en tonos apagados que

combinan mejor con nuestro luminoso futuro. Veo las instalaciones que se erigen descuidadamente en la tierra arrasada y empiezo a recordar. Recuerdo que se suponía que iban a ser temporales. Recuerdo los meses previos a que me encerraran, justo cuando empezaron a construirlas. Estos pequeños y fríos edificios servirían solo hasta que se resolvieran todos los detalles del nuevo plan, decían los del Restablecimiento. Solo hasta que todo el mundo estuviera sometido. Solo hasta que la gente dejara de protestar y se diera cuenta de que ese cambio era bueno para ella, bueno para sus hijos, bueno para su futuro.

Recuerdo que había reglas.

Se acabarían los pensamientos peligrosos y las prescripciones médicas. Nos mantendría una nueva generación formada únicamente por individuos sanos. Había que encerrar a los enfermos. Había que deshacerse de los ancianos. Había que mandar a los perturbados al manicomio. Solo sobrevivirían los fuertes.

Sí.

Por supuesto.

No habría más idiomas estúpidos ni historias estúpidas ni pinturas estúpidas sobre estúpidas repisas de chimenea. No habría Navidad ni Janucá ni Ramadán ni Diwali. No se hablaría de religión ni de creencias ni de convicciones personales. Las convicciones personales fueron lo que casi nos aniquiló a todos, decían.

Las convicciones prioridades preferencias prejuicios e ideologías nos dividieron. Nos engañaron. Nos destruyeron.

Había que exterminar las necesidades egoístas, los anhelos y los deseos. Había que expurgar del comportamiento humano la codicia, el exceso de tolerancia y la gula. La solución era el autocontrol, el minimalismo, las condiciones de vida escasas, un lenguaje simple y un nuevo diccionario lleno de palabras que todo el mundo entendería.

Todo eso nos salvaría, salvaría a nuestros hijos, salvaría a la humanidad, decían.

Restablecer la igualdad. Restablecer la humanidad. Restablecer la esperanza, la curación y la felicidad.

¡SÁLVANOS!
¡ÚNETE A NOSOTROS!
¡RESTABLECE LA SOCIEDAD!



Los carteles siguen forrando las paredes.

El viento azota sus restos hechos pedazos, pero los anuncios siguen ahí, tercos, ondeando en las estructuras de acero y hormigón donde los pusieron. Algunos siguen pegados a los postes que brotan de la tierra, en cuya parte superior ahora tienen altavoces. Altavoces que alertan a los habitantes, sin duda, de los peligros inminentes que los rodean.

Pero el mundo está misteriosamente tranquilo.

Pasan los peatones, deambulando en el frío y gélido clima para trabajar en las fábricas y conseguir comida para sus familias. En este mundo, la esperanza sangra del cañón de una pistola.

A nadie le importan ya las ideas.

La gente antes deseaba esperanza. Quería pensar que las cosas podían mejorar. Quería creer que volvería a preocuparse por los cotilleos y por las vacaciones y por las fiestas a las que iba los sábados por la noche, así que el Restablecimiento prometió un futuro demasiado perfecto y la sociedad estaba demasiado desesperada como para no creérselo. La gente no se dio cuenta de que estaba entregando su alma a un grupo que pretendía aprovecharse de su ignorancia. De su miedo.

La mayoría de los civiles están demasiado muertos de miedo como para protestar, pero hay otros que son más fuertes. Hay otros que esperan el momento oportuno. Hay otros que ya han empezado a luchar.

Espero que no sea demasiado tarde para luchar.

Examino cada rama temblorosa, cada soldado imponente, cada ventana que puedo contar. Mis ojos son como 2 carteristas profesionales, que lo roban todo para almacenarlo en mi mente.

Pierdo la noción de los minutos que pisoteamos.



Nos detenemos en una estructura que es 10 veces mayor que el manicomio y que se alza sospechosamente céntrica en medio de la civilización. Desde fuera parece un edificio anodino —discreto en todos los sentidos excepto por el tamaño—, placas de acero gris conforman 4 paredes lisas, ventanas hendidas y metidas a golpes en sus 15 plantas. Es un edificio lúgubre, sin marcas, sin insignias, sin ninguna prueba de su verdadera identidad.

Una sede política camuflada entre la masa.

El interior del tanque es un lío de botones y palancas que no sé utilizar, y Adam me abre la puerta antes de que tenga la oportunidad de identificar los engranajes. Coloca las manos alrededor de mi cintura y mis pies pisan firmes el suelo, aunque mi corazón late tan deprisa que estoy segura de que lo oye. Todavía no me ha soltado.

Levanto la vista.

Sus ojos están tensos, su frente contraída, sus labios ~~sus labios, sus labios~~ son 2 piezas de frustración fundidas en una.

Doy un paso atrás y 10.000 partículas diminutas se hacen añicos entre nosotros. Baja la mirada. Se gira. Respira y los 5 dedos de su mano forman un puño inconsistente.

—Por aquí. —Con la cabeza señala el edificio.

Lo sigo hacia el interior.

ONCE

Estoy tan preparada para el horror inimaginable que la realidad es casi peor.

Dinero sucio gotea por las paredes, el suministro de alimento de un año se ha desperdiciado en los suelos de mármol, se han invertido cientos de miles de dólares de ayuda médica en muebles lujosos y alfombras persas. Noto el calor artificial que entra por los conductos de ventilación y pienso en los niños que gritan pidiendo agua potable. Entrecierro los ojos a través de candelabros de cristal y oigo a madres que piden clemencia. Veo un mundo superficial que existe en medio de una realidad aterradora y me quedo paralizada.

No puedo respirar.

Mucha gente ha debido de morir para sostener este lujo. Mucha gente ha debido de perder su casa y a sus hijos y sus últimos 5 dólares del banco por promesas promesas promesas tantísimas promesas para salvarse de sí mismos. Nos lo prometieron... El Restablecimiento nos prometió la esperanza de un futuro mejor. Nos dijeron que arreglarían la situación, nos dijeron que nos ayudarían a volver al mundo que conocíamos; ese mundo con citas en el cine y bodas en primavera y fiestas prenatales. Nos dijeron que nos devolverían nuestros hogares, nuestra salud, nuestro mundo sostenible.

Pero nos lo robaron todo.

Nos lo quitaron todo. ~~Mi vida. Mi futuro. Mi cordura. Mi libertad.~~

Llenaron nuestro mundo de armas que nos apuntaban a la frente y sonrieron al arrebatarnos nuestro futuro. Mataron a los que eran bastante fuertes como para enfrentarse a ellos y encerraron a los bichos raros que no cumplían con sus expectativas utópicas. ~~Personas como yo.~~

Aquí está la prueba de su corrupción.

Mi piel está empapada en sudor frío, mis dedos tiemblan por el asco, mis piernas son incapaces de soportar el derroche el derroche el derroche egoísta que se alza entre estas 4 paredes. Veo rojo por todas partes. La sangre de los cuerpos salpica las ventanas, se derrama en las alfombras, gotea de los candelabros.

—Juliette...

Me desmorono.

Estoy de rodillas, con el cuerpo roto en dos por el dolor que me he tragado tantas veces, embargada por los sollozos que ya no puedo contener; la dignidad se disuelve en mis lágrimas, la agonía de la última semana me desgarró la piel a tiras.

Ni siquiera puedo respirar.

No puedo inspirar el oxígeno que me rodea y me vienen arcadas bajo la camiseta y oigo voces y veo rostros que no reconozco, hilillos de voces que me confunden, pensamientos que se han revuelto tantas veces que no sé si en algún punto volveré a recuperar la conciencia.

No sé si ya he perdido la cabeza definitivamente.

Estoy en el aire. Soy una bolsa de plumas en sus brazos y él se abre camino entre los soldados que se agolpan para presenciar mi conmoción, y durante unos instantes no reprimo mi deseo, aunque no debería desearlo tanto. Quiero olvidar que debería odiarlo, que me ha traicionado, que trabaja para los mismos que intentan destruir lo poco que queda de humanidad y mi cara queda sepultada en el suave tejido de su camiseta y mi mejilla se aprieta contra su pecho y huele a fuerza y a valor y el mundo se ahoga en la lluvia. No quiero que me suelte nunca nunca nunca nunca. Ojalá pudiera tocar su piel, ojalá no hubiera barreras entre nosotros.

La realidad me da una bofetada en la cara.

La mortificación confunde mi cerebro, la humillación desesperada me nubla el juicio; el rojo tiñe mi rostro, sangra a través de mi piel. Aferro su camiseta.

—Puedes matarme —le digo—. Tienes armas... —Intento zafarme de él y Adam me estrecha más contra su cuerpo. En su rostro no hay ninguna emoción, sino una repentina presión en la mandíbula, una

obvia tensión en los brazos—. Puedes matarme... —le suplico.

—Juliette. —Su voz firme lleva un matiz de desesperación—. Por favor.

Estoy entumecida otra vez. Soy impotente otra vez. Me derrito por dentro, la vida se escurre de mis miembros.

Estamos delante de una puerta.

Adam extrae una tarjeta y la desliza por el panel negro de cristal que se encuentra en un pequeño hueco junto al pomo, y la puerta de acero inoxidable se abre. Entramos.

Estamos solos en una nueva habitación.



—Por favor, ~~no me dejes~~ bájame —le digo.

Hay una cama de matrimonio en el centro de la estancia, una lujosa alfombra que cubre el suelo, un armario empotrado en la pared, plafones de luz que brillan en el techo. La belleza está tan contaminada que no soporto mirarla. Adam me deposita en el suave colchón y da un pequeño paso atrás.

—Te quedarás aquí un tiempo, creo —es lo único que dice.

Cierro los ojos con fuerza. No quiero pensar en la tortura inevitable que me espera.

—Por favor —le digo—. Me gustaría estar sola.

Un suspiro profundo.

—Esa no es una opción.

—¿A qué te refieres? —Me doy la vuelta.

—Tengo que vigilarte, Juliette. —Pronuncia mi nombre como en un susurro. ~~Mi corazón mi corazón mi corazón~~—. Warner quiere que entiendas lo que te está ofreciendo, pero se te sigue considerando... una amenaza. Te ha dejado a mi cargo. No puedo irme.

No sé si estar emocionada u horrorizada. Estoy horrorizada.

—¿Tienes que vivir conmigo?

—Vivo en el cuartel que hay justo enfrente de este edificio. Con los demás soldados. Pero sí. —Se aclara la garganta. No me mira—. Me mudaré aquí contigo.

Un dolor en la boca de mi estómago me está carcomiendo los nervios. Quiero odiarlo y juzgarlo y gritar eternamente, pero no lo logro porque lo único que veo es a un niño de 8 años que no recuerda que era la persona más amable que he conocido nunca.

No quiero creer que esto esté ocurriendo.



Cierro los ojos y apoyo la cabeza en las rodillas.

—Tienes que vestirme —dice al cabo de un rato.

Levanto la cabeza. Lo observo parpadeando, como si no pudiera entender lo que dice.

—Estoy vestida.

Carraspea otra vez, pero intenta aparentar tranquilidad.

—Hay un baño por ahí —señala. Veo una puerta que da a esta habitación y de repente me entra curiosidad. He oído historias sobre gente que tiene baños en su habitación. Supongo que no están exactamente dentro del dormitorio, pero bueno. Salgo de la cama y sigo la dirección de su dedo. En cuanto abro la puerta, vuelve a hablar—: Puedes ducharte y cambiarte aquí. El cuarto de baño... es el único sitio en el que no hay cámaras —añade con una voz que va apagándose.

Hay cámaras en mi habitación...

Cómo no.

—Encontrarás ropa ahí —señala el armario con la cabeza. De repente, parece incómodo.

—¿Y tú no te puedes ir? —le pregunto.

Se frota la frente y se sienta en la cama. Suspira.

—Tienes que prepararte. Warner te espera para cenar.

—¿Para cenar? —Mis ojos son del tamaño de la Luna.

—Sí. —Lo dice en serio.

—¿No va a hacerme daño? —Me avergüenza el alivio que desprende mi voz, la tensión inesperada que he soltado, el miedo que no sabía que albergaba—. ¿Voy a cenar con él? —~~Me muero de hambre mi estómago es un pozo torturado de hambre estoy muy~~

~~hambrienta muy hambrienta~~. No me imagino a qué debe de saber la comida de verdad.

El rostro de Adam es inescrutable de nuevo.

—Deberías darte prisa. Te enseñaré cómo funciona todo.

No tengo tiempo de protestar antes de que entre en el baño y yo lo haya seguido. La puerta sigue abierta y él está en medio del cuarto, de espaldas a mí, y no entiendo por qué.

—Ya sé cómo usar un baño —le digo. ~~Antes vivía en una casa normal. Antes tenía una familia.~~

Se gira muy muy poco a poco y empiezo a entrar en pánico. Finalmente levanta la cabeza, pero sus ojos se dirigen en todas direcciones. Cuando por fin me mira, entrecierra los ojos; su frente está tensa. Cierra la mano derecha para formar un puño y se lleva un dedo hacia los labios. Me está diciendo que me calle.

Todos los órganos de mi cuerpo caen al suelo.

Sabía que algo iba a ocurrir, pero no sabía que sería Adam. No creía que fuera a ser él el que me haría daño, el que me torturaría, el que me haría desear la muerte más que nunca. No me doy ni cuenta de que estoy llorando hasta que oigo mis gemidos y percibo las lágrimas silenciosas que recorren mi cara y me siento ~~avergonzada muy avergonzada~~ muy avergonzada de mi debilidad, aunque a una parte de mí no le importa. Estoy tentada de implorarle, de pedirle clemencia, de robarle la pistola y pegarme un tiro. La dignidad es lo único que me queda.

Por lo visto, se da cuenta de mi histeria repentina, porque sus ojos se abren de golpe y se queda boquiabierto.

—No, por Dios, Juliette... No voy a... —Maldice en voz baja. Se da una palmada en la frente y se gira, suspira profundamente, se pasea a lo largo de la pequeña estancia. Maldice de nuevo.

Sale por la puerta y no mira atrás.

DOCE

5 minutos enteros bajo el agua caliente, 2 pastillas de jabón con olor a lavanda, una botella de champú solo para el pelo y el tacto de las suaves toallas de felpa con las que me atrevo a envolver mi cuerpo, y empiezo a comprender.

Quieren que me olvide.

Creen que pueden limpiar mis recuerdos, mis fidelidades y mis prioridades con unas cuantas comidas calientes y una habitación con vistas. Creen que me pueden comprar muy fácilmente.

Al parecer, Warner no entiende que crecí sin nada y que no me desagradó. No quería ropa ni zapatos perfectos ni nada que fuera caro. No quería que me envolvieran en seda. Lo único que siempre he querido ha sido estar en contacto con otro ser humano y tocarlo no solo con las manos, sino con el corazón. Vi el mundo y su falta de compasión, su juicio severo y áspero, sus ojos fríos y resentidos. Lo vi a mi alrededor.

He tenido mucho tiempo para escuchar.

Para observar.

Para examinar a las personas y los lugares y las posibilidades. Lo único que debía hacer era abrir los ojos. Lo único que debía hacer era abrir un libro... para ver las historias que sangraban de una página a otra. Para ver los recuerdos grabados en el papel.

Me he pasado la vida entre las páginas de los libros.

A falta de relaciones humanas, forjé vínculos con los personajes del papel. Viví el amor y la pérdida a través de los relatos tejidos en la historia, experimenté la adolescencia por asociación. Mi mundo es una red entrelazada de palabras, encadenadas de un miembro al siguiente, de hueso a tendón, pensamientos e imágenes juntos. Soy un ser compuesto por letras, un personaje creado con frases, un producto de la imaginación formado a través de la ficción.

Quieren borrar cada signo de puntuación de mi vida en esta tierra y creo que no puedo dejar que suceda.

Vuelvo a ponerme mi ropa vieja y de puntillas me adentro en la habitación, que está desierta. Adam se ha ido, aunque dijo que no podía irse. No lo entiendo no entiendo sus acciones no entiendo mi decepción. Ojalá no me hubiese gustado tanto la frescura de mi piel, la sensación de verme perfectamente limpia después de tanto tiempo; no entiendo por qué todavía no me he mirado en el espejo, por qué me asusta lo que pudiera ver, por qué no estoy segura de si voy a reconocer el rostro que me devolverá la mirada.

Abro el armario.

Está repleto de vestidos y de zapatos y de camisas y de pantalones y de ropa de todo tipo, colores tan vivos que me duelen a la vista, telas de las que solo he oído hablar, esas que casi me da miedo tocar. Las tallas son perfectas demasiado perfectas.

Me estaban esperando.

Desde el cielo llueven ladrillos sobre mi cráneo.

Me han desatendido abandonado aislado y me han sacado de mi casa a la fuerza. Me han empujado pinchado examinado arrojado a una celda. Me han estudiado. Me han matado de hambre. Me han tentado con una amistad para después traicionarme y dejarme atrapada en esta pesadilla por la que se supone que debo darles las gracias. Mis padres. Mis profesores. Adam. Warner. El Restablecimiento. Para todos ellos soy prescindible.

Creer que soy una muñeca a la que pueden vestir y doblegar para que se postre ante ellos.

Pero se equivocan.

—Warner te está esperando.

Me doy la vuelta y me dejo caer de espaldas sobre el armario, cerrándolo de golpe en un ataque de pánico que me oprime el corazón. Recupero el equilibrio y doblo mi miedo cuando veo a Adam de pie en la puerta. Su boca se mueve durante unos instantes, pero no dice nada. Al final da un paso adelante tan adelante hasta que está bastante cerca como para tocarme.

Pasa por delante de mí para volver a abrir la puerta que esconde

prendas que me avergüenza saber que existen.

—Son para ti —dice sin mirarme, tocando con los dedos el dobladillo de un vestido morado, de un vivo color ciruela que entran ganas de comérselo.

—Ya tengo ropa. —Mis manos alisan las arrugas del tejido andrajoso que llevo puesto.

Por fin decide mirarme, pero cuando lo hace mueve las cejas, parpadea y sus ojos se congelan; separa los labios, sorprendido. Me pregunto si al lavarme tengo una cara diferente y me sonrojo, con la esperanza de que no le dé asco lo que ve. No sé por qué me importa.

Baja la mirada. Respira hondo.

—Te espero fuera.

~~Me quedo mirando el vestido morado con las huellas de Adam.~~ Examino el interior del armario unos segundos antes de abandonarlo. Me peino el pelo mojado con dedos ansiosos y me armo de valor.

No soy propiedad de nadie.

Y me da igual a qué quiere Warner que me parezca.

Salgo del edificio y Adam se queda mirándome un instante. Se frota la nuca y no dice nada. Menea la cabeza. Empieza a andar. No me toca y no debería darme cuenta, pero me doy cuenta. No tengo la menor idea de qué esperar no tengo la menor idea de cómo será mi vida en este nuevo lugar y me perforan el estómago todos estos adornos exquisitos, todos estos accesorios de lujo, todas estas pinturas, molduras, iluminaciones y colores superfluos. Ojalá todo comenzara a arder.

Sigo a Adam por un largo pasillo alfombrado hasta un ascensor de cristal. Desliza la misma tarjeta que había usado para abrir mi puerta y entramos. Ni siquiera había reparado en que habíamos subido en ascensor todos esos pisos. Supongo que debí de montar un numerito horrible al llegar y casi me alegro.

Espero decepcionar a Warner de todas las maneras posibles.



El comedor es lo bastante grande como para dar de comer a miles de huérfanos. Sin embargo, hay 7 mesas de banquete dispuestas por toda la sala, seda azul que se desparrama en la superficie de todas, exuberantes jarrones de cristal con orquídeas y lirios orientales, cuencos de cristal llenos de gardenias. Es fascinante. Me pregunto de dónde habrán sacado las flores. No deben de ser reales. No sé cómo iban a ser reales. Hace años que no veo flores reales.

Warner se encuentra justo en el centro de la mesa, sentado en la cabecera. En cuanto me ve a Adam, se pone en pie. Los demás asistentes se levantan a su vez.

Me doy cuenta casi de inmediato de que hay un asiento libre a cada lado de Warner y no tengo intención de dejar de moverme, pero me detengo. Hago un rápido recuento de los asistentes y no veo a ninguna otra mujer.

Adam me roza la parte baja de la espalda con 3 dedos y me llevo un buen susto. Me apresuro hacia delante y Warner me sonríe, radiante. Aparta la silla a su izquierda y hace un gesto para que me siente. Me siento.

Intento no mirar a Adam cuando se sienta delante de mí.

—Ya sabes... Hay ropa en tu armario, querida. —Warner se sienta a mi lado; los demás lo imitan y reanudan un parloteo constante. Se ha girado casi por completo hacia mí, pero por alguna razón la única presencia que percibo está frente a mí. Me concentro en el plato vacío que hay a 5 centímetros de mis dedos. Dejo caer las manos en mi regazo—. Y no hace falta que vuelvas a ponerte esas zapatillas tan sucias —continúa Warner mirándome de nuevo antes de verter algo en mi copa. Parece agua.

Estoy tan sedienta que podría beberme una cascada.

Odio su sonrisa.

El odio es una persona normal y corriente hasta que sonríe. Hasta que se da la vuelta y miente con labios y dientes tallados en el aspecto de algo demasiado pasivo como para asestarle un puñetazo.

—¿Juliette?

Estoy respirando demasiado rápido. Una tos contenida me llena la garganta.

Sus ojos verdes y vidriosos destellan en mi dirección.

—¿Acaso no tienes hambre? —Palabras metidas en azúcar. Su mano enguantada me toca la muñeca y casi me la tuerzo por lo rápido que me alejo de él.

~~Podría comerme a todas las personas de la sala.~~

—No, gracias.

Se relame el labio superior y me sonrío.

—No confundas la estupidez con la valentía, cariño. Sé que hace días que no comes nada.

Mi paciencia llega al límite.

—Preferiría morir a aceptar tu comida y oírte llamarme «cariño» —le digo.

Adam suelta el tenedor.

Warner le lanza una mirada rápida y, cuando se gira de nuevo hacia mí, sus ojos se han endurecido. Me sostiene la mirada durante algunos segundos infinitos y saca una pistola del bolsillo de la chaqueta. Dispara.

Toda la sala grita y se queda inmóvil.

El corazón me aletea en la garganta.

Giro la cabeza muy muy despacio para seguir la dirección de la pistola de Warner y veo que ha disparado al hueso de alguna especie de carne. El plato de comida desprende humo por la sala, la comida amontonada a menos de medio metro de los invitados. Ha disparado sin mirar siquiera. Podría haber matado a alguien.

Debo hacer acopio de toda mi energía para permanecer muy muy quieta.

Warner deja caer el arma sobre mi plato. El silencio le da tiempo al gesto para retumbar por todo el universo.

—Escoge bien tus palabras, Juliette. Una palabra mía basta para que tu vida aquí no sea tan fácil.

Parpadeo.

Adam coloca un plato de comida delante de mí; la intensidad de su mirada es como un atizador candente que me quema la piel. Levanto la vista y él ladea la cabeza un milímetro. *Por favor*, dicen sus ojos.

Agarro el tenedor.

Warner no pierde detalle. Carraspea demasiado fuerte. Se ríe sin humor mientras corta la carne de su plato.

—¿Kent tendrá que hacer todo el trabajo por mí?

—¿Cómo?

—Parece que solo le haces caso a él. —El tono de su voz parece distendido, pero tiene la mandíbula muy pero muy rígida. Se gira hacia Adam—. Me sorprende que no le dijeras que se cambiara de ropa, como te pedí.

Adam se yergue en el asiento.

—Se lo dije, señor.

—Me gusta mi ropa —salto. *Me gustaría pegarte un puñetazo en el ojo*, es lo que no digo.

La sonrisa de Warner reaparece.

—Nadie te ha preguntado qué te gusta, cariño. Ahora, come. Necesito que tengas el mejor aspecto posible cuando estés a mi lado.

TRECE

Warner insiste en acompañarme a mi habitación.

Después de cenar, Adam ha desaparecido junto a un grupo de soldados. Ha desaparecido sin decirme nada y sin mirarme siquiera, y no sé qué esperar. Por lo menos no tengo nada que perder, solo la vida.

—No quiero que me odies —me dice Warner mientras nos dirigimos hacia el ascensor—. Solo soy tu enemigo si tú quieres que lo sea.

—Siempre seremos enemigos. —Mi voz se quiebra en carámbanos de hielo. Las palabras se derriten sobre mi lengua—. Nunca seré lo que queréis que sea.

Warner suspira al apretar el botón del ascensor.

—Creo de verdad que cambiarás de opinión. —Me mira con una ligera sonrisa. Una pena, en serio, que una mirada tan impresionante se desperdicie en un ser humano tan miserable—. Tú y yo, Juliette... ¿juntos? Seríamos imparables.

No lo voy a mirar, aunque noto que su mirada toca cada centímetro de mi cuerpo.

—No, gracias.

Estamos en el ascensor. El mundo zumba a nuestro paso y las paredes de cristal nos convierten en un espectáculo para las personas de todas las plantas. No hay secretos en este edificio.

Me toca el codo y me aparto.

—Deberías reconsiderarlo —comenta con suavidad.

—¿Cómo lo averiguasteis? —El ascensor se abre con un pitido, pero no me muevo. Finalmente me vuelvo hacia él porque no puedo reprimir la curiosidad. Examino sus manos, cuidadosamente enfundadas en cuero; sus mangas gruesas y almidonadas y largas. Incluso su cuello es alto y majestuoso. Va impecablemente vestido

de los pies a la cabeza y todo su cuerpo está tapado por completo, a excepción de la cara. Aunque quisiera tocarlo, no estoy segura de que pudiera. Se protege a sí mismo.

De mí.

—¿Qué te parece si hablamos mañana por la noche? —Arquea una ceja y me ofrece el brazo. Finjo que no me doy cuenta mientras salimos del ascensor y recorremos el pasillo—. Podrías ponerte algo bonito.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

Estamos delante de mi puerta.

Se detiene. Sorprendido. Levanta la barbilla casi de forma imperceptible. Concentra la mirada en mi rostro hasta que empiezo a arrepentirme de habérselo preguntado.

—Quieres saber cómo me llamo.

No lo hago adrede, pero cierro los ojos un poco.

—Warner es tu apellido, ¿no?

Casi sonrío.

—Quieres saber cómo me llamo.

—No sabía que fuera un secreto.

Da un paso adelante. Tuerce los labios. Baja la vista, sus labios dibujan una tensa sonrisa. Me recorre el pómulos de una mejilla con un dedo enguantado.

—Te lo diré si tú me dices el tuyo —susurra, demasiado cerca de mi cuello.

Retrocedo un poco. Trago saliva.

—Ya sabes cómo me llamo.

No me mira a los ojos.

—Llevas razón. Lo diré de otra manera. Me refiero a que te diré cómo me llamo si me muestras tu secreto.

—¿Qué? —De pronto, respiro demasiado rápido.

Empieza a quitarse los guantes despacio y yo empiezo a sentir pánico.

—Demuéstrame de qué eres capaz.

Estoy apretando tanto la mandíbula que han comenzado a dolerme los dientes.

—No voy a tocarlo.

—De acuerdo. —Se quita el otro guante—. No necesito tu ayuda.

—No...

—No te preocupes. —Sonríe—. Estoy seguro de que a ti no te va a doler.

—No —jadeo—. No, no voy a... No puedo...

—Vale —espeto—. Vale. No quieres hacerme daño. Me siento muy halagado. —Casi pone los ojos en blanco. Mira por el pasillo. Ve a un soldado. Le hace un gesto—. ¿Jenkins?

Jenkins es ágil para lo grande que es, y enseguida está junto a mí.

—Señor. —Inclina un poco la cabeza a pesar de ser obviamente mayor que Warner. No puede tener más de 27 años; fornido, robusto, con una gran corpulencia. Me dirige una mirada de refilón. Sus ojos castaños son más cálidos de lo que esperaba.

—Voy a necesitar que acompañes a la señorita Ferrars abajo. Pero ten cuidado: es muy poco colaboradora y tratará de escapar de ti. —Sonríe muy despacio—. No importa lo que diga o haga ella, soldado: no la sueltes. ¿Queda claro?

Los ojos de Jenkins se abren como platos; parpadea, sus fosas nasales se dilatan, aprieta los puños a ambos costados. Respira brevemente. Asiente.

Jenkins no es idiota.

Empiezo a correr.

Salgo huyendo por el pasillo y paso corriendo por delante de una sucesión de soldados estupefactos, demasiado asustados como para detenerme. No sé qué hago, por qué creo que puedo escapar, adónde creo que podría ir. Me esfuerzo en llegar hasta el ascensor solo porque creo que me hará ganar tiempo. No sé qué otra cosa hacer.

Las órdenes de Warner rebotan por las paredes y estallan en mis tímpanos. No necesita perseguirme. Los demás hacen el trabajo por él.

Los soldados forman una fila delante de mí.

A mi lado.

Detrás de mí.

No puedo respirar.

Giro en el círculo de mi propia estupidez, aterrorizada, dolorida, petrificada al pensar en lo que voy a hacerle a Jenkins sin querer. En lo que va a hacerme a mí sin quererlo tampoco. En lo que va a pasarnos a los dos a pesar de nuestras mejores intenciones.

—Detenedla —ordena Warner suavemente. El silencio se ha adueñado de todos los rincones del edificio. Su voz es el único sonido que se oye en toda la planta.

Jenkins da un paso adelante.

Mis ojos se inundan y los cierro con fuerza. Me obligo a abrirlos. Pestañeo hacia la multitud y descubro un rostro familiar. Adam me está mirando, horrorizado.

La vergüenza cubre cada centímetro de mi cuerpo.

Jenkins me ofrece la mano.

Mis huesos empiezan a ceder, a crujir sincronizados con los latidos de mi corazón. Me derrumbo en el suelo, doblándome como una tortita endeble. Mis brazos están muy pero muy desprotegidos en esta raída camiseta.

—No... —Levanto una mano, vacilante, suplicando con la mirada, observando fijamente la cara de este hombre inocente—. Por favor, no... —Mi voz se quiebra—. No quieras tocarme...

—No he dicho que quiera. —La voz de Jenkins es grave y firme, está llena de pesar. Jenkins no tiene guantes, ni protección, ni preparación, ni defensa posible.

—Era una orden directa, soldado —brama Warner, y le pone una pistola en la espalda.

Jenkins me agarra las manos.

NO NO NO.

Jadeo.

La sangre se acelera por mis venas, corre por mi cuerpo como un río bravo, olas de calor que lamen mis huesos. Oigo su angustia, siento el poder que escapa de su cuerpo, oigo su corazón palpitando

en mi oído y mi cabeza da vueltas por la avalancha de adrenalina que fortalece mi ser.

Me siento viva.

Ojalá me doliera. Ojalá me mutilara. Ojalá me repugnara. Ojalá odiara la potente fuerza que envuelve mi esqueleto.

Pero no es así. Mi piel late con la vida de otro y no detesto la sensación.

Me odio a mí misma por disfrutarlo.

Disfruto al sentir cómo me lleno de más vida y más esperanza y más poder humano de lo que me creía capaz. Su dolor me proporciona un placer que no había pedido.

Y no me suelta.

Pero no me suelta porque no puede. Porque debo ser yo quien rompa la conexión. Porque la agonía lo incapacita. Porque ha caído en mi trampa.

Porque soy una Venus atrapamoscas.

Y soy mortífera.

Me caigo de espaldas y le doy una patada en el pecho, con el deseo de que se aparte de mí, con el deseo de que aparte su peso de mi pequeño cuerpo, y el suyo se desmorona sobre el mío. De repente me pongo a gritar e intento ver a través de la cortina de lágrimas que me oscurece la visión; estoy hipando, histérica, horrorizada por la expresión congelada de la cara de este hombre, sus labios paralizados, que aspiran aire hacia sus pulmones.

Me zafo de él y caigo al suelo. La marea de soldados se divide detrás de mí. Todos los rostros están grabados con el asombro y el miedo, con puro y absoluto pavor. Jenkins está tendido en el suelo y nadie se atreve a acercarse.

—¡Que alguien lo ayude! —grito—. ¡Que alguien lo ayude! Necesita un médico... Necesita que se lo lleven... Necesita... Nece... Dios mío, ¡qué he hecho...!

—Juliette...

—NO ME TOQUES... NO TE ATREVAS A TOCARME...

Warner se vuelve a poner los guantes y trata de calmarme, trata de alisarme el pelo, trata de secarme las lágrimas, y yo quiero acabar

con su vida.

—Juliette, tienes que calmarte...

—¡AYÚDALO! —grito mientras caigo de rodillas, con los ojos fijos en la figura tendida en el suelo. El resto de los soldados por fin se acercan, cautelosos, como si pudieran contagiarse de Jenkins—. Por favor... ¡Tenéis que ayudarlo! Por favor...

—Kent, Curtis, Soledad: ¡OCUPAOS VOSOTROS! —grita Warner a sus hombres antes de tomarme en brazos.

Sigo dando patadas cuando el mundo se vuelve de color negro.

CATORCE

El techo se enfoca y se desenfoca.

Tengo la cabeza pesada, la visión borrosa, el corazón en tensión. Noto un claro sabor a pánico en algún lugar debajo de la lengua y procuro recordar de dónde surge. Intento sentarme y no consigo comprender por qué estaba estirada.

Alguien ha colocado las manos sobre mis hombros.

—¿Cómo te encuentras? —Warner se cierne sobre mí.

De pronto, los recuerdos me queman los ojos y el rostro de Jenkins nada en mi conciencia, y asesto puñetazos y grito para que Warner se aparte de mí e intento zafarme de él, pero tan solo sonrío. Se ríe un poco. Me baja las manos suavemente hasta ponérmelas a los costados.

—Bueno, por lo menos estás despierta —suspira—. Por un momento me habías preocupado.

Intento controlar los temblores que me zarandean el cuerpo entero.

—Quítame las manos de encima.

Warner agita los dedos enfundados delante de mi cara.

—Estoy protegido. No te preocupes.

—Te odio.

—Cuánta pasión. —Se vuelve a reír. Parece tan tranquilo, entretenido de veras. Me observa con una mirada tan tierna que jamás creí que le vería.

Aparto la vista.

Se levanta. Toma un poco de aire.

—Para ti —dice recogiendo una bandeja de una mesita—. Te he traído comida.

Aprovecho el momento para incorporarme y mirar a mi alrededor. Estoy en una cama cubierta con telas doradas y bermellones del tono

de la sangre más oscura. El suelo está adornado con una alfombra gruesa y lujosa del color de una puesta de sol de verano. En esta habitación hace calor. Tiene el mismo tamaño que la que ocupaba antes, con muebles bastante comunes: cama, armario, mesitas de noche, un brillante candelabro colgando del techo. La única diferencia es que aquí hay una puerta extra y que en una mesita del rincón resplandece silencioso un candelabro. Hace tantos años que no veo fuego que he perdido la cuenta. Debo reprimir el impulso de alargar la mano y tocar la llama.

Me apoyo en los cojines y finjo no estar cómoda.

—¿Dónde estoy?

Warner se gira con un plato con pan y queso en la mano. En la otra sostiene un vaso de agua. Barre la habitación con la mirada como si fuera la primera vez que la ve.

—En mi dormitorio.

Si mi cabeza no estuviera haciéndose añicos, me tentaría la idea de escapar corriendo.

—Llévame a mi antigua habitación. No quiero estar aquí.

—Y, sin embargo, aquí estás. —Se sienta a los pies de la cama, a unos palmos de mí. Me acerca el plato—. ¿Tienes sed?

No sé si es porque no puedo pensar con claridad o porque estoy verdaderamente confundida, pero intento encajar las dos personalidades opuestas de Warner. Aquí está, ofreciéndome un vaso de agua después de haberme obligado a torturar a alguien. Levanto las manos y examino mis dedos como si los viera por primera vez.

—No entiendo.

Ladea la cabeza y me inspecciona como si me hubiera autolesionado de gravedad.

—Solo te he preguntado si tenías sed. No es tan difícil de entender. —Una pausa—. Bébetelo.

Tomo el vaso. Lo observo. Lo observo a él. Observo las paredes.

Debo de estar loca.

Warner suspira.

—No estoy seguro, pero creo que te desmayaste. Y creo que

deberías comer algo, aunque tampoco estoy del todo seguro. —Hace una pausa—. Es probable que hayas hecho demasiados esfuerzos en tu primer día. Culpa mía.

—¿Por qué eres amable conmigo?

La sorpresa que refleja su rostro me sorprende más a mí.

—Porque me preocupo por ti —se limita a responder.

—¿Que te preocupas por mí? —El entumecimiento de mi cuerpo empieza a disiparse. Me está subiendo la presión sanguínea y la ira se abre paso hacia mi conciencia—. ¡Casi maté a Jenkins por tu culpa!

—No mataste a...

—¡Tus soldados me golpearon! ¡Me tienes aquí como si fuera una prisionera! ¡Me amenazas! ¡Amenazas con matarme! No me das ninguna libertad y ¿dices que te preocupas por mí? —Estoy a punto de lanzarle el vaso de agua a la cara—. ¡Eres un monstruo!

Warner se gira, de manera que lo veo de perfil. Entrelaza las manos. Cambia de opinión. Se toca los labios.

—Solo intento ayudarte.

—Mentiroso.

Parece tener en cuenta lo que le digo. Asiente una sola vez.

—Sí. La mayoría de las veces soy un mentiroso.

—No quiero estar aquí. No quiero ser tu experimento. Deja que me vaya.

—No. —Se levanta—. Me temo que no puedo.

—¿Por qué no?

—Porque no. Porque... —Se acaricia los dedos. Se aclara la garganta. Su mirada se clava en el techo durante unos segundos—. Porque te necesito.

—¡Me necesitas para que mate a otras personas!

No contesta de inmediato. Se encamina hacia el candelabro. Se quita un guante. Le hace cosquillas a la llama con los dedos.

—Mira, soy muy capaz de matar por mí mismo, Juliette. En realidad, se me da bastante bien.

—Me das asco.

Se encoge de hombros.

—¿Cómo crees, si no, que alguien de mi edad puede controlar a tantísimos soldados? ¿Por qué, si no, mi padre iba a dejarme a cargo de un sector entero?

—¿Tu padre? —Me incorporo con repentina curiosidad, muy a mi pesar.

Warner ignora mi pregunta.

—La mecánica del miedo es bastante simple. Intimido a la gente y así la gente me escucha cuando hablo. —Sacude una mano—. Hoy en día, las amenazas vacías no sirven de gran cosa.

Aprieto los ojos.

—Así que matas a la gente para conseguir poder.

—Como tú.

—¿Cómo te atreves...?

Suelta una sonora carcajada.

—Eres libre de mentirte a ti misma, si eso hace que te sientas mejor.

—No me estoy mintiendo...

—¿Por qué tardaste tanto en romper la conexión con Jenkins?

Se me paraliza la boca.

—¿Por qué no te defendiste enseguida? ¿Por qué dejaste que te tocara durante tanto rato?

Mis manos empiezan a temblar y me las sujeto con fuerza.

—No sabes nada de mí.

—Y, en cambio, afirmas que tú me conoces muy bien.

Aprieto la mandíbula, no me fío de lo que le pueda decir.

—Por lo menos yo soy sincero —añade.

—¡Acabas de aceptar que eres un mentiroso!

Arquea una ceja.

— Por lo menos yo soy sincero sobre lo de ser un mentiroso.

Estampo el vaso de agua en la mesita. Me sujeto la cabeza con las manos. Intento calmarme. Aspiro una bocanada de aire.

—Entonces —digo con voz ronca—, ¿por qué me necesitas? Si eres un asesino excelente.

En su rostro se enciende y se apaga una sonrisa.

—Algún día te responderé a esa pregunta.

Intento protestar, pero me detiene con una mano. Toma un trozo de pan del plato. Me lo pone debajo de la nariz.

—Apenas has comido durante la cena. Eso no es bueno para tu salud.

No me muevo.

Deja el pan en el plato y el plato junto al vaso de agua. Se gira hacia mí. Contempla mis ojos con tal intensidad que me desarma durante unos segundos. Hay muchas cosas que quiero decir y gritar, pero por alguna razón he olvidado las palabras, que esperan en mi boca, impacientes. No consigo mirar hacia otro lado.

—Come algo. —Su mirada se aparta de mí—. Y luego duerme. Volveré a por ti por la mañana.

—¿Por qué no puedo dormir en mi habitación?

Se pone en pie. Se sacude el polvo de los pantalones sin motivo alguno.

—Porque quiero que te quedes aquí.

—Pero ¿por qué?

Suelta otra carcajada.

—Cuántas preguntas.

—Bueno, si me respondieras claramente...

—Buenas noches, Juliette.

—¿Vas a dejar que me vaya? —pregunto, esta vez en voz baja, esta vez con timidez.

—No. —Da 6 pasos hacia el rincón donde arde la vela—. Y tampoco te prometo que vaya a ponértelo más fácil. —En su voz no hay arrepentimiento, ni remordimientos, ni piedad. Podría estar hablando sobre el tiempo.

—A lo mejor estás mintiendo.

—Sí, a lo mejor sí. —Asiente, como para sí mismo. Sopla la vela.

Y desaparece.



Intento resistirme

Intento quedarme despierta

Intento aclararme la mente, pero no lo logro.

Me desplomo de puro agotamiento.

QUINCE

¿Por qué no te suicidas?, me preguntó alguien un día en la escuela.

Creo que era la clase de pregunta que pretendía ser cruel, pero fue la primera vez que pensé en esa posibilidad. No supe qué decir. Tal vez estaba tan loca como para valorarlo, pero siempre había albergado la esperanza de que, si era una chica lo bastante buena, si lo hacía todo bien, si decía lo apropiado o si me callaba... Creía que mis padres cambiarían de opinión. Creía que por fin me escucharían cuando intentara hablar con ellos. Creía que me darían una oportunidad. Creía que quizá me querrían al fin.

Siempre tuve esa ridícula esperanza.



—Buenos días.

Sobresaltada, abro los ojos de golpe. Siempre he tenido un sueño muy ligero.

Warner está mirándome, sentado a los pies de su propia cama vestido con un traje impecable y unas botas pulidas a la perfección. Todo en él es meticuloso. Inmaculado. Su aliento es fresco en el aire matutino y vigorizante. Lo noto en la cara.

Tardo unos instantes en darme cuenta de que estoy enredada en las mismas sábanas en las que ha dormido Warner. Mi rostro empieza a arder de pronto e intento liberarme. Casi me caigo de la cama.

No lo saludo.

—¿Has dormido bien? —pregunta.

Levanto la vista. Sus ojos son de un extraño tono verde: brillantes, cristalinos, penetrantes de la manera más inquietante. Tiene el pelo espeso, el tipo de dorado más valioso; su cuerpo es esbelto y común, pero sus manos son muy fuertes. Por primera vez reparo en que

lleva un anillo de jade en el dedo meñique de la mano izquierda.

Me pilla observándolo y se levanta. Se pone los guantes y se lleva las manos a la espalda.

—Ha llegado el momento de que vuelvas a tu habitación.

Parpadeo. Asiento. Me levanto y casi me caigo al suelo. Me agarro a un lado de la cama y procuro estabilizar mi mareada cabeza. Oigo suspirar a Warner.

—No has comido lo que te dejé anoche.

Agarro el vaso de agua con manos temblorosas y me obligo a comer un poco de pan. Mi cuerpo está tan acostumbrado a pasar hambre que ya no me doy ni cuenta.

Cuando dejo de sentirme tan mareada, Warner me acompaña hasta la puerta. Sigo sosteniendo un pedazo de queso en la mano.

Casi lo suelto cuando salgo de la habitación.

Hay incluso más soldados aquí que en mi planta. Cada uno de ellos está equipado con por lo menos 4 tipos de armas, algunas colgadas al cuello, otras atadas a los cinturones. Todos muestran una expresión de terror al verme. El terror se ilumina y se desvanece tan rápido que podría no haberlo visto, pero es demasiado obvio: todos aferran sus armas un poco más fuerte cuando paso junto a ellos.

Warner parece satisfecho.

—Su miedo te beneficia —me susurra al oído.

Mi humanidad descansa en un millón de fragmentos sobre este suelo alfombrado.

—Nunca he querido que me tuvieran miedo.

—Pues deberías. —Se detiene. Sus ojos me llaman «idiota»—. Si no te tienen miedo, te cazarán.

—La gente caza día sí y día también a seres a los que teme.

—Ahora al menos saben a quién se enfrentan. —Sigue andando por el pasillo, pero mis pies están pegados al suelo. Comprenderlo es un jarro de agua helada que me cae por la espalda.

—¿Me obligaste a hacer lo que le hice a Jenkins? ¿Fue adrede?

Warner está ya 3 pasos por delante de mí, pero percibo la sonrisa de su rostro.

—Todo lo que hago es adrede.

—Querías que protagonizara un espectáculo. —El corazón se acelera en mi muñeca, late en mis dedos.

—Intentaba protegerte.

—¿De tus propios soldados? —Corro para llegar hasta él, ardiente de indignación—. A costa de la vida de un hombre...

—Entra. —Warner ha llegado al ascensor. Sujeta las puertas para que no se cierren.

Lo sigo.

Pulsa los botones adecuados.

Las puertas se cierran.

Me giro para hablar.

Me acorrala.

Estoy en el extremo más alejado de este habitáculo de cristal y, de repente, me pongo nerviosa. Con las manos me agarra los brazos y sus labios están peligrosamente cerca de mi cara. Su mirada está clavada en la mía, sus ojos destellan; es peligroso. Pronuncia una sola palabra:

—Sí.

Tardo unos instantes en recuperar la voz.

—¿Sí, qué?

—Sí, respecto de mis soldados. Sí, a costa de la vida de un hombre.

—Aprieta la mandíbula. Habla entre dientes—. Comprendes muy poco acerca de mi mundo, Juliette.

—Trato de comprender...

—No es verdad —me espeta. Sus pestañas son como hilos de oro individuales que desprenden llamaradas. Casi me entran ganas de tocarlas—. No comprendes que el poder y el control pueden escapársete de las manos en cualquier momento e incluso cuando crees que estás más preparado. Son dos cosas nada fáciles de conseguir. Son dos cosas más difíciles todavía de conservar. —Intento hablar, pero me interrumpe—. ¿Crees que no sé cuántos de mis soldados me odian? ¿Crees que no sé que les gustaría verme fracasar? ¿Crees que no hay otros a quienes les encantaría ocupar el puesto por el que he tenido que esforzarme tanto...?

—No te echas flores...

Warner elimina los últimos centímetros que nos separaban y mis palabras caen al suelo. No puedo respirar. La tensión de todo su cuerpo es tan intensa que resulta casi tangible y creo que mis músculos han empezado a paralizarse.

—Eres una ingenua —me dice con voz dura, baja, un susurro insoportable contra mi piel—. No te das cuenta de que supones una amenaza para todos los de este edificio. Tienen todas las razones del mundo para hacerte daño. No ves que intento ayudarte...

—¡Haciéndome daño! —estallo—. ¡Haciendo daño a otros!

Su risa es fría, abatida. Se aparta de mí, de repente asqueado. Las puertas del ascensor se abren, pero él no sale. Veo mi puerta desde aquí.

—Vuelve a tu habitación. Lávate. Cámbiate. En tu armario hay vestidos.

—No me gustan los vestidos.

—Tampoco creo que te guste ver eso —dice con un movimiento de cabeza. Sigo su mirada y veo una sombra colosal delante de mi puerta. Me giro para que me lo explique, pero no dice nada. De repente está tranquilo, sus rasgos exentos de toda emoción. Me toma la mano, me aprieta los dedos, dice—: Volveré a por ti dentro de exactamente una hora. —Y las puertas del ascensor se cierran antes de que yo pueda protestar. Empiezo a preguntarme si es una coincidencia que la persona que tiene menos miedo a tocarme sea un monstruo.

Doy un paso adelante y me atrevo a mirar más de cerca al soldado que se alza en la oscuridad.

Adam.

Ay, Adam.

Adam, que sabe sin ninguna duda de qué soy capaz.

Mi corazón es un globo de agua que me explota en el pecho. Mis pulmones se columpian en mi caja torácica. Me da la sensación de que todos los puños del mundo han decidido golpearme en el estómago. No debería importarme tanto, pero así es.

Me va a odiar para siempre. Ni siquiera me va a mirar.

Espero a que me abra la puerta, pero no se mueve.

—¿Adam? —me atrevo, vacilante—. Necesito tu tarjeta para entrar.

Veo cómo traga saliva y respira brevemente, y de inmediato percibo que algo va mal. Me acerco, pero un gesto rápido y firme de su cabeza me indica que no me aproxime. ~~No toco a la gente no me acerco a la gente soy un monstruo.~~ No quiere que esté cerca de él. Claro que no. Nunca debería olvidar quién soy.

Abre mi puerta con gran dificultad y me doy cuenta de que alguien le ha hecho daño en un sitio que no veo. Las palabras de Warner acuden a mi cabeza y reconozco que su tranquila despedida era una advertencia. Una advertencia que amputa todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo.

A Adam lo castigarán por mis errores. Por mi desobediencia.

Quiero enterrar mis lágrimas en un balde de arrepentimiento.

Atravieso la puerta y vuelvo a mirar a Adam por última vez, incapaz de sentir triunfo alguno por su dolor. A pesar de todo lo que ha hecho, no sé si soy capaz de odiarlo. No a Adam. No al chico al que conocí.

—El vestido morado —me dice, con voz quebrada y un poco entrecortada, como si le doliera respirar. Me estrujo las manos para evitar correr hacia él—. Ponte el vestido morado. —Tose—. Juliette.

Seré el maniquí perfecto.

DIECISÉIS

En cuanto llego a la habitación, abro el armario y saco el vestido morado de la percha antes de recordar que están observándome. *Las cámaras*. Me pregunto si a Adam también lo habrán castigado por haberme hablado de las cámaras. Me pregunto si habrá corrido otros riesgos conmigo. Me pregunto por qué iba a correrlos.

Toco el tejido rígido y moderno del vestido morado, y mis dedos se deslizan hasta el dobladillo, como hizo ayer Adam. No puedo evitar preguntarme por qué le gusta tanto este vestido. Por qué tengo que ponerme este. Por qué tengo que ponerme un vestido.

No soy una muñeca.

Mi mano se detiene en el pequeño estante de madera que hay bajo la ropa colgada y una textura desconocida me roza la piel. Es dura y extraña, pero al mismo tiempo me resulta familiar. Me acerco más al armario y me escondo entre las puertas. Mis dedos acarician la superficie y un rayo de sol crece en mi estómago hasta que no me cabe duda de que ardo de esperanza y de una fuerza de estúpida felicidad tan potente que me sorprende que mi rostro no esté bañado en lágrimas.

Mi libreta.

Ha salvado mi libreta. ~~Adam ha salvado mi única posesión.~~

Agarro el vestido morado y meto el bloc de notas entre los pliegues antes de escabullirme hacia el baño.

~~El baño en el que no hay cámaras.~~

~~El baño en el que no hay cámaras.~~

~~El baño en el que no hay cámaras.~~

Ahora entiendo que estaba intentando decírmelo. En el cuarto de baño. Estaba intentando decirme algo y yo estaba tan asustada que lo ahuyenté.

~~Lo ahuyenté.~~

Cierro la puerta tras de mí y mis manos tiemblan al desplegar las familiares hojas unidas gracias a un viejo pegamento. Hojeo las páginas para asegurarme de que están todas y mis ojos se posan en el texto más reciente. En el margen inferior hay algo diferente. Una frase nueva que no está escrita con mi letra.

Una frase nueva que debe de haberla escrito él:

No es lo que piensas.

Me quedo completamente inmóvil.

Cada centímetro de mi piel está en tensión, lleno de sentimiento, y en mi pecho aumenta la presión, palpitando más ruidosa, más rápida y más fuerte, sobrecompensada por mi quietud. No tiemblo cuando estoy congelada en el tiempo. Entreno mi respiración para ralentizarla, cuento cosas que no existen, invento números de los que no dispongo, me imagino que el tiempo es un reloj de arena roto que sangra segundos a través de la arena. Me atrevo a creer.

Me atrevo a abrigar la esperanza de que Adam esté intentando acercarse a mí. Estoy lo bastante loca como para creer en esa posibilidad.

Arranco la página de la libretita y la aferro con fuerza, tragándome por voluntad propia la histeria que cosquillea en cada fragmento destrozado de mi mente.

Escondo la libreta en un bolsillo del vestido morado. El bolsillo en el que Adam la debe de haber metido. El bolsillo del que se debe de haber caído. El bolsillo del vestido morado. ~~El bolsillo del vestido morado.~~

La esperanza es un bolsillo de posibilidades.

La aferro con las manos.



Warner no llega tarde.

Tampoco llama a la puerta.

Me estoy poniendo los zapatos cuando entra sin pronunciar

palabra alguna, sin esforzarse en hacer notar su presencia. Sus ojos repasan todo mi cuerpo. Mi mandíbula se tensa por sí sola.

—Le has hecho daño —me sorprende diciendo.

—No debería preocuparte —dice inclinando la cabeza para señalar hacia mi vestido—. Pero es obvio que te preocupa.

Sello los labios y rezo por que mis manos no tiemblen demasiado. No sé dónde está Adam. No sé cuán graves son sus heridas. No sé qué va a hacer Warner, hasta dónde va a llegar con tal de lograr lo que quiere, pero la idea de que Adam esté sufriendo es una mano helada que me estruja el esófago. No puedo respirar. Me da la impresión de que estoy tragándome un mondadientes. Que Adam esté intentando ayudarme podría costarle la vida.

Toco el pedazo de papel que he metido en mi bolsillo.

Respira.

Warner mira por mi ventana.

Respira.

—Ha llegado el momento de irse —dice.

Respira.

—¿Adónde vamos?

No responde.

Salimos por la puerta. Miro a mi alrededor. El pasillo está desierto, no hay nadie.

—¿Dónde está Adam la gente...?

—Me gusta mucho ese vestido —comenta Warner mientras coloca un brazo alrededor de mi cintura. Me aparto, pero me estrecha contra su cuerpo y me guía hacia el ascensor—. Te queda espectacular. Me ayuda a distraerme de tus numerosas preguntas.

—Tu pobre madre.

Warner casi tropieza con sus propios pies. Sus ojos se abren, alarmados. Se detiene a pocos pasos de nuestro destino. Se da la vuelta.

—¿A qué te refieres?

Me da un vuelco el estómago.

La expresión de su rostro: tensión desprotegida, terror acobardado, aprensión repentina en cada uno de sus rasgos.

Solo intentaba bromear, es lo que no le digo. Lo siento por tu pobre madre, es lo que iba a decirle, porque tiene que lidiar con un hijo tan miserable y patético. Pero no digo nada de todo eso.

Me agarra las manos, clava los ojos en los míos. La urgencia late en sus sienes.

—¿A qué te refieres? —insiste.

—Na-nada —tartamudeo. Se me quiebra la voz—. Yo no... Solo era una broma...

Warner me suelta las manos como si ardieran. Aparta la mirada. Se encamina hacia el ascensor y no espera a que lo alcance.

Me pregunto qué es lo que está ocultándome.

Cuando hemos bajado varias plantas y avanzamos por un pasillo desconocido hacia una salida desconocida, por fin me mira. Me dedica 4 palabras.

—Bienvenida a tu futuro.

DIECISIETE

Nado bajo la luz del sol.

Warner sujeta una puerta que lleva directamente al exterior y estoy tan poco preparada para la experiencia que a duras penas veo bien. Me sujeta por el codo para estabilizar mis pasos y lo miro a los ojos.

—Vamos a salir. —Lo digo porque necesito verbalizarlo en voz alta. Porque el mundo exterior es un premio que casi nunca me dan. Porque no sé si Warner intenta volver a ser amable conmigo. Mi mirada vuela de él a algo que parece un patio de hormigón y de vuelta a él—. ¿Qué hacemos fuera?

—Debemos ocuparnos de unos asuntos. —Tira de mí hacia el centro de este nuevo universo y yo me separo de él, alargando el brazo para tocar el cielo, como si esperara que se acordara de mí. Las nubes son grises como han sido siempre, pero hay pocas y son modestas. El sol está alto alto alto, recostado en un telón de fondo para guiar los rayos y dirigirlos en nuestra dirección. Me pongo de puntillas e intento tocarlo. El viento me envuelve los brazos y sonrío contra mi piel. El aire fresco y sedoso trenza una suave brisa en mi pelo. Este patio cuadrado bien podría ser mi salón de baile.

Quiero bailar con los elementos.

Warner me agarra la mano. Me giro.

Está sonriendo.

—Esto —dice haciendo gestos hacia el mundo frío y gris que se alza a nuestros pies—. ¿Esto te hace feliz?

Miro a mi alrededor. Me doy cuenta de que el patio no es exactamente una azotea, sino un espacio entre dos edificios. Me acerco lentamente al borde y más abajo veo tierra muerta y árboles desnudos y desperdigadas instalaciones a lo largo de varios kilómetros.

—El aire frío huele a limpio —le digo—. Fresco. Nuevo. Es el olor más maravilloso del mundo.

Me mira con ojos divertidos, preocupados, interesados y confundidos al mismo tiempo. Menea la cabeza. Se alisa la chaqueta y mete la mano en un bolsillo interior. Extrae una pistola con empuñadura de oro que centellea bajo la luz del sol.

Suelto un jadeo entrecortado.

Inspecciona la pistola de una forma que no comprendo, supongo que para comprobar si está cargada. La desliza por su mano, con el dedo listo justo encima del gatillo. Se vuelve y por fin ve la expresión de mi rostro.

Casi se echa a reír.

—No te preocupes. No es para ti.

—¿Por qué tienes una pistola? —Trago con dificultad, cruzando los brazos con fuerza sobre el pecho—. ¿Qué estamos haciendo aquí?

Warner se guarda la pistola en el bolsillo y camina hacia el extremo opuesto del patio. Me hace un gesto para que me acerque. Avanzo hacia él. Sigo su mirada. Miro por encima de la valla.

Todos los soldados del edificio están de pie 5 metros más abajo.

Distingo casi 50 filas, todas alineadas a la perfección, separadas a la perfección, tantos soldados en fila india que pierdo la cuenta. Me pregunto si Adam estará entre la multitud. ~~Me pregunto si me verá.~~

~~Me pregunto qué pensará ahora de mí.~~

Los soldados se encuentran en un espacio cuadrado casi idéntico al que ocupamos Warner y yo, pero forman una masa negra organizada: pantalones negros, camisas negras, botas negras hasta la rodilla; ni una pistola a la vista. Todos están con el puño izquierdo sobre el corazón. Inmóviles.

Negro y gris

y

negro y gris

y

negro y gris

y

desolador.

De repente, me doy cuenta de que mi conjunto es muy poco práctico. De repente, el viento es demasiado cruel, demasiado frío, demasiado doloroso al soplar entre la muchedumbre. Me estremezco, y no tiene nada que ver con la temperatura. Busco a Warner con la mirada, pero ya ha ocupado su posición en el extremo del patio; es evidente que lo ha hecho muchas veces. Extrae del bolsillo un cuadradito de metal agujereado y se lo lleva a los labios; al hablar, su voz fluye entre la multitud como si se hubiera amplificado.

—Sector 45.

Una palabra. Un número.

Todo el grupo se mueve: sueltan el puño izquierdo, ponen la mano izquierda en el costado; se colocan el puño derecho sobre el pecho. Son una máquina bien engrasada que trabaja en perfecta sincronía. Si no estuviera tan inquieta, creo que estaría impresionada.

—Esta mañana vamos a tratar dos asuntos. —La voz de Warner penetra en el ambiente: tajante, clara, insoportablemente segura—. El primero está de pie a mi lado.

Miles de ojos se clavan en mí. Me encojo un poco.

—Juliette, ven, por favor. —2 dedos se posan en 2 puntos de mi cuerpo y me invitan a avanzar.

Unos pocos pasos y me ven.

Warner me rodea el cuerpo con un brazo. Me estremezco. La multitud se sobresalta. Mi corazón late fuera de control. Estoy demasiado asustada como para alejarme de él. Su pistola está demasiado cerca de mi cuerpo.

Los soldados parecen sorprendidos de que Warner esté dispuesto a tocarme.

—Jenkins, ¿te importa dar un paso adelante, por favor?

Mis dedos corren una maratón por mi muslo. No puedo quedarme quieta. No puedo apaciguar las palpitaciones que estallan en mi sistema nervioso. Jenkins abandona la formación; lo localizo de inmediato.

Está bien.

Santo Dios.

Está bien.

—Jenkins tuvo el placer de conocer anoche a Juliette —continúa Warner. La feroz tensión entre los hombres es casi tangible. Por lo visto, nadie sabe qué derroteros tomará el discurso. Y, por lo visto, nadie ha oído aún la historia de Jenkins. Mi historia—. Espero que todos la recibáis con la misma amabilidad —añade con una carcajada dibujada en los labios—. Se quedará un tiempo con nosotros, y será un activo muy valioso para nuestros esfuerzos. El Restablecimiento le da la bienvenida. Yo le doy la bienvenida. Vosotros deberíais darle la bienvenida.

Los soldados bajan los puños a la vez, todos exactamente al unísono.

Se mueven como si fueran un único cuerpo, 5 pasos atrás, 5 pasos adelante, 5 pasos en el mismo lugar. Levantan el brazo izquierdo y forman un puño con los dedos.

Y apoyan una rodilla en el suelo.

Corro hacia el borde, ansiosa por ver más de cerca ese número tan extraño y coreografiado. Nunca he visto nada parecido.

Warner hace que se queden así, inclinados de esa manera, con los puños alzados de esa forma. No dice nada durante por lo menos 30 segundos. Y luego toma la palabra.

—Bien.

Los soldados se incorporan y de nuevo se colocan el puño derecho sobre el pecho.

—El segundo asunto que nos ocupa es aún más agradable que el primero —prosigue Warner, aunque diría que no siente ningún placer al decirlo. Sus ojos se clavan en los soldados de abajo, dos esquiras de esmeralda que parpadean como llamas verdes sobre los cuerpos—. Delalieu tiene un informe para nosotros.

Se pasa una eternidad tan solo observando a los soldados, dejando que esas pocas palabras marinen en sus mentes. Dejando que la imaginación los vuelva locos. Dejando que los culpables tiemblen de angustia.

Warner guarda silencio durante un buen rato.

Nadie se mueve durante un buen rato.

Empiezo a temer por mi vida, a pesar de sus anteriores garantías. Empiezo a preguntarme si yo seré la culpable. Si tal vez la pistola de su bolsillo estará destinada a mí. Al final me atrevo a mirar hacia él. Me contempla por primera vez y no tengo ni idea de cómo interpretarlo.

Su expresión esconde 10.000 posibilidades, y todas ellas me clavan la mirada.

—Delalieu —dice, sin dejar de observarme—. Da un paso adelante.

Un hombre delgado y calvo con un traje un poco más adornado emerge de la avanzadilla de la quinta fila. No parece del todo estable. Agacha un poco la cabeza.

—Señor —trina.

Warner por fin libera mis ojos y asiente, casi de forma imperceptible, en dirección al hombre calvo.

Delalieu recita:

—Tenemos una acusación contra el soldado 45B-76423. Seamus Fletcher.

Los soldados están paralizados en la formación, paralizados de alivio, paralizados de miedo, paralizados de ansiedad. Nada se mueve. Nada respira. Incluso el viento teme proferir algún sonido.

—Fletcher. —Una palabra de Warner y varios centenares de cuellos se vuelven en la misma dirección.

Fletcher da un paso adelante.

Parece una galleta de jengibre con forma de hombrecillo. Pelo anaranjado. Pecas anaranjadas. Labios de un rojo casi artificial. Su rostro está desprovisto de toda emoción.

Nunca he sentido tanto miedo por un desconocido.

Delalieu vuelve a tomar la palabra.

—Encontraron al soldado Fletcher en una zona no regulada confraternizando con civiles sospechosos de pertenecer al partido rebelde. Había robado comida y suministros de las unidades de almacenamiento destinadas a los ciudadanos del sector 45. No se sabe si ha compartido información confidencial.

Warner dirige la mirada hacia el hombrecillo de jengibre.

—¿Niegas las acusaciones, soldado?

Las fosas nasales de Fletcher se ensanchan. Aprieta la mandíbula.
Su voz se quiebra al hablar.

—No, señor.

Warner asiente. Inspira un poco de aire. Se relame los labios.

Y le dispara en la frente.

DIECIOCHO

Nadie se mueve.

En el rostro de Fletcher se ha grabado un terror permanente al desplomarse en el suelo. Estoy tan impresionada ante la imposibilidad de todo que no sé decir si estoy soñando o no, no sé determinar si estoy muriendo o no, no sé deducir si desmayarme es o no es una buena idea.

Las extremidades de Fletcher se curvan en extraños ángulos sobre el frío suelo de hormigón. La sangre forma un charco a su alrededor y nadie se mueve aún. Nadie dice ni una sola palabra. Nadie lanza ni una sola mirada de terror.

No paro de tocarme los labios para ver si mis gritos se han escapado.

Warner vuelve a meterse la pistola en el bolsillo de la chaqueta.

—Sector 45, podéis retiraros.

Todos los soldados apoyan una rodilla en el suelo.

Warner se guarda el dispositivo metálico de amplificación en el traje y tiene que empujarme para moverme del sitio en el que me he quedado pegada al suelo. Tropezco conmigo misma, tengo las piernas débiles y los huesos doloridos. Siento náuseas, delirio, soy incapaz de mantenerme en pie. Intento hablar una y otra vez, pero las palabras están adheridas a mi lengua. De pronto estoy sudando y de pronto me congelo, y de pronto me encuentro tan mal que veo manchas que me nublan la vista.

Warner intenta sacarme por la puerta.

—De verdad, tienes que comer más —me dice.

Tengo los ojos muy abiertos, la boca muy abierta, todo muy abierto porque noto agujeros por todas partes, agujeros que me horadan el cuerpo de punta a punta.

Mi corazón debe de estar sangrando fuera de mi pecho.

Miro hacia abajo y no entiendo por qué no hay sangre en el vestido, por qué este dolor de mi corazón parece tan real.

—Lo has matado —logro susurrar—. Lo acabas de matar...

—Muy perspicaz.

—¿Por qué lo has matado por qué has querido matarlo cómo has podido hacer algo así...?

—Abre bien los ojos, Juliette. No es momento de quedarse dormida.

Le agarro la camisa. Lo detengo antes de que se meta dentro. Una ráfaga de viento me abofetea en la cara y de repente controlo los sentidos. Lo empujo con fuerza y se golpea la espalda con la puerta.

—Me das asco. —Me quedo mirando fijamente sus fríos ojos cristalinos—. Me das mucho asco...

Me retuerce y me gira para clavarme contra la puerta. Me rodea la cara con las manos enguantadas, inmovilizando mi mirada. Con las mismas manos con las que acaba de matar a un hombre.

Estoy atrapada.

Paralizada.

Ligeramente aterrada.

Roza mi mejilla con un pulgar.

—La vida es un lugar lúgubre —susurra—. A veces debes aprender a ser el primero en disparar.



Me sigue hasta mi habitación.

—Deberías dormir —comenta. Es la primera vez que me dirige la palabra desde que nos hemos marchado de la azotea—. Te mandaré comida a la habitación, pero aparte de eso me aseguraré de que nadie te moleste.

~~—¿Dónde está Adam? ¿Está a salvo? ¿Se encuentra bien? ¿Vas a hacerle daño?~~

Warner se estremece antes de recuperar la compostura.

—¿Por qué te preocupas por él?

~~Me he preocupado por Adam desde que iba a tercer curso.~~

—¿No debería estar vigilándome? Porque no está aquí. ¿Eso significa que a él también lo vas a matar? —Me siento ridícula. Soy valiente porque me siento ridícula. Las palabras salen volando de mi boca sin paracaídas.

—Solo mato a la gente si es necesario.

—Muy generoso.

—Más que la mayoría.

Suelto una triste risotada, dirigida a mí misma.

—Tómame el resto del día libre. Nuestro trabajo de veras empezará mañana. Adam te traerá a mi presencia. —Me sostiene la mirada. Reprime una sonrisa—. Mientras tanto, intenta no matar a nadie.

—Tú y yo —le digo mientras la ira recorre mis venas—, tú y yo no somos iguales...

—Eso no te lo crees ni tú.

—¿Crees que puedes comparar mi... mi enfermedad... con tu locura...?

—¿Enfermedad? —Se abalanza hacia mí, repentinamente exaltado, y yo intento no ceder terreno—. ¿Crees que tienes una enfermedad? —me grita—. ¡Tienes un don! ¡Tienes una habilidad extraordinaria que no te molestas en comprender! Tu potencial...

—¡No tengo potencial!

—Te equivocas. —Me fulmina con la mirada. No hay otra manera de describirlo. Podría decir que en este momento me odia. Me odia porque me odio a mí misma.

—Bueno, el asesino eres tú —le suelto—. Supongo que tienes razón.

Su sonrisa está atada con dinamita.

—Vete a dormir.

—Vete al infierno.

Aprieta la mandíbula. Se encamina hacia la puerta.

—En ello estoy.

DIECINUEVE

La oscuridad me asfixia.

Mis sueños son sangrientos y sangrantes, y la sangre sangra por toda mi cabeza y ya no puedo seguir durmiendo. Los únicos sueños que antes me daban paz han desaparecido y no sé cómo traerlos de vuelta. No sé cómo encontrar al pájaro blanco. No sé si algún día echará a volar. Lo único que sé es que, cuando ahora cierro los ojos, no veo más que devastación. Disparan a Fletcher una y otra y otra vez y Jenkins muere en mis brazos y Warner le dispara a Adam en la cabeza y el viento canturrea fuera de mi ventana con voz aguda y desafinada y no tengo el valor para decirle que pare.

La ropa me está dejando congelada.

La cama que hay debajo de mi espalda está repleta de nubes quebradas y nieve recién caída; es demasiado suave, demasiado cómoda. Me recuerda demasiado a cuando dormí en la habitación de Warner y no puedo soportarlo. Me da miedo meterme entre esas sábanas.

No puedo evitar preguntarme si Adam estará bien, si volverá algún día, si Warner seguirá haciéndole daño cada vez que yo desobedezca. En realidad, no debería importarme tanto.

El mensaje de Adam en mi libreta podría ser solamente una parte del plan de Warner para volverme loca.

Gateo por el duro suelo y busco en mi puño el trozo de papel arrugado que llevo 2 días agarrando. Es la única esperanza que me queda y ni siquiera sé si es real.

Me estoy quedando sin opciones.

—¿Qué haces?

Reprimo un grito y trastabillo al levantarme, y casi le doy un golpe a Adam, que está tumbado en el suelo a mi lado. Ni siquiera lo había visto.

—¿Juliette? —No se mueve ni un centímetro. Su mirada está clavada en mí: calmada, imperturbable, como 2 cubos de agua de río a la medianoche. Me gustaría llorar en sus ojos.

No sé por qué le cuento la verdad.

—No podía dormir ahí arriba.

No me pregunta por qué. Se levanta y tose con un gruñido y me acuerdo de que está herido. Me pregunto qué clase de dolor sentirá. No le formulo preguntas mientras agarra una almohada y la manta de mi cama. Coloca la almohada en el suelo.

—Túmbate aquí —se limita a decirme. Me lo dice en voz muy baja.

~~Es lo que quiero que me diga durante todo el día cada día para siempre:~~

No han sido más que 2 palabras y no sé por qué me ruborizo. Me tumbo a pesar de las alarmas que suenan por mi sangre y apoyo la cabeza en la almohada. Adam cubre mi cuerpo con la manta. Se lo permito. Veo que sus brazos se flexionan bajo las sombras de la noche; la luna se asoma por la ventana y con su resplandor ilumina la silueta de Adam. Se tumba en el suelo y solo deja unos palmos de distancia entre nosotros. No pide taparse con ninguna manta. No utiliza ninguna almohada. Sigue durmiendo sin camiseta y me doy cuenta de que no sé respirar. Me doy cuenta de que en su presencia probablemente no respire jamás.

—No hace falta que vuelvas a gritar —me susurra.

Me quedo sin aliento por completo.

Cierro los dedos alrededor de la posibilidad de que Adam me toque la mano y me adentro en el sueño más profundo de toda mi vida.



Mis ojos son 2 ventanas entreabiertas por el caos del mundo.

Una brisa fría estremece mi piel y me siento, me froto los ojos y veo que Adam ya no está a mi lado. Parpadeo y me subo a la cama, en la que recoloco la almohada y la manta.

Miro hacia la puerta y me pregunto qué me espera al otro lado.

Miro hacia la ventana y me pregunto si algún día veré volar a un pájaro.

Miro hacia el reloj de la pared y me pregunto qué significa volver a vivir según lo que marcan los números. Me pregunto qué significa que sean las 6:30 de la mañana en este edificio.

Decido lavarme la cara. La idea me entusiasma y esa emoción me avergüenza un poco.

Abro la puerta del baño y veo el reflejo de Adam en el espejo. Sus rápidas manos se bajan la camiseta antes de darme la oportunidad de fijarme en los detalles, pero he visto lo suficiente como para percibir lo que no veía en la oscuridad.

Está lleno de moratones.

Es como si me hubieran partido las piernas. No sé cómo ayudarlo. Ojalá pudiera ayudarlo.

—Lo siento —se apresura a decir—. No sabía que estabas despierta. —Tira de la parte inferior de su camiseta como si no fuera lo bastante larga para fingir que estoy ciega.

Asiento a la nada. Miro los azulejos bajo mis pies. No sé qué decir.

—Juliette. —Su voz abraza con tal suavidad las letras de mi nombre que me muero 5 veces en un segundo. Su rostro es un bosque de emociones. Menea la cabeza—. Lo siento —me dice tan bajo que estoy segura de habérmelo imaginado—. No es... —Aprieta la mandíbula y se pasa una mano por el pelo, nervioso—. Todo esto... no es...

Abro la palma de la mano. El papel es una bola de posibilidades arrugada.

—Ya lo sé.

El alivio se adueña de todos los rasgos de su rostro y de repente sus ojos son el único consuelo que voy a necesitar jamás. Adam no me ha traicionado. No sé por qué ni cómo ni qué ni nada salvo que sigue siendo mi amigo.

Está justo delante de mí y no quiere que me muera.

Doy un paso adelante y cierro la puerta.

Abro la boca para hablar.

—¡No!

Me quedo boquiabierta.

Espera, me dice con un gesto. Sus labios se mueven, pero no producen ningún ruido. Me doy cuenta de que la ausencia de cámaras no significa que no haya micrófonos en el cuarto de baño. Adam mira a su alrededor y a todas partes.

Deja de mirar.

La ducha tiene 4 paredes de mármol pulido y Adam abre la mampara antes de que me fije en lo que está pasando. Abre el grifo a plena potencia y se oye el estruendo del agua, que retumba en la estancia y lo envuelve todo como si tronara en el vacío que nos rodea. El espejo ya está empañado por el vapor y, en cuanto creo que empiezo a entender su plan, me levanta con los brazos y me mete en la ducha.

Mis gritos son vapor, jadeos insignificantes que no puedo sujetar.

El agua caliente me empapa la ropa. Me bombardea el pelo y llueve por mi cuello, pero lo único que siento son sus manos en mi cintura. Me apetece gritar sin motivo alguno.

Sus ojos me dejan inmóvil. Su necesidad prende mis huesos. Por los planos pulidos de su cara serpentean riachuelos de agua, y con los dedos me aprieta contra la pared.

Sus labios sus labios sus labios sus labios sus labios

Mis ojos se esfuerzan en no pestañear

Mis piernas se han ganado el derecho a temblar

Mi piel se chamusca en todos los puntos en que no me toca.

Sus labios están tan cerca de mi oído que soy agua y nada y todo y me fundo en un deseo tan desesperado que me quema por dentro al tragármelo.

—Puedo tocarte —dice, y me pregunto por qué tengo colibríes en el corazón—. No lo supe hasta la otra noche —murmura, y estoy demasiado embriagada como para digerir el peso de algo que no sea su cuerpo, que está tan tan cerca del mío—. Juliette... —Se acerca más a mí y me doy cuenta de que no presto atención a nada más que a los dientes de león que soplan deseos en mis pulmones. Abro los ojos de golpe y él se lame el labio inferior un milisegundo y algo en

mi cerebro nace con un estallido.

Jadeo. Jadeo. Jadeo.

—¿Qué estás haciendo...?

—Juliette, por favor... —Su voz suena ansiosa y mira tras de sí como si no estuviera seguro de si estamos a solas—. La otra noche...

—Aprieta los labios. Cierra los ojos durante medio segundo y me maravillo con las gotas gotas gotas de agua caliente atrapadas en sus pestañas como perlas forjadas en el dolor. Sus dedos suben poco a poco por los lados de mi cuerpo como si se esforzara por mantenerlos en un sitio, como si se esforzara por no tocarme por todas partes por todas partes por todas partes y sus ojos se embeben de los 165 centímetros de mi cuerpo y estoy tan, tan, tan atrapada.

—Por fin lo he entendido —me dice al oído—. Sé... Sé por qué te quiere Warner. —Sus dedos son 10 puntos de electricidad que me están matando con algo que nunca he experimentado. Algo que siempre he querido sentir.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —le susurro, destrozada, muriéndome en sus brazos—. ¿Por qué...? —1, 2 intentos de respirar—. ¿Por qué me tocas?

—Porque puedo. —Casi esboza una sonrisa y a mí casi me salen un par de alas—. Ya te he tocado.

—¿Cómo? —Parpadeo, repentinamente sobria—. ¿A qué te refieres?

—La primera noche en la celda —suspira. Baja la vista—. Gritabas mientras dormías.

Espero.

Espero.

Espero una eternidad.

—Te toqué la cara. —Sus palabras se dirigen a mi oído—. La mano. Te acaricié el brazo entero... —Se aparta y sus ojos se clavan en mi hombro, se desplazan hasta mi codo, aterrizan en mi cintura. Estoy suspendida en la incredulidad—. No sabía cómo despertarte. No te despertabas, así que me volví a sentar y te observé. Esperé a que dejaras de gritar.

—No. Puede. Ser. —Estas 3 palabras son lo único que logro decir.

Pero sus manos se convierten en brazos que me rodean la cintura
sus labios se convierten en una mejilla que se pega a mi mejilla y su
cuerpo se alinea con el mío, su piel me toca me toca me toca y él no
grita no muere no huye de mí y yo lloro
me ahogo
tiemblo me estremezco me astillo en lágrimas
y él me abraza como nadie me ha abrazado nunca.

Como si me deseara.

—Voy a sacarte de aquí —me dice, y su boca se mueve por mi pelo
y sus manos viajan hacia mis brazos y me echo hacia atrás y me mira
a los ojos y debo de estar soñando.

—¿Por qué...? ¿Por qué ibas a...? Yo no... —Niego con la cabeza y
niego porque esto no puede estar sucediendo, y me sacudo las
lágrimas pegadas a mi rostro. Esto no puede ser real.

Sus ojos me calman, su sonrisa trastorna mis articulaciones y ojalá
conociera el sabor de sus labios. Ojalá tuviera el valor de tocarlo.

—Me tengo que ir —me dice—. A las ocho en punto tienes que
estar vestida y abajo.

Me ahogo en sus ojos y no sé qué decir.

Se quita la camiseta y no sé hacia dónde mirar.

Me agarro a la mampara de cristal y cierro los ojos y parpadeo
cuando algo se mueve demasiado cerca. Sus dedos están cerquísima
de mi cara y goteo me quemo me deshago ante la expectativa.

—No hace falta que apartes la mirada —me dice. Lo dice con una
sonrisilla del tamaño de Júpiter.

Observo sus rasgos, la sonrisa torcida que quiero saborear, el color
de sus ojos, que usaría para pintar un millón de cuadros. Sigo la
línea de su mandíbula pasando por su cuello y hasta la cima de su
clavícula; memorizo las colinas y los valles esculpidos en sus brazos,
la perfección de su torso. El pájaro de su pecho.

El pájaro de su pecho.

Un tatuaje.

Un pájaro blanco con manchas doradas, como si llevara una corona en la cabeza. Está volando.

—Adam —intento decirle—. Adam —intento proferir—. Adam —intento decir muchas veces, pero fracaso.

Trato de buscar sus ojos y entonces me doy cuenta de que ha estado observándome mientras lo examinaba. Las piezas de su rostro se unen en líneas de expresión tan profundas que me pregunto cómo debe de verme a mí. Me toca la barbilla con 2 dedos, me inclina la cabeza hacia arriba lo justo y me convierto en un cable con corriente en el agua.

—Encontraré la manera de hablar contigo —dice, y sus manos me envuelven y mi cara está pegada a su pecho y de pronto el mundo es más brillante, mayor, hermoso. De pronto el mundo significa algo para mí, la idea de humanidad significa algo para mí, el universo por completo se queda inmóvil y gira hacia la otra dirección y yo soy el pájaro.

Soy el pájaro y estoy volando.

VEINTE

Son las ocho de la mañana y llevo un vestido del color de bosques muertos y latas viejas.

Es lo más ceñido que me he puesto en la vida, de corte moderno y anguloso, casi confeccionado al azar; el tejido es rígido y grueso, pero de algún modo transpirable. Me observo las piernas y me asombra tener dos.

Nunca me había sentido tan expuesta como ahora.

Durante 17 años he procurado cubrir cada centímetro de mi piel y Warner me obliga a despojarme de esas capas. Supongo que lo hace a propósito. Mi cuerpo es una flor carnívora, una planta de interior venenosa, una pistola cargada con un millón de gatillos, y él está más que dispuesto a disparar.

Tócame y sufre las consecuencias. Nunca ha habido ninguna excepción a esta regla.

Salvo Adam.

Me dejó empapada en la ducha, debajo de una lluvia torrencial de lágrimas calientes. A través del cristal empañado, vi cómo se secaba y se ponía su uniforme habitual.

Vi cómo se escabullía y en todo momento me pregunté por qué por qué por qué

¿Por qué me puede tocar?

¿Por qué iba a ayudarme?

~~¿Acaso se acuerda de mí?~~

Mi piel sigue humeando.

Mis huesos están vendados con los ceñidos pliegues de este extraño vestido, la cremallera es lo único que impide que me desplome. La cremallera y la posibilidad de algo que siempre nunca me he atrevido a soñar.

Mis labios permanecerán sellados eternamente con los secretos de

esta mañana, pero mi corazón está tan lleno de confianza y de asombro y de paz y de posibilidades que creo que está a punto de estallar, y me pregunto si me desgarrará el vestido.

La esperanza me envuelve, me estrecha con los brazos, seca mis lágrimas y me dice que hoy y mañana y pasado estaré bien y estoy tan loca que me atrevo a creérmelo y todo.

Estoy sentada en una sala azul.

Las paredes están tapizadas con tela del color de un perfecto cielo de verano, el suelo está cubierto con una alfombra de 5 centímetros de grosor, la habitación está vacía a excepción de 2 butacas de terciopelo procedentes de una constelación. Todas las tonalidades son como un moratón, como un bonito error, como un recordatorio de lo que le hicieron a Adam por mi culpa.

Estoy sentada sola en un sillón de terciopelo en una sala azul con un vestido hecho de aceitunas. El peso de la libreta que tengo en el bolsillo se asemeja a una bola de hierro balanceándose sobre mi rodilla.

—Estás preciosa.

Warner irrumpe en la habitación como si levitar fuera su forma de ganarse la vida. Viene solo.

En un acto reflejo, mis ojos se dirigen hacia mis zapatillas y me pregunto si he incumplido alguna regla al prescindir de los zapatos de tacón de mi armario, que seguro que no son para los pies. Miro hacia arriba y Warner está delante de mí.

—El verde te sienta muy bien —me dice con una sonrisa ridícula—. Resalta el color de tus ojos.

—¿De qué color son mis ojos? —le pregunto a la pared.

Se ríe.

—No digas tonterías.

—¿Cuántos años tienes?

Deja de reír.

—¿Te interesa?

—Tengo curiosidad.

Se sienta a mi lado.

—No voy a responder a tus preguntas si no me miras a los ojos

cuando te hablo.

—Quieres que torture a gente en contra de mi voluntad. Quieres que sea un arma de tu guerra. Quieres que me convierta en un monstruo para ti. —Hago una pausa—. Mirarte me pone enferma.

—Eres muchísimo más terca de lo que creía.

—Me he puesto tu vestido. He comido tu comida. Estoy aquí. — Levanto la vista para mirarlo y está observándome con sumo interés. El poder de su mirada me deja momentáneamente descolocada.

—No has hecho nada de eso por mí —dice en voz baja.

Casi me echo a reír.

—¿Por qué iba a hacerlo por ti?

Sus ojos pelean con sus labios para tener derecho a hablar. Aparto la mirada.

—¿Qué hacemos en esta sala?

—Ah. —Respira hondo—. Desayunar. Después te daré tu horario.

Aprieta un botón del brazo de su sillón y, casi de inmediato, entran carritos y bandejas traídos por hombres y mujeres, que claramente no son soldados. Sus rostros son rígidos y agrietados, y están demasiado delgados para gozar de buena salud.

Me parten el corazón por la mitad.

—Suelo comer solo —continúa Warner, su voz es como un carámbano que perfora la carne de mis recuerdos—. Pero he pensado que tú y yo deberíamos conocernos mejor. Sobre todo porque vamos a pasar mucho tiempo juntos.

Los ~~sirvientes~~ ~~criados~~ individuos que no son soldados se van y Warner me ofrece algo en un plato.

—No tengo hambre.

—No tienes alternativa.

Levanto la vista y veo que habla muy muy en serio.

—No se te permite morirte de hambre. No comes lo suficiente y necesito que estés sana. No se te permite suicidarte. No se te permite hacerte daño a ti misma. Eres demasiado valiosa para mí.

—No soy tu juguete —casi le escupo.

Lanza el plato sobre el carrito y me sorprende que no se haga añicos. Se aclara la garganta y puede que yo esté un poco asustada.

—Este proceso sería mucho más fácil si cooperaras —me dice pronunciando cada palabra con esmero.

Cinco Cinco Cinco Cinco Cinco latidos.

—Al mundo le das asco —me dice retorciendo los labios con burla—. Todas las personas a las que has conocido te han odiado. Han huido de ti. Te han abandonado. Tus propios padres renunciaron a ti y decidieron regalarte a las autoridades. Estaban muy desesperados por librarse de ti, por convertirte en el problema de otros, por convencerse de que la abominación que habían criado en realidad no era su hija.

Un centenar de manos me abofetean la cara.

—Y aun así... —Se ríe, ahora ya abiertamente—. Insistes en que el malo soy yo. —Clava los ojos en los míos—. Intento ayudarte. Te estoy dando una oportunidad que nadie te va a dar. Estoy dispuesto a tratarte como a una igual. Estoy dispuesto a darte todo lo que siempre has querido y, por encima de todo, puedo proporcionarte mucho poder. Puedo conseguir que sufran por lo que te hicieron. —Se inclina lo justo—. Puedo cambiar tu mundo.

Está equivocado está muy equivocado está más equivocado que un arcoíris del revés.

Pero todo lo que ha dicho es verdad.

—No te atrevas a odiarme tan deprisa —continúa—. A lo mejor disfrutas de esta situación mucho más de lo que te figurabas. Por suerte para ti, estoy dispuesto a ser paciente. —Sonríe. Se echa hacia atrás—. Aunque no hace ningún daño que tu belleza sea tan inquietante como imponente, desde luego.

Chorreo pintura roja sobre la alfombra.

Es un mentiroso y un ser humano horrible, horrible, horrible, y no sé si me importa porque lleva razón, porque está muy equivocado o porque estoy muy desesperada por recibir una muestra de reconocimiento en este mundo. Nadie me había dicho nunca nada igual.

Me entran ganas de mirarme en el espejo.

—Tú y yo no somos tan diferentes como tal vez esperes. —Su sonrisa es tan arrogante que me gustaría romperla de un puñetazo.

—Tú y yo no somos tan parecidos como tal vez esperes.

Su sonrisa es tan radiante que no sé cómo reaccionar.

—Por cierto, tengo diecinueve.

—¿Perdona?

—Tengo diecinueve años —me aclara—. Soy un espécimen bastante impresionante para mi edad, lo sé.

Tomo la cuchara y la hundo en la masa comestible de mi plato. Ya no sé de qué tipo de comida se trata.

—No te respeto en absoluto.

—Cambiarás de opinión —dice como si tal cosa—. Ahora date prisa y come. Tenemos un montón de trabajo que hacer.

VEINTIUNO

Matar el tiempo no es tan difícil como parece.

Puedo disparar un centenar de números por el pecho y verlos sangrar decimales en la palma de mi mano. Puedo arrancar los números de un reloj y ver las manecillas hacer tic tac tic tac y tic hasta el último tac antes de quedarme dormida. Puedo ahogar segundos tan solo aguantando la respiración. He asesinado minutos durante horas y a nadie parece importarle.

Hace una semana que hablé con Adam por última vez.

Un día me giré hacia él. Abrí la boca, pero no tuve la oportunidad de decir nada antes de que Warner se interpusiera.

—No está permitido que hables con los soldados —me dijo—. Si tienes preguntas, acude a mí. Mientras estés aquí, soy la única persona por la que tienes que preocuparte.

Posesivo no es una palabra lo bastante potente para describir a Warner.

Me acompaña a todas partes. Habla conmigo demasiado. Mi horario consiste en reunirme con Warner y comer con Warner y escuchar a Warner. Si está ocupado, me envían a mi habitación. Si está libre, viene a por mí. Me habla sobre los libros que han destruido. Sobre los artilugios que están a punto de quemar. Sobre las ideas que tiene para un nuevo mundo y sobre por qué seré de gran ayuda para él cuando esté lista. En cuanto me dé cuenta de lo mucho que deseo esto, de lo mucho que lo deseo a él, de lo mucho que deseo esta vida nueva, gloriosa y poderosa. Espera a que yo dé rienda suelta a todo mi potencial. Me dice lo agradecida que debería estar por su paciencia. Por su amabilidad. Por su disposición a entender que esta transición debe de resultarme difícil.

No puedo mirar a Adam. No puedo hablar con él. Duerme en mi habitación, pero nunca lo veo. Respira muy cerca de mi cuerpo, pero

no separa los labios en mi dirección. No me sigue hasta el baño. No me deja mensajes secretos en la libreta.

Empiezo a preguntarme si me imaginé todo lo que me dijo.

Necesito saber si ha cambiado algo. Necesito saber si estoy loca por aferrarme a la esperanza que florece en mi corazón y necesito saber qué significaba el mensaje de Adam, pero cada día que me trata como si fuera una desconocida es otro día en que vuelvo a dudar de mí misma.

Necesito hablar con él, pero no puedo.

Porque ahora Warner me vigila.

Las cámaras lo ven todo.



—Quiero que quites las cámaras de mi habitación.

Warner deja de masticar la comida/basura/desayuno/asquerosidad. Traga con cuidado antes de echarse hacia atrás y mirarme a los ojos.

—De ninguna de las maneras.

—Si me tratas como a una prisionera —le digo—, voy a actuar como una prisionera. No me gusta que me vigilen.

—No podemos confiar en ti. —Vuelve a agarrar la cuchara.

—Cada vez que respiro queda grabado. Hay guardias apostados a intervalos de metro y medio en los pasillos. Ni siquiera tengo acceso a mi propia habitación —protesto—. Las cámaras no van a cambiar nada.

Una extraña diversión baila en sus labios.

—No estás lo que se dice estable, ya lo sabes. Eres responsable de la muerte de alguien.

—No. —Aprieto los dedos—. No... Yo nunca... Yo no maté a Jenkins.

—No me estoy refiriendo a Jenkins. —Su sonrisa es una jarra de ácido que penetra en mi piel.

No deja de mirarme. Me sonrío. Me tortura con los ojos.

Esta soy yo, gritando en silencio hacia mis puños.

—Fue un accidente. —Las palabras salen de mi boca en voz tan baja y tan rápido que no sé si de verdad he hablado o si sigo aquí sentada o si tengo 14 años otra vez otra vez otra vez y grito y me muero y buceo en una piscina de recuerdos que nunca jamás jamás jamás jamás

parece que vaya a olvidar.

La vi en el supermercado. Estaba de pie con las piernas cruzadas, llevaba a su hijo con una correa y ella creía que él pensaba que era una mochila. Creía que era demasiado tonto/demasiado joven/demasiado inmaduro como para comprender que la cuerda que lo ataba a la muñeca de la mujer era un dispositivo diseñado para tenerlo atrapado en su círculo de autocompasión e indiferencia. Es demasiado joven para ser madre, para tener ese tipo de responsabilidades, para que un niño la hunda con necesidades que no se adaptan a las suyas. Su vida es increíblemente insoportable sumamente polifacética demasiado glamurosa como para que el fruto de sus entrañas que lleva atado lo comprenda.

Los niños no son tontos, quise decirle.

Quise decirle que su séptimo grito no significaba que estuviera intentando resultar un crío odioso, que estaba fuera de lugar su decimocuarta advertencia de mocososo/eres un mocososo/me avergüenzo de ti, mocososo/no me hagas tener que decirle a papá que eres un mocososo malcriado. No quise mirar, pero no pude evitarlo. Fruncía por el sufrimiento su carita de niño de 3 años, con las manitas intentaba deshacer las cadenas que ella le había atado al pecho y la mujer tiró tan fuerte de él que se cayó y se echó a llorar, y ella le dijo que se lo merecía.

Quise preguntarle por qué lo había hecho.

Quise preguntarle muchas cosas, pero no lo hice porque ya no se habla con las personas, porque decirle algo a un desconocido sería más extraño que no decirle nada. El niño se cayó al suelo y se retorció allí hasta que solté todo lo que llevaba en las manos y cualquier expresión que me tiñera el rostro.

Lo siento mucho, es lo que nunca le dije a su hijo.

Creía que mis manos eran una ayuda

Creía que mi corazón era una ayuda
Creía tantas cosas
que nunca
nunca
nunca
nunca
nunca pensé
—Mataste a un niño pequeño.



Un millón de recuerdos me clavan en el sillón de terciopelo y me persigue el terror que crearon mis manos desnudas, que me recuerdan constantemente que soy indeseable por una buena razón. Mis manos pueden matar a la gente. Mis manos pueden destruirlo todo.

No deberían permitirme vivir.

—Quiero... —murmuro, y me esfuerzo en tragar el puño que se me ha atascado en la garganta—. Quiero que te deshagas de las cámaras. Deshazte de ellas o moriré luchando por ese derecho.

—¡Por fin! —Warner se levanta y se da las manos como para felicitarse a sí mismo—. Me preguntaba cuándo despertarías. He estado esperando el fuego que sé que debe de estar devorándote día tras día. Estás hundida en el odio, ¿eh? ¿Ira? ¿Frustración? ¿Ansias de hacer algo? ¿De ser alguien?

—No.

—Por supuesto que sí. Eres como yo.

—Te odio más de lo que nunca llegarás a comprender.

—Vamos a formar un equipo excelente.

—No somos nada. No eres nada para mí...

—Sé lo que quieres. —Se inclina, baja la voz—. Sé lo que ha anhelado siempre tu corazóncito. Puedo proporcionarte la aceptación que andas buscando. Puedo ser tu amigo.

Me quedo petrificada. Titubeo. No logro hablar.

—Lo sé todo sobre ti, cariño. —Sonríe—. Te he deseado durante

mucho tiempo. He esperado una eternidad para que estuvieras lista. No pienso dejarte escapar tan fácilmente.

—No quiero ser un monstruo —le digo, quizá más para mí que para él.

—No luches contra el destino para el que naciste. —Coloca las manos sobre mis hombros—. No dejes que todo el mundo te diga lo que está mal y lo que está bien. ¡Hazte valer! Te acobardas, cuando podrías conquistarlo todo. Tienes mucho más poder del que crees y, sinceramente, estoy... —sacude la cabeza— fascinado.

—No soy tu bufón —le espeto—. No voy a actuar para ti.

Me aprieta los brazos con más fuerza y no puedo zafarme. Se inclina peligrosamente cerca de mi cara y no sé por qué, pero no puedo respirar.

—No me das miedo, querida —me dice en voz baja—. Estoy absolutamente hechizado.

—O te deshaces de las cámaras o las encontraré y me las cargaré una a una. —Soy una mentirosa. Miento entre dientes, pero estoy enfadada y desesperada y horrorizada. Warner quiere que me transforme en un animal que caza a los débiles. A los inocentes.

Si quiere que luche para él, primero él va a tener que luchar conmigo.

Una lenta sonrisa se dibuja en su rostro. Me toca las mejillas con los dedos enguantados y me levanta la cabeza agarrándome por la barbilla cuando intento apartarme.

—Cuando te enfadas, eres una delicia.

—Es una pena que mi sabor resulte venenoso para tu paladar. —Vibro de repulsa de los pies a la cabeza.

—Ese detalle hace que el juego sea mucho más atractivo.

—Estás enfermo, estás muy enfermo...

Se ríe y me suelta la barbilla para recorrer de punta a punta la totalidad de mi cuerpo. Sus ojos trazan una línea vaga a lo largo de mi silueta y siento la repentina necesidad de romperle el bazo.

—Si me deshago de tus cámaras, ¿qué harás tú por mí? —Sus ojos son malvados.

—Nada.

Menea la cabeza.

—Así no hay trato. Solo me lo pensaré si tú aceptas una condición.
Aprieto la mandíbula.

—¿Qué quieres?

Su sonrisa es más amplia que antes.

—¿Qué pregunta tan peligrosa.

—¿Cuál es tu condición? —repito, impaciente.

—Tócame.

—¿Cómo? —Mi respiración es tan fuerte que se me atasca en la garganta y echa a correr por la habitación.

—Quiero saber de qué eres capaz exactamente. —Su voz es firme; sus cejas están tensas, tirantes.

—¡No voy a volver a hacerlo! —estallo—. Ya viste lo que me obligaste a hacerle a Jenkins...

—Que le den a Jenkins —me espeta—. Quiero que me toques... Quiero sentirlo yo mismo...

—No... —Sacudo la cabeza con tal intensidad que me mareo—. No. Nunca. Estás loco... No voy a...

—Claro que sí.

—NO voy a...

—En algún punto vas a tener que empezar a... trabajar... —me dice, haciendo un esfuerzo por moderar la voz—. Aunque renunciaras a mi condición, estás aquí por una razón, Juliette. Convencí a mi padre de que serías muy valiosa para el Restablecimiento. De que podrías dominar a cualquier rebelde que...

—Es decir, torturar...

—Sí. —Sonríe—. Perdón, quiero decir «torturar». Podrás ayudarnos a torturar a cualquier cautivo. —Hace una pausa—. Infligir dolor, como bien sabes, es un método muy eficaz para conseguir información de cualquiera. Y ¿contigo? —Me mira las manos—. En fin, es barato. Rápido. Efectivo. —Su sonrisa se ensancha—. Mientras te mantengamos con vida, nos servirás como mínimo para unas cuantas décadas. Qué suerte que no funciones con pilas.

—Eres... eres... —balbuceo.

—Deberías darme las gracias. Te he salvado del agujero de aquel espantoso manicomio... Te he colocado en una posición de poder. Te he ofrecido todo lo que vas a necesitar para estar cómoda. —Me mira a los ojos—. Ahora necesito que te concentres. Necesito que renuncies a tus esperanzas de vivir como los demás. No eres una persona normal y corriente. Nunca lo has sido y nunca lo serás. Acepta quién eres.

—Yo... —trago— no soy... No soy... No...

—¿Una asesina?

—NO...

—¿Un instrumento de tortura?

—CALLA...

—Te mientes a ti misma.

Estoy preparada para destrozarlo.

Ladea la cabeza y reprime una sonrisa.

—Te has pasado toda la vida al borde de la locura, ¿verdad que sí? Tanta gente te ha llamado «loca» que te lo has acabado creyendo. Te preguntabas si llevarían razón. Te preguntabas si podrías arreglarlo. Creíste que, si lo intentabas con más fuerza, serías un poco mejor, más inteligente, más amable... Creíste que el mundo cambiaría de opinión sobre ti. Te has culpado por todo.

Jadeo.

Mi labio inferior tiembla sin mi permiso. Casi no puedo controlar la tensión de mi mandíbula.

~~No quiero decirte que tiene razón.~~

—Has reprimido la furia y el resentimiento porque deseabas que te quisieran —dice, ya sin sonreír—. A lo mejor yo te entiendo, Juliette. A lo mejor deberías confiar en mí. A lo mejor deberías aceptar que has intentado ser una persona que no eres durante mucho tiempo y, sin importar lo que hicieras, esos cabrones nunca estaban contentos. Nunca estaban satisfechos. No les importaba una mierda, ¿a que no?

Me mira y, durante unos instantes, parece casi humano. Durante unos instantes quiero creerle. Durante unos instantes quiero sentarme en el suelo y llorar el océano que me inunda la garganta.

—Ha llegado el momento de que dejes de fingir —me dice con suma suavidad—. Juliette... —Me acaricia con las manos enguantadas, de una forma sorprendentemente amable—. Ya no hace falta que seas agradable. Puedes aniquilarlos a todos. Desarmarlos y apoderarte de este mundo y...

Una máquina de vapor me golpea en la cara.

—No quiero aniquilar a nadie —le digo—. No quiero hacerle daño a la gente...

—Pero ¡es que se lo merecen! —Se aleja de mí, frustrado—. ¿Cómo es posible que no quieras vengarte? ¿Cómo es posible que no quieras contraatacar...?

Me levanto despacio, temblando de ira, con la esperanza de que mis piernas no se derrumben debajo de mí.

—¿Crees que, porque no me quisieron, porque me abandonaron y desecharon...? —Voy alzando la voz con cada palabra que pronuncio, y los sentimientos desatados de repente empiezan a gritar en mis pulmones—. ¿Te crees que no tengo corazón? ¿Que no siento nada? ¿Crees que, porque puedo infligir dolor, debería hacerlo? Eres como los demás. Crees que soy un monstruo, como los demás. No me entiendes en absoluto...

—Juliette...

—No.

No quiero esto. No quiero su vida.

No quiero ser nada para nadie salvo para mí misma. Quiero tomar mis propias decisiones, y yo nunca he querido ser un monstruo. Mis palabras son lentas y firmes cuando le respondo.

—Valoro la vida humana mucho más que tú, Warner.

Abre la boca para hablar, pero al final no añade nada. Se ríe con fuerza y sacude la cabeza.

Me sonrío.

—¿Qué? —le pregunto antes de poder evitarlo.

—Acabas de decir mi nombre. —Sonríe aún más—. Nunca te habías dirigido a mí por mi nombre. Debe de ser que estoy progresando contigo.

—Te acabo de decir que no...

—No me preocupan tus dilemas morales —me interrumpe—. Procuras ganar tiempo porque estás en fase de negación. No te preocupes —dice—. Lo superarás. Puedo esperar un poco más.

—No estoy en fase de negación...

—Claro que sí. Todavía no lo sabes, Juliette, pero eres una chica muy mala —dice con una mano en el corazón—. De mi estilo.

Esta conversación es insufrible.

—En mi habitación vive un soldado. —Respiro fuerte—. Si quieres tenerme aquí, debes deshacerte de las cámaras.

Los ojos de Warner se oscurecen durante unos instantes.

—Por cierto, ¿dónde está tu soldado?

—Yo qué sé. —Por Dios, espero no ruborizarme—. Tú me lo asignaste.

—Sí. —Parece pensativo—. Me gusta ver cómo te retuerces. Te incomoda su presencia, ¿verdad?

Pienso en las manos de Adam sobre mi cuerpo y en sus labios tan cerca de los míos y en el aroma de su piel empapada en el diluvio de vapor que nos calaba a los dos y de pronto mi corazón son dos puños que golpean mis costillas en busca de una vía de escape.

—Sí. —Dios santo—. Sí. Me pone muy... incómoda.

—¿Sabes por qué lo escogí? —me pregunta Warner, y el remolque de un camión me atropella.

A Adam lo escogieron.

Por supuesto que sí. No enviaron a mi celda a un soldado cualquiera. Warner nunca actúa sin motivo. Seguro que sabe que Adam y yo nos conocíamos. Es más cruel y calculador de lo que llegué a imaginar.

—No. —Inspiro—. No sé por qué. —Espiro. No puedo olvidarme de respirar.

—Se ofreció voluntario —dice como si tal cosa, y me quedo pasmada—. Dijo que hace muchos años fue al colegio contigo. Dijo que seguramente no te acordarías de él, que ha cambiado mucho desde entonces. Esgrimió argumentos muy convincentes. —Suspira—. Dijo que le encantó saber que te habían encerrado. —Warner me mira al fin.

Mis huesos son como cubitos de hielo que chocan entre sí y me enfrían hasta la médula.

—Tengo curiosidad —continúa inclinando la cabeza al hablar—. ¿Te acuerdas de él?

—No —miento, y no sé con certeza si sigo viva. Estoy intentando desentrañar cuánto hay de cierto en la falsedad en sus afirmaciones, pero en la garganta se me atragantan frases mal construidas.

Adam me conocía cuando entró en la celda.

Sabía exactamente quién era.

Ya sabía mi nombre.

Oh

Oh

Oh

No fue más que una trampa.

—¿Esta información te pone... furiosa? —pregunta, y tengo ganas de coser sus sonrientes labios en una mueca permanente.

No digo nada y, por alguna razón, eso es incluso peor.

Warner está radiante.

—Nunca le dije, por supuesto, por qué te habían encerrado... No quería que se contaminara el experimento revelándole demasiada información... Pero me dijo que siempre fuiste una amenaza para los estudiantes. Que le advertían a todo el mundo que se mantuvieran alejados de ti, aunque las autoridades nunca explicaron por qué. Dijo que quería ver más de cerca al bicho raro en el que te has convertido.

Mi corazón se agrieta. Mis ojos se encienden. Estoy tan herida tan furiosa tan horrorizada tan humillada y tan ardiente de pura indignación que es como si un fuego llameara dentro de mí, un fuego incontrolado de esperanzas diezmadas. Quiero machacar la columna vertebral de Warner con mis propias manos. Quiero que sienta lo que es herir, infligir un dolor tan insoportable a los demás. Quiero que descubra mi dolor y el de Jenkins y el de Fletcher, y quiero que le duela. Porque quizá Warner tenga razón.

Quizá algunas personas se lo merezcan.

—Quítate la camisa.

Después de proferir tantas bravuconadas, Warner parece

sorprendido de verdad, pero no pierde tiempo en desabrocharse la chaqueta, sacarse los guantes y quitarse la fina camisa de algodón que se adhería a su piel.

Sus ojos brillan, locos y ansiosos; no oculta la curiosidad que siente.

Warner lanza la ropa al suelo y me mira casi con intimidad. Tengo que tragarme la repulsa que burbujea en mi boca. Su rostro perfecto. Su cuerpo perfecto. Sus ojos, tan duros y bonitos como dos heladas piedras preciosas. Me repugna. Quiero que su exterior refleje su interior negro y destrozado. Quiero mutilar su arrogancia con la palma de la mano.

Se encamina hacia mí hasta que estamos a menos de un metro de distancia. Su altura y su complexión hacen que me sienta como una ramita caída.

—¿Estás preparada? —pregunta, arrogante y estúpido.

Valoro la posibilidad de partirle el cuello.

—Si lo hago, te desharás de todas las cámaras de mi habitación. De todos los micrófonos ocultos. De todo.

Se acerca más. Agacha la cabeza. Está mirándome a los labios, examinándome de una forma completamente nueva.

—Mis promesas no valen demasiado, cariño —susurra—. ¿Acaso lo has olvidado? —Se aproxima 5 centímetros. Su mano está en mi cintura. Su aliento dulce y cálido, en mi cuello—. Soy un mentiroso compulsivo.

De pronto, lo entiendo como si me hubieran caído encima 100 kilos de sentido común. No debería hacerlo. No debería pactar con él. No debería pensar en la tortura santo Dios he perdido la cabeza. Aprieto los puños a los lados y tiemblo por todas partes. A duras penas puedo reunir la fuerza suficiente para hablar.

—Vete a la mierda.

Estoy débil.

Retrocedo hasta toparme con la pared y me desplomo sobre un montón de inutilidad, de desesperación. Pienso en Adam y se me encoge el corazón.

Ya no puedo seguir aquí.

Corro hacia la puerta doble de la habitación y la abro antes de que Warner pueda detenerme. Pero es Adam quien me detiene. Está fuera del dormitorio. A la espera. Me escolta dondequiera que vaya.

Me pregunto si lo ha oído todo y se me caen los ojos al suelo, el rubor tiñe mi rostro, mi corazón está hecho añicos en mi mano. Pues claro que lo ha oído todo. Pues claro que sabe que soy una asesina. Un monstruo. Un alma sin valor alguno metida en un cuerpo venenoso.

Warner lo ha hecho a propósito.

Estoy en medio de los dos. Warner no lleva camisa. Adam contempla su pistola.

—Soldado —dice Warner—. Llévala de vuelta a su habitación y desactiva todas las cámaras. Que coma sola si quiere, pero la espero para cenar.

Adam parpadea durante un instante demasiado largo.

—Sí, señor.

—¿Juliette?

Me quedo paralizada. Estoy de espaldas a Warner y no me doy la vuelta.

—Espero que cumplas con tu parte del trato.

VEINTIDÓS

Tardamos 5 años en recorrer el camino hacia el ascensor. 15 más en subirnos a él. He cumplido un millón de años cuando cruzo la puerta de mi habitación. Adam está quieto, callado, sereno, sus movimientos son mecánicos. No hay nada en sus ojos, ni en sus extremidades, ni en cómo se mueve que indique que sabe cómo me llamo.

Observo cómo se mueve rápido, veloz, prudente por la habitación, en busca de los pequeños dispositivos destinados a monitorizar mi comportamiento, y va inutilizándolos uno a uno. Si alguien pregunta por qué no funcionan mis cámaras, Adam no se meterá en ningún lío. La orden la ha dado Warner. Es una acción oficial.

Es una acción que me permitirá tener algo de intimidad.

Creía que iba a necesitar intimidad.

Qué tonta soy.

Adam no es el chico al que recuerdo.



Yo iba a tercero.

Me acababa de mudar a la ciudad después de que me expulsaran pidieran que me fuera de mi antigua escuela. Mis padres siempre se mudaban, siempre huían de los conflictos que provocaba yo, de los cumpleaños que me había cargado, de las amistades que nunca tuve. Nadie quiso hablar nunca sobre mi «problema», pero el misterio que envolvía mi existencia de alguna forma lo empeoraba todo. Cuando dejas que la imaginación campe a sus anchas, a menudo es un desastre. Yo solo oía fragmentos de sus cuchicheos.

—¡Monstruo!

—¿Has oído lo que ha hecho...?

—Menuda fracasada.

— ... La echaron de su antigua escuela...

—¡Loca!

—Tiene algún tipo de enfermedad...

Nadie hablaba conmigo. Todos me observaban. Era tan joven que todavía me echaba a llorar. Comía sola en una alambrada y nunca me miraba en el espejo. Nunca quise ver la cara que los demás odiaban tantísimo. Las chicas me daban patadas y salían corriendo. Los chicos me tiraban piedras. Aún me quedan algunas cicatrices en el cuerpo.

Veía el mundo girar desde esas alambradas. Me quedaba mirando los coches y a los padres que dejaban a sus hijos y los momentos de los que yo jamás formaría parte. Fue antes de que las enfermedades fueran tan comunes que la muerte entró a formar parte de las conversaciones. Antes de que nos diéramos cuenta de que las nubes no tenían el color que les tocaba, antes de que nos diéramos cuenta de que todos los animales se morían o estaban infectados, antes de que nos diéramos cuenta de que todo el mundo se iba a morir de hambre, y rápido. Fue cuando aún creíamos que nuestros problemas tenían solución. Por aquel entonces, Adam era el chico que iba andando hasta el colegio. Era el chico que se sentaba 3 filas delante de mí. Su ropa era peor que la mía; su comida, inexistente. Nunca lo vi comer.

Una mañana, vino al colegio en coche.

Lo sé porque vi cómo lo empujaban para que bajara del vehículo. Su padre conducía borracho, gritaba y agitaba los puños por alguna razón. Adam se quedó muy quieto y miró hacia el suelo como si estuviera esperando algo, armándose de valor para afrontar lo inevitable. Vi cómo un padre abofeteaba a su hijo de 8 años. Vi cómo Adam caía al suelo y me quedé ahí, inmóvil, mientras el hombre le daba repetidas patadas en las costillas.

—¡Todo es por tu culpa! ¡Es por tu culpa, pedazo de inútil! — gritaba su padre una y otra y otra vez hasta que vomité allí mismo, sobre dientes de león.

Adam no lloró. Se quedó hecho un ovillo en el suelo hasta que su

padre paró y se fue con el coche. Cuando se aseguró de que todos se habían ido, empezó a sollozar, con la carita llena de tierra, agarrándose el abdomen magullado con los brazos. No pude apartar la mirada.

Nunca me sacaré de la cabeza esa escena, ese sonido.

Fue entonces cuando comencé a fijarme en Adam Kent.



—Juliette.

Aspiro aire y deseo que no me tiemblen las manos. Ojalá no tuviera ojos.

—Juliette —vuelve a decir, esta vez más suave, y mi cuerpo está en una licuadora y yo soy una papilla. Siento dolor dolor dolor en los huesos por su afabilidad.

No pienso girarme.

—Siempre has sabido quién soy —susurro.

No dice nada y de pronto necesito ver sus ojos desesperadamente. De pronto necesito ver sus ojos. A pesar de todo, me giro y me lo encuentro mirándose las manos.

—Lo siento —se limita a decir.

Me apoyo en la pared y cierro los ojos. Todo ha sido una pantomima. Lo de robarme la cama. Lo de preguntarme mi nombre. Lo de preguntar por mi familia. Representaba un papel para Warner. Para los guardias. Para quien estuviera mirando. Ya no sé en qué creer.

Tengo que decirlo. Tengo que soltarlo. Tengo que abrir las heridas y sangrar por él.

—Es verdad —le digo—. Lo del niño. —Mi voz tiembla mucho más de lo que me imaginaba—. Lo maté.

Guarda silencio durante mucho rato.

—Antes no lo entendía. Cuando me lo contaron por primera vez. Solo ahora he entendido lo que debió de ocurrir.

—¿Cómo? —No sabía que pudiera pestañear tan seguido.

—Para mí no tenía sentido —continúa, y cada una de sus palabras

me golpea en la barriga. Levanta la vista y parece más angustiado de lo que yo jamás habría deseado—. Cuando me enteré. Todos nos enteramos. Toda la escuela...

—Fue un accidente —jadeo, y no consigo no desmoronarme—. Él... se ca-cayó... Y yo intentaba ayudarlo... Y yo no... Pensé que...

—Ya lo sé.

—¿Qué? —Respiro tan fuerte que me trago la habitación entera de una bocanada.

—Te creo —me dice.

—¿Cómo...? ¿Por qué? —Parpadeo para contener las lágrimas, mis manos tiemblan, y mi corazón se llena de una nerviosa esperanza.

Se muerde el labio inferior. Aparta la mirada. Se dirige hacia la pared. Abre y cierra la boca varias veces antes de que le salgan las palabras.

—Porque te conocía, Juliette... Yo... Dios... Yo solo... —Se tapa la boca con la mano, se lleva los dedos al cuello. Se frota la frente, cierra los ojos, aprieta los labios. Los abre a la fuerza—. Fue el día que iba a hablar contigo. —Esboza una extraña sonrisa. Suelta una extraña risotada. Se pasa la mano por el pelo. Mira hacia el techo. Me da la espalda—. Por fin me había decidido a hablar contigo. Por fin me había decidido a hablar contigo y... —Menea la cabeza con fuerza e intenta reírse amargamente—. Dios, pero tú no te acuerdas de mí.

Pasan cientos de miles de segundos y sigo muriéndome.

Quiero reír y llorar y chillar y correr y no sé qué hacer primero.

Se lo confieso.

—Claro que me acuerdo de ti. —Mi voz es un susurro ahogado. Cierro los ojos con fuerza. ~~Me acuerdo de ti cada día todos los días en cada momento de mi vida~~—. Eres la única persona que me ha visto como si yo fuera un ser humano.

Nunca habló conmigo. Nunca me dirigió ni una sola palabra, pero era el único que se atrevía a sentarse cerca de mi verja. Era el único que me defendía, la única persona que se peleaba por mí, el único que le dio un puñetazo a alguien por haberme tirado una piedra a la

cabeza. Yo ni siquiera sabía cómo darle las gracias.

Fue lo más parecido a un amigo que tuve.

Abro los ojos y él está delante de mí. Mi corazón es un campo de lirios que florecen bajo una hoja de vidrio, naciendo entre tamborileos como un torrente de gotas de lluvia. Su mandíbula está tan apretada como sus ojos tan apretada como sus puños tan apretada como la tensión de sus brazos.

—¿Siempre lo has sabido? —Susurra 4 palabras y rompe mi muro, libera mis labios y me roba el corazón de nuevo. A duras penas noto las lágrimas que me recorren la cara.

—Adam. —Intento reír, pero mis labios profieren un ahogado sollozo—. Reconocería tus ojos en cualquier parte del mundo.

Y ya está.

Esta vez no hay autocontrol.

Esta vez estoy en sus brazos y contra la pared y tiemblo por todas partes y él es tan dulce, tan cuidadoso, que me toca como si estuviera hecha de porcelana y yo quiero hacerme añicos.

Recorre mi cuerpo con las manos recorre mi rostro con los ojos su corazón corre desbocado y mi mente corre maratones.

Todo está ardiendo. Mis mejillas mis manos la boca de mi estómago y me ahogo en olas de emoción y en una tormenta de lluvia fresca y lo único que noto es la fuerza de su cuerpo sobre el mío y no quiero olvidar este momento nunca jamás jamás jamás. Quiero grabarlo en mi piel y guardarlo a él para siempre.

Me agarra las manos y se lleva mis palmas hacia el rostro, y sé que antes de esto nunca había experimentado la belleza de sentirme humana. Sé que sigo llorando cuando cierro los ojos.

Susurro su nombre.

Y él respira más fuerte que yo y de repente coloca los labios sobre mi cuello y yo jadeo y me muero y me aferro a sus brazos y él me toca me toca me toca y estoy hecha de rayos y de truenos y me pregunto cuándo diablos me voy a despertar.

Sus labios saborean mi nuca una, dos y cien veces, y me pregunto si es posible morir de euforia. Busca mis ojos y me acaricia la cara con las manos y entre estas paredes me sonrojo de placer y de dolor

y de imposibilidad.

—Hace mucho tiempo que quería besarte. —Su voz suena ronca, irregular y profunda en mi oído.

Estoy helada a la espera a la expectativa y muy preocupada por que vaya a besarme, muy preocupada por que no vaya a besarme. Clavo la mirada en sus labios y no me doy cuenta de lo cerca que estamos hasta que nos separamos.

3 chirridos electrónicos diferentes retumban por la habitación y Adam mira detrás de mí como si por un momento no supiera dónde está. Parpadea. Y corre hacia un intercomunicador para pulsar los botones adecuados. Veo que sigue respirando fuerte.

Yo estoy temblando.

—Nombre y número —pide la voz del intercomunicador.

—Adam Kent. 45B-86659.

Una pausa.

—Soldado, ¿eres consciente de que las cámaras de tu habitación están desactivadas?

—Sí, señor. He recibido órdenes directas de desmantelar los dispositivos.

—¿Quién ha dado la orden?

—Warner, señor.

Una pausa más larga.

—Lo verificaremos y lo confirmaremos. La manipulación no autorizada de dispositivos de seguridad puede suponer tu expulsión deshonrosa e inmediata, soldado. Espero que seas consciente de ello.

—Sí, señor.

La línea se queda en silencio.

Adam se desploma contra la pared, con la respiración entrecortada. No estoy segura, pero diría que sus labios esbozan una pequeña sonrisa. Cierra los ojos y exhala.

No tengo ni idea de qué hacer con el alivio que se ha adueñado de mis manos.

—Ven —me dice, con los ojos todavía cerrados.

Voy hacia él de puntillas y me rodea con los brazos. Respira el aroma de mi pelo y me besa un costado de la cabeza y en la vida he

sentido algo tan increíble. No sigo siendo humana. Soy mucho más que eso. El sol y la luna se han fusionado y la tierra está del revés. Siento que en sus brazos puedo ser exactamente quien quiero ser.

Me hace olvidar el horror de lo que soy capaz de hacer.

—Juliette —susurra en mi oído—. Tenemos que irnos de aquí.

VEINTITRÉS

Vuelvo a tener 14 años y estoy mirando su nuca en una aula pequeña. Tengo 14 años y llevo varios enamorada de Adam Kent. Me aseguré de ir con mucho cuidado, de estar muy callada, de cooperar, porque no quería mudarme de nuevo. No quería dejar la escuela en la que había encontrado la única cara amable. Observé cómo iba creciendo un poco cada día, cómo se volvía un poco más alto, un poco más fuerte, un poco más resistente, un poco más callado. Con el tiempo se hizo demasiado fuerte como para que su padre le pegara, pero nadie sabe qué le pasó a su madre. Los alumnos le evitaban, lo acosaban hasta que empezó a defenderse, hasta que la presión del mundo acabó rompiéndolo.

Pero sus ojos siempre fueron los mismos.

Siempre me miraron de la misma manera. Amables. Empáticos. Ansiosos por entender. Pero nunca me hizo preguntas. Nunca me presionó para que hablara. Solo se aseguró de estar lo suficientemente cerca como para ahuyentar a los demás.

Creí que quizá no fuera tan mala. Quizá.

Creí que quizá habría visto algo en mí. Creí que quizá no fuera tan horrible como todo el mundo decía. Hacía años que no tocaba a nadie. No me atrevía a intimar con la gente. No podía arriesgarme.

Hasta que un día lo hice y me lo cargué todo.

Maté a un niño en un supermercado al intentar ayudarlo a levantarse. Al agarrar sus manitas. No entendía por qué gritaba. Era la primera vez que tocaba a alguien desde hacía mucho tiempo y no entendía qué me pasaba. Las pocas veces que tocaba a alguien sin querer, siempre me apartaba. Me apartaba cuando recordaba que no debía tocar a nadie. Cuando oía cómo escapaba el primer grito de sus labios.

Lo del niño fue diferente.

Quería ayudarlo. Sentí una repentina oleada de rabia hacia su madre por ignorar los gritos del pequeño. Su falta de empatía como madre me destrozó y ~~me recordó demasiado a mi propia madre.~~ Solo quería ayudarlo. Quería que supiera que alguien le hacía caso..., que alguien se preocupaba por él. No entendía por qué tocarlo me pareció tan raro y emocionante. No sabía que estaba consumiendo su vida y no pude comprender por qué se había quedado inerte y silencioso en mis brazos. Pensé que quizá el torrente de poder y de sentimientos positivos significaría que me había curado de mi horrible enfermedad. Pensé muchas estupideces y me lo cargué todo.

Pensé que estaba ayudando a alguien.

Pasé los siguientes 3 años de mi vida en hospitales, despachos de abogados, centros de detención de menores, y me sometí a pastillas y a terapias de electrochoque. Nada funcionaba. Nada me ayudaba. Sin contar con matarme, la única solución era encerrarme en un manicomio. La única forma de proteger al público contra el terror de Juliette.

No había visto a Adam Kent en 3 años, hasta el momento en que entró en mi celda.

Ahora está muy diferente. Más fuerte, más alto, más resistente, más perspicaz, tatuado. Es musculoso, maduro, silencioso y rápido. Es como si no pudiera permitirse ser amable ni lento ni tranquilo. Como si no pudiera permitirse ser algo más que músculo, algo más que fuerza o eficiencia. Los rasgos de su rostro son suaves, precisos, esculpidos por años de trabajo duro y de formación y de anhelada supervivencia.

Ya no es un niño. No tiene miedo. Está en el ejército.

Pero tampoco es tan diferente. Sigue teniendo los ojos azules más extraordinarios que he visto nunca. Oscuros y profundos y llenos de pasión. Siempre me pregunté cómo sería ver el mundo a través de una lente tan bella. Me pregunté si el color de los ojos significaba que esa persona veía el mundo de forma diferente. Si, como consecuencia, el mundo la veía diferente.

Debería haberlo reconocido cuando apareció en mi celda.

Una parte de mí sí que lo reconoció. Pero me esforcé tanto en reprimir los recuerdos de mi pasado que me negué a creer que pudiera ser posible. Porque una parte de mí no quería recordar. Una parte de mí estaba demasiado asustada como para albergar esperanzas. Una parte de mí no sabía si, al fin y al cabo, saber que era él cambiaría algo.

A menudo me pregunto qué aspecto debo de tener.

Me pregunto si solo soy una sombra borrosa de la persona que fui. Hace 3 años que no me miro en el espejo. Me asusta demasiado lo que podría llegar a ver.



Alguien llama a la puerta.

Mi propio miedo me catapulta al otro extremo de la habitación. Adam me mira a los ojos antes de abrir y decido retirarme al rincón más alejado de la estancia.

Aguzo el oído y oigo voces débiles, murmullos y a alguien que carraspea. No estoy segura de qué hacer.

—Estaré abajo dentro de un minuto —dice Adam con voz demasiado alta. Me doy cuenta de que intenta poner fin a la conversación.

—Venga, tío, solo quiero verla...

—No es un animal de feria, Kenji, joder. Lárgate de aquí.

—Bueno, pero dime una cosa: ¿saca fuego por los ojos? —Se ríe, y yo me estremezco y me desplomo en el suelo, al lado de la cama. Me hago un ovillo e intento no escuchar el resto de la conversación.

No lo logro.

Adam suspira. Me lo imagino frotándose la frente.

—Vete de aquí.

A Kenji le cuesta reprimir las carcajadas.

—Madre mía, qué sensible te has vuelto de repente, ¿no? Estar con una chica te está cambiando, tío...

Adam dice algo que no consigo oír.

La puerta se cierra de golpe.



Me asomo desde mi escondite. Adam parece avergonzado.

Mis mejillas se ruborizan. Examino el intrincado diseño de la alfombra finamente tejida que está bajo mis pies. Toco el tapiz de la pared y espero a que hable. Me levanto para mirar por una ventanita y solamente veo el sombrío telón de fondo de una ciudad destrozada. Apoyo la frente en el cristal.

Los cubos metálicos se apiñan a la distancia: son instalaciones que albergan a civiles, envueltos en muchas capas para intentar refugiarse del frío. Una madre toma la mano de su hijo. Los soldados están junto a ellos, quietos como estatuas, con los rifles preparados y listos para disparar. Hay montones y montones y montones de basura, y peligrosos restos de hierro y acero que brillan en el suelo. Los árboles solitarios se balancean con el viento.

Adam me coloca las manos en la cintura.

Pone los labios junto a mi oreja y no dice nada en absoluto, pero yo me derrito hasta que soy un pedazo de mantequilla caliente que se desliza por su cuerpo. Quiero devorar cada minuto de este momento.

Dejo que mis ojos se cierren para no ver la verdad que se alza fuera de mi ventana. Solo durante unos instantes.

Adam respira hondo y me estrecha con más fuerza. Me adapto a la forma de su figura; sus manos me rodean la cintura y su mejilla se apoya sobre mi cabeza.

—Tocarte es increíble.

Intento reír, pero parece ser que me he olvidado de hacerlo.

—Son palabras que nunca pensé que oiría.

Adam me da la vuelta y de pronto lo miro y lo dejo de mirar, un millón de llamas me lamen y me estoy ahogando en un millón más. Está mirándome como si jamás me hubiera visto. Quiero lavar mi alma en el insondable azul de sus ojos.

Se inclina hacia delante hasta que su frente se apoya en la mía, pero nuestros labios siguen sin estar lo bastante cerca.

—¿Cómo estás? —susurra, y tengo ganas de besar cada bello

latido de su corazón.

¿Cómo estás? Dos palabras que nadie me dice.

—Quiero salir de aquí. —Es lo único en lo que puedo pensar.

Me aprieta contra su pecho y me quedo maravillada ante el poder, ante la gloria de un movimiento tan simple. Es como 1 bloque de fuerza, de casi 2 metros de altura.

Todas las mariposas del mundo han emigrado a mi estómago.

—Juliette.

Me echo hacia atrás para verle la cara.

—¿Va en serio lo de escapar? —me pregunta. Sus dedos rozan el lateral de mi mejilla. Me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja —. ¿Comprendes los riesgos que correrías?

Respiro hondo. Sé que el único riesgo real es la muerte.

—Sí.

Asiente. Baja la vista, la voz.

—Las tropas se están movilizando para algún tipo de ataque. Ha habido un montón de protestas de grupos que antes guardaban silencio, y nuestro trabajo es destruir la resistencia. Creo que quieren que este sea su último ataque —añade en voz baja—. Está pasando algo gordo, todavía no estoy seguro de qué se trata. Sea lo que fuere, tenemos que estar preparados para irnos cuando ellos lo estén.

Me quedo paralizada.

—¿A qué te refieres?

—Cuando las tropas estén a punto de desplegarse, tú y yo tenemos que estar listos para huir. Es la única manera de salir de aquí que nos permitiría desaparecer. Todos estarán demasiado concentrados en el ataque... y eso nos hará ganar un poco de tiempo hasta que se den cuenta de que hemos desaparecido o puedan reunir a suficiente gente para buscarnos.

—Pero... Quieres decir... ¿Tú vendrás conmigo? ¿Estarías dispuesto a hacer eso por mí?

Esboza una débil sonrisa. Sus labios tiemblan como si intentara no reírse. Al mirarme a los ojos, los suyos se suavizan.

—Hay muy pocas cosas que no haría por ti.

Respiro hondo de nuevo y cierro los ojos, tocándole el pecho con

los dedos, imaginando que el pájaro revolotea por su piel, y le hago la pregunta que más miedo me da.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres decir? —Retrocede.

—¿Por qué, Adam? ¿Por qué te importo? ¿Por qué quieres ayudarme? No lo entiendo... No sé por qué estarías dispuesto a arriesgar la vida...

Pero en ese momento me rodea la cintura con las manos y me acerca mucho a él y sus labios están cerca de mi oreja y dice mi nombre una y dos veces y no imaginaba que podría encenderme tan rápido. Sonríe contra mi piel.

—¿No lo sabes?

No sé nada, eso le diría si tuviera la más mínima idea de cómo hablar.

Suelta una risa breve y se aparta. Me toma la mano y la examina.

—¿Recuerdas cuando estábamos en cuarto —dice— y Molly Carter se apuntó a la excursión demasiado tarde? Todas las plazas estaban ocupadas, y se quedó fuera del autobús llorando porque quería ir.

No espera a que responda.

—Recuerdo que saliste del bus. Le ofreciste tu asiento y ella ni siquiera te dio las gracias. Vi cómo te quedabas en la acera mientras nos alejábamos.

Ya no respiro.

—¿Recuerdas en quinto? ¿La semana que los padres de Dana casi se divorciaron? Venía cada día al colegio sin comida. Y tú te ofrecías a darle la tuya. —Hace una pausa—. En cuanto se acabó la semana, volvió a fingir que no existías.

Sigo sin respirar.

—En séptimo pillaron a Shelly Morrison copiando de tu examen de matemáticas. No paraba de gritar diciendo que, si suspendía, su padre la mataría. Tú le dijiste al profesor que fuiste tú la que la copiaba a ella. Te pusieron un cero en el examen, y te castigaron durante una semana. —Levanta la cabeza, pero no me mira—. Después de eso, tuviste moratones en los brazos al menos durante

un mes. Siempre me he preguntado de dónde salían.

Mi corazón late demasiado deprisa. Peligrosamente deprisa. Aprieto los dedos para evitar que tiemblen. Pongo la mandíbula en su sitio y me despojo de toda emoción en la cara, pero no puedo ralentizar el zumbido de mi pecho por más que lo intente con todas mis fuerzas.

—Un millón de veces —dice, ahora con voz muy baja—. Te vi hacer cosas así un millón de veces. Pero nunca decías una sola palabra a menos que te obligaran. —Se vuelve a reír, esta vez profiere una intensa carcajada. Mira hacia un punto justo encima de mi hombro—. Nunca le pedías nada a nadie. —Al fin me mira a los ojos—. Y nadie te daba una oportunidad.

Trago saliva, intento apartar la mirada, pero Adam me sujeta la cara.

—No tienes ni idea de cuánto he pensado en ti —susurra—. Cuántas veces he soñado... —respira con dificultad—. Cuántas veces he soñado que estaríamos tan cerca como ahora. —Hace ademán de pasarse la mano por el pelo, pero cambia de opinión. Mira hacia abajo. Luego hacia arriba—. Dios, Juliette, te seguiría a cualquier parte. Eres lo único bueno que queda en este mundo.

Me imploro a mí misma no romper a llorar y no sé si está funcionando. Todas mis piezas se han roto y pegado de nuevo y me ruborizo por todos lados y casi no consigo reunir fuerzas para mirarlo a los ojos.

Sus dedos se posan en mi barbilla. La levantan.

—Tenemos como máximo tres semanas —me informa—. No creo que puedan controlar los disturbios mucho más tiempo.

Asiento. Parpadeo. Apoyo la cara en su pecho y finjo que no estoy llorando.

3 semanas.

VEINTICUATRO

Pasan 2 semanas.

2 semanas de vestidos y duchas y comida que quiero esparcir por la habitación. 2 semanas con Warner sonriendo y tocándome la cintura, riendo y guiándome con la mano apoyada en mi espalda, asegurándose de que a su lado ofrezco el mejor aspecto posible. Cree que soy su trofeo. Su arma secreta.

Tengo que reprimir las ganas de romperle los nudillos contra el hormigón.

Pero le regalo 2 semanas de cooperación porque dentro de 1 semana nos habremos ido.

Ojalá.

Pero, sobre todo, me he dado cuenta de que no odio tanto a Warner como creía.

Me da pena.

Siente una extraña especie de consuelo en mi compañía; cree que a lo mejor me veo identificada en él y en sus ideas retorcidas, en su cruel educación, en su padre ausente y al mismo tiempo exigente.

Pero nunca habla sobre su madre.

Adam dice que nadie sabe nada de la madre de Warner, que nunca se habla de ella y que nadie tiene ni idea de quién es. Dice que solo se sabe que Warner fue el resultado de una educación despiadada y de un deseo de poder frío y calculador. Odia a los niños felices y a los padres felices con vidas felices.

Creo que Warner cree que lo entiendo. Que lo entiendo a él.

Y es verdad. Y es mentira.

Porque no somos iguales.

Yo quiero ser mejor.



Adam y yo disponemos de poco tiempo juntos, solo durante la noche. Y tampoco es gran cosa. Warner cada vez me vigila más de cerca; desactivar las cámaras solo ha hecho que sospeche más. Siempre entra en mi habitación sin avisar, me lleva a dar paseos innecesarios por el edificio, solamente me habla de sus planes y de sus planes de hacer más planes y de cómo juntos vamos a conquistar el mundo. No finjo interesarme.

Quizá sea yo la que lo empeora todo.

—No me puedo creer que Warner aceptara de verdad que desactivaran tus cámaras —me dijo Adam una noche.

—Está loco. No es racional. Tiene una enfermedad que nunca comprenderé.

Adam suspiró.

—Está obsesionado contigo.

—¿Cómo? —Casi me partí el cuello de la sorpresa.

—Solo habla de ti. —Adam se quedó callado durante unos instantes, con la mandíbula muy apretada—. Oí cosas de ti incluso antes de que llegaras aquí. Por eso me involucré... Por eso me ofrecí voluntario. Warner se pasó meses recopilando información sobre ti: tus direcciones, tus historiales médicos, tus historias personales, tus relaciones familiares, tu certificado de nacimiento, tus análisis de sangre. Todo el ejército hablaba sobre su nuevo proyecto, todo el mundo sabía que estaba buscando a una chica que había matado a un niño pequeño en un supermercado. Una chica que se llamaba Juliette.

Aguanté la respiración.

Adam meneó la cabeza.

—Yo sabía que se refería a ti. Tenías que ser tú. Le pregunté a Warner si podía ayudar en el proyecto... Le dije que había ido al colegio contigo, que había oído hablar del niño, que te había visto en persona. —Se echó a reír—. Warner estaba encantado. Creyó que así el experimento sería más interesante —añadió, asqueado—. Y yo sabía que si pretendía que formaras parte de su proyecto infecto... —Dudó. Apartó la mirada. Se pasó una mano por el pelo—. Yo solo sabía que debía hacer algo. Creí que podría intentar ayudarte. Pero

ahora la situación ha empeorado. Warner no para de hablar de lo que eres capaz de hacer ni de lo valiosa que eres para sus objetivos ni de lo entusiasmado que está por tenerte aquí. Todo el mundo está empezando a darse cuenta. Warner es despiadado... No siente compasión por nadie. Le encanta el poder, la emoción de destruir a las personas. Pero está empezando a desmoronarse, Juliette. Está muy pero muy desesperado... por que te unas a él. Y, a pesar de sus amenazas, no quiere forzarte. Quiere que lo desees. Que, de alguna manera, lo elijas tú a él. —Miró hacia abajo, respiró con dificultad—. Está perdiendo facultades. Y cada vez que veo su rostro estoy a puntito de hacer alguna tontería. Me encantaría partirle la cara.

Sí. Warner está perdiendo facultades.

Está paranoico, aunque sus motivos tiene. Pero conmigo también es paciente e impaciente. Está entusiasmado y nervioso todo el rato. Es una contradicción con patas.

Desactiva mis cámaras, pero algunas noches le ordena a Adam que duerma junto a mi puerta para asegurarse de que no me escape. Dice que puedo comer sola, pero siempre acaba llamándome a su lado. Las pocas horas que Adam y yo podríamos compartir, nos las roba, pero me las ingenio para pasarme entre sus brazos las pocas noches que le permite dormir a Adam en mi habitación.

Ahora los dos dormimos en el suelo, abrigándonos el uno al otro para mantener el calor, aunque nos tape la manta. Cada vez que me toca es como una explosión de fuego y electricidad que me enciende los huesos de una forma increíble. Es la clase de sensación que me gustaría sentir en las manos.

Adam me habla de los nuevos progresos, de los rumores que ha oído decir a otros soldados. Me cuenta que en lo que queda del país hay muchos cuarteles generales. Que el padre de Warner está en la capital, que ha dejado a su hijo a cargo de todo este sector. Dice que Warner odia a su padre, pero que adora el poder. La destrucción. La devastación. Me acaricia el pelo y me cuenta historias y me aprieta contra su cuerpo como si tuviera miedo de que yo desapareciera. Describe a personas y lugares hasta que me quedo dormida, hasta que me zambullo en un sueño narcótico para escapar de un mundo

que no tiene otro refugio, alivio y liberación que sus palabras reconfortantes en mis oídos. Dormir es lo único que espero con ganas hoy por hoy. A duras penas recuerdo por qué antes gritaba.

Todo se está volviendo demasiado cómodo y empiezo a tener mucho miedo.



—Ponte esto —me dice Warner.

Desayunar en la habitación azul se ha convertido en una rutina. Como y no pregunto de dónde proviene la comida, ni si pagan a los trabajadores por lo que hacen, ni cómo es posible que este edificio mantenga a tantas vidas, bombee tanta agua o use tanta electricidad. Ahora espero a que llegue mi momento. Cooperero.

Warner no ha vuelto a pedirme que lo toque, y yo no se lo propongo.

—¿Para qué sirven? —Miro los fragmentos de tela que lleva en las manos y siento una punzada nerviosa en el estómago.

Esboza una sonrisa lenta y taimada.

—Una prueba de aptitud. —Me agarra la muñeca y coloca el fardo sobre mi mano—. Esta vez me daré la vuelta, pero solo esta vez.

Estoy demasiado nerviosa como para enfadarme con él.

Me tiemblan las manos mientras me pongo la ropa, que resulta ser un top diminuto y unos pantalones muy cortos. Estoy prácticamente desnuda. Estoy prácticamente temblando al pensar en lo que puede significar. Carraspeo con sutileza y Warner da media vuelta.

Tarda mucho en hablar; sus ojos están demasiado ocupados recorriendo el mapa de mi cuerpo. Tengo ganas de arrancar la alfombra del suelo y cosérmela sobre la piel. Warner sonrío y me tiende la mano.

Soy de granito y de piedra caliza y de mármol. No me muevo.

Baja la mano. Ladea la cabeza.

—Sígueme.

Abre la puerta. Adam está fuera. Es tan bueno enmascarando sus emociones que casi no percibo la sorpresa que tiñe y destiñe su

rostro. Solo lo delata la tensión de la frente y de las sienes. Sabe que algo no va bien. Incluso gira el cuello para fijarse bien en mi aspecto. Parpadea.

—¿Señor?

—Quédate donde estás, soldado. Yo me encargo.

Adam no responde no responde no responde...

—Sí, señor —dice, de repente con voz ronca.

Noto sus ojos en mí mientras avanzo por el pasillo.

Warner me lleva a un sitio nuevo. Pasamos por corredores que no he visto nunca, cada vez más oscuros y más sombríos y más estrechos. Noto que estamos descendiendo.

Hacia un sótano.

Atravesamos 1, 2, 4 puertas metálicas. Hay soldados por todas partes, hay ojos por todas partes, que me observan con miedo y algo más que prefiero no identificar. Me doy cuenta de que en el edificio hay muy pocas chicas.

Si hay algún lugar en el que se agradece ser intocable, es este.

Es la única razón por la que estoy aislada de los ojos depredadores de cientos de hombres solitarios. Es la única razón por la que Adam está conmigo: porque Warner cree que Adam es una figura de cartón de las que se hacen en una fábrica. Cree que Adam es una máquina engrasada con órdenes y exigencias. Cree que Adam es un recordatorio de mi pasado, y lo usa para hacer que me sienta incómoda. Nunca podría imaginar que Adam pudiera ponerme un dedo encima.

Nadie lo haría. Todos los que veo están absolutamente petrificados.

La oscuridad es como un lienzo negro perforado con un cuchillo sin afilar, con rayos de luz que se cuelan sobre la superficie. Me recuerda demasiado a mi antigua celda. Mi piel se eriza con un pavor incontrolable.

Estoy rodeada de pistolas.

—Entra —dice Warner. Me empujan hacia una habitación vacía que huele ligeramente a moho. Alguien activa un interruptor y se encienden varios fluorescentes, que iluminan unas paredes de color

amarillo pálido y una alfombra del color de la hierba muerta. La puerta se cierra de golpe detrás de mí.

En esta habitación no hay más que telarañas y un espejo gigantesco. El espejo ocupa media pared. Sé que Warner y sus cómplices deben de estar observándome. Pero no sé por qué.

Hay secretos por todas partes.

Y respuestas por ninguna parte.

El espacio en el que estoy tiembla con tintineos/chasquidos/chirridos y movimientos metálicos. El suelo cobra vida. El techo tiembla y anticipa el caos que se avecina. De repente, aparecen pinchos metálicos por todos lados, diseminados por la habitación, perforando cada superficie a alturas diferentes. Desaparecen a los pocos segundos para reaparecer con un repentino y aterrador ruido, y cortan el aire como si de agujas se tratara.

Estoy en una cámara de tortura, veo.

Los altavoces, que son más viejos que mi moribundo corazón, cobran vida. Soy un caballo de carreras que galopa hacia una meta falsa, que respira con dificultad en el beneficio de otro.

—¿Estás lista? —La voz amplificada de Warner resuena por la habitación.

—¿Para qué se supone que debo estar lista? —grito al espacio vacío, segura de que alguien me oye. ~~Estoy calmada. Estoy calmada. Estoy calmada.~~ Estoy petrificada.

—¿Recuerdas que hicimos un pacto? —responde la habitación.

—¿Qué...?

—Desactivé tus cámaras. Ahora debes cumplir tu parte del trato.

—¡No voy a tocarte! —chillo dando vueltas, aterrorizada, horrorizada, preocupada por que me vaya a desmayar en cualquier momento.

—No pasa nada —dice—. Te mando a mi sustituto.

La puerta se abre con un chirrido y veo caminar a un niño pequeño que no lleva más que un pañal. Le han vendado los ojos y tiembla de miedo.

Un alfiler hace que mi existencia estalle en la nada.

—Si no lo salvas tú —las palabras de Warner restallan por la sala

—, nosotros tampoco lo salvaremos.

Este niño.

Debe de tener una madre un padre alguien que lo quiere este niño este niño este niño anda a trompicones por el miedo. Una estalagmita metálica podría atravesarlo en cualquier momento.

Salvarlo es sencillo: tengo que agarrarlo, encontrar un sitio seguro en el suelo y sujetarlo en brazos hasta que termine el experimento.

Solo hay un problema.

Si lo toco, puede que muera.

VEINTICINCO

Warner sabe que no tengo elección. Quiere obligarme a vivir otra situación en la que pueda comprobar el impacto de mis habilidades, y no tiene ningún problema en torturar a un niño inocente para conseguir exactamente lo que quiere.

Ahora mismo no tengo elección.

Debo arriesgarme antes de que el niño dé un paso en la dirección equivocada.

Rápidamente intento memorizar las trampas, y esquivo/salto/evito por poco los pinchos hasta estar lo más cerca posible de él.

Respiro hondo, entre temblores, y me concentro en las extremidades tambaleantes del niño que está frente a mí, rezándole a Dios haber tomado la decisión correcta. Estoy a punto de quitarme la camiseta para usarla de barrera cuando noto una ligera vibración en el suelo. El temblor que precede al terror. Sé que me queda medio segundo antes de que aparezcan los pinchos y todavía menos tiempo para reaccionar.

Lo levanto en brazos.

Sus chillidos me perforan como si me hubieran disparado a muerte, una bala por segundo. Me araña los brazos, el pecho, me da patadas lo más fuerte que puede, llorando de agonía hasta que el dolor lo paraliza. Se debilita en mis brazos y me da la sensación de que me hacen añicos, los ojos, los huesos, las venas se me caen, dando vueltas sobre mí para torturarme para siempre con los recuerdos de los horrores que he provocado.

El dolor y el poder sangran por su cuerpo hacia el mío, sacudiendo sus extremidades y chocando conmigo hasta que casi se me cae. ~~Es como revivir una pesadilla que llevo 3 años intentando olvidar.~~

—Asombroso —suspira Warner por los altavoces, y me doy cuenta de que yo tenía razón. Debe de haberlo estado observando en un espejo polarizado—. Brillante, cariño. Me has dejado completamente impresionado.

Ahora estoy demasiado desesperada como para concentrarme en Warner. No sé cuánto tiempo va a durar este repugnante juego, y tengo que disminuir la cantidad de piel con la que toco el cuerpo del niño.

Ahora cobra sentido la ropa tan corta que me ha ordenado ponerme.

Recoloco al pequeño en mis brazos y procuro agarrarlo por el pañal. Lo sujeto con la palma de la mano. Necesito pensar que no lo he tocado lo suficiente como para hacerle mucho daño.

Hipa una vez; su cuerpo se estremece y renace.

Me pondría a llorar de felicidad.

Pero entonces reanudan los gritos, ya no por la tortura sino por el miedo. Quiere alejarse de mí desesperadamente y a mí se me empieza a escurrir, casi me rompo la muñeca del esfuerzo. No me atrevo a quitarle la venda. Preferiría morir a dejar que viera este sitio, que viera mi cara.

Aprieto la mandíbula tan fuerte que me da miedo romperme los dientes. Si lo dejo en el suelo, empezará a correr. Y, si empieza a correr, estará sentenciado. Tengo que seguir sosteniéndolo.

Un rugido mecánico me reanima el corazón. Los pinchos se esconden de nuevo en el suelo, uno a uno, hasta que todos han desaparecido. La habitación vuelve a ser inofensiva tan rápido que temo haberme imaginado el peligro. Dejo al niño en el suelo y me muerdo el labio para tragarme el dolor que siento en la muñeca.

El niño empieza a correr y choca accidentalmente contra mis piernas desnudas.

Grita y se estremece y se cae al suelo, hecho un ovillo, sollozando de tal manera que valoro la posibilidad de destruirme a mí misma, de abandonar este mundo. Las lágrimas corren por mi rostro y lo que más deseo es alcanzarlo y ayudarlo, abrazarlo, besar sus preciosas mejillas y decirle que cuidaré de él para siempre, que

huiremos juntos, que jugaré con él y le leeré cuentos por la noche, pero sé que no puedo. Sé que nunca podré. Sé que nunca será posible.

Y de repente el mundo se difumina ante mí.

Me abrumba una rabia, una intensidad, una ira tan potente que casi me elevo del suelo. Hiervo de odio ciego y de repugnancia. Ni siquiera entiendo cómo se mueven mis pies. No entiendo a mis manos, ni lo que hacen, ni por qué han decidido salir volando, con los dedos extendidos, para golpear la ventana. Solo sé que quiero sentir cómo parto el cuello de Warner con mis propias manos. Quiero que experimente el mismo terror que acaba de infligirle a un niño. Quiero verlo morir. Quiero verlo pedir clemencia.

Me catapulto hacia las paredes de hormigón.

Machaco el cristal con 10 dedos.

Agarro un puñado de gravilla y un puñado de tela del cuello de Warner y 50 pistolas diferentes me apuntan a la cabeza. El aire está cargado de cemento y de azufre, el cristal cae en una sinfonía agonizante de corazones destrozados.

Estrello a Warner contra la piedra corroída.

—No os atreváis a disparar —advierde Warner a los guardias. Aún no le he tocado la piel, pero tengo la extraña sospecha de que podría aplastar su caja torácica contra su corazón si apretara un poquito más.

—Debería matarte. —Mi voz es una respiración honda, una exhalación descontrolada.

—Tú... —Trata de tragar saliva—. Acabas de... acabas de atravesar el hormigón con las manos.

Parpadeo. No me atrevo a mirar hacia atrás. Pero no me hace falta para saber que no miente. Debo de haberlo hecho. Mi mente es un laberinto de imposibilidades.

Pierdo el norte durante unos instantes.

Las armas

clic

clic

clic

Cada momento está cargado.

—Si alguien le hace daño a esta mujer, le dispararé yo mismo —
vocifera Warner.

—Pero, señor...

—NO DISPARES, SOLDADO.

La rabia se ha esfumado. La ira repentina e incontrolable se ha esfumado. Mi mente ya se ha rendido ante la incredulidad. Confusión. No sé qué he hecho. Obviamente no sé de qué soy capaz, porque no tenía ni idea de que podía destrozar algo, y de repente mis manos me aterrorizan me aterrorizan me aterrorizan. Trastabillo hacia atrás, aturdida, y veo que Warner me observa con avidez, con entusiasmo, con unos ojos esmeralda que brillan con fascinación infantil. Casi tiembla de la emoción.

Tengo una serpiente en la garganta y no consigo tragármela. Nuestras miradas se cruzan.

—Si vuelves a ponerme en una situación parecida, te voy a matar. Y lo pienso disfrutar.

Ni siquiera sé si es mentira.

VEINTISÉIS

Adam me encuentra hecha un ovillo en el suelo de la ducha.

Llevo tanto rato llorando que estoy convencida de que el agua caliente está formada tan solo por mis lágrimas. Se me ha pegado la ropa a la piel, mojada e inservible. Quiero lavarla. Quiero ahogarme en la ignorancia. Quiero ser estúpida, tonta, muda, estar completamente desprovista de cerebro. Quiero cercenarme mis propias extremidades. Quiero librarme de esta piel capaz de matar y de estas manos que lo destrozan todo y de este cuerpo que no sé ni entender.

Todo está desmoronándose.

—Juliette... —Apoya la mano en el cristal. A duras penas consigo oírlo.

Al no obtener respuesta por mi parte, abre la mampara de la ducha. Está empapado de gotas de lluvia rebeldes y se quita las botas con un par de patadas antes de arrodillarse sobre el suelo de azulejos. Alarga una mano para tocarme los brazos, pero su roce aún me hace albergar mayor desesperación por morir. Suspira y me incorpora, lo suficiente como para alzarme la cabeza. Me rodea la cara con las manos y busca mi mirada, me busca hasta que aparto la vista.

—Sé lo que ha pasado —dice con suavidad.

Mi garganta es un reptil, está cubierta de escamas.

—Alguien debería matarme —croo, agrietándome con cada palabra.

Adam me rodea con los brazos y me levanta y mis piernas se tambalean y los dos estamos en pie. Se mete en la ducha y cierra la puerta tras de sí.

Suelto un jadeo.

Me sostiene contra la pared y solamente veo su camiseta blanca

empapada, solamente veo el agua que le baña el rostro, solamente veo sus ojos, llenos de un mundo del que me muero por formar parte.

—No ha sido culpa tuya —me susurra.

—Esa soy yo —murmuro.

—No. Warner está equivocado contigo —dice Adam—. Quiere que seas alguien que no eres, y no puedes permitirle que te destruya. No le permitas entrar en tu cabeza. Quiere que creas que eres un monstruo. Quiere que creas que no tienes más alternativa que unirte a él. Quiere que creas que nunca serás capaz de tener una vida normal...

—Pero es que no voy a tener una vida normal. —Me trago un sollozo—. Nunca... nunca voy a...

Adam niega con la cabeza.

—Sí. Vamos a conseguir salir de aquí. No dejaré que te pase eso.

—¿Cómo es posible que te preocupes por alguien... como yo? —Casi no respiro, estoy nerviosa y paralizada, pero por alguna razón me quedo mirando sus labios, examino su forma, cuento las gotas de agua que ruedan por las colinas y los valles de su boca.

—Porque estoy enamorado de ti.

El estómago me da un vuelco. Abro los ojos para interpretar su expresión, pero soy una maraña de electricidad que bulle de vida y con relámpagos, con frío y calor, y mis latidos son erráticos. Tiemblo en sus brazos y mis labios se han separado sin motivo alguno.

Su boca se suaviza y forma una sonrisa. Mis huesos han desaparecido.

Doy vueltas delirantes.

Su nariz toca la mía, sus labios están a una exhalación de mí, sus ojos ya me devoran y soy un charco sin brazos ni piernas. Lo huelo a él en todas partes; siento cada zona de su cuerpo contra el mío. Sus manos en mi cintura me agarran las caderas, sus piernas están alineadas con las mías, su pecho me domina con fuerza, su silueta está formada por ladrillos de deseo. El sabor de sus palabras perdura en mis labios.

—¿De verdad...? —Suelto un susurro de incredulidad, un

esfuerzo consciente por creer algo que nunca se ha logrado. Estoy ruborizada de los pies a la cabeza, repleta de sobreentendidos.

Me mira con tanta emoción que casi me rompe por la mitad.

—Dios, Juliette...

Y me besa.

Una vez, dos, hasta que lo he saboreado y soy consciente de que nunca me voy a saciar. Está por todos lados, sobre mi espalda y por mis brazos, y de pronto me besa más fuerte, más profundamente, con una apremiante necesidad que yo jamás había experimentado. Toma aire solo para enterrar los labios en mi cuello, en mi clavícula, hasta mi barbilla y mis mejillas, y atrapo una bocanada de oxígeno y Adam me destroza con las manos y estamos empapados de agua y de belleza y de la emoción de un momento que jamás creí posible.

Se echa hacia atrás con un gemido grave y yo quiero que se quite la camiseta.

Necesito ver el pájaro. Necesito hablarle del pájaro.

Mis dedos tiran del dobladillo de su ropa mojada y sus ojos se ensanchan solo un segundo antes de que él mismo se arranque la camiseta. Me agarra las manos y me levanta los brazos sobre la cabeza y me pega a la pared, besándome hasta que estoy segura de estar soñando, bebiéndose mis labios con los suyos, y sabe a lluvia y a almizcle dulce, y estoy a punto de explotar.

Mis rodillas chocan entre sí y mi corazón late tan deprisa que no comprendo cómo sigue funcionando. Beso tras beso, Adam borra el sufrimiento, el dolor, los años durante los cuales me he odiado, las inseguridades, las esperanzas frustradas de un futuro que siempre me imaginé arcaico. Me enciende, quema la tortura de los juegos de Warner, la angustia que me envenena todos los días. La intensidad de nuestros cuerpos bien podría destrozar las paredes de cristal.

Y casi sucede.

Durante unos instantes, nos limitamos a mirarnos a los ojos, respirando con dificultad hasta que me ruborizo, hasta que él cierra los ojos y respira de forma irregular y regular, y le pongo la mano en el pecho. Me atrevo a trazar el contorno del ave que planea sobre su piel, me atrevo a recorrer la longitud de su abdomen con los dedos.

—Tú eres mi pájaro —le digo—. Tú eres mi pájaro y me ayudarás a volar lejos de aquí.



Cuando salgo de la ducha, Adam ya se ha ido.

Se ha escurrido la ropa, se ha secado y me ha dado intimidad para que me cambiara. Una intimidad que no sé si sigue importándome. Me llevo 2 dedos a los labios y noto su sabor por todas partes.

Pero cuando salgo a la habitación no está por ningún lado. Debía presentarse abajo.

Me quedo mirando la ropa del armario.

Siempre escojo un vestido con bolsillos porque no sé dónde guardar la libreta, si no. No hay información que pueda incriminarnos, y la única hoja de papel que contenía la letra de Adam fue destruida y tirada por el váter, pero me gusta tenerla cerca de mí. Representa mucho más que unas cuantas palabras garabateadas sobre un papel. Es una pequeña muestra de mi resistencia.

Me meto la libreta en un bolsillo y decido que por fin estoy preparada para enfrentarme a mí misma. Respiro hondo, me aparto de los ojos los mechones mojados de pelo y entro en el cuarto de baño. El vapor de la ducha ha empañado el espejo. Alargo una mano indecisa para desempañar un círculo pequeño. Pero que sea lo bastante grande.

Una cara asustada me devuelve la mirada.

Me toco las mejillas y examino la superficie reflectante, examino la imagen de una chica que me resulta a la vez desconocida y familiar. Mi rostro está más delgado y más pálido, mis pómulos son más prominentes de lo que recordaba, mis cejas se posan sobre 2 ojos abiertos que no son azules ni verdes, sino de un color intermedio. Mi piel está enrojecida por el calor y por algo llamado Adam. Mis labios son demasiado rosados. Mis labios están rectos, algo poco habitual. Deslizo un dedo a lo largo de la nariz y recorro el contorno de mi mejilla cuando por el rabillo del ojo detecto movimiento.

—Eres muy guapa —me dice.

Estoy rosa y roja y granate al mismo tiempo. Agacho la cabeza y huyo del espejo para que me tome en brazos.

—Me había olvidado de mi cara —murmuro.

—No olvides quién eres —dice.

—No lo sé.

—Sí que lo sabes. —Me levanta la cabeza—. Yo lo sé.

Me quedo mirando la fuerza de su mandíbula, de sus ojos, de su cuerpo. Intento comprender la confianza que ha depositado en quien cree que soy y me doy cuenta de que su seguridad es lo único que me impide sumergirme en el pozo de mi propia locura. Adam siempre ha creído en mí. Incluso sin hacer ruido, en silencio, peleó por mí. Siempre.

Es el único amigo que tengo.

Agarro su mano y me la llevo a los labios.

—Siempre te he querido —le confieso.

El sol sale, se queda inmóvil, brilla en su rostro y él casi sonríe, casi es incapaz de mirarme a los ojos. Relaja los músculos, sus hombros se alivian por el peso de un nuevo tipo de deseo, y suspira. Me toca la mejilla, me toca los labios, me toca la punta de la barbilla y parpadeo y me besa, me toma en brazos y me levanta y de alguna forma acabamos en la cama, enredados el uno con el otro, y estoy drogada por la emoción, drogada por cada tierno instante. Sus dedos recorren mi hombro, se pasean por mi contorno, se detienen en mis caderas. Me acerca más a él, susurra mi nombre, me da besos en el cuello y se pelea con la rígida tela de mi vestido. Sus manos tiemblan muy ligeramente, sus ojos irradian sentimiento, su corazón retumba de dolor y de cariño, y me apetece vivir aquí, en sus brazos, en sus ojos, el resto de mi vida.

Mis manos se deslizan debajo de su camiseta y ahoga un gemido que se convierte en un beso que me necesita y que me quiere y que quiere apoderarse de mí con tanta desesperación que se parece a la tortura más grande del mundo. Su cuerpo cae sobre el mío, encima del mío, infinitos puntos sensibles en cada terminación nerviosa de mi cuerpo, y su mano derecha está detrás de mi cuello y su mano

izquierda me rodea y sus labios avanzan por mi camiseta y no entiendo por qué voy a necesitar ponerme ropa de nuevo y soy un cumulonimbo de rayos y de truenos y con la posibilidad de estallar en lágrimas en cualquier momento inoportuno. Mi pecho late del éxtasis éxtasis éxtasis.

No recuerdo qué significa respirar.

Nunca

nunca

jamás

supe

qué significaba «sentir».

Una alarma martillea por las paredes.

La habitación emite pitidos y cobra vida, y Adam se pone rígido, se aparta, y su rostro se viene abajo.

—CÓDIGO SIETE. Todos los soldados deben presentarse inmediatamente en su cuadrante. CÓDIGO SIETE. Todos los soldados deben presentarse inmediatamente en su cuadrante. CÓDIGO SIETE. Todos los soldados deben presentarse inmediatamente en su cuadra...

Adam está en pie y tira de mí, y la voz sigue dando órdenes por el sistema de altavoces instalado en el edificio.

—Alguien ha cometido una infracción —dice, con la voz rota y jadeante. Sus ojos vuelan fugazmente de la puerta a mí—. Dios. No puedo dejarte aquí...

—Vete —le digo—. Tienes que irte... Estaré bien...

Por los pasillos retumban pasos y los soldados se gritan tan alto que los oigo a través de las paredes. Adam sigue siendo un soldado. Debe actuar. Debe guardar las apariencias hasta que nos podamos ir. Lo sé.

Me acerca a él.

—No es una broma, Juliette... No sé qué está pasando... Podría ser cualquier cosa...

Un chasquido metálico. Un interruptor mecánico. La puerta se abre de golpe y Adam y yo nos separamos de golpe 3 metros.

Adam echa a correr hacia la puerta al mismo tiempo que Warner entra por ella. Ambos se quedan paralizados.

—Estoy bastante seguro de que la alarma lleva por lo menos un minuto sonando, soldado.

—Sí, señor. No estaba seguro de qué hacer con ella. —De pronto, parece tranquilo, una estatua perfecta. Asiente en mi dirección y me doy cuenta de que tiene los hombros demasiado rígidos. Respira a un ritmo demasiado acelerado.

—Por suerte para ti, he venido a encargarme de ello. Coméntaselo a tu comandante.

—Señor. —Adam asiente, gira sobre un talón y atraviesa la puerta a toda prisa. Espero que Warner no haya percibido sus dudas.

Warner se vuelve hacia mí con una sonrisa tan tranquila y relajada que empiezo a preguntarme si de verdad en este edificio siembra el caos. Examina mi rostro. Mi pelo. Mira las sábanas arrugadas detrás de mí y me da la impresión de haberme tragado una araña.

—¿Te has echado la siesta?

—Esta noche no he podido dormir.

—Te has desgarrado el vestido.

—¿Qué haces aquí? —Necesito conseguir que deje de mirarme, necesito conseguir que deje de embeberse de los detalles de mi existencia.

—Si no te gusta un vestido, sabes que puedes elegir otro. Yo mismo los seleccioné para ti.

—No pasa nada. Me gusta este vestido. —Echo un vistazo al reloj como si tal cosa. Ya son las 16:30—. ¿Por qué no me cuentas qué está pasando?

Está demasiado cerca. Está demasiado cerca de mí y me mira y mis pulmones no consiguen expandirse.

—Deberías cambiarte, de verdad.

—No quiero cambiarme. —No sé por qué estoy tan nerviosa. Por qué me está poniendo tan nerviosa. Por qué el espacio que nos separa se reduce con tanta rapidez.

Mete un dedo en el desgarrón cerca de la cinturilla del vestido y reprimo un grito.

—Este no te va demasiado.

—No pasa nada...

Tira tan fuerte del desgarrón que la tela se rompe y crea una raja a un lado de mi pierna.

—Así está mejor.

—¿Qué haces...?

Sus manos serpentean por mi cintura y me inmovilizan los brazos y sé que debería defenderme pero estoy paralizada y quiero gritar pero tengo la voz rota rota rota. Soy una exhalación de desesperación entrecortada.

—Tengo una pregunta —dice, e intento darle una patada enfundada en este absurdo vestido, pero él me estampa contra la pared, el peso de su cuerpo me impide moverme, está cubierto de ropa de los pies a la cabeza, una capa protectora nos separa—. He dicho que tengo una pregunta, Juliette.

Mete las manos en mi bolsillo tan deprisa que tardo unos segundos en darme cuenta de lo que ha hecho. Estoy jadeando contra la pared, temblando y procuro aclarar la cabeza.

—Siento curiosidad —comenta—. ¿Esto qué es?

Sostiene mi libreta entre 2 dedos.

Dios mío.

El vestido es tan ceñido que no oculta la forma de la libreta y estaba demasiado ocupada mirándome la cara en el espejo para fijarme en el vestido. ~~Es culpa mía culpa mía culpa mía culpa mía~~ No me lo puedo creer. Es culpa mía. Debería haber ido con más cuidado.

No digo nada.

—No recuerdo haberte dado una libreta. —Warner ladea la cabeza—. Y tampoco recuerdo haberte dado permiso para tener pertenencias propias, claro.

—La llevaba conmigo. —Mi voz es apenas audible.

—Mentira.

—¿Qué quieres de mí? —Entro en pánico.

—Qué pregunta tan estúpida, Juliette.

Oigo el suave chasquido de algo metálico que se desliza.
Alguien ha abierto mi puerta.

Clic.

—Quítale las manos de encima antes de que te meta una bala en la cabeza.

VEINTISIETE

Los ojos de Warner se cierran muy lentamente. Da un paso hacia atrás muy lentamente. Sus labios se tuercen en una peligrosa sonrisa.

—Kent.

Las manos de Adam son firmes, el cañón de su pistola está apoyado en la nuca de Warner.

—Vas a abrirnos camino hasta la salida.

Warner se atreve a reírse. Abre los ojos y extrae una pistola del bolsillo interior con la que me apunta directamente a la frente.

—La mataré ahora mismo.

—No eres tan idiota —dice Adam.

—Como se mueva aunque sea un solo milímetro, le dispararé. Y después a ti te haré pedazos.

Adam se mueve con rapidez y golpea a Warner en la cabeza con la culata de la pistola. El arma de Warner se encasquilla y Adam lo agarra del brazo y le retuerce la muñeca hasta que deja de sostener el arma con tanta fuerza. Le arrebató la pistola a la mano flácida de Warner y le estampo la culata en la cara. Me asombran mis propios reflejos. Nunca había sostenido una pistola, pero supongo que siempre hay una primera vez para todo.

Apunto hacia los ojos de Warner.

—No me subestimes.

—Hostia. —Adam no oculta su sorpresa.

Warner tose una carcajada, se tranquiliza e intenta sonreír mientras se limpia la sangre de la nariz.

—Nunca te he subestimado —me dice—. Nunca.

Adam menea la cabeza durante un milisegundo y, acto seguido, esboza una sonrisa de oreja a oreja. Me mira radiante mientras apoya la pistola más fuerte en el cráneo de Warner.

—Marchémonos de aquí.

Agarro las dos mochilas escondidas en el armario y le lanzo una a Adam. Hace ya una semana que lo tenemos todo preparado. Si quiere salir de aquí antes de lo previsto, yo no voy a protestar.

Warner tiene suerte de que seamos compasivos.

Pero nosotros tenemos suerte de que hayan evacuado el edificio. No hay nadie en quien pueda confiar.

—Te aseguro, soldado, que tu triunfo durará muy poco. —Warner carraspea—. Más vale que me mates ahora, porque cuando te encuentre voy a disfrutar una barbaridad destrozando todos los huesos de tu cuerpo. Estás loco si crees que puedes salirte con la tuya.

—No soy tu soldado. —El rostro de Adam es de piedra—. Nunca lo he sido. Estás tan ensimismado con los detalles de tus propias fantasías que no te has fijado en los peligros que tenías delante de las narices.

—Todavía no podemos matarte —añado—. Debes sacarnos de aquí.

—Estás cometiendo un grave error, Juliette —me dice. Su voz se vuelve más amable incluso—. Vas a echar a perder un futuro prometedor. —Suspira—. ¿Cómo sabes que puedes confiar en él?

Miro a Adam. Adam, el chico que siempre me ha defendido, aun cuando con ello no iba a ganar nada. Meneo la cabeza para despejarme. Me recuerdo a mí misma que Warner es un mentiroso. Un loco de remate. Un asesino psicótico. Nunca haría nada para ayudarme.

Creo.

—Vayámonos antes de que sea demasiado tarde —le digo a Adam—. Solo intenta retenernos hasta que vuelvan los soldados.

—¡No le importas lo más mínimo! —estalla Warner. Me estremezco ante la repentina e incontrolada intensidad de su voz—. ¡Lo único que quiere es salir de aquí y te está utilizando! —Da un paso adelante—. Yo podría amarte, Juliette... Te trataría como a una reina...

Adam le inmoviliza la cabeza y apunta la pistola hacia su sien.

—Es obvio que no te enteras de lo que está pasando —dice con

cuidado.

—Pues ilumíname, soldado —responde Warner con un susurro. En sus ojos bailotean peligrosas llamaradas—. Explícame qué es lo que no logro entender.

—Adam. —Niego con la cabeza.

Me mira a los ojos. Asiente. Se gira hacia Warner.

—Haz la llamada —le ordena estrujándole un poco más el cuello—. Sácanos de aquí ya.

—Solo por encima de mi cadáver vas a salir con ella por esa puerta. —Warner ejercita la mandíbula y escupe sangre en el suelo—. A ti te mataría por placer —le suelta a Adam—. Pero a Juliette la quiero a mi lado para siempre.

—No eres quién para decidir que me quede a tu lado. —Respiro demasiado deprisa. Me muero por salir de aquí cuanto antes. Me da rabia que no pare de hablar, pero aunque me encantaría partirle la cara, inconsciente no nos servirá de nada.

—Sabes que podrías amarme. —Me dedica una extraña sonrisa—. Los dos seríamos imparables. Los dos cambiaríamos el mundo. Podría hacerte feliz —me asegura.

Adam parece a punto de romperle el cuello. Tiene el rostro muy pero muy tenso, está muy enfadado. Nunca lo había visto así.

—No tienes nada que ofrecerle, cabronazo enfermo.

Warner cierra los ojos durante un segundo.

—Juliette. No te precipites. No tomes una decisión imprudente. Quédate conmigo. Tendré paciencia contigo. Te daré tiempo para que te adaptes. Te cuidaré...

—Estás loco. —Me tiemblan las manos, pero vuelvo a apuntarle a la cara con la pistola. Necesito sacármelo de la cabeza. Necesito recordar lo que me ha hecho—. Quieres que me convierta en un monstruo para ti...

—¡Quiero que liberes todo tu potencial!

—Déjame ir —digo en voz baja—. No quiero ser tu criatura. No quiero hacerle daño a nadie.

—El mundo ya te ha hecho daño —replica—. El mundo te ha traído hasta aquí. ¡Estás aquí por su culpa! ¿Crees que si sales ahí

fuera te van a aceptar? ¿Crees que puedes huir y tener una vida normal? Nadie se ocupará de ti. Nadie se acercará a ti... ¡Serás una paria, como lo has sido siempre! ¡No ha cambiado nada! ¡Tu sitio está aquí, a mi lado!

—Su sitio está a mi lado. —La voz de Adam podría cortar el acero.

Warner se encoge. Por lo visto, al fin empieza a entender lo que yo creía obvio. Sus ojos se ensanchan, horrorizados, incrédulos, y me miran con renovada angustia.

—No. —Una breve risotada enloquecida—. Juliette. Por favor. Por favor. No me digas que te ha llenado la cabeza de ideas románticas. Por favor, no me digas que te has dejado embaucar por sus falsas declaraciones...

Adam le asesta un rodillazo en la columna. Warner cae al suelo con un golpe sordo y la respiración entrecortada. Adam lo ha subyugado totalmente. Me da la impresión de que debería animarlo.

Pero estoy demasiado nerviosa. Demasiado inmersa en la desconfianza. Me siento demasiado insegura como para no dudar en absoluto acerca de mis decisiones. Tengo que recobrar la compostura.

—Adam...

—Te quiero —me dice, sus ojos tan sinceros como los recuerdo, sus palabras desprenden la urgencia necesaria—. No dejes que te confunda...

—¿Que la quieres? —prácticamente escupe Warner—. Si ni siquiera la has...

—Adam. —La habitación se empaña y se desempaña. Me quedo mirando la ventana fijamente. Lo vuelvo a mirar a él.

Sus ojos le acarician las cejas.

—¿Quieres saltar?

Asiento.

—Pero son quince pisos...

—¿Qué otra alternativa nos queda si no coopera? —Miro hacia Warner. Ladeo la cabeza—. No hay ningún código siete, ¿verdad?

Warner tuerce los labios. Guarda silencio.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunto—. ¿Por qué has hecho

saltar una falsa alarma?

—¿Por qué no se lo preguntas al soldado a quien de repente aprecias tantísimo? —espeta Warner, cabreado—. ¿Por qué no te preguntas por qué le confías la vida a alguien que no sabe distinguir entre una amenaza real y una imaginaria?

Adam maldice entre dientes.

Intercambiamos una mirada y me lanza la pistola.

Sacude la cabeza. Vuelve a maldecir. Aprieta y suelta los puños.

—Era un simulacro.

Encantado, Warner se ríe.

Adam echa un vistazo a la puerta, al reloj, a mi rostro.

—No disponemos de demasiado tiempo.

Tengo la pistola de Warner en la mano izquierda y la de Adam en la derecha, y apunto a la frente de Warner con las dos, haciendo lo imposible por ignorar sus ojos fulminantes. Adam usa la mano que le queda libre para buscar algo en los bolsillos. Extrae un par de bandas de plástico y le da una patada a Warner en la espalda antes de atarlo. Las botas y los guantes de Warner se encuentran en el suelo. Adam le presiona el estómago con una bota.

—En cuanto saltemos por la ventana, se activarán un millón de alarmas —me cuenta—. Tendremos que correr, así que no podemos arriesgarnos a rompernos las piernas. No podemos saltar.

—Y, entonces, ¿qué hacemos?

Se pasa una mano por el pelo y se muerde el labio inferior, y en un momento de locura lo único que quiero hacer es probar su sabor. Me obligo a volver a concentrarme.

—Tengo una cuerda —dice—. Tendremos que bajar por la fachada. Y deprisa.

Se pone manos a la obra y saca un rollo de cuerda atado a una pequeña ancla que parece una garra. Le pregunté un millón de veces para qué diablos lo iba a necesitar, por qué lo guardaba en la mochila de nuestra huida. Me dijo que una cuerda nunca está de más. Ahora casi me entran ganas de reír.

Se vuelve hacia mí.

—Yo bajaré primero y así te podré agarrar cuando llegues...

Warner suelta una sonora carcajada.

—No puedes tocarla, idiota. —Se retuerce en sus grilletes de plástico—. Casi no lleva nada de ropa. ¡Te matará y se matará ella al caer!

Mis ojos vuelan de Warner a Adam. No tengo tiempo de seguir soportando las tonterías de Warner. Tomo una decisión apresurada.

—Hazlo. Bajaré detrás de ti.

Warner nos mira enloquecido, sin entender.

—¿Qué haces?

Lo ignoro.

—Espera...

Lo ignoro.

—Juliette.

Lo ignoro.

—¡Juliette! —Su voz suena más tensa, más alta, una mezcla de ira y terror y negación y traición. Por fin encajan las piezas del rompecabezas de su mente—. ¿Él te puede tocar?

Adam está envolviéndose el puño con la sábana.

—¡Maldita sea, Juliette, contéstame! —Warner se retuerce en el suelo, desquiciado como nunca lo he visto. Parece furioso, con ojos incrédulos y horrorizados—. ¿Te ha tocado?

No entiendo por qué de repente las paredes están en el techo. Todo se vuelve del revés.

—Juliette...

Adam rompe el cristal de un fuerte puñetazo, y enseguida toda la habitación ruge con un sonido histérico que no se parece a ninguna alarma que haya oído antes. La estancia retumba bajo mis pies, los pasos resuenan por los pasillos, y sé que dentro de un minuto nos van a descubrir.

Adam arroja la cuerda por la ventana y se echa la mochila a la espalda.

—¡Tírame la mochila! —grita, pero casi no lo oigo. Le lanzo la mochila y la atrapa justo antes de deslizarse por la ventana. Corro hacia él.

Warner trata de agarrarme la pierna.

Su intento fallido casi me hace tropezar, pero consigo llegar a la ventana sin perder demasiado tiempo. Miro hacia la puerta y noto que se me acelera el corazón. El ruido de soldados que corren y gritan es más fuerte, más cercano y más nítido con cada segundo que pasa.

—¡Date prisa! —Adam me llama.

—Juliette, por favor...

Warner vuelve a intentar agarrarme la pierna y jadeo tan fuerte que casi lo oigo entre las sirenas que me destrozan los tímpanos. No lo voy a mirar. ~~No lo voy a mirar. No lo voy a mirar.~~

Paso una pierna por el marco de la ventana y me aferro a la cuerda. Mis piernas desnudas harán que la bajada sea un suplicio insoportable. Ya tengo las dos piernas fuera. Mis manos están en el lugar adecuado. Adam me llama desde abajo, pero no sé a qué distancia se encuentra. Warner grita mi nombre y levanto la vista a pesar de mis enormes esfuerzos por no hacerlo.

Sus ojos son dos balas verdes que perforan el cristal. Que me atraviesan.

Respiro hondo y espero no morir.

Respiro hondo y me deslizo lentamente por la cuerda.

Respiro hondo y espero que Warner no se haya dado cuenta de lo que acaba de ocurrir.

Espero que no sepa que acaba de tocarme la pierna.

Y que no ha ocurrido nada.

VEINTIOCHO

Estoy ardiendo.

La cuerda me araña las piernas y me provoca tantísimo dolor que me sorprende que no eche humo. Reprimo el dolor porque no me queda otra. La histeria colectiva del edificio activa mis sentidos, el peligro nos acecha por todas partes. Adam me grita desde abajo, me dice que salte, me promete que me agarrará. Me da demasiada vergüenza admitir que me da miedo la caída.

Nunca me han dado la posibilidad de tomar mis propias decisiones.

Varios soldados están entrando ya en la que era mi habitación, vociferando y confundidos, probablemente sorprendidos al encontrar a Warner en una posición tan débil. Dominarlo nos ha resultado demasiado fácil. Me preocupa.

Me hace pensar que nos hemos equivocado en algo.

Unos cuantos soldados se asoman por la ventana destrozada y yo, desesperada, necesito bajar por la cuerda, pero ya están moviéndose para desatar el nudo. Me preparo para la sensación nauseabunda de una caída libre, pero entonces me doy cuenta de que no intentan lanzarme al vacío. Intentan volver a subirme.

Warner debe de estar diciéndoles qué hacer.

Miro hacia abajo, hacia Adam, y por fin le hago caso. Cierro los ojos con fuerza y me suelto.

Y caigo justo en sus brazos abiertos.

Rodamos por el suelo, pero solo nos quedamos unos instantes sin respiración. Adam me agarra la mano y echamos a correr.

Delante de nosotros se extiende un erial vacío y desértico. Asfalto roto, pavimento desigual, calles embarradas, árboles desnudos, plantas moribundas, una ciudad amarillenta abandonada a los elementos que se ahoga entre las hojas muertas que crujen bajo

nuestros pies. Las instalaciones civiles son pequeñas y de poca altura, se apiñan sin orden ni concierto y Adam se asegura de avanzar lo más lejos posible de ellas. Los altavoces nos mencionan para acusarnos. El sonido de una voz femenina y ligeramente mecánica retumba entre los pitidos de alarma.

«El toque de queda acaba de activarse. Que todo el mundo vuelva de inmediato a su casa. Hay rebeldes sueltos. Van armados y están listos para disparar. El toque de queda acaba de activarse. Que todo el mundo vuelva de inmediato a su casa. Hay rebeldes sueltos. Van armados y están listos para dispa...».

Siento calambres en los costados, tengo la piel tensa, la garganta seca, me muero de sed. No sé cuán lejos hemos llegado. Lo único que sé es que distingo el ruido de las botas que golpean el pavimento, el chirrido de los vehículos que queman ruedas en las unidades de almacenamiento subterráneas, las alarmas que gimen a nuestro paso.

Miro hacia atrás y veo a gente que grita y corre en busca de cobijo, que esquivo a los soldados que entran en su casa a toda prisa, los cuales aporreamos las puertas para ver si nos hemos escondido en algún edificio. Adam me aleja de la civilización y se dirige hacia las calles abandonadas en la última década: tiendas y restaurantes antiguos, callejones estrechos y parques abandonados. La tierra no regulada de nuestra vida anterior ha pasado a ser una zona estrictamente prohibida. Es territorio vedado. Todo está cerrado. Todo está destrozado, oxidado, nada tiene vida. A nadie se le permite entrar allí. Ni siquiera a los soldados.

Y nosotros atravesamos las calles corriendo en un intento por alejarnos de todos.

El sol va deslizándose en el cielo y se acerca al borde de la tierra. Pronto llegará la noche, y no tengo la más remota idea de dónde estamos. Nunca pensé que todo sucedería tan deprisa, nunca pensé que ocurriría en el mismo día. Solo debo albergar la esperanza de que sobreviviremos, pero no tengo la más mínima idea de hacia dónde nos encaminamos. No se me ha ocurrido preguntarle a Adam adónde podríamos ir.

Salimos disparados hacia un millón de direcciones. Giramos bruscamente, avanzamos unos pasos hacia delante para virar después en dirección contraria. Supongo que Adam está intentando confundir o distraer al máximo a nuestros perseguidores. No puedo hacer más que procurar seguirle el ritmo.

Y no lo logro.

Adam es un soldado entrenado. Está acostumbrado a este tipo de situaciones. Sabe cómo huir, cómo pasar desapercibido, cómo moverse sigilosamente por cualquier lado. Yo, en cambio, soy una chica destrozada que hace demasiado tiempo que no hace ejercicio. Me arden los pulmones por el esfuerzo de inspirar oxígeno, resoplo por el esfuerzo de exhalar dióxido de carbono.

De repente, empiezo a jadear tan desesperadamente que Adam se ve obligado a llevarme hasta una calle lateral. Él respira un poco más rápido de lo normal, pero yo ya he empezado a dominar el ahogarme debido a la debilidad de mi cuerpo.

Adam me agarra el rostro con ambas manos e intenta que fije la vista.

—Quiero que respires como yo, ¿vale?

Resuello un poco más.

—Concéntrate, Juliette. —Sus ojos muestran determinación. Una paciencia infinita. Lo veo impertérrito y envidia su compostura—. Tranquiliza a tu corazón —me dice—. Respira del mismo modo que yo.

Aspira 3 pequeñas bocanadas, aguanta la respiración unos cuantos segundos y suelta todo el aire con una larga exhalación. Intento imitarlo. No se me da demasiado bien.

—Vale. Quiero que sigas respirando igual que... —Se detiene. Sus ojos vuelan hacia la calle abandonada durante una fracción de segundo. Sé que debemos movernos.

Los disparos destrozan la atmósfera. Nunca había reparado en lo fuertes que suenan ni en que ese sonido fractura todos los huesos intactos de mi cuerpo. Un escalofrío me hiela la sangre y me doy cuenta de inmediato de que no intentan matarme a mí. Intentan matar a Adam.

De repente, es una nueva clase de ansiedad la que me asfixia. No puedo permitir que le hagan daño.

No por mi culpa.

Pero Adam no tiene tiempo de que yo recobre el aliento y me aclare la mente. Me levanta en brazos y echa a correr en diagonal por otro callejón.

Y corremos.

Y respiro.

Y me grita:

—¡Rodéame el cuello con los brazos! —Y le suelto la camiseta, a la que estaba aferrada, y soy tan tonta que me da vergüenza rodearlo con los brazos. Me recoloca y me alza más, cerca de su pecho. Me lleva como si pesara menos que una pluma.

Cierro los ojos y aprieto la mejilla contra su cuello.

Los disparos suenan detrás de nosotros, pero por el sonido incluso yo puedo adivinar que están demasiado lejos y en la dirección equivocada. Por lo visto, de momento les llevamos ventaja. Sus coches no van a dar con nosotros porque Adam ha evitado todas las calles principales. Como si tuviera un mapa de la ciudad. Al parecer, es exactamente lo que hace, como si llevara muchísimo tiempo planeándolo.

Tras inhalar exactamente 594 veces, Adam me deja en el suelo delante de una valla metálica. Veo que le cuesta tragar oxígeno, pero no jadea como yo. Sabe cómo controlar la respiración. Sabe cómo estabilizar el pulso, calmar a su corazón, recuperar el control sobre sus órganos. Sabe cómo sobrevivir. Espero que me enseñe a mí también.

—Juliette —dice después de quedarse unos instantes sin aliento—. ¿Puedes saltar esta valla?

Me muero tanto por ser algo más que un fardo inútil que casi echo a correr hacia la valla metálica. Pero soy imprudente. Y demasiado apresurada. Prácticamente me desgarró el vestido y me rasguño las piernas durante el proceso. Me estremezco ante el agudo dolor y, en lo que tardo en volver a abrir los ojos, Adam ya está a mi lado.

Me mira las piernas y suspira. Casi se echa a reír. Me pregunto

qué debo de parecer, harapienta y salvaje con un vestido hecho jirones. La raja de la tela que ha hecho Warner ahora acaba en el hueso de mi cadera. Seguro que parezco un animal trastornado.

Pero a Adam, por lo visto, no le importa.

Él también ha aminorado el paso. Ahora avanzamos caminando ligero, ya no se oyen disparos por las calles. Me doy cuenta de que debemos de estar cerca de un lugar seguro, pero no sé si debería hacer preguntas o guardarlas para más tarde. Adam da respuesta a mis pensamientos.

—Aquí no podrán rastrearme —dice, y llego a la conclusión de que todos los soldados deben de llevar algún tipo de dispositivo de localización. Me pregunto por qué a mí nunca me han puesto uno.

Escapar no debería ser tan fácil.

—Nuestros rastreadores no son tangibles —me explica. Giramos hacia la izquierda por otro callejón. El sol está zambulléndose en el horizonte. Me pregunto dónde nos encontramos. Lo lejos que estamos de los asentamientos del Restablecimiento para que no haya nadie por aquí—. Es un suero especial que se inyecta en la sangre —continúa diciendo— y está diseñado para funcionar con los procesos naturales de nuestro cuerpo. Se podría saber, por ejemplo, si me he muerto. Es una forma excelente de mantener un registro de los soldados perdidos en combate. —Me mira de reojo. Esboza una ligera sonrisa que me apetece besar.

—¿Y cómo has confundido al rastreador?

Su sonrisa se ensancha. Agita una mano a nuestro alrededor.

—¿Ves este sitio? Antes era una planta de energía nuclear. Un día todo estalló por los aires.

Mis ojos se abren como platos.

—¿Cuándo pasó?

—Hace unos cinco años. Lo limpiaron bastante rápido. Se lo ocultaron a los medios de comunicación, a la gente. Nadie sabe exactamente qué ocurrió aquí. Pero la radiación restante basta para matar. —Hace una pausa—. Ya lo ha hecho.

Deja de caminar.

—He estado en esta zona un millón de veces, y no me ha afectado.

Warner solía mandarme aquí para que recogiera muestras del suelo. Quería estudiar los efectos. —Se pasa una mano por el pelo—. Creo que quería manipular la toxicidad para fabricar algún tipo de veneno.

»La primera vez que vine, Warner creyó que me había muerto. El rastreador está conectado a todos nuestros sistemas: cuando se pierde un soldado, se activa una alarma. Sabía que enviarme aquí suponía un riesgo, así que no creo que se sorprendiera demasiado al oír que había muerto. Se sorprendió más al verme volver. —Se encoge de hombros, como si su muerte hubiese sido un detalle sin importancia alguna—. Hay algo en los productos químicos de aquí que contrarresta la composición molecular del dispositivo de rastreo. Básicamente, pues, ahora mismo todo el mundo cree que estoy muerto.

—¿Y Warner no sospechará que estás aquí?

—Quizá. —Entorna los ojos contra la luz del sol, que va apagándose. Nuestras sombras son alargadas e inmóviles—. O me podrían haber disparado. En cualquier caso, vamos a ganar un poco de tiempo.

Me agarra la mano y me sonrío antes de que algo se encienda en mi cabeza.

—¿Y yo qué? —le pregunto—. ¿La radiación no puede matarme? —Espero no revelar el nerviosismo que siento. En la vida había querido tanto estar viva. No quiero perderlo todo tan pronto.

—Ah... No. —Menea la cabeza—. Lo siento, se me ha olvidado decírtelo. Una de las razones por las que Warner quería que recogiera estas muestras... es que tú también eres inmune. Estaba analizándote. Me dijo que había encontrado la información en tus informes médicos. Que te habían hecho pruebas...

—Pero nadie me ha...

—Seguramente sin que lo supieras, y a pesar de dar positivo en radiación, estabas completa y biológicamente sana. En ti no hay ninguna alteración negativa.

En ti no hay ninguna alteración negativa.

El comentario es tan descaradamente falso que, de hecho, rompo a

reír. Intento reprimir mi incredulidad.

—¿Que en mí no hay ninguna alteración negativa? Estás de broma, ¿no?

Adam se queda mirándome tanto rato que empiezo a ruborizarme. Me levanta la barbilla para que lo mire a los ojos. El azul azul azul me taladra. Su voz es profunda, firme.

—Creo que nunca te había oído reír.

Es tan espantosamente correcto que no sé cómo responder salvo con la verdad. Mi sonrisa forma una línea recta.

—La risa proviene de la vida. —Me encojo de hombros, intento sonar indiferente—. Nunca había estado viva de verdad.

Sus ojos no han vacilado lo más mínimo. Me mantienen inmóvil con la fuerza de una atracción poderosa que procede de lo más profundo de su ser. Casi noto cómo su corazón late contra mi piel. Casi noto cómo sus labios respiran contra mis pulmones. Casi noto su sabor en mi lengua.

Respira hondo, aunque con dificultad, y me estrecha. Besa la coronilla de mi cabeza.

—Vamos a casa —susurra.

VEINTINUEVE

A casa.

A casa.

¿A qué se refiere?

Separo los labios para formularle la pregunta, pero la única respuesta suya que recibo es su sonrisa furtiva. Estoy avergonzada y emocionada y ansiosa e impaciente. Mi estómago está repleto de tambores que retumban en sincronía con mi corazón. Mis electrizantes nervios prácticamente zumban.

Cada paso que doy es un paso que me aleja del manicomio, de Warner, de la fútil existencia que he conocido siempre. Cada paso que doy lo doy porque quiero. Por primera vez en mi vida, camino hacia delante porque quiero, porque percibo la esperanza y el amor y la alegría de la belleza, porque quiero saber qué significa vivir. Podría ponerme a saltar para atrapar la brisa y vivir para siempre en sus formas airosas.

Es como si el tener alas hubiera sido mi destino.

Adam me guía hacia un cobertizo abandonado a las afueras de esta tierra salvaje, cubierto de vegetación triste y de tentáculos como arbustos enloquecidos, que te rasguñan y son horriblos, y seguramente venenosos. Me pregunto si es aquí donde Adam quería que nos quedáramos. Entro en el espacio oscuro y entrecierro los ojos. Diviso una silueta.

Hay un coche.

Parpadeo.

No es un coche. Es un tanque.

Adam es a duras penas capaz de controlar su entusiasmo. Me mira a la cara buscando alguna reacción y parece satisfecho al ver mi asombro. Las palabras le salen atropelladas.

—Convencí a Warner de que uno de los tanques que traje aquí se

había estropeado. Estos vehículos están diseñados para funcionar con electricidad, así que le dije que la unidad principal se había quemado por el contacto con los productos químicos. Que algo en la atmósfera lo había corrompido. Después de eso mandó a un coche a por mí y me dijo que dejáramos el tanque donde estaba. —Casi se le escapa una sonrisa—. Warner me enviaba en contra de la voluntad de su padre, y no quería que nadie descubriera que se había cargado un tanque de 500 mil dólares. El informe oficial dice que los rebeldes lo interceptaron.

—¿Y no es posible que alguien haya venido aquí y haya visto el tanque?

Adam abre la puerta del copiloto.

—Los civiles nunca vienen por aquí, y ningún otro soldado se ha adentrado en esta zona. Nadie quería exponerse a la radiación. —Ladea la cabeza—. Por eso Warner te confió a mí. Le gustó que yo estuviera dispuesto a morir por cumplir con mi deber.

—Nunca pensó que lo desobedecerías —murmuro comprendiéndolo.

Adam sacude la cabeza.

—Pues no. Y después de lo que ocurrió con el suero de rastreo, no tenía motivos para dudar de que aquí sucedían cosas rarísimas. Yo desactivé la unidad eléctrica del tanque, por si quería comprobarlo. —Asiente girándose hacia el monstruoso vehículo—. Pensé que algún día podría resultarnos útil. Siempre es bueno estar preparado.

Preparado. Siempre ha estado preparado. Para correr. Para escapar. Me pregunto por qué.

—Ven aquí —dice con voz mucho más suave. Se me acerca en plena penumbra y finjo que el hecho de que sus manos rocen mis muslos desnudos ha sido una afortunada coincidencia. Finjo que no es maravilloso que se enfrente a las arrugas de mi vestido mientras me ayuda a subir al tanque. Finjo que no me fijo en cómo me mira, como si fuera el último rayo de sol del horizonte.

—Tengo que curarte las piernas —me dice, un murmullo contra mi piel, electricidad en mi torrente sanguíneo. Por unos instantes ni siquiera sé a qué se refiere. No me importa. Mis pensamientos son

tan poco prácticos que me sorprende a mí misma. Nunca había tenido la libertad de tocar a nadie. De hecho, nadie ha querido que le pusiera las manos encima. Lo de Adam es una experiencia totalmente nueva para mí.

En lo único en lo que quiero pensar es en tocarlo.

—Las heridas no son muy graves —continúa mientras recorre mis pantorrillas con las yemas de los dedos. Me quedo sin aliento—. Pero habrá que limpiarlas, por si acaso. A veces vale más cortarse con un cuchillo de carnicero que hacerse un rasguño con un trozo de metal cualquiera. No querrás que se te infecte.

Levanta la vista. Ahora tiene la mano sobre mi rodilla.

Asiento y no sé por qué. Me pregunto si tiemblo tanto por fuera como por dentro. Espero que esté demasiado oscuro como para que no pueda ver lo roja que me acabo de poner, lo vergonzoso que es que no pueda tocarme la rodilla sin volverme loca. Necesito decir algo.

—Deberíamos irnos, ¿no?

—Sí. —Respira hondo y parece volver en sí—. Sí. Tenemos que irnos. —Observa la luz del atardecer—. Disponemos de algo de tiempo hasta que sepan que sigo vivo. Y debemos aprovecharlo.

—Pero cuando nos marchemos de aquí... ¿el rastreador no funcionará de nuevo? ¿No sabrán entonces que no estás muerto?

—No. —Se sienta donde el conductor de un salto y busca a tientas cómo arrancar el tanque. No hay ninguna llave, solamente un botón. Me pregunto si reconoce la huella del pulgar de Adam. Se produce un pequeño chisporroteo y la máquina cobra vida con un rugido—. Warner debía renovarme el suero de rastreo cada vez que yo regresaba. Cuando desaparece, desaparece. —Sonríe—. Así que ya nos podemos largar de aquí.

—Pero ¿adónde vamos? —le pregunto al fin.

Arranca el tanque antes de responder.

—A mi casa.

TREINTA

—¿Tienes una casa? —Estoy tan impresionada que me olvido de las buenas maneras.

Adam se ríe y conduce hacia el campo. Para mi sorpresa, el tanque es rápido, ágil y sigiloso. El motor se ha tranquilizado hasta emitir un suave zumbido, y me pregunto si por eso habrán modificado los tanques, para que usaran electricidad en lugar de gas. Está claro que así resultan menos llamativos.

—No exactamente —responde—. Pero una especie de casa. Sí.

Quiero preguntar y no quiero preguntar y necesito preguntar y no quiero preguntar nunca. Tengo que preguntar. Me armo de valor.

—Tu padr...

—Ya hace tiempo que murió. —Adam ha dejado de sonreír. En su voz detecto cierta tensión que solo yo sabría identificar. Dolor. Amargura. Rabia.

—Ah.

Conducimos en silencio, absortos los dos en nuestros pensamientos. No me atrevo a preguntar qué le pasó a su madre. Me limito a preguntarme cómo llegó a ser tan bueno a pesar de tener un padre tan despreciable. Y me pregunto por qué se alistó en el ejército si lo odia tantísimo. Pero ahora mismo siento demasiada timidez como para comentárselo. No quiero vulnerar sus límites emocionales.

Dios sabe que yo tengo un millón de esos mismos límites.

Me asomo por la ventanilla y entorno los ojos para ver por dónde pasamos, pero no consigo divisar más que los tristes tramos de tierra desértica a los que estoy tan acostumbrada. Por aquí no hay civiles: estamos demasiado lejos de los asentamientos del Restablecimiento y de las instalaciones civiles. Me fijo en otro tanque que patrulla por la zona a menos de 30 metros de nosotros, pero no creo que nos vea.

Adam conduce con los faros apagados, supongo que para llamar la atención lo menos posible. Me pregunto cómo es capaz de seguir conduciendo. La luna es el único faro que nos ilumina.

Hay un inquietante silencio.

Durante unos instantes, dejo que mis pensamientos regresen a Warner; me pregunto qué debe de estar pasando ahora mismo, cuánta gente debe de estar buscándome, hasta dónde llegará para recuperarme. Quiere a Adam muerto. A mí me quiere viva. No parará hasta atraparme y volverme a tener a su lado.

No puede saber nunca nunca nunca que puedo tocarlo.

Me imagino lo que haría si tuviera acceso a mi cuerpo.

Tomo una bocanada de aire rápida, intensa, insegura; y valoro la posibilidad de contarle a Adam lo que pasó. No. No. No. No. Cierro los ojos con fuerza y sopeso si es posible que hubiera malinterpretado la situación. Todo fue muy caótico. Mi cerebro estaba distraído. Puede que me lo imaginara. Sí.

Puede que me lo imaginara.

Ya es bastante raro que Adam pueda tocarme. No parece plausible que haya 2 personas en este mundo inmunes a mi contacto. De hecho, cuanto más lo pienso, más convencida estoy de que tuvo que ser un error. Lo que me rozó la pierna podría haber sido cualquier cosa. Quizá un trozo de la sábana que dejó Adam después de usarla para salir por la ventana. Quizá una almohada que se había caído de la cama. Quizá los guantes de Warner, que estaban tirados en el suelo. Sí.

Es imposible me haya tocado, porque, si me hubiera tocado, habría gritado de dolor.

Como los demás.

La mano de Adam se desliza silenciosa hacia la mía y le agarro los dedos con las dos manos en un intento desesperado por asegurarme de que es inmune a mí. Estoy desesperada por beber cada gota de su ser, desesperada por saborear cada uno de esos momentos que me resultan nuevos. De pronto, me preocupa que pueda haber una fecha de caducidad para este fenómeno. Un reloj que suene a medianoche. Un carruaje de calabaza.

La posibilidad de perderlo

La posibilidad de perderlo

La posibilidad de perderlo es para mí 100 años de soledad que no quiero imaginar siquiera. No quiero privar a mis brazos de su calor. De su tacto. Sus labios, Dios, sus labios, su boca sobre mi cuello, su cuerpo rodeando el mío, manteniéndome unida como si quisiera confirmar que mi existencia en la Tierra no es en vano.

Esa idea es un péndulo del tamaño de la Luna. No para de asestarme golpes.

—¿Juliette?

Me trago la bala que me perfora la garganta.

—Dime.

—¿Por qué lloras...? —Su voz es casi tan suave como su mano al soltarse de las mías. Toca las lágrimas que recorren mi rostro y me siento tan humillada que casi no sé qué decir.

—Tú puedes tocarme —digo por primera vez, lo admito en voz alta por primera vez. Mis palabras se convierten en un murmullo—. Tú puedes tocarme. Te preocupas por mí y no sé por qué. Eres amable conmigo y no tienes por qué. Ni mi propia madre se preocupaba tanto como para... para... —Me quedo sin habla y aprieto los labios. Los pego con fuerza. Me fuerzo a estar inmóvil.

Soy una piedra. Una estatua. Un movimiento congelado en el tiempo. El hielo no siente nada en absoluto.

Adam no contesta, no articula palabra alguna hasta que sale de la carretera y conduce hacia un antiguo garaje subterráneo. Me doy cuenta de que hemos llegado a algo parecido a la civilización, pero el subsuelo es oscuro. Apenas veo nada y me vuelvo a preguntar cómo se las arregla Adam. Mis ojos se clavan en la pantalla iluminada que hay sobre el salpicadero y reparo en que tiene visión nocturna. *Claro.*

Adam apaga el motor. Lo oigo suspirar. A duras penas distingo su silueta antes de notar que su mano se posa en mi muslo y que la otra recorre mi cuerpo para dar con mi rostro. El calor se propaga por mis extremidades como la lava fundida. Las puntas de los dedos de mis manos y de mis pies renacen con un hormigueo y debo reprimir el escalofrío que ansía zarandear mi cuerpo.

—Juliette —susurra, y me fijo en lo cerca que está. No sé por qué no me he evaporado en la nada—. Tú y yo siempre hemos ido contra el mundo —dice—. Siempre ha sido así. Es culpa mía que tardáramos tanto en hacer algo al respecto.

—No. —Niego con la cabeza—. No es culpa tuya...

—Sí. Me enamoré de ti hace mucho tiempo. Pero nunca tuve el valor de actuar en consecuencia.

—Porque yo podría haberte matado.

Suelta una risilla.

—Porque no creía que te mereciera.

Me quedo de piedra.

—¿Cómo?

Me toca la nariz con la suya. Se apoya en mi cuello. Envuelve un mechón de mi pelo con los dedos y yo no puedo no puedo no puedo respirar.

—Eres tan... buena —murmura.

—Pero mis manos...

—Nunca han querido hacerle daño a nadie.

Estoy a punto de protestar, pero se corrige a sí mismo.

—A propósito, no. —Se inclina hacia atrás. Solo diviso cómo se frota un lado del cuello—. Nunca te defendías —comenta al cabo de unos instantes—. Siempre me he preguntado por qué. Nunca gritabas ni te enfadabas ni intentabas decirle nada a nadie —añade, y sé que hemos regresado de nuevo a tercero cuarto quinto sexto séptimo octavo noveno curso—. Pero debes de haber leído un millón de libros, madre mía. —Sé que sonrío al decirlo. Hace una pausa—. No molestabas a nadie, pero eras un blanco móvil día sí y día también. Podrías haberte defendido. Podrías haberles hecho daño a todos si hubieras querido.

—No quiero hacerle daño a nadie. —Mi voz es poco menos que un susurro. No puedo sacarme de la cabeza la imagen del Adam de 8 años. Tendido en el suelo. Destrozado. Abandonado. Llorando con la cara en la tierra.

La de cosas que hace la gente por poder.

—Y por eso nunca serás lo que Warner quiere que seas.

Observo con atención un punto de la oscuridad, mi mente torturada por las posibilidades.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Sus labios están muy cerca de los míos.

—Porque el mundo sigue importándote un bledo.

Jadeo y Adam me besa, profunda y poderosa y libremente. Sus brazos me rodean la espalda y reclinan mi cuerpo hasta dejarme casi en posición horizontal, pero no me importa. Tengo la cabeza en el asiento, su cuerpo se cierne sobre el mío, sus manos me agarran las caderas por debajo de mi harapiento vestido y un millón de llamas de deseo me lamen con tal desesperación que casi no puedo ni respirar. Adam es como un baño caliente, una respiración corta, 5 días de verano concentrados en 5 dedos que escriben historias en mi cuerpo. Soy un vergonzoso manojito de nervios que se estrellan contra él, controlados por una corriente eléctrica que fluye por mi alma. Su aroma me ataca los sentidos.

Sus ojos

Sus manos

Su pecho

Sus labios

están en mi oído cuando me habla.

—Por cierto, ya hemos llegado. —Respira más fuerte que cuando corría por salvar la vida. Noto cómo su corazón me golpea en las costillas. Sus palabras son un susurro entrecortado—. Quizá deberíamos entrar. Es más seguro. —Pero no se mueve.

Apenas entiendo lo que me está diciendo. Tan solo asiento moviendo la cabeza hasta que recuerdo que no me ve. Intento recordar cómo hablar, pero estoy demasiado concentrada en los dedos que desliza por mis muslos como para formar oraciones. Hay algo en la oscuridad absoluta, en no ser capaz de ver lo que ocurre, que me embriaga con un mareo delicioso.

—Sí. —Es lo único que consigo decir.

Me ayuda a incorporarme en el asiento y apoya la frente en la mía.

—Lo siento —se disculpa—. Me resulta muy difícil contenerme. — Su voz es peligrosamente ronca, sus palabras hormiguean sobre mi

piel.

Dejo que mis manos se deslicen por debajo de su camiseta y lo noto tensarse, tragar saliva. Sigo las líneas de su cuerpo, perfectamente esculpidas. Su cuerpo es puro músculo.

—No tienes por qué hacerlo —le digo.

Su corazón late tan deprisa que no logro distinguirlo del mío. El aire que hay entre nosotros está a 3.000 grados. Sus dedos se encuentran justo debajo de mis caderas, burlándose del fragmento de tela que me mantiene más o menos decente.

—Juliette...

—¿Adam?

Levanto el cuello, sorprendida. Miedo. Ansiedad. Adam deja de moverse, paralizado delante de mí. Ni siquiera estoy segura de que respire. Miro alrededor, pero no consigo encontrar ninguna cara que pertenezca a la voz que acaba de pronunciar su nombre y empiezo a entrar en pánico cuando Adam abre la puerta de golpe y sale a toda prisa antes de que la vuelva a oír.

—Adam..., ¿eres tú?

Es un chico.

—¡James!

El sonido amortiguado de un impacto, 2 cuerpos que colisionan, 2 voces demasiado alegres como para que sean peligrosas.

—¡No me puedo creer que seas tú! Bueno, a ver, creía que eras tú porque me ha parecido oír algo y al principio pensaba que no era nada, pero después he venido a comprobarlo para asegurarme, porque si resultaba que eras tú y... —Se detiene—. Un momento... ¿Qué haces aquí?

—Volver a casa. —Adam suelta una breve risotada.

—¿En serio? —grita James—. ¿Has vuelto para siempre?

—Sí. —Suspira—. Caray, cuánto me alegro de verte.

—Te he echado de menos —dice James, de pronto en voz baja.

Una respiración honda.

—Yo también, tío. Yo también.

—Oye, ¿has comido algo? Benny acaba de entregarme el paquete de la cena, y podría darte un poco de la mía...

—¿James?

Se detiene.

—Dime.

—Quiero que conozcas a alguien.

Me sudan las manos. Tengo el corazón en la garganta. Oigo cómo Adam vuelve hacia el tanque, aunque no me doy cuenta de que ha asomado la cabeza dentro del vehículo hasta que activa un interruptor. Una tenue luz de emergencia ilumina la cabina. Parpadeo unas cuantas veces y veo a un chaval de pie, a 1 metro y medio de mí, su pelo rubio sucio enmarca una cara redonda de ojos azules que me resulta demasiado familiar. Ha apretado los labios, concentrado. Está mirándome.

Adam abre mi puerta. Me ayuda a bajar, sin apenas ser capaz de controlar la sonrisa de su rostro, y me sorprende lo nerviosa que estoy. No sé por qué, pero estoy muy nerviosa, Dios. Es obvio que este chico es importante para Adam. Ignoro por qué, pero me da la impresión de que este momento es importante. Me preocupa mucho echarlo todo a perder. Procupro arreglar los pliegues rotos de mi vestido, procuro alisar las arrugas que abultan la tela. Me paso los dedos por el pelo desordenadamente. Es inútil.

El pobre chico se va a quedar petrificado.

Adam me guía. James es un poco más bajo que yo, pero su rostro delata que es joven, que la dura realidad del mundo todavía no lo ha afectado. Quiero deleitarme con la belleza de su inocencia.

—James. Te presento a Juliette.

Adam me mira.

—Juliette, este es James, mi hermano.

TREINTA Y UNO

Su hermano.

Intento sacudirme los nervios de encima. Intento sonreír al chico que examina mi rostro, que observa los tristes pedazos de tela que a duras penas me cubren el cuerpo. ¿Cómo puede ser que no supiera que Adam tenía un hermano? ¿Cómo podría haberlo sabido?

James se vuelve hacia Adam.

—¿Ella es Juliette?

Estoy de pie como si fuera una tonta. No recuerdo qué son los buenos modales.

—¿Sabes quién soy?

James se vuelve de nuevo en mi dirección.

—Pues claro. Adam habla un montón sobre ti.

Me ruborizo y no puedo evitar mirar a Adam. Ha clavado la mirada en algún punto del suelo. Se aclara la garganta.

—Encantada de conocerte —logro decir.

James ladea la cabeza.

—¿Siempre vas así vestida?

Tierra, trágame.

—Oye, tío —lo interrumpe Adam—. Juliette se va a quedar una temporada con nosotros. ¿Por qué no vas a mirar que no hayas dejado calzoncillos desparramados por el suelo?

James parece horrorizado. Sale disparado hacia la oscuridad sin decir palabra.

El silencio llena tantos segundos que pierdo la cuenta. Oigo una especie de goteo a lo lejos.

Respiro hondo. Me muerdo el labio inferior. Trato de encontrar las palabras adecuadas. No lo consigo.

—No sabía que tuvieras un hermano.

Adam vacila.

—¿No pasa nada... si lo tengo? Compartiremos el mismo espacio y...

Se me cae el alma a los pies.

—¡Claro que no pasa nada! Pero... O sea... ¿Estás seguro de que no le importa... a él? Que yo esté aquí, digo.

—No hay calzoncillos por ninguna parte —anuncia James colocándose bajo la luz. Me pregunto adónde ha ido, dónde está la casa. Me mira—. ¿Te vas a quedar con nosotros?

—Sí —interviene Adam—. Se quedará unos días.

La mirada de James vuela de mí a Adam y a mí de nuevo. Me tiende la mano.

—Bueno, es un placer conocerte por fin.

Todo el color abandona mi cara. El corazón me late con fuerza en los oídos. Mis rodillas están a punto de romperse. No puedo dejar de mirar su manita, extendida hacia mí.

—James —le dice Adam, un poco seco.

James se echa a reír.

—Era broma. —Baja la mano.

—¿Qué pasa? —Casi no puedo respirar. La cabeza me da vueltas, confundida.

—No te preocupes —responde James, todavía entre risas—. No te voy a tocar. Adam ya me ha hablado de tus poderes mágicos. —Pone los ojos en blanco.

—¿Que Adam...? ¿Que te ha dicho... qué?

—Creo que deberíamos entrar. —Adam carraspea con demasiada intensidad—. Iré a buscar las mochilas en un plis... —Y sale corriendo hacia el tanque. Me quedo mirando a James, que no oculta su curiosidad.

—¿Cuántos años tienes? —me pregunta.

—Diecisiete.

—Es lo que dijo Adam —asiente.

—¿Qué más te ha contado Adam de mí? —me enfado.

—Que tú tampoco tenías padres. Me dijo que eras como nosotros.

Mi corazón es una barra de mantequilla que se funde precipitadamente en un caluroso día de verano.

—¿Cuántos años tienes? —Suavizo la voz.

—El año que viene cumpliré once.

—Entonces, tienes diez años, ¿no? —Sonrío.

Se cruza de brazos. Frunce el ceño.

—Tendré doce dentro de dos años.

Creo que ya he empezado a querer a este niño.

La luz de la cabina se apaga y durante unos instantes nos quedamos inmersos en una oscuridad total. Un suave clic y un tenue resplandor circular ilumina el área. Adam tiene una linterna.

—Oye, James. ¿Por qué no nos guías?

—¡A sus órdenes! —Derrapa hasta detenerse delante de Adam, nos hace un saludo exagerado y se va corriendo tan rápido que no hay forma posible de seguirlo. No puedo evitar esbozar una sonrisa.

La mano de Adam se desliza por la mía mientras avanzamos.

—¿Estás bien?

—¿Le has hablado a tu hermano de diez años sobre mis poderes mágicos? —Le aprieto los dedos.

—Le cuento muchas cosas —se ríe.

—¿Adam?

—Dime.

—¿Tu casa no será el primer sitio donde te busque Warner? ¿No es peligroso?

—Lo sería. Pero, según los registros públicos, no tengo casa.

—¿Y tu hermano?

—Sería el primer objetivo de Warner. Es más seguro para él estar donde yo pueda cuidarlo. Warner sabe que tengo un hermano, pero no sabe dónde. Y hasta que lo descubra..., que lo descubrirá..., nos tenemos que preparar.

—¿Para luchar?

—Para defendernos, sí. —Hasta bajo la luz tenue de este lugar desconocido percibo la determinación que impide que se derrumbe. Hace que me entren ganas de ponerme a cantar.

Cierro los ojos.

—Vale.

—¿Por qué tardáis tanto? —nos grita James a lo lejos.

Y seguimos avanzando.



El garaje está situado debajo de un edificio de oficinas abandonado y enterrado en la penumbra. Una salida de incendios conduce directamente a la planta principal.

James está tan emocionado que salta por las escaleras, corriendo unos pasos hacia delante para volver hacia atrás y quejarse de que no vamos bastante rápido. Adam lo atrapa por detrás y lo levanta del suelo. Él se ríe.

—Te vas a romper el cuello.

James protesta, pero solo a medias. Está demasiado contento por el regreso de su hermano.

Una punzada aguda de algún tipo de emoción lejana me encoge el corazón. Me duele de una forma agridulce que no consigo interpretar. Curiosamente, me siento cariñosa e insensible al mismo tiempo.

Adam introduce un código de acceso en un teclado de una gigantesca puerta de acero. Se oye un suave clic, un breve pitido y, en ese momento, gira el pomo.

Me quedo asombrada al ver el interior.

TREINTA Y DOS

Es un salón completo, abierto y lujoso. Una alfombra gruesa, sillas mullidas, un sofá colocado junto a la pared. Tonalidades verdes y rojas y naranjas, lámparas acogedoras que iluminan suavemente el amplio espacio. Es lo más parecido a un hogar que he visto nunca. No tiene punto de comparación con los recuerdos fríos y solitarios de mi infancia. Me siento tan segura y tan de repente que me da miedo.

—¿Te gusta? —Adam me sonrío, claramente divertido al ver mi expresión. Consigo recoger mi mandíbula del suelo.

—Me encanta —digo, en voz alta o para mis adentros, no estoy segura.

—Lo ha hecho Adam —tercia James, orgulloso, hinchando el pecho un poco más de lo necesario—. Para mí.

—No lo he hecho yo —niega Adam con una carcajada—. Solo... lo he limpiado un poco.

—¿Vives aquí tú solo? —le pregunto a James.

Se mete las manos en los bolsillos y asiente.

—Benny se queda muy a menudo conmigo, pero casi siempre estoy aquí solo. Tengo suerte.

Adam deja nuestras mochilas sobre el sofá. Se pasa una mano por el pelo y observo cómo los músculos de su espalda se flexionan, se tensan, se marcan. Observo cómo libera la tensión de su cuerpo.

—¿Por qué dices que tienes suerte? —Ya sé por qué, pero se lo pregunto igualmente.

—Porque me visita alguien. A ningún otro niño lo visita nadie.

—¿Hay más niños por aquí? —Espero no sonar tan horrorizada como me siento.

—Sí, sí. —James asiente tan rápido que su cabeza se bambolea—. En toda la calle. Todos los niños están aquí. Aunque soy el único que

tiene una habitación propia. —Hace un gesto para abarcar el espacio—. Todo es mío porque Adam lo consiguió para mí. Pero los demás deben compartir. Hay una especie de escuela. Y Benny me trae los paquetes de comida. Adam me dice que puedo jugar con los otros niños, pero que no los puedo dejar entrar. —Se encoge de hombros—. No pasa nada.

La realidad de lo que está diciendo se propaga como el veneno por la boca de mi estómago.

Una calle exclusiva para huérfanos.

Me pregunto cómo habrán muerto sus padres. Pero no me lo pregunto mucho rato.

Barro la estancia con la mirada y descubro una nevera diminuta y un microondas diminuto colocado justo encima, los dos en un rincón, y veo unos cuantos armarios para la despensa. Adam ha traído todo lo que pudo arramblar: comida enlatada variada y alimentos imperecederos. Los dos nos hemos llevado nuestros artículos de aseo y unas cuantas mudas. Nos hemos llevado lo suficiente como para sobrevivir, por lo menos durante una temporada.

James saca de la nevera un paquete envuelto en papel de aluminio y lo mete en el microondas.

—Espera... James... No... —Intento detenerlo.

—¿Qué pasa? —Tiene los ojos como platos, está paralizado.

—El papel de aluminio... No puedes meter nada metálico en el microondas.

—¿Qué es un microondas?

Parpadeo tantas veces que la habitación empieza a dar vueltas.

—¿Cómo...?

Saca la tapa del envase de aluminio y veo un pequeño cuadrado. Parece un cubito de caldo. Señala el cubito con el dedo y el microondas con la cabeza.

—No pasa nada. Siempre lo meto en el automat. No pasa nada.

—Sirve para multiplicar la composición molecular de los alimentos. —Adam está a mi lado—. No aporta ningún valor nutricional extra, pero hace que te sientas más lleno durante más

rato.

—¡Y es barato! —exclama James con una sonrisa mientras vuelve a meterlo dentro de ese aparato.

Me sorprende cuánto ha cambiado todo. La gente está tan desesperada que falsifica la comida.

Tengo tantas preguntas que bien podría explotar. Adam me aprieta el hombro con suavidad.

—Ya hablaremos después, te lo prometo —me susurra. Pero soy una enciclopedia con demasiadas páginas en blanco.



James se duerme con la cabeza sobre el regazo de Adam.

Cuando ha acabado de comer, James hablaba sin parar, contándomelo todo sobre su especie de escuela, su especie de amigos y Benny, la señora mayor que lo cuida porque:

—Creo que Adam le cae mejor que yo, pero a veces me da azúcar a escondidas, así que no pasa nada.

Hay toque de queda. Una vez que se pone el sol, solo los soldados pueden salir a la calle, y van armados y tienen órdenes de disparar a discreción.

—Algunas personas reciben más comida y cosas que otras —me contó James, pero es porque las personas están clasificadas en función de lo que aportan al Restablecimiento, y no porque sean seres humanos con el derecho a no morir de hambre.

Mi corazón se agrietaba un poco más con cada información que compartía conmigo.

—No te molesta que hable mucho, ¿no? —Se mordió el labio inferior y me observó.

—Para nada.

—Todo el mundo dice que hablo mucho. —Se encogió de hombros—. Pero ¿qué le voy a hacer si tengo tanto para decir?

—Oye, ahora que lo dices... —lo interrumpió Adam—. No puedes decirle a nadie que estamos aquí, ¿vale?

La boca de James se detuvo a medio movimiento. Parpadeó varias

veces. Se quedó mirando a su hermano fijamente.

—¿Ni siquiera a Benny?

—A nadie —dijo Adam.

Durante un milisegundo, vi algo parecido a un destello de comprensión en sus ojos. Un niño de 10 años en quien confiar del todo. Asintió una y otra vez.

—Vale. Nunca habéis estado aquí.



Adam aparta algunos mechones rebeldes de la frente de James. Mira el rostro dormido de su hermano como si intentara memorizar cada pincelada de un cuadro al óleo. Me quedo observando cómo observa a James.

Me pregunto si sabe que tiene mi corazón en la mano. Respiro, temblorosa.

Adam levanta la vista y yo la bajo y los dos nos avergonzamos por diferentes motivos.

—Creo que debería meterlo en la cama —susurra, pero no hace amago de moverse. James está dormido como un tronco.

—¿Cuándo lo viste por última vez? —le pregunto en voz baja.

—Hará unos seis meses. —Se detiene—. Pero hablamos mucho por teléfono. —Sonríe levemente—. Le he contado muchas cosas de ti.

Me pongo roja. Cuento mis dedos para asegurarme de que siguen todos ahí.

—¿Y Warner no monitorizaba tus llamadas?

—Sí. Pero Benny tiene una línea imposible de pinchar, y siempre he tenido la precaución de ocultársela a los registros oficiales. James sabe de ti desde hace mucho tiempo.

—¿De verdad...? —Odio tener que saberlo, pero no puedo evitarlo. Soy un revoltijo de mariposas.

Levanta la vista y aparta la mirada. Clava los ojos en los míos. Suspira.

—Juliette, te he estado buscando desde el día en que te fuiste.

Mis pestañas tropiezan con mis cejas; mi mandíbula cae hasta mi regazo.

—Estaba preocupado por ti —dice en voz baja—. No sabía qué te iban a hacer.

—¿Por qué? —Jadeo, trago saliva, me trabo—. ¿Por qué ibas a preocuparte por mí?

Se recuesta en el sofá. Se pasa una mano por la cara. Las estaciones cambian. Las estrellas explotan. Alguien camina sobre la Luna.

—¿Sabes que todavía me acuerdo del primer día que te presentaste en la escuela? —Suelta una risa suave y triste—. Quizá fuera demasiado niño, y quizá yo no supiera demasiadas cosas sobre el mundo, pero hubo algo en ti que enseguida me llamó la atención. Como si solo quisiera estar cerca de ti, como si tuvieras una... una bondad que no había visto en mi vida. Una dulzura que nunca encontré en casa. Solo quería oírte hablar. Quería que me vieras, que me sonrieras. Todos los días me prometía a mí mismo que hablaría contigo. Quería conocerte. Pero día tras día me acobardaba. Y un día desapareciste.

»Había oído los rumores, pero sabía que no debía creérmelos. Sabía que nunca le harías daño a nadie. —Mira hacia abajo. La tierra se resquebraja y me caigo por la fisura—. Parece una locura —dice al final en voz muy baja—. Pensar que me importabas tanto sin haber hablado contigo siquiera... —Duda—. Pero no podía dejar de pensar en ti. No podía dejar de preguntarme adónde habrías ido. Qué te habría pasado. Me daba miedo que no te defendieras.

Se queda callado tanto rato que quiero morderme la lengua.

—Tenía que encontrarte —susurra—. Pregunté por todas partes y nadie sabía nada. El mundo seguía desmoronándose. La situación empeoraba y yo no sabía qué hacer. Debía ocuparme de James y encontrar una forma de ganarme la vida, y no sabía si alistarme en el ejército serviría de algo, pero nunca me olvidé de ti. Siempre tuve la esperanza... —titubea— de que algún día volvería a verte.

Me ha dejado sin palabras. Mis bolsillos están repletos de letras que soy incapaz de unir y estoy tan desesperada por decir algo que no digo nada y el corazón está a punto de estallarme en el pecho.

—¿Juliette...?

—Me encontraste. —2 palabras. 1 susurro de asombro.

—¿Estás... molesta?

Miro hacia arriba y me doy cuenta por primera vez de que está nervioso. Preocupado. Inseguro de cómo voy a reaccionar a esta revelación. No sé si reír o llorar o besar cada centímetro de su cuerpo. Quiero quedarme dormida escuchando el latido de su corazón en el ambiente. Quiero saber que está vivo y bien, que inspira y expira, que siempre estará fuerte y sano y saludable.

—Eres la única persona que se ha preocupado por mí. —Mis ojos se llenan de lágrimas y parpadeo para contenerlas y siento que me arde la garganta y me duele todo todo todo. El peso del día entero me cae encima, amenaza con romperme los huesos. Quiero llorar de alegría, de dolor, de júbilo y por la ausencia de justicia. Quiero tocar el corazón de la única persona a la que no le he importado una mierda.

—Te quiero —susurro—. Más de lo que nunca llegarás a saber.

Sus ojos son un instante de medianoche relleno de recuerdos, las únicas ventanas hacia mi mundo. Su mandíbula está tensa. Su boca está tensa. Levanta la vista e intenta carraspear, y sé que necesita unos segundos para recomponerse. Le digo que debería meter a James en la cama. Asiente. Sostiene a su hermano contra su pecho. Se levanta y lleva a James al armario de almacenamiento que se ha convertido en su habitación.

Veo cómo se aleja con el único familiar que le queda y ahora entiendo por qué se alistó en el ejército.

Ahora entiendo por qué sufrió siendo el chivo expiatorio de Warner. Entiendo por qué se involucró en la horripilante realidad de la guerra, por qué estaba tan desesperado por huir, tan listo para huir lo antes posible. Por qué está tan decidido a contraatacar.

Adam no lucha solo por sí mismo, sino por algo mucho mayor.

TREINTA Y TRES

—¿Te parece que les eche un vistazo a esos cortes?

Adam está delante de la puerta de James con las manos metidas en los bolsillos. Lleva una camiseta rojo oscuro que le abraza el torso. Sus brazos están esculpidos con maestría, pintados por un profesional con tatuajes que ahora sé reconocer. Me pilla mirándolo.

—No tuve elección —dice examinando las franjas consecutivas de tinta negra grabadas en sus antebrazos—. Teníamos que sobrevivir. Fue el único trabajo que conseguí.

Cruzo la sala para acercarme a él, toco los dibujos de su piel. Asiento.

—Entiendo.

Casi se ríe, casi sonrío. Sacude la cabeza un milímetro.

—¿Qué? —Aparto la mano.

—Nada. —Sonrío. Me rodea la cintura con los brazos—. Sigo sin poder creérmelo. Estás aquí de verdad. En mi casa.

El calor me sube por el cuello y me caigo de una escalera sujetando un pincel mojado en pintura roja. Los piropos son algo que no sé cómo encajar. Me muerdo el labio.

—¿Por qué te hiciste este tatuaje?

—¿Estos? —Se mira los brazos de nuevo.

—No. —Agarro su camiseta, se la subo con tan poca destreza que casi pierde el equilibrio. Adam se tambalea contra la pared. Le subo la tela hacia el cuello. Intento reprimir el sonrojo. Toco su pecho. Toco el pájaro—. ¿Por qué te hiciste este?

—Ah. —Me mira a los ojos, pero de pronto me distraen la belleza de su cuerpo y los pantalones cargo que lleva tan bajos sobre las caderas. Me doy cuenta de que debe de haberse quitado el cinturón. Me obligo a levantar la vista. Dejo que mis dedos se deslicen por sus abdominales. Él respira hondo—. No lo sé —dice—. Es que... no

paraba de soñar con este pájaro blanco. Los pájaros antes volaban, ya lo sabes.

—¿Soñabas con este pájaro?

—Sí. Todo el tiempo. —Sonríe levemente, exhala levemente al recordarlo—. Era agradable. Hacía que me sintiera bien..., que tuviera esperanzas. Quería aferrarme a ese recuerdo porque no estaba seguro de que fuera a durar. Por eso lo hice permanente.

Tapo el tatuaje con la palma de la mano.

—Yo soñaba con este pájaro todo el tiempo.

—¿Con este pájaro? —Sus cejas podrían tocar el cielo.

—El mismo. —Asiento. Una especie de conclusión se ilumina en mi mente—. Hasta el día en que apareciste en mi celda. Desde entonces ya no he vuelto a soñar con él. —Lo miro.

—Estás de coña. —Pero sabe que no.

Le suelto la camiseta y coloco la frente en su pecho. Respiro su aroma. No pierde ni un segundo en acercarse más. Apoya la barbilla sobre mi cabeza, las manos en mi espalda.

Y nos quedamos así hasta que soy demasiado vieja para recordar un mundo sin su calor.



Adam me limpia los cortes en un cuarto de baño situado en un rincón de aquel espacio. Es una habitación pequeña con un váter, un lavabo, un espejito y una ducha minúscula. Me encanta. Cuando salgo del baño, cambiada y limpia al fin para meterme en la cama, Adam me espera en la oscuridad. Hay mantas y almohadas en el suelo, es el paraíso. Estoy tan cansada que podría dormir varios siglos.

Me tumbo a su lado y me rodea con los brazos. La temperatura de este lugar es bastante más baja y Adam es la estufa perfecta. Entierro la cara en su pecho y me estrecha con fuerza. Recorro con los dedos su espalda desnuda, noto cómo sus músculos se tensan ante mis caricias. Coloco la mano en la cintura de su pantalón. Meto el dedo en una de las presillas. Pruebo el sabor de las palabras sobre mi

lengua.

—Iba en serio, ¿eh?

Su respiración llega un latido tarde. Su corazón va un latido demasiado deprisa.

—¿El qué...? —Pero ya sabe a qué me refiero.

De repente, me embarga la timidez. Estoy muy ciega, soy demasiado atrevida. No tengo ni idea de dónde estoy metiéndome. Lo único que sé es que las únicas manos que quiero que me toquen son las suyas. Para siempre.

Adam se reclina y distingo el contorno de su cara, sus ojos siempre brillantes en la negrura. Al hablar de nuevo, contemplo sus labios.

—Nunca te he pedido que pararas. —Poso los dedos en el botón que cierra sus pantalones—. Ni una sola vez.

Se me queda mirando, su pecho sube y baja varias veces por segundo. Parece haberse quedado paralizado por la incredulidad.

Me inclino sobre su oído.

—Tócame.

Y está a punto de deshacerse.

Mi cara está sobre sus manos y mis labios sobre los suyos y me besa y yo soy oxígeno y él se muere por respirar. Su cuerpo está casi encima del mío, una mano en mi pelo, la otra recorriendo mi silueta de punta a punta, detrás de mi rodilla para acercarme más a él, más arriba, más fuerte. Me deja besos por la garganta con una energía eléctrica que me quema y me hace arder. Estoy al borde de la combustión espontánea a causa de la emoción pura de cada instante. Quiero bucear en su ser, experimentarlo con los 5 sentidos, ahogarme en las olas de asombro que envuelven mi existencia.

Quiero saborear el paisaje de su cuerpo.

Me agarra las manos y las presiona contra su pecho, guía mis dedos para deslizarlos a lo largo de su torso antes de que nuestros labios vuelvan a juntarse una y otra y otra vez, arrastrándome a un delirio del que no quiero escapar nunca. Pero no basta. Todavía no basta. Quiero fundirme en él, trazar la forma de su figura solo con los labios. Mi corazón acelera mi pulso sanguíneo, destruye mi autocontrol, hace que todo dé vueltas en un ciclón de intensidad. Se

detiene para tomar aire y tiro de él, con ansia, con desesperación, muriéndome por que me toque. Sus manos suben por debajo de mi camiseta, bordean los lados, me tocan como nunca se había atrevido hasta ahora, y cuando ya casi me ha pasado la camiseta por encima de la cabeza, una puerta se abre con un chirrido. Los dos nos quedamos paralizados.

—¿Adam...?

Apenas puede respirar. Intenta bajar de encima de mí hacia la almohada que tengo a un lado, pero sigo notando su calor, su figura, su corazón retumbando en mis oídos. Reprimo un millón de gritos. Adam levanta la cabeza, solo un poco. Intenta sonar normal.

—¿James?

—¿Puedo dormir contigo?

Adam se sienta. Respira hondo, pero enseguida se despeja.

—Claro que sí. —Hace una pausa. Su voz se vuelve más suave y lenta—. ¿Tienes pesadillas?

James no responde.

Adam se pone en pie.

Oigo el sollozo amortiguado de las lágrimas de los 10 años, pero a duras penas consigo distinguir la silueta de Adam abrazando a James.

—Creía que me habías dicho que ya estabas mejor —lo oigo susurrar, pero sus palabras desprenden cariño, no acusan a su hermano de nada.

James responde algo que no logro oír.

Adam lo levanta en brazos, y me doy cuenta de lo diminuto que parece James en comparación. Se dirigen al dormitorio y regresan con ropa de cama. En cuanto Adam coloca a James en un lugar seguro, a pocos metros de sí mismo, se abandona a la extenuación. El único ruido de la habitación es su fuerte respiración.

Adam se gira hacia mí. He estado callada como una tumba, impactada, sorprendida, marcada profundamente por el recuerdo. No tengo ni idea de lo que habrá visto James a tan tierna edad. No tengo ni idea de cuánto debe de haber sufrido Adam al dejarlo aquí. No tengo ni idea de cómo vive la gente. De cómo sobrevive.

~~No sé qué ha sido de mis padres.~~

Adam me roza la mejilla. Me rodea con los brazos.

—Lo siento —susurra, y yo borro su disculpa con besos.

—Cuando llegue el momento oportuno —le digo.

Traga saliva. Se apoya en mi cuello. Toma aire. Coloca las manos debajo de mi camiseta. Por mi espalda.

Contengo un jadeo.

—Pronto.

TREINTA Y CUATRO

Adam y yo anoche nos obligamos a ponernos a más de 1 metro de distancia, pero por alguna razón me despierto en sus brazos. Adam respira de forma suave y uniforme y constantemente, un agradable zumbido en el aire matutino. Parpadeo, me desvelo bajo la luz del día y me encuentro con un par de grandes ojos azules en la cara de un niño de 10 años.

—¿Cómo es que a él sí lo puedes tocar? —James está de pie junto a nosotros con los brazos cruzados, de nuevo es el chaval testarudo que recordaba. No hay rastro de miedo, ningún reguero de lágrimas que amenace con recorrerle el rostro. Como si esta noche pasada no hubiera ocurrido nada—. ¿Eh? —Su impaciencia me sobresalta.

Me aparto del torso desnudo de Adam tan deprisa que se despierta. Un poco.

—¿Juliette...? —Se me acerca.

—¡Estás tocando a una chica!

Adam se sienta tan rápido que se enreda entre las sábanas y vuelve a caer de espaldas.

—Por Dios, James...

—¡Estabas durmiendo al lado de una chica!

Adam abre y cierra la boca varias veces. Me mira. Mira a su hermano. Cierra los ojos y al final suspira. Se pasa una mano por su pelo recién amanecido.

—No sé qué quieres que te diga.

—Creía que habías dicho que no podía tocar a nadie. —James me observa, receloso.

—Y no puede.

—¿Solo a ti?

—Exacto. Solo a mí.

Y a Warner.

—No puede tocar a nadie, solo a ti.

Y a Warner.

—Exacto.

—Resulta la mar de curioso. —James entrecierra los ojos.

Adam se ríe a carcajadas.

—¿Dónde has aprendido a hablar así?

James frunce el ceño.

—Benny lo dice mucho. Dice que mis excusas son «la mar de curiosas». —Dibuja unas comillas en el aire con dos dedos—. Y que eso quiere decir «no te creo». Y es que no te creo.

Adam se pone en pie. La luz matutina entra por las ventanitas en el ángulo perfecto, en el momento perfecto. Está bañado en oro, con los músculos tensos, los pantalones igual de bajos sobre sus caderas, y debo hacer un gran esfuerzo para pensar con claridad. Me sorprende mi falta de autocontrol, pero no estoy segura de cómo reprimir mis sentimientos. Adam hace que me entre hambre de cosas que nunca pensé que podría tener.

Observo cómo pasa un brazo por los hombros de su hermano antes de agacharse para mirarlo a los ojos.

—¿Te puedo comentar una cosa? —dice—. ¿En privado?

—¿Solo tú y yo? —James me mira por el rabillo del ojo.

—Sí. Solo tú y yo.

—Vale.

Los veo adentrarse en la habitación de James y me pregunto qué va a contarle Adam. Tardo unos instantes en darme cuenta de que James debe de sentirse amenazado por mi repentina aparición. Cuando después de 6 meses por fin ve a su hermano, resulta que llega acompañado de una desconocida con extravagantes poderes mágicos. Estoy a punto de echarme a reír ante esa idea. Ojalá fuera magia lo que me hiciera ser así.

No quiero que James piense que lo voy a alejar de Adam.

Me vuelvo a meter bajo las sábanas y espero. Hace una mañana fría y mis pensamientos empiezan a desviarse hacia Warner. Necesito recordar que no estamos seguros. Todavía no, quizá nunca. Necesito recordar que nunca debo sentirme demasiado cómoda. Me

incorporo. Me llevo las rodillas al pecho y me agarro los tobillos con las manos.

Me pregunto si Adam tendrá algún plan.

La puerta de James se abre con un chirrido. Salen los dos hermanos, el menor delante del mayor. James está un poco colorado y a duras penas me mira. Parece avergonzado y me pregunto si Adam lo habrá castigado.

Se me cae el alma a los pies.

Adam le da un golpecito a James en el hombro. Se lo aprieta.

—¿Todo bien?

—Ya sé lo que es una novia...

—No he dicho que no lo supieras...

—Entonces, ¿eres su novia? —James se cruza de brazos, me mira.

En mi tráquea se han quedado atrapadas 400 pelotitas de algodón. Miro a Adam porque no sé qué otra cosa hacer.

—Oye, deberías prepararte para ir al cole, ¿no? —Adam abre la nevera y le da a James un paquete envuelto en papel de aluminio—. Supongo que es tu desayuno.

—No tengo que ir —protesta James—. No es un cole de verdad, nadie está obligado a...

—Yo quiero que vayas —lo interrumpe Adam. Se vuelve a girar hacia su hermano con una sonrisilla—. No te preocupes. Estaré aquí cuando vuelvas.

—¿Me lo prometes? —James vacila.

—Sí. —Sonríe otra vez. Asiente—. Ven aquí.

James echa a correr y se abalanza sobre Adam como si tuviera miedo de que desapareciera. Adam mete la comida envuelta en papel de aluminio dentro del automat y aprieta un botón. Le revuelve el pelo a James.

—Te tienes que cortar el pelo, tío.

—A mí me gusta. —James arruga la nariz.

—Está un poco largo, ¿no crees?

—El pelo de ella sí que está muy largo. —James baja la voz.

Los dos me miran y me derrito en plastilina de color rosa. Me toco el pelo sin pretenderlo, de repente cohibida. Bajo la vista. Nunca he

tenido motivos para cortarme el pelo. Ni siquiera he tenido los instrumentos. Nadie me ha dado nunca objetos afilados.

Me arriesgo a mirarlos y veo que Adam sigue observándome. James está atento al automat.

—A mí me gusta su pelo —dice Adam, pero no sé a quién está dirigiéndose.

Los contemplo mientras Adam ayuda a su hermano a prepararse para ir al cole. James está muy lleno de vida, muy lleno de energía, muy emocionado por tener cerca a su hermano. Eso me hace pensar en cómo debe de ser para un niño de 10 años lo de vivir solo. Cómo debe de ser para todos los niños que viven en esta calle.

Me apetece levantarme y cambiarme, pero no sé qué debería hacer. No quiero usar el cuarto de baño por si James lo necesita, o por si lo necesita Adam. No quiero usar más espacio del que ya dispongo. La relación entre Adam y James es muy íntima, muy personal. Es la clase de vínculo que yo nunca he tenido, que nunca tendré. Pero estar rodeada por tanto amor ha logrado descongelar mis zonas congeladas y convertirlas en humanas. Me siento humana. Como si tal vez pudiera formar parte de este mundo. Como si tal vez no tuviera que ser un monstruo. Tal vez no sea un monstruo.

Tal vez las cosas puedan cambiar.

TREINTA Y CINCO

James está en el colegio, Adam en la ducha y yo contemplo el bol de cereales que me ha preparado él. Me siento mal por tener esta comida mientras James debe alimentarse con esa sustancia inidentificable del envase de papel de aluminio. Pero Adam dice que a James le asignan una porción para cada comida y que tiene que comérsela por ley. Si descubren que la desaprovecha o que la tira, podrían sancionarlo. Se supone que todos los huérfanos deben comer la comida envuelta en papel de aluminio que meten en el automat. James dice que «no está tan mala».

Estoy tiritando ligeramente debido al frío aire matutino y me paso una mano por el pelo, que sigue húmedo tras la ducha. Aquí el agua no sale caliente. Ni siquiera tibia. Sale helada. El agua caliente es un lujo.

Alguien llama a la puerta.

Me levanto.

Me pongo a dar vueltas.

Me pongo a mirarlo todo.

Me da miedo.

Lo único que pienso es que nos han encontrado. Mi estómago es una tortita endeble, mi corazón es un pájaro carpintero furioso, mi sangre es un río de ansiedad.

Adam está en la ducha.

James está en el colegio.

~~Estoy completamente indefensa.~~

Hurgo en la bolsa de tela de Adam hasta que encuentro lo que ando buscando. 2 pistolas, 1 para cada mano. 2 manos, en caso de que las pistolas fallen. Por fin llevo un atuendo cómodo con el que

luchar. Respiro hondo y les pido a mis manos que no tiemblen.

Los golpes en la puerta se intensifican.

Apunto con las pistolas hacia la puerta.

—¿Juliette...?

Me doy la vuelta y veo que Adam mira hacia mí, hacia las pistolas, hacia la puerta. Tiene el pelo mojado. Los ojos, como platos. Señala la pistola extra con la cabeza y se la lanzo sin decir palabra.

—Si fuera Warner, no llamaría —dice, aunque no baja el arma.

Sé que lleva razón. Warner habría derribado la puerta a balazos, habría usado explosivos, habría matado a un centenar de personas para llegar hasta mí. No esperaría a que le abriera la puerta, está claro. Algo dentro de mí se tranquiliza, pero no me permito relajarme demasiado.

—¿Quién crees que...?

—Quizá sea Benny... Suele venir a ver qué tal está James...

—Pero sabría que está en el colegio, ¿no?

—Nadie más sabe dónde vivo...

El aporreo se debilita. Se ralentiza. Se oye un grave gemido gutural de dolor.

Adam y yo intercambiamos una mirada.

Otro golpe en la puerta. Una caída. Otro gemido. El ruido sordo de un cuerpo contra la puerta.

Me estremezco.

Adam se revuelve el pelo con una mano.

—¡Adam! —grita alguien. Tose—. Porfa, tío, si estás ahí...

Me quedo paralizada. La voz me resulta familiar.

La columna de Adam se endereza en un santiamén. Tiene los labios separados, los ojos atónitos. Marca el código de acceso y descorre el pestillo. Apunta hacia la puerta mientras la abre.

—¿Kenji?

Un breve resuello. Un gemido ahogado.

—Joder, tío, ¿por qué has tardado tanto?

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —Clic. A duras penas veo nada a través de la rendija de la puerta, pero es evidente que a Adam no le agrada tener compañía—. ¿Quién te envía? ¿En qué bando estás?

Kenji maldice varias veces más entre dientes.

—Mírame —exclama, aunque más que una petición parece una súplica—. ¿Crees que he venido a matarte?

Adam se detiene. Respira. Vacila.

—No tengo ningún problema en meterte un balazo por la espalda.

—Tranqui, tío. Ya tengo un balazo en la espalda. O en la pierna. O en otro sitio. No sé ni dónde, joder.

Adam abre la puerta.

—Levántate.

—No pasa nada, no me importa que me arrastres.

—No quiero que manches la alfombra de sangre. —Adam aprieta la mandíbula—. No es algo que mi hermano deba ver.

Kenji trastabilla y se tambalea al cruzar la puerta. Yo ya había oído una vez su voz, pero nunca le había visto la cara. Aunque seguramente no sea el mejor momento para una primera impresión. Tiene los ojos hinchados, con bolsas moradas debajo, y una herida enorme a un lado de la frente. El labio, partido, le sangra un poco; su cuerpo está encorvado y destrozado. Hace muecas de dolor, se mueve respirando de forma entrecortada. Tiene la ropa hecha jirones, el torso cubierto tan solo por una camiseta sin mangas, cortes y moratones en los brazos musculosos. Me sorprende que no se haya muerto de frío. Por lo visto, no se da cuenta de mi presencia hasta que me ve.

Se detiene. Parpadea. Esboza una sonrisa ridícula, solo atenuada por una ligera mueca de dolor.

—Hostia puta —exclama, sin quitarme el ojo de encima—. Hostia puta. —Intenta reírse—. Tío, estás loco...

—El baño está por aquí. —Adam está impertérrito.

Kenji se mueve hacia delante, pero sigue mirando hacia atrás. Le apunto a la cara. Se ríe más fuerte, se estremece, jadea.

—Tío, ¡has huido con la loca! ¡Has huido con la chiflada! —chilla—. Pensaba que esa gilipollez se la habían inventado. ¿En qué coño estabas pensando? ¿Qué vas a hacer con la chiflada? Normal que Warner te quiera muerto... AHÍ VA, CHAVAL, ¿qué coño...?

—No está loca. Y tampoco está sorda, imbécil.

La puerta se cierra de golpe tras ellos y solo consigo oír que discuten. Me da la sensación de que Adam no quiere que oiga lo que debe decirle a Kenji. Eso, o no quiere que oiga los gritos.

No tengo la menor idea de lo que hace Adam, pero supongo que tendrá que ver con quitarle la bala a Kenji y, en general, curarle las heridas lo mejor que pueda. Adam cuenta con un buen kit de primeros auxilios y unas manos fuertes y firmes. Me pregunto si ha adquirido esos conocimientos en el ejército. Quizá para cuidar de sí mismo. O quizá para cuidar de su hermano. Tendría sentido.

Los seguros médicos son un sueño que perdimos hace mucho tiempo.



Llevo cerca de una hora con la pistola en la mano. Llevo cerca de una hora oyendo los gritos de Kenji y lo sé porque me gusta contar los segundos a medida que van pasando. No tengo ni idea de qué hora es. Creo que en la habitación de James hay un reloj, pero no quiero entrar allí sin permiso.

Me quedo mirando la pistola, el metal pulido y pesado, y me sorprende descubrir que me gusta sentirla en la mano. Como si fuera una extensión de mi cuerpo. Ya no me da ningún miedo.

Me da más miedo llegar a usarla.

Se abre la puerta del baño y sale Adam. Lleva una pequeña toalla en la mano. Me levanto. Me dedica una débil sonrisa. Se dirige a la minúscula nevera para buscar algo en el congelador, aún más minúsculo. Agarra un par de cubitos de hielo y los cubre con la toalla. Vuelve a desaparecer en el baño.

Me siento en el sofá de nuevo.

Hoy llueve. El cielo llora por nosotros.

Adam sale del baño, esta vez con las manos vacías, y sigue solo.

Me vuelvo a levantar.

Se frota la frente, la nuca. Se reúne conmigo en el sofá.

—Lo siento —me dice.

—¿Por? —Abro muchísimo los ojos.

—Por todo. —Suspira—. Kenji era más o menos amigo mío en la base militar. Warner lo torturó cuando nos marchamos. Para conseguir información.

Reprimo un grito.

—Asegura que no dijo nada... En realidad, no tenía nada que decir, pero acabó bastante jodido. No sé si tiene las costillas rotas o solo magulladas, pero he conseguido sacarle la bala de la pierna.

Le tomo la mano. Se la aprieto.

—Le dispararon mientras huía —dice Adam a continuación.

Y algo se ilumina en mi conciencia. Me horrorizo.

—El suero de rastreo...

Adam asiente con mirada seria, angustiada.

—Creo que funciona mal, pero no puedo estar seguro del todo. Sé que, si funcionara, Warner ya estaría aquí. Pero no podemos arriesgarnos. Tenemos que marcharnos, y tenemos que librarnos de Kenji antes de irnos.

Niego con la cabeza, atrapada entre corrientes de incredulidad que chocan entre sí.

—¿Cómo te ha encontrado?

—Ha empezado a gritar antes de que pudiera preguntárselo. —Su expresión se endurece.

—¿Y James? —susurro, casi con miedo.

Adam entierra la cabeza en las manos.

—En cuanto llegue a casa, nos marchamos. Aprovechemos para prepararnos mientras tanto. —Clava los ojos en los míos—. No puedo dejar a James aquí. Este lugar ya no es seguro para él.

Le toco la mejilla y se inclina hacia mi mano, presiona mi palma contra su cara. Cierra los ojos.

—La madre que te parió...

Adam y yo nos separamos. Me sonrojo de punta a punta. Adam parece enfadado. Kenji está recostado en la pared del pasillo y se apoya la bolsa de hielo improvisada en la cara. Nos mira fijamente.

—¿Puedes tocarla? O sea... Joder, acabo de ver cómo la tocabas, pero no es...

—Tienes que irte —le dice Adam—. Has dejado un rastro químico

que lleva hasta mi casa. Debemos marcharnos y no puedes venir con nosotros.

—Ey, ey... Espera. —Kenji entra a trompicones en el salón, haciendo una mueca mientras se aplica presión en la pierna—. No quiero hacer que vayáis más lentos, tío. Conozco un lugar. Un lugar seguro. De fiar, un sitio superseguro. Puedo llevaros hasta allí. Enseñaros a llegar. Conozco a un tío.

—Chorradas. —Adam sigue enfadado—. ¿Cómo has conseguido localizarme? ¿Cómo has llegado hasta mi puerta, Kenji? No confío en ti...

—No lo sé, tío. Te juro que no recuerdo lo que pasó. Al cabo de un rato, ya no sabía hacia dónde corría. Me limitaba a saltar vallas. Encontré un campo enorme con un viejo cobertizo. Dormí allí un poco. Creo que en algún punto me desmayé, del dolor o del frío... Hace un frío de cojones ahí fuera... Y lo siguiente que recuerdo es que un tío me llevaba a rastras. Me dejó delante de tu puerta. Me dijo que dejara de hablar de Adam porque Adam vivía aquí. —Sonríe. Intenta guiñar un ojo—. Supongo que soñaría contigo.

—Un momento... ¿Qué? —Adam se inclina hacia delante—. ¿Qué quieres decir con que un tío te llevaba a rastras? ¿Qué tío? ¿Cómo se llama? ¿Cómo sabía mi nombre?

—No lo sé. No me lo dijo, y yo tampoco estaba en condiciones de preguntárselo. Pero era gigante. Tenía que serlo para cargar conmigo, digo yo.

—No pretenderás que te crea, ¿verdad?

—No tienes opción. —Kenji se encoge de hombros.

—Claro que tengo opción. —Adam se ha puesto de pie—. No tengo motivos para creerte. Ningún motivo para creer ni una palabra que salga de tu boca.

—Entonces, ¿por qué he venido hasta aquí con una bala en la pierna? ¿Por qué Warner no te ha encontrado todavía? ¿Por qué voy desarmado...?

—¡Podría formar parte de tu plan!

—¡Y, aun así, me has ayudado! —Kenji se atreve a levantar la voz—. ¿Por qué no me has dejado morir? ¿Por qué no me has pegado un

tiro? ¿Por qué me has ayudado?

—No lo sé. —Adam vacila.

—Sí que lo sabes. Sabes que no he venido a joderte. Me dieron una paliza por tu culpa...

—No me estabas encubriendo de ninguna de las maneras.

—Bueno, joder, tío, ¿qué coño quieres que te diga? Me iban a matar. Tuve que salir corriendo. No es culpa mía que un tío me haya dejado tirado delante de tu puerta...

—Esto no tiene que ver solo conmigo, ¿lo entiendes? Me he esforzado muchísimo en encontrar un lugar seguro para mi hermano y en una mañana te has cargado años de planificación. ¿Qué cojones se supone que voy a hacer yo ahora? Solo me queda huir hasta encontrar la manera de ponerlo a salvo. Es demasiado joven para enfrentarse a esta...

—Todos somos demasiado jóvenes para enfrentarnos a esta mierda. —Kenji respira con dificultad—. No te engañes, tío. Nadie debería ver lo que hemos visto. Nadie debería levantarse por la mañana y encontrar cadáveres en su puto salón, pero estas cosas pasan. Lidiamos con ello y encontramos una forma de sobrevivir. No eres el único con problemas.

Adam se hunde en el sofá. Sobre sus hombros pesan 40 kilos de preocupación. Se inclina hacia delante con la cabeza entre las manos.

Kenji está observándome. Yo le devuelvo la mirada.

Sonríe y se acerca cojeando.

—Eres bastante sexi para ser una chiflada, ¿sabes?

Clic.

Kenji retrocede con las manos en alto. Adam le ha colocado una pistola en la frente.

—Como no muestres más respeto, te vuelo la cabeza.

—Era broma...

—Los cojones.

—Joder, Adam, cálmate...

—¿Dónde está ese sitio superseguro al que nos llevarías? —Estoy de pie, con la pistola aún en la mano. Me acerco a Adam—. ¿O te lo estás inventando?

—No, es verdad. —Kenji se ilumina—. Verdad de la buena. De hecho, puede que haya dicho algo sobre ti o puede que no. Y el tío que lleva el sitio puede que esté interesadísimo en conocerte o puede que no.

—¿Crees que soy una especie de bicho raro para enseñárselo a tus amigos? —Seguro del arma. Cargada.

—No eres un bicho raro. —Kenji carraspea—. Es que eres... interesante.

—¡Soy tan interesante que podría matarte con mis manos! —Le apunto a la nariz con la pistola.

Un destello de miedo apenas perceptible titila en sus ojos. Se traga unos cuantos litros de humildad. Intenta sonreír.

—¿Estás segura de que no estás loca?

—No. —Ladeo la cabeza—. No estoy segura.

Kenji sonríe. Me mira de arriba abajo.

—Pues nada. Pero haces que la locura sean muy atractiva.

—Estoy a nada de partirte la cara —le advierte Adam, impávido, con voz de acero, el cuerpo rígido por la rabia, los ojos entrecerrados. No hay ni rastro de humor en su expresión—. No necesito que me des otra razón.

—¿Cómo? —Kenji se ríe, resuelto—. Llevo demasiado tiempo sin estar tan cerca de una chica, tío. Y tanto si está loca como si no...

—No estoy interesada.

Kenji se gira hacia mí.

—Bueno, no te culpo. Ahora mismo estoy hecho un guiñapo. Pero ya me recuperaré. —Intenta esbozar una sonrisa—. Dame un par de días. A lo mejor cambias de opinión...

Adam le asesta un codazo en la cara y no se disculpa.

TREINTA Y SEIS

Kenji maldice, sangra, se queda sin palabrotas y se dirige al cuarto de baño sujetándose la nariz.

Adam me mete en la habitación de James.

—Dime una cosa —me pide. Mira hacia el techo, respira con dificultad—. Dime lo que sea...

Intento clavar la mirada en sus ojos, agarro sus manos suave suave suavemente. Espero hasta que me mira.

—A James no le pasará nada. Lo protegeremos. Te lo prometo.

Sus ojos desprenden un gran dolor que nunca le había visto. Separa los labios. Los aprieta. Cambia de opinión un millón de veces hasta que sus palabras caen en el aire que nos separa.

—Ni siquiera sabe nada sobre nuestro padre. —Es la primera vez que admite el problema. Es la primera vez que admite que sé algo sobre eso—. Nunca quise que se enterara. Me inventé historias. Quería que tuviera la oportunidad de ser normal. —Sus labios me cuentan secretos y mis oídos derraman tinta que mancha mi piel con sus historias—. No quiero que nadie lo toque. No quiero joderle la vida. No puedo... Dios, no puedo dejar que ocurra —me dice. Susurra. Calla.

He buscado en todo el mundo las palabras adecuadas, pero mi boca está llena de la nada más absoluta.

—Nunca es suficiente —susurra—. Nunca consigo hacer lo suficiente. Todavía se despierta gritando. Todavía se queda dormido llorando. Ve cosas que escapan a mi control. —Parpadea un millón de veces—. Tantísima gente, Juliette...

Aguanto la respiración.

—Muerta.

Toco la palabra en sus labios y me besa los dedos. Sus ojos son dos pozos de perfección: abiertos, sinceros, humildes.

—No sé qué hacer —continúa, y es como una confesión que le cuesta expresar mucho más de lo que imagino. El control se le escurre entre los dedos y está desesperado por mantenerlo—. Dime qué debo hacer.

En el silencio que nos rodea, oigo los latidos de nuestros corazones. Examino la forma de sus labios, las líneas afiladas de su rostro, las pestañas por las que cualquier chica mataría, el profundo azul oscuro de los ojos en los que he aprendido a nadar. Le ofrezco la única posibilidad de que dispongo.

—Quizá valga la pena valorar el plan de Kenji.

—¿Confías en él? —Adam se echa hacia atrás, sorprendido.

—Dice que sabe de un sitio al que ir. No creo que mienta.

—No sé si es una buena idea.

—¿Por qué no...?

Profiere un ruido que tal vez no sea una carcajada.

—Quizá yo lo mate antes incluso de que lleguemos.

Mis labios se curvan en una triste sonrisa.

—No podemos escondernos en ningún otro sitio, ¿o sí?

El Sol gira alrededor de la Luna cuando responde. Menea la cabeza. Una vez. Rápido. Tenso.

—Entonces, tenemos que intentarlo. —Le aprieto la mano.

—¿Qué coño estáis haciendo ahí dentro? —grita Kenji al otro lado de la puerta. La golpea un par de veces—. O sea, no creo que haya un mal momento para desnudarse, chaval, pero seguramente un polvete de mediodía no sea la mejor idea. A menos que queráis que os maten, os sugiero que salgáis de ahí, joder. Tenemos que prepararnos para irnos.

—A lo mejor lo mato ahora mismo. —Adam cambia de opinión.

Le agarro la cara con ambas manos, me pongo de puntillas y le doy un beso. Sus labios son 2 almohadas, muy blandas, muy dulces.

—Te quiero.

Mira mis ojos y mi boca, y susurra con voz ronca:

—¿Sí?

—Claro que sí.



Los 3 tenemos las maletas hechas y estamos listos para irnos antes de que James vuelva del colegio. Adam y yo hemos recopilado lo más importante: comida, ropa, el dinero que ha ahorrado él. No deja de observar la pequeña estancia como si no pudiera creer haberla perdido tan fácilmente. Me imagino cuánto trabajo le ha llevado, lo mucho que le ha costado construir un hogar para su hermano pequeño. Mi corazón está hecho añicos por él.

Su amigo es de una especie completamente diferente.

Kenji se está curando moratones nuevos, pero parece bastante animado, emocionado por razones que no consigo entender. Curiosamente, se lo ve resistente y optimista. Parece imposible desanimarlo y no puedo evitar admirar su determinación. Pero no deja de mirarme.

—¿Cómo es que puedes tocar a Adam? —me pregunta al cabo de un rato.

—No lo sé.

—Ya, claro —resopla.

Me encojo de hombros. No siento la necesidad de convencerlo en absoluto de que no sé por qué he tenido tanta suerte.

—¿Cómo sabías que lo podías tocar? ¿Hicisteis algún tipo de experimento o qué?

Espero no ponerme colorada.

—¿Dónde está ese sitio al que nos vas a llevar?

—¿Por qué cambias de tema? —Sonríe. Estoy segura de que sonríe. Aunque me niego a mirarlo—. A lo mejor a mí también me puedes tocar. ¿Por qué no lo pruebas?

—No quieres que te toque, créeme.

—Quizá, sí. —Claramente, está sonriendo.

—Quizá deberías dejarla en paz si no quieres que te vuelva a meter la bala en la pierna —le propone Adam.

—Lo siento... ¿Acaso un tío soltero no tiene derecho a mover ficha, Kent? Puede que esté interesado. Quizá deberías dejar de entrometerte de una puta vez y dejarla hablar por sí misma.

Adam se pasa una mano por el pelo. Siempre la misma. Siempre por el pelo. Está nervioso. Frustrado. Tal vez incluso avergonzado.

—Sigo sin estar interesada —le recuerdo con voz afilada.

—Sí, pero no olvides que esto —se señala el rostro magullado— no es permanente.

—Bueno, pues mi desinterés sí que será permanente. —Me muero por decirle que no estoy disponible. Me muero por decirle que tengo una relación seria. Me muero por decirle que Adam me ha prometido cosas.

Pero no puedo.

No tengo la más mínima idea de lo que significa tener una relación. No sé si decir «te quiero» es un código que significa «relación exclusiva» y no sé si Adam hablaba en serio cuando le dijo a James que yo era su novia. Quizá fuera una excusa, un pretexto, una respuesta fácil a una pregunta muy complicada. Ojalá le dijera algo a Kenji... Ojalá le dijera que estamos juntos de manera oficial y exclusiva.

Pero no se lo dice.

Y no sé por qué.

—No creo que debas decidirte hasta que se me baje la hinchazón —continúa Kenji, en sus trece—. Es lo justo. Mi cara es bastante espectacular.

Adam se atraganta con una tos que creo que era una risotada.

—Habría jurado que nos llevábamos bien, ¿sabes? —dice Kenji mirando a Adam.

—No recuerdo por qué.

—¿Hay algo que quieras decirme? —Kenji se enfurece.

—Que no me fío de ti.

—Entonces, ¿por qué sigo aquí?

—Porque de ella sí me fío.

Kenji se gira hacia mí. Me dedica una torpe sonrisa.

—Anda, ¿tú te fías de mí?

—Siempre y cuando te tenga al alcance. —Sujeto con más fuerza la pistola.

—No sé por qué, pero me gusta que me amenaces. —Hace una

mueca.

—Porque eres un idiota.

—No. —Menea la cabeza—. Tienes una voz sexi. Y todo lo que dices suena obsceno.

Adam se levanta tan de pronto que está a punto de tumbar la mesita del café.

Kenji se echa a reír, jadeando a causa del dolor de sus heridas.

—Cálmate, Kent, joder. Solo estoy de coña. Me gusta ver a la chiflada en plan intensa. —Me observa, baja la voz—. Tómatelo como un piropo, porque ¿sabes una cosa? —Agita una mano en mi dirección como si tal cosa—. Estar chiflada te pega mucho.

—¿Qué cojones te pasa? —salta Adam.

—¿Qué cojones te pasa a ti? —Kenji se cruza de brazos, molesto—. Aquí todo el mundo está muy nervioso.

Adam aferra la empuñadura de la pistola. Se encamina hacia la puerta. Vuelve con nosotros. Camina de un lado a otro.

—Y no te preocupes por tu hermano —añade Kenji—. Seguro que regresa pronto.

Adam no se ríe. No deja de caminar de un lado a otro. Aprieta la mandíbula.

—No estoy preocupado por mi hermano. Estoy intentando decidir si te mato ahora o luego.

—Luego —contesta Kenji desplomándose en el sofá—. Por ahora aún me necesitas.

Adam intenta hablar, pero se le agota el tiempo.

Un pitido. La puerta se abre con un chasquido.

James ha vuelto a casa.

TREINTA Y SIETE

—Estoy muy contento de que te lo estés tomando tan bien, de verdad, pero no es algo con lo que estar emocionado, James. Huimos para salvar la vida.

—Pero huimos juntos —dice por quinta vez, con una sonrisa de oreja a oreja. Kenji le ha caído bien casi de inmediato, y ahora los dos conspiran para convertir nuestro dilema en una especie de misión compleja—. ¡Y yo puedo ayudaros!

—No, no es...

—Claro que sí.

Adam y Kenji hablan al unísono. Kenji toma la palabra primero.

—¿Por qué no iba a poder ayudarnos? Diez años son suficientes para echar una mano.

—No es decisión tuya —dice Adam controlando la voz. Sé que mantiene la calma por el bien de su hermano—. Y no es asunto tuyo.

—Por fin podré ir contigo —exclama el niño, decidido—. Y quiero ayudar.

James asimiló la noticia con calma. Ni siquiera se inmutó cuando Adam le explicó la verdadera razón por la que había vuelto a casa y por qué estábamos juntos. Pensé que ver el rostro amoratado y magullado de Kenji lo asustaría, lo desconcertaría, le metería un poco de miedo en el corazón, pero para mi sorpresa James se quedó tan tranquilo. Supongo que debe de haber visto cosas peores.

Adam respira hondo varias veces antes de dirigirse a Kenji.

—¿A cuánto queda?

—¿Andando? —Kenji parece inseguro por primera vez—. Unas cuantas horas, como mínimo. Si no cometemos ninguna estupidez, deberíamos llegar antes de que anochezca.

—¿Y si vamos en coche?

Kenji parpadea. Su sorpresa se desvanece en una enorme sonrisa.

—Hostia, Kent, ¿por qué no me lo has dicho antes?

—No digas tacos delante de mi hermano.

—Oigo cosas peores todos los días. —James pone los ojos en blanco—. Hasta Benny dice palabrotas.

—¿Benny? —Las cejas de Adam le suben por la frente.

—Sí.

—¿Qué es lo que...? —Se detiene. Cambia de opinión—. Eso no significa que esté bien que las oigas.

—¡Ya casi tengo once años!

—Ey, hombrecito —interviene Kenji—. No pasa nada. Es culpa mía. Debería tener más cuidado. Además, hay damas presentes. —Kenji me guiña un ojo.

Aparto la mirada. Miro a mi alrededor.

A mí me resulta difícil abandonar este humilde hogar, así que no me imagino lo que debe de sentir Adam ahora mismo. Creo que James está demasiado emocionado pensando en la aventura que nos espera como para darse cuenta de lo que sucede. Como para entender de verdad que nunca más volverá aquí.

Somos fugitivos que huyen para salvar la vida.

—A ver, una cosa... ¿Robaste un coche? —pregunta Kenji.

—Un tanque.

—TOMA YA. —Kenji suelta una carcajada.

—Pero durante el día es un poco ostentoso.

—¿Qué significa *ostentoso*? —pregunta James.

—Que es un poco... llamativo. —Adam se pone rojo.

—MIERDA. —Kenji se levanta con alguna dificultad.

—Te he dicho que no digas tacos...

—¿Oís eso?

—¿El qué?

—¿Hay otra manera de salir de aquí? —Kenji mira en todas direcciones.

—JAMES... —Adam se levanta.

James corre hacia su hermano. Adam verifica la pistola. Me echo la mochila a la espalda, Adam hace lo propio con la atención puesta en la puerta principal.

—RÁPIDO...

—¿A cuánto...?

—NO HAY TIEMPO...

—¿Qué vas a...?

—KENT, CORRE...

Y echamos a correr, siguiendo a Adam hacia la habitación de James. Adam rompe una cortina de una pared y nos enseña una puerta oculta justo cuando en el salón suenan 3 pitidos.

Adam dispara a la cerradura de la puerta de salida.

Algo explota a menos de 5 metros de nosotros. El estruendo me destroza los oídos, vibra por todo mi cuerpo. Casi me desplomo del impacto. Se oyen tiros por todas partes. Los pasos retumban por toda la casa, pero nosotros ya estamos corriendo por la salida. Adam levanta a James en brazos y nos precipitamos en medio de un repentino estallido de luz que nos ciega mientras atravesamos las calles. La lluvia ha parado. Las calles están resbaladizas y embarradas. Hay niños por doquier, cuerpecitos de colores brillantes que chillan tan pronto nos acercamos. Ya no tiene sentido que seamos discretos.

Nos han encontrado.

Kenji se está quedando atrás, avanza a trompicones mientras se le agota el chute de adrenalina. Giramos por un callejón estrecho y se desploma contra la pared.

—Lo siento —resuella—, no puedo... Dejadme...

—No podemos dejarte aquí —grita Adam mirando hacia todos lados, pendiente de lo que nos rodea.

—Eres muy amable, tío, pero no pasa nada...

—¡Necesitamos que nos guíes!

—Ah, coño...

—Has dicho que nos ayudarías.

—Y yo creía que habías dicho que tenías un tanque...

—Por si no te has dado cuenta, ha habido un inesperado cambio de planes.

—No puedo seguiros el ritmo, Kent. Apenas puedo caminar...

—Tienes que intentarlo.

—Hay rebeldes sueltos. Van armados y están listos para disparar. El toque de queda acaba de activarse. Que todo el mundo vuelva de inmediato a su casa. Hay rebeldes sueltos. Van armados y están listos para dispa...

Los altavoces resuenan por las calles y atraen la atención hacia nuestros cuerpos, apiñados en el estrecho callejón. Algunas personas nos ven y empiezan a gritar. Las botas suenan cada vez más fuerte. Los disparos suenan cada vez más violentos.

Me tomo unos instantes para analizar los edificios que nos rodean y me doy cuenta de que no nos encontramos en unas instalaciones habitadas. La calle en la que vive James es un territorio no regulado: una sucesión de edificios de oficinas abandonados, restos de nuestra antigua vida. No entiendo por qué no vive en unas instalaciones como el resto de la población. No tengo tiempo de averiguar por qué solamente veo dos grupos de edad representados, por qué los ancianos y los huérfanos son los únicos residentes, por qué los han abandonado en zonas ilegales con soldados que en teoría no deberían estar ahí. Me da miedo pensar en las respuestas a mis preguntas y, durante unos segundos de pánico, temo por la vida de James. Me doy la vuelta mientras corremos y vislumbro su cuerpecillo envuelto por los brazos de Adam.

Cierra los ojos con tanta fuerza que seguro que le duelen.

Adam maldice entre dientes. Abre de una patada la primera puerta que encontramos de un edificio abandonado y nos grita que los sigamos hacia el interior.

—Necesito que te quedes aquí —le dice a Kenji—. Y se me ha ido la olla, pero tengo que dejar a James contigo. Necesito que cuides de él. Están buscando a Juliette, y me están buscando a mí. No esperarán encontraros a vosotros.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunta Kenji.

—Ir a robar un coche. Después volveré a por vosotros. —James ni siquiera protesta cuando Adam lo deja en el suelo. Tiene los labios blancos. Los ojos, como platos. Le tiemblan las manos—. Volveré a por ti, James —repite Adam—. Te lo prometo.

James asiente una y otra y otra vez. Adam le da un beso en la

cabeza, un solo beso intenso, fugaz. Deposita nuestras mochilas en el suelo. Se gira hacia Kenji.

—Como dejes que le pase algo, te mataré.

Kenji no se ríe. No pone mala cara. Respira hondo.

—Cuidaré de él.

—¿Vamos, Juliette?

Me agarra la mano y desaparecemos por las calles.

TREINTA Y OCHO

Las calles están atestadas de peatones que intentan escapar. Adam y yo escondemos las pistolas en la cintura del pantalón, pero por lo visto nos delatan nuestros ojos y nuestros movimientos erráticos. Todos se alejan de nosotros, salen disparados en dirección contraria; algunos chillan, gritan, lloran, dejan caer lo que llevan en las manos. A pesar de la muchedumbre congregada, no veo ni un solo coche. Deben de ser difíciles de conseguir, sobre todo por esta zona.

Adam me lanza al suelo justo en el momento en que una bala pasa rozando mi cabeza. Derriba otra puerta y corremos entre las ruinas hacia otra salida, atrapados en el laberinto de lo que antes era una tienda de ropa. Los tiros y los pasos nos van a la zaga. Debe de haber por lo menos un centenar de soldados persiguiéndonos por las calles, organizados en diferentes grupos, diseminados por varias zonas de la ciudad, listos para capturar y matar.

Pero sé que no me van a matar.

El que me preocupa es Adam.

Intento mantenerme lo más cerca posible de su cuerpo porque estoy segura de que Warner ha dado órdenes de capturar me viva. Mis esfuerzos, sin embargo, son un poco inútiles. Adam es lo bastante alto y musculoso como para sentirme una enana a su lado. Cualquiera con buena puntería sería capaz de darle. Podrían dispararle en la cabeza.

Justo delante de mí.

Se gira para disparar un par de veces. Una bala se queda corta. La otra provoca un grito ahogado. Seguimos corriendo.

Adam guarda silencio. No me dice que sea valiente. No me pregunta si estoy bien, si tengo miedo. No me da ánimos ni me asegura que todo irá bien. No me dice que lo deje atrás y me salve yo. No me dice que cuide de su hermano si él muere.

No hace falta.

Los dos comprendemos la realidad de nuestra situación. A Adam podrían dispararle ahora mismo. A mí podrían capturarme en cualquier momento. El edificio podría estallar por los aires de repente. Alguien podría haber descubierto a Kenji y a James. Quizá hoy muramos todos. Los hechos son evidentes.

Pero sabemos que, aun así, debemos correr el riesgo.

Porque avanzar es la única manera de sobrevivir.

La pistola cada vez es más escurridiza, pero me aferro a ella de todos modos. Mis piernas gritan de dolor, pero las obligo a ir más deprisa de todos modos. Mis pulmones están serrando mi caja torácica por la mitad, pero me fuerzo a aspirar oxígeno de todos modos. Tengo que seguir moviéndome. No hay tiempo para deficiencias humanas.

La salida de emergencia de este edificio es casi imposible de encontrar. Nuestros pies golpean las baldosas del suelo, nuestras manos buscan alguna clase de salida entre la tenue luz, alguna clase de acceso a la calle. Este edificio es mayor de lo que esperábamos, es enorme, con cientos de posibles direcciones. Supongo que debía de ser un almacén y no una mera tienda. Adam se agacha detrás de un mostrador abandonado y tira de mí hacia abajo.

—No seas tonto, Kent... ¡Al final tendrás que dejar de correr! — grita alguien. La voz no está a más de 3 metros de nosotros.

Adam traga saliva. Aprieta la mandíbula. Los que intentan matarlo son los mismos que comían con él. Que entrenaban con él. Que vivían con él. Los conoce bien. Me pregunto si eso lo empeora todo.

—Entréganos a la chica —añade otra voz—. Entréganos a la chica y no te dispararemos. Haremos ver que te hemos perdido la pista. Te dejaremos escapar. Warner solo quiere a la chica.

Adam respira con dificultad. Aferra la pistola que lleva en la mano. Asoma la cabeza durante una fracción de segundo y dispara. Alguien cae al suelo con un grito.

—KENT, HIJO DE...

Adam aprovecha para echar a correr. Saltamos de detrás del

escritorio y salimos disparados hacia unas escaleras. Los tiros no nos alcanzan por cuestión de milímetros. Me pregunto si esos dos hombres son los únicos que nos han seguido hasta aquí.

La escalera de caracol serpentea hacia un nivel inferior, una especie de sótano. Alguien intenta apuntar hacia Adam, pero nuestros rápidos movimientos lo convierten en una tarea imposible. Las probabilidades de que me hieran son demasiado altas. Adam profiere una sucesión de palabrotas mientras corre.

Lo derriba todo a su paso, intentando provocar algún tipo de distracción, algún obstáculo que ralentice a los soldados que nos persiguen. Veo un par de contrapuertas especiales para tormentas y deduzco que esta zona debe de haber sido devastada por los tornados. El clima es turbulento, los desastres naturales son frecuentes. Los ciclones deben de haber destrozado la ciudad.

—Adam... —Tiro de su brazo. Nos escondemos detrás de una pared baja. Señalo hacia nuestra única vía de escape posible.

Me aprieta la mano.

—Bien visto. —Pero no nos movemos hasta que el aire cambia a nuestro alrededor. Un paso en falso. Un grito ahogado. Aquí abajo la negrura es casi cegadora; es evidente que hace mucho tiempo que desconectaron la electricidad. El soldado ha tropezado con uno de los obstáculos que Adam ha dejado tras de sí.

Adam sostiene la pistola cerca de su pecho. Respira hondo. Se gira y dispara un tiro rápido.

Su puntería es excelente.

Una explosión descontrolada de palabrotas lo confirma. Adam respira con dificultad.

—Solo disparo para detenerlos —dice—. No para matarlos.

—Ya lo sé —le digo. Aunque no estaba segura.

Corremos hacia las puertas y Adam se esfuerza en abrir el cerrojo. Está muy oxidado. Empezamos a desesperarnos. No sé cuánto tiempo pasará hasta que otro grupo de soldados nos descubra. Estoy a punto de sugerirle que lo abramos con un balazo cuando por fin lo consigue.

Adam asesta una patada a las puertas y nos encontramos en la

calle. Hay 3 coches entre los cuales elegir.

Estoy tan feliz que podría echarme a llorar.

—Ya era hora —dice.

Pero no es Adam el que habla.

TREINTA Y NUEVE

Hay sangre por todas partes.

Adam está en el suelo, agarrándose el cuerpo, pero no sé dónde le han disparado. Los soldados se arremolinan a su alrededor y yo arañeo los brazos que me retienen, doy patadas en el aire, grito al vacío. Alguien me arrastra y me aleja, y no veo qué le han hecho a Adam. El dolor se apodera de mis extremidades, me paraliza las articulaciones, me rompe todos los huesos del cuerpo. Quiero chillarle al cielo, caer de rodillas y llorar a la tierra. No entiendo por qué la agonía no encuentra una salida a través de mis gritos. No entiendo por qué alguien me tapa la boca con una mano.

—Si te suelto, prométeme que no gritarás —me dice.

Me toca la cara con las manos desnudas y no sé dónde he soltado la pistola.

Warner me arrastra hacia un edificio aún en funcionamiento y abre la puerta de una patada. Enciende un interruptor. Los fluorescentes titilan con un sordo zumbido. Hay cuadros en las paredes, arcoíris con letras grapados en murales de corcho. Mesitas desperdigadas por la habitación. Estamos en una aula.

Me pregunto si es el colegio al que va James.

Warner baja la mano. Sus ojos verdes y vidriosos están tan contentos que me quedo de piedra.

—Dios, te he echado de menos —me dice—. No habrás creído que te dejaría escapar tan fácilmente, ¿verdad?

—Has disparado a Adam. —Son las únicas palabras que se me ocurre pronunciar. La incredulidad nubla mi mente. No dejo de ver su hermoso cuerpo desplomado en el suelo, rojo rojo rojo. Necesito saber si está vivo. Tiene que estar vivo.

—Kent está muerto. —Los ojos de Warner resplandecen.

—No...

Warner me acorrala en un rincón y me doy cuenta de que jamás me he sentido tan indefensa. Tan vulnerable. Llevo 17 años deseando que desapareciera mi maldición, pero en este momento estoy más desesperada que nunca por recuperarla. Para mi sorpresa, los ojos de Warner se enternecen. Sus constantes cambios emocionales son difíciles de predecir. Difíciles de parar.

—Juliette —dice. Me toca la mano tan suavemente que me asusta—. ¿Te diste cuenta? Al parecer, soy inmune a tu don. —Estudia mis ojos—. ¿No es increíble? ¿Te diste cuenta? —vuelve a preguntar—. Cuando intentabas huir. ¿Lo notaste...?

Warner, al que no se le escapa nada. Warner, que absorbe todos los detalles.

Cómo no iba a fijarse.

Pero me sorprende la ternura de su voz. La sinceridad con la que me interroga. Es un perro salvaje, loco y fiero, sediento y ansioso por sembrar el caos, pero que al mismo tiempo anhela el reconocimiento y la aceptación.

El amor.

—Estaremos juntos de verdad —me dice, sin inmutarse por mi silencio. Me acerca a él, demasiado. Estoy paralizada debajo de quinientas capas de miedo. Aturdida por la pena, por la incredulidad.

Sus manos buscan mi cara; sus labios, los míos. Mi cerebro arde, dispuesto a explotar ante la imposibilidad de este momento. Siento que observo lo que ocurre como si estuviera separada de mi propio cuerpo, incapaz de intervenir. Más que nada, me asombran sus manos suaves, sus ojos sinceros.

—Quiero que me elijas a mí —añade—. Quiero que elijas estar conmigo. Quiero que lo quieras...

—Estás loco —jadeo—. Chiflado...

—Solo tienes miedo de lo que eres capaz. —Su voz es suave. Calmada. Lenta. Engañosamente persuasiva. Nunca me había fijado en lo atractiva que puede llegar a ser su voz—. Admítelo —dice—. Estamos hechos el uno para el otro. Tú quieres poder. Te encanta la sensación de tener una arma en la mano. Te sientes... atraída por mí.

Intento agitar el puño, pero me agarra las manos. Las sujeta a mis costados. Me aprieta contra la pared. Es mucho más fuerte de lo que parece.

—No te engañes, Juliette. Vas a regresar conmigo tanto si te gusta como si no. Pero puedes elegir. Elegir disfrutar de la vuelta...

—Jamás —exhalo, destrozada—. Estás enfermo... Eres un monstruo enfermo y perverso...

—Esa no es la respuesta correcta —contesta, y parece realmente decepcionado.

—Es la única respuesta que te voy a dar.

Sus labios se me acercan demasiado.

—Pero yo te quiero.

—No, no me quieres.

Warner cierra los ojos. Apoya la frente en la mía.

—No tienes ni idea del efecto que produces en mí.

—Te odio.

Niega muy lentamente con la cabeza. La agacha. Su nariz me roza la nuca y reprimo un escalofrío de terror que él malinterpreta. Sus labios me tocan la piel y gimo en voz alta.

—Dios, me encantaría darte un bocado.

Me fijo en el brillo plateado del bolsillo interior de su chaqueta.

Siento una punzada de esperanza. Una punzada de terror. Me armo de valor para lo que tengo que hacer. Dedico unos instantes a lamentarme por mi pérdida de dignidad.

Y me relajo.

Él nota cómo la tensión se esfuma de mis extremidades y reacciona. Sonríe, afloja el abrazo con que inmoviliza mis hombros. Pasa los brazos alrededor de mi cintura. Me trago las náuseas que amenazan con delatarme.

Su chaqueta militar tiene un millón de botones y me pregunto cuántos voy a tener que desabrochar antes de acceder a la pistola. Sus manos exploran mi cuerpo, se deslizan por mi espalda palpando mi silueta y no puedo hacer otra cosa para evitar cometer una imprudencia. No soy tan fuerte como para derribarlo y no tengo ni idea de por qué puede tocarme. No tengo ni idea de por qué ayer

pude atravesar el hormigón. No tengo ni idea de dónde procedió esa energía.

Hoy él me aventaja en todo y no debo delatarme.

Aún no.

Pongo las manos en su pecho. Me aprieta contra su cuerpo. Me levanta la barbilla para que lo mire a los ojos.

—Seré bueno contigo —susurra—. Seré muy bueno contigo, Juliette. Te lo prometo.

Espero que no perciba que estoy temblando.

Y me besa. Con deseo. Con desesperación. Con ansias por abrirme a la fuerza y saborearme. Estoy tan sorprendida, tan horrorizada y tan envuelta en la locura que me olvido de mí misma. Me quedo paralizada, asqueada. Mis manos bajan por su pecho. En lo único en lo que pienso es en Adam y en la sangre y en Adam y en el ruido de los disparos y en Adam tendido en un charco de sangre, y casi aparto a Warner de mí. Pero eso no lo va a disuadir.

Es él quien se separa. Me susurra algo al oído que me suena a un sinsentido. Me rodea la cara con las manos y en este momento me acuerdo de fingir. Lo acerco más a mí, agarro su chaqueta con la mano y lo beso lo más fuerte que puedo mientras mis dedos intentan desabrochar el primero de los botones. Warner me aferra las caderas y deja que sus manos conquisten mi cuerpo. Sabe a menta, huele a gardenias. Me rodea con fuerza con los brazos, tiene los labios suaves, casi dulces contra mi piel. Entre los dos se produce una descarga eléctrica que no había previsto.

La cabeza me da vueltas.

Tiene los labios en mi cuello, me prueba, me devora, y me obligo a pensar con claridad. Me obligo a comprender la perversión de esta situación. No sé cómo conciliar mi confusión mental, mi vacilante repulsión, mi reacción química inexplicable ante sus besos. Debo ponerle fin a esto. Ahora mismo.

Tiro de sus botones.

Aunque no necesita que le dé ánimos.

Warner me levanta por la cintura, me empuja contra la pared, me rodea la espalda con las manos y me obliga a rodearle el cuerpo con

las piernas. No se da cuenta de que me ha dado el ángulo perfecto para llegar hasta su abrigo.

Sus labios se clavan en los míos, desliza las manos debajo de mi ropa y respira con dificultad mientras me aprieta contra él, y casi le desgarró la chaqueta por la desesperación. No puedo permitir que esto se prolongue. No sé hasta dónde quiere llegar Warner, pero no puedo seguir alentando su locura.

Necesito que se incline un par de centímetros más...

Mis manos rodean la pistola.

Noto cómo se queda paralizado. Retrocede. Veo cómo su expresión pasa por etapas de confusión/pavor/angustia/terror/rabia. Me tira al suelo y, en ese momento, aprieto el gatillo por primera vez en mi vida.

El poder y la fuerza del arma son apabullantes, el ruido es mucho más potente de lo que imaginaba. El eco vibra en mis oídos y en cada latido de mi cuerpo.

Es una especie de música agradable.

Una especie de victoria diminuta.

Porque esta vez la sangre derramada no es la de Adam.

CUARENTA

Warner se ha desplomado.

Me levanto y echo a correr con su pistola.

Necesito encontrar a Adam. Necesito robar un coche. Necesito encontrar a James y a Kenji. Necesito aprender a conducir. Necesito llevarnos hasta un sitio seguro. Necesito hacerlo todo exactamente en este orden.

Adam no puede estar muerto.

Adam no está muerto.

Adam no va a morir.

Mis pies golpean el pavimento a un ritmo constante, mi camiseta y mi cara están salpicadas de sangre, mis manos siguen temblando ligeramente en plena puesta de sol. Una fuerte brisa se alza a mi alrededor y me saca de la delirante realidad en la que estoy nadando. Respiro con dificultad, miro al cielo con los ojos entrecerrados y me doy cuenta de que no falta demasiado para que la luz se vaya del todo. Por lo menos han evacuado las calles hace ya un buen rato. Pero no tengo la más remota idea de dónde andarán los hombres de Warner.

Me pregunto si Warner también lleva el suero de rastreo. Me pregunto si se enterarían de que hubiera muerto.

Doblo por esquinas sombrías, intento leer las calles en busca de pistas, intento recordar dónde cayó al suelo Adam, pero mi memoria es demasiado débil, está demasiado distraída, mi cerebro está demasiado dañado como para procesar esa clase de detalles. En mi mente, ese terrible instante es un pozo de locura. No logro encontrarle el sentido y ahora mismo Adam podría estar en cualquier lado. Podrían haberle hecho cualquier cosa.

Ni siquiera sé lo que estoy buscando.

Puede que esté perdiendo el tiempo.

De repente oigo movimientos y me precipito hacia una calle lateral, el arma se escurre entre mis dedos. Ahora que ya he disparado una pistola, me siento más segura con ella en la mano, más consciente de lo que podría hacer, de cómo funciona. Pero no sé si debería estar contenta u horrorizada por sentirme tan cómoda tan rápidamente con algo tan mortífero.

Pasos.

Me aprieto contra la pared, mis manos y piernas pegadas a la rugosa superficie. Espero zambullirme entre las sombras. Me pregunto si alguien habrá encontrado ya a Warner.

Veo que un soldado pasa justo delante de mí. Lleva rifles colgados del pecho y un tipo de arma automática más pequeña en las manos. Echo un vistazo a mi propia pistola y me doy cuenta de que no tengo ni idea de cuántas clases diferentes hay. Solo sé que unas son más grandes que otras. Algunas hay que recargarlas constantemente. Otras, como la que llevo, no. A lo mejor Adam pueda explicarme las diferencias.

Adam.

Aguanto la respiración y avanzo lo más sigilosamente posible por las calles. Veo una sombra particularmente oscura en un tramo de la acera de enfrente y procuro esquivarla. Pero a medida que me aproximo me fijo en que no es una sombra. Es una mancha.

La sangre de Adam.

Aprieto la mandíbula con fuerza hasta que el dolor ahuyenta mis gritos. Respiro corta, breve, muy rápidamente. Necesito concentrarme. Necesito echar mano de esta información. Necesito prestar atención...

Necesito seguir el rastro de la sangre.

Quienquiera que se llevara a Adam a rastras no ha vuelto a limpiar el estropicio. Hay un goteo rojizo constante que se aparta de las calles principales y que se dirige a las calles laterales, poco iluminadas. La luz es tan tenue que debo agacharme para buscar las manchas del suelo. Voy perdiendo de vista hacia dónde llevan. Por aquí no hay tantas. Creo que han desaparecido por completo. No sé si las manchas oscuras que encuentro son de sangre o son restos de

neumáticos pegados al suelo o gotas de vida de la carne de otra persona. El rastro de Adam se ha esfumado.

Retrocedo varios pasos y desando lo que he caminado.

Tengo que hacerlo 3 veces antes de darme cuenta de que deben de haberlo llevado a algún edificio. Hay una estructura vieja de acero con una puerta oxidada todavía más vieja que parece que no se hubiera abierto nunca. Parece que no la hubieran usado hace años. No veo otra alternativa.

Muevo el pomo. La puerta está cerrada.

Empleo todo mi peso para abrirla con un golpe tras otro, pero solo consigo magullarme el cuerpo. Podría cargarme el cerrojo de un disparo como le he visto hacer a Adam, pero no confío del todo en mi puntería ni en mi habilidad con el arma, y no estoy segura de que pueda permitirme hacer tanto ruido. No me conviene hacerme notar.

Tiene que haber alguna otra entrada al edificio.

No hay otra entrada al edificio.

La frustración va en aumento. La desesperación es agobiante. La histeria amenaza con destrozarme y necesito chillar hasta que me estallen los pulmones. Adam está dentro de este edificio. Tiene que estar dentro de este edificio.

Estoy delante del edificio, pero no puedo entrar.

No puede estar pasándome esto.

Aprieto los puños, intento aplacar la exasperante futilidad que me rodea con los brazos, pero estoy enloquecida. Ida. Loca. La adrenalina se me escapa, la concentración se me escapa, el sol se pone en el horizonte y me acuerdo de James y de Kenji y de Adam Adam Adam y de las manos de Warner sobre mi cuerpo y de sus labios sobre mi boca y de su lengua saboreando mi cuello y de toda la sangre

por todos lados

por todos lados

y cometo una estupidez.

Le doy un puñetazo a la puerta.

De inmediato, mi mente conecta con mis músculos y me preparo para el impacto del acero sobre la piel, me preparo para sentir el

dolor por haberme destrozado todos los huesos del brazo derecho. Pero mi puño hunde 30 centímetros de acero como si fuera de mantequilla. Estoy atónita. Aprovecho la misma energía volátil y le doy una patada a la puerta. Con las manos hago añicos el acero, me abro paso arañando el metal como si fuera un animal en libertad.

Es increíble. Estimulante. Totalmente salvaje.

Debió de ser así como me cargué el hormigón de la cámara de tortura de Warner. Sigo sin tener la menor idea de cómo me cargué el hormigón de la cámara de tortura de Warner.

Trepo por el agujero que he abierto y me deslizo entre las sombras. No es difícil. El edificio está completamente inmerso en la oscuridad. No hay luces ni ruidos de máquinas ni de electricidad. No es más que otro almacén abandonado.

Examino el suelo, pero no hay rastro de sangre. Mi corazón se eleva y se desploma al mismo tiempo. Necesito que esté bien. Necesito que esté vivo. Adam no está muerto. No puede estar muerto.

Adam le prometió a James que volvería a buscarlo.

Él nunca rompería esa promesa.

Al principio me desplazo lentamente, con cuidado, preocupada por si hay soldados, pero no tardo en darme cuenta de que en el edificio no hay ningún ruido de vida. Decido correr.

Me guardo la cautela en el bolsillo y espero poder utilizarla si la necesito. Atravieso puertas deprisa, doy vueltas y más vueltas, me empapo de cada detalle. Este edificio no era un simple almacén. Era una fábrica.

Las paredes están repletas de máquinas viejas, las cintas transportadoras están paralizadas, miles de cajas de inventario se apilan en montones precarios. Oigo una breve respiración, una tos ahogada.

Salgo pitando a través de unas puertas batientes para buscar el origen de aquel débil ruido, esforzándome en absorber los detalles más nimios. Aguzo el oído y vuelvo a oírlo.

Una respiración intensa y dificultosa.

Cuanto más me acerco, con mayor claridad la oigo. Tiene que ser

él. Mi pistola está levantada y dispuesta a disparar, mis ojos desprenden prudencia para anticiparse a los atacantes. Mis piernas se mueven con rapidez, con facilidad, en silencio. Estoy a punto de disparar a una sombra que las cajas han creado en el suelo. Respiro hondo para tranquilizarme. Doblo otra esquina.

Y casi me da algo.

Adam está colgado de las muñecas, sin camiseta, ensangrentado y lleno de moratones. Tiene la cabeza inclinada, el cuello flácido, la pierna izquierda cubierta de sangre a pesar del torniquete que le rodea el muslo. No sé cuánto lleva aguantando el peso de todo su cuerpo por las muñecas. Me sorprende que no se haya dislocado los hombros. Supongo que no quiere rendirse.

La cuerda que le aferra las muñecas está atada a una especie de barra metálica del techo. Miro más de cerca y veo que la barra forma parte de una cinta transportadora. Que Adam está en una cinta transportadora.

Este edificio no es una simple fábrica.

Es un matadero.

Ahora mismo estoy demasiado afectada como para permitirme el lujo de ponerme histérica.

Necesito encontrar una forma de bajarlo, pero me da miedo acercarme. Barro la estancia con la mirada, convencida de que por aquí cerca debe de haber guardias, soldados preparados para este tipo de emboscadas. Pero entonces se me ocurre que quizá nunca me consideraron una amenaza real. No si Warner conseguía llevarme a rastras.

Nadie esperaría encontrarme aquí.

Me subo a la cinta transportadora y Adam intenta levantar la cabeza. Procuro no mirar sus heridas de cerca para no dejar que la imaginación me paralice. Aquí no. Ahora no.

—¿Adam...?

Su cabeza se alza con un repentino estallido de energía. Sus ojos se clavan en los míos. Tiene el rostro casi ileso, solo veo algunos cortes y moratones de poca importancia. Centrarme en lo que me resulta familiar me proporciona cierta calma.

—¿Juliette...?

—Tengo que liberarte...

—Dios, Juliette... ¿Cómo me has encontrado? —Tose. Jadea. Respira con dificultad.

—Después. —Consigo tocarle el rostro—. Después te lo contaré todo. Primero tengo que encontrar un cuchillo.

—Mis pantalones...

—¿Qué?

—En... —Traga saliva—. En mis pantalones...

Alargo la mano hacia su bolsillo y Adam menea la cabeza. Miro hacia arriba.

—¿Dónde...?

—Dentro de mis pantalones hay un bolsillo...

Casi le desgarró la ropa. Tiene un bolsillito cosido en el forro de los pantalones cargo. Meto la mano y extraigo una navaja. Una navaja mariposa. Ya he visto antes de esas.

Son ilegales.

Empiezo a apilar cajas en la cinta transportadora. Me subo sobre ellas y rezo a Dios para saber qué estoy haciendo. La navaja está afiladísima y corta las ataduras en un santiamén. Me doy cuenta un poco tarde de que la cuerda con la que lo han atado es la misma que utilizamos para escapar.

Adam está libre. Vuelvo a bajar, cierro la navaja y me la meto en el bolsillo. No sé cómo voy a sacar a Adam de aquí. Tiene las muñecas en carne viva, sangrando, el cuerpo golpeado y convertido en un solo amasijo de dolor, la pierna llena de sangre por un balazo.

Casi se cae al suelo.

Intento sujetarlo lo más suavemente posible, intento mantenerme cerca de él al máximo sin hacerle daño. No se queja del dolor, intenta ocultar desesperadamente que le cuesta respirar. Hace muecas de profundo sufrimiento, pero no deja escapar ni un solo susurro quejumbroso.

—No puedo creer que me hayas encontrado —me dice.

Y sé que no debería. Sé que no es el momento. Sé que no es práctico. Pero de todas formas lo beso.

—No te vas a morir —le aseguro—. Vamos a salir de aquí. Vamos a buscar un coche. Vamos a encontrar a James y a Kenji. Y nos pondremos a salvo.

Me mira fijamente.

—Bésame otra vez —me pide.

Y le hago caso.

Tardamos una eternidad en regresar hasta la puerta. Adam estaba sepultado en la zona más profunda del edificio, y encontrar el camino de vuelta es todavía más difícil de lo que imaginaba. Adam lo da todo, se esfuerza por moverse lo más rápido posible, pero aun así no basta.

—Me dijeron que Warner quería matarme con sus propias manos —me explica—. Que me disparó en la pierna a propósito, para dejarme fuera de juego. Así tendría tiempo de ir a por ti y volver más tarde a por mí. Por lo visto, pretendía torturarme hasta matarme. —Hace un gesto de dolor—. Dijo que quería disfrutarlo. Que no quería apresurarse ni matarme demasiado pronto. —Suelta una fuerte carcajada. Una breve tos.

~~Sus manos sobre mi cuerpo sus manos sobre mi cuerpo sus manos sobre mi cuerpo~~

—¿Se limitaron a atarte y te abandonaron aquí?

—Dijeron que nadie me encontraría. Dijeron que todo el edificio es de hormigón y de acero reforzado, y que nadie podría entrar. En teoría, Warner debía volver a por mí cuando estuviera listo. —Se detiene. Me mira—. Dios, estoy muy contento de que estés bien.

Le dedico una sonrisa. Intento evitar que mis órganos se descompongan. Espero que no se me vean los agujeros de la cabeza.

Se detiene cuando llegamos a la puerta. El metal está destrozado. Es como si una bestia la hubiera atacado y la puerta hubiera perdido la batalla.

—¿Cómo has...?

—No lo sé —admito. Intento encogerme de hombros, parecer indiferente—. Solo le he dado un puñetazo.

—Solo le has dado un puñetazo.

—Y alguna que otra patada.

Adam sonríe y me apetece romper a llorar en sus brazos. Tengo que concentrarme en su rostro. No puedo dejar que mis ojos digieran la parodia en que han convertido su cuerpo.

—Vamos —le digo—. Hagamos algo ilegal.

Dejo a Adam en las sombras y corro hacia el borde de la carretera principal buscando vehículos abandonados. Recorro 3 calles laterales hasta que encuentro uno.

— C mo est s? —le pregunto al volver junto a él, temerosa de oír la respuesta.

Aprieta los labios. Hace un gesto que parece un asentimiento.

—Bien.

No es buena señal.

—Espera aquí.

La oscuridad es total, no hay ni una sola farola a la vista. Buena noticia. Y mala también. Me da una ventaja extra, pero me vuelve más vulnerable ante un ataque. Tengo que ir con cuidado. Me dirijo de puntillas hacia el coche.

Estoy preparada para hacer a nicos el cristal, pero antes compruebo la manecilla. Por si acaso.

La puerta est  abierta.

Las llaves de contacto están puestas.

En el asiento trasero hay una bolsa con comida.

Alguien debió de entrar en pánico cuando comenzó a sonar la alarma y oyó el inesperado toque de queda. Alguien debió de dejarlo todo para correr en busca de cobijo. Increíble. Si supiera conducir, la situación sería ya perfecta.

Vuelvo corriendo a por Adam y lo ayudo a sentarse en el asiento del copiloto. En cuanto se sienta, reparo en el dolor que debe de estar aquej ndolo. Dobla el cuerpo hacia adelante. Se presiona las costillas. Tensa los músculos.

—Estoy bien —me dice, me miente—. No puedo estar mucho rato de pie.

Extiendo la mano hacia atrás y hurgo entre las bolsas de comida. Son alimentos de verdad. No son extraños cubitos de caldo para el automat, sino frutas y verduras. Ni siquiera Warner nos daba

plátanos.

Le doy uno a Adam.

—Cómetelo.

—No creo que pueda comer... —Se detiene. Se queda mirando la fruta que le he puesto en la mano—. ¿Es lo que creo que es?

—Creo que sí.

No tenemos tiempo para procesar que es casi imposible. Le quito la piel. Lo animo a darle un mordisquito. Espero que sea buena idea. He oído que los plátanos tienen potasio. Espero que le siente bien.

Intento concentrarme en la máquina que hay bajo mis pies.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos hasta que Warner nos encuentre? —pregunta Adam.

Tomo pequeñas bocanadas de oxígeno.

—No lo sé.

Una pausa.

—¿Cómo te has escapado de él...?

Miro fijamente por el parabrisas y le respondo.

—Le he disparado.

—Venga ya. —Sorpresa. Pasma. Asombro.

Le muestro la pistola de Warner. Tiene un grabado especial en la empuñadura.

—Entonces, está... ¿muerto? —Adam está estupefacto.

—No lo sé —admito al fin, avergonzada. Bajo la mirada, examino las ranuras del volante—. No estoy segura. —He tardado demasiado tiempo en apretar el gatillo. Era más duro de lo que imaginaba. Sujetar el arma con las manos era más difícil de lo que pensaba. Warner me ha empujado al suelo cuando la bala ya volaba hacia él. Yo le apuntaba al corazón.

Por Dios, espero no haber fallado.

Los dos guardamos silencio.

—¿Adam?

—Dime.

—No sé conducir.

CUARENTA Y UNO

—Tienes suerte de que sea automático. —Intenta reírse.

—¿Automático?

—No hay que cambiar de marcha.

—¿A qué te refieres?

—Que así es más fácil de conducir.

Me muerdo el labio.

—¿Recuerdas dónde dejamos a James y a Kenji? —No quiero ni plantearme la posibilidad de que se hayan movido. De que los hayan descubierto. De que haya ocurrido algo. No puedo ni pensarlo.

—Sí. —Sé que está pensando lo mismo que yo.

—¿Cómo llego hasta allí?

Adam me explica que el pedal derecho es para acelerar. El izquierdo es para frenar. Tengo que activar el modo «C», de *conducir*. Uso el volante para girar. Hay espejitos que me ayudan a ver detrás de mí. No puedo encender los faros y me tocará confiar en que la Luna me ilumine el camino.

Enciendo el motor, aprieto el freno, activo el modo «C». La voz de Adam es el único sistema de navegación que necesito. Suelto el freno. Acelero. Casi choco con un muro.

Así es como al final llegamos al edificio abandonado.

Acelero. Freno. Acelero. Freno. Acelero demasiado. Freno demasiado. Adam no se queja y casi es peor. No quiero ni imaginar lo que mi forma de conducir les está haciendo a sus heridas. Me alegro de que por lo menos no estemos muertos, todavía no.

No sé por qué nadie nos ha visto. Me pregunto si Warner estará muerto de verdad. Me pregunto si por todas partes reinará el caos. Me pregunto si esa es la razón por la cual no hay soldados en la ciudad. Todos han desaparecido.

Creo.

Me olvido de poner el coche en modo *aparcar* cuando llegamos al edificio en ruinas, que me resulta ligeramente familiar. Adam debe tender un brazo y hacerlo por mí. Lo ayudo a colocarse en el asiento trasero y me pregunta por qué.

—Porque le pediré a Kenji que conduzca, y no quiero que tu hermano te vea así. Está lo bastante oscuro como para que no se fije en tu estado. No creo que sea necesario que te vea herido.

Asiente tras unos instantes infinitos.

—Gracias.

Y echo a correr hacia el edificio destrozado. Abro la puerta. A duras penas consigo distinguir dos figuras en la oscuridad. Parpadeo y se vuelven nítidas. James está dormido con la cabeza en el regazo de Kenji. Las bolsas de tela están abiertas, hay latas de comida esparcidas por el suelo. Están bien.

Gracias a Dios que están bien.

Podría morirme del alivio.

Kenji levanta a James en brazos, aunque le cuesta un poco soportar el peso del chiquillo. Su rostro es tranquilo, serio, firme. No sonríe. No dice ninguna estupidez. Me mira como si ya lo supiera, como si ya hubiera comprendido por qué hemos tardado tanto en volver, como si solo hubiera un motivo que explicara por qué ahora mismo tengo unas pintas espantosas o por qué llevo la camiseta cubierta de sangre. Probablemente la cara también. Y las manos.

—¿Cómo está?

Y ahora mismo estoy a punto de perder la cabeza.

—Necesito que conduzcas tú.

Toma aire, tenso. Asiente varias veces.

—Mi pierna derecha sigue bien —me dice, pero creo que me daría igual si no lo estuviera. Tenemos que llegar a ese lugar seguro, y si conduzco yo no vamos a llegar a ninguna parte.

Kenji coloca a James, dormido, en el asiento del copiloto, y me alegro mucho de que ahora mismo no esté despierto.

Recojo las bolsas de tela y las deposito en los asientos traseros. Kenji se pone delante. Mira por el retrovisor.

—Me alegro de verte vivo, Kent.

Adam casi sonríe. Sacude la cabeza.

—Gracias por cuidar de James.

— Ya confías en mí?

Un breve suspiro.

—Quizá, sí.

—Con eso me conformo. —Sonríe. Arranca—. Pir monos de aquí de una santa vez.



Adam est  temblando.

Su cuerpo desnudo est  debilitándose por culpa del frío, de las horas de tortura, del esfuerzo por no perder el norte durante tanto tiempo. Hurgo en las bolsas de tela en busca de un abrigo, pero solo encuentro camisetas y jerséis. No s  cómo ponerle algo de eso sin hacerle daño.

Decido cortar la tela. Uso la navaja para rasgar por la mitad unos cuantos de sus jerséis y envuelvo su cuerpo como si de una manta se tratara. Levanto la vista.

—Kenji...  Este coche tiene calefacción?

—Est  encendida, pero es pésima. No funciona demasiado bien.

— Cu nto tardaremos en llegar?

—No mucho.

— Has visto si nos sigue alguien?

—No. —Hace una pausa—. Es raro. No entiendo por qué nadie se ha dado cuenta de que hay un coche a toda pastilla por la calle tras el toque de queda. Algo va mal.

—Ya lo s .

—Y no s  qué pasa, pero es obvio que mi suero de rastreo no funciona. O no les importo una mierda o es verdad que no funciona, y no s  por qué.

Un detalle minúsculo se ilumina en las afueras de mi conciencia. Decido examinarlo.

— No dijiste que habías dormido en un cobertizo? La noche que huiste, digo.

—Sí, ¿por?

—¿Dónde estaba...?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. En un terreno gigantesco. Era extraño. En esa zona crecían un montón de porquerías. Estuve a punto de comerme algo que creía que era fruta, pero entonces me di cuenta de que apestaba.

Me quedo sin habla.

—¿Un terreno vacío? ¿Desierto? ¿Totalmente abandonado?

—Sí.

—La zona nuclear —tercia Adam con un matiz de comprensión en la voz.

—¿Qué zona nuclear? —pregunta Kenji.

Se lo explico.

—Hostia puta. —Kenji aferra el volante—. O sea que ¿me podría haber muerto? ¿Y sobreviví?

Lo ignoro.

—Pero ¿cómo nos encontraron? ¿Cómo pudieron averiguar dónde vives...?

—No lo sé —suspira Adam. Cierra los ojos—. A lo mejor Kenji nos está mintiendo.

—Venga, tío, ¿qué cojones...?

—O a lo mejor —interrumpe Adam— sobornaron a Benny.

—No. —Jadeo.

—Es posible.

Guardamos silencio durante un buen rato. Intento mirar por la ventanilla, pero es casi inútil. El cielo nocturno es un contenedor de alquitrán que asfixia el mundo que nos rodea.

Me giro hacia Adam y veo que está con la cabeza inclinada hacia atrás, las manos apretadas, los labios casi blancos en la negrura. Le envuelvo el cuerpo más firmemente con los jerséis. Reprime un estremecimiento.

—Adam... —Le aparto un mechón de pelo de la frente. El cabello le ha crecido un poco y reparo en que nunca me he fijado. Lo ha llevado muy corto desde que entró en mi celda. Nunca había pensado que su pelo oscuro fuera tan suave. Como chocolate

fundido. Me pregunto cuándo habrá dejado de cortárselo.

Aprieta la mandíbula. Abre los labios a la fuerza. Me miente una y otra vez.

—Estoy bien.

—Kenji...

—Cinco minutos, te lo prometo. Estoy intentando darle vida a esta tartana...

Le toco las muñecas, recorro con los dedos su delicada piel. Las cicatrices ensangrentadas. Le beso la palma de la mano. Adam respira con dificultad.

—Te pondrás bien —le aseguro.

Sus ojos siguen cerrados. Intenta asentir.

—¿Por qué no me dijisteis que estabais juntos? —pregunta Kenji de repente. Su voz suena tranquila, neutra.

—¿Cómo? —Ahora no es momento de ponerse roja.

Kenji suspira. Veo un destello de sus ojos reflejados en el retrovisor. La hinchazón casi ha desaparecido. Su cara está cicatrizándose.

—Hay que estar ciego para no verlo. O sea, basta con ver cómo te mira, coño. Es como si en su vida hubiese visto a una tía. Como si pusieras comida delante de un hombre famélico y le dijeras que no se la puede comer.

Adam abre los ojos. Intento interpretar su mirada, pero no lo consigo.

—¿Por qué no me lo dijisteis? —repite Kenji.

—No tuve ocasión de preguntar —responde Adam. Su voz es poco más que un susurro. Su nivel de energía está disminuyendo demasiado rápido. No quiero que se vea obligado a hablar. Tiene que conservar las fuerzas.

—Un momento... ¿Me hablas a mí o le hablas a ella? —Kenji nos mira.

—Ya lo discutiremos más tarde... —empiezo a decir, pero Adam niega con la cabeza.

—Se lo dije a James sin preguntártelo. Lo di... por hecho. —Se detiene—. No debería haberlo hecho. Deberías poder elegir. Siempre

deberías poder elegir. Y estar conmigo es tu elección.

—Bueno, chavales, voy a fingir que ya no os oigo, ¿vale? —Kenji hace un gesto aleatorio con la mano—. Vosotros seguid a lo vuestro.

Pero estoy demasiado ocupada analizando los ojos de Adam, sus suaves labios. Su ceño fruncido.

Me inclino hacia su oído, bajo la voz. Susurro las palabras para que solo las oiga él.

—Te vas a poner mejor —le prometo—. Y cuando te pongas mejor, te voy a enseñar qué es lo que elijo. Voy a memorizar cada centímetro de tu cuerpo con los labios.

De pronto, respira de forma inestable e irregular. Traga saliva con dificultad.

Sus ojos me arden. Creo que tiene fiebre, y me pregunto si estaré empeorando su estado.

Me aparto de él, pero me detiene. Pone una mano en mi muslo.

—No te vayas —me dice—. Tus caricias son lo único que evita que pierda la cabeza.

CUARENTA Y DOS

—Ya hemos llegado, y es de noche. Así que, según mis cálculos, no debemos de haber cometido ninguna estupidez.

Kenji estaciona el vehículo. Volvemos a estar bajo tierra, en una especie de elaborado garaje. Un minuto atrás estábamos en la superficie, al siguiente desaparecemos por una zanja. Es un sitio casi imposible de localizar, menos aún de divisar en la oscuridad. Kenji nos decía la verdad acerca de este escondite.

Durante los últimos minutos he estado ocupada intentando mantener despierto a Adam. Su cuerpo está luchando contra el cansancio, la pérdida de sangre, el hambre, un millón de diferentes puntos de dolor. Siento una impotencia absoluta.

—Adam tiene que ir directamente a la zona médica —anuncia Kenji.

—¿Hay una zona médica? —Mi corazón se paraliza en plena primavera.

—Este sitio tiene de todo. —Kenji sonrío—. Te vas a quedar a cuadros. —Activa un interruptor del techo. Una luz tenue ilumina la vieja berlina. Kenji baja del coche—. Esperad aquí... Iré a buscar a alguien que venga con una camilla.

—¿Y James?

—Ah. —Kenji tuerce los labios—. Supongo que... seguirá dormido un rato más.

—¿A qué te refieres...?

Kenji carraspea. Una vez. Dos. Se alisa las arrugas de la camiseta.

—Yo..., mmm, puede que le haya dado algo para... aliviarle el dolor del viaje.

—¿Le has dado un somnífero a un niño de diez años? —Creo que voy a partirle la cara.

—¿Preferirías que estuviera despierto y viera todo lo que está

pasando?

—Adam te va a matar.

Kenji echa un rápido vistazo a los párpados cerrados de Adam.

—Bueno, creo que tengo suerte y esta noche no podrá matarme. — Vacila. Se agacha hacia el interior del coche y acaricia el pelo de James. Sonríe ligeramente—. Este niño es un angelito. Por la mañana estará como una rosa.

—No me lo puedo creer...

—Ey, ey. —Levanta las manos—. Confía en mí. No le va a pasar nada. No quería que se traumatizara más de lo necesario. —Se encoge de hombros—. Coño, quizá Adam me dé la razón y todo.

—Te voy a descuartizar. —La voz de Adam es un suave murmullo.

Kenji se ríe.

—No te alteres, tío, o voy a pensar que no lo dices en serio.

Kenji desaparece.

Miro a Adam, le doy ánimos para que se mantenga despierto. Le digo que ya casi está a salvo. Le pongo los labios sobre la frente. Examino cada sombra, cada contorno, cada corte y moratón de su cara. Sus músculos se relajan, sus rasgos pierden la tensión. Respira un poco mejor. Le beso el labio superior. Le beso el labio inferior. Le beso las mejillas. La nariz. La barbilla.

Después todo sucede muy rápido.

4 personas corren hacia el coche. 2 son mayores que yo, 2 son mayores que los demás. Un par de hombres. Un par de mujeres.

—¿Dónde está? —pregunta la mujer de mayor edad. Todos miran a su alrededor, ansiosos. Me pregunto si me ven observarlos.

Kenji abre la puerta de Adam. Ya no sonrío. De hecho, parece... diferente. Más fuerte. Más veloz. Incluso más alto. Está al mando. Es una autoridad. Esta gente lo conoce.

Colocan a Adam sobre la camilla e inmediatamente se ocupan de él. Todos hablan a la vez. Dicen algo sobre costillas rotas. Sobre pérdida de sangre. Sobre vías respiratorias y capacidad pulmonar y «¿qué le ha pasado en las muñecas?». Sobre su pulso y «¿cuánto hace que sangra?». El hombre y la mujer más jóvenes miran hacia mí.

Todos visten unos conjuntos muy extraños.

Unos trajes muy extraños. Blancos con rayas grises en el lateral. Me pregunto si serán uniformes médicos.

Se llevan a Adam.

—Un momento... —Salgo del coche—. ¡Un momento! Quiero ir con él...

—Ahora no. —Kenji me detiene. Me aplaca—. No puedes acompañarlo mientras se ocupan de él. Ahora no.

—¿A qué te refieres? ¿Qué le van a hacer? —El mundo se desenfoca y se enfoca, tonos grises parpadean en encuadres forzados, movimientos fragmentados. De pronto, nada tiene sentido. De pronto, todo me confunde. De pronto, mi cabeza es un pedazo de pavimento y me están matando a pisotones. No sé dónde estamos. No sé quién es Kenji. Kenji era amigo de Adam. Adam lo conoce. Adam. Mi Adam. Adam, de quien me han apartado y con quien no puedo ir y quiero ir con él pero no me dejan ir con él y no sé por qué...

—Lo van a ayudar. Juliette... Necesito que te concentres. No puedes desmoronarte ahora. Sé que ha sido un día de locos, pero necesito que mantengas la calma. —Su voz. Tan firme. Tan clara de pronto.

—¿Quién eres...? —Empiezo a entrar en pánico. Quiero agarrar a James y huir, pero no puedo. Le ha hecho algo a James y, aunque supiera cómo despertarlo, no puedo tocarlo. Quiero arrancarme las uñas—. ¿Quién eres...?

—Estás muerta de hambre. —Kenji suspira—. Estás agotada. Estás asimilando la sorpresa y un millón de emociones más a la vez. Sé razonable. No voy a hacerte daño. Ahora estás a salvo. Adam está a salvo. James está a salvo.

—Quiero estar con él... Quiero ver lo que le van a hacer...

—No puedo permitirte.

—¿Qué me harás a mí? ¿Por qué me has traído aquí? —Abro mucho los ojos y miro en todas direcciones. Doy vueltas, encallada en medio del océano de mi imaginación sin saber nadar—. ¿Qué quieres de mí?

Kenji baja la vista. Se frota la frente. Mete la mano en un bolsillo.
—Te juro que no quería tener que hacer esto.
Creo que grito.

CUARENTA Y TRES

Cuando me despierto, soy una vieja escalera que cruje.

Alguien me ha lavado. Mi piel es como el satén. Mis pestañas están suaves, mi pelo liso, sin enredos; brilla bajo la luz artificial, un río de chocolate que rompe contra la pálida orilla de mi piel, olas suaves que caen en cascada por mi clavícula. Me duelen las articulaciones; me queman los ojos por un cansancio insaciable. Mi cuerpo está desnudo debajo de una sábana gruesa. Nunca me he sentido tan impoluta.

Estoy demasiado cansada como para que me importe.

Mis ojos soñolientos barren de lado a lado el lugar en que me encuentro, pero no hay mucho que ver. Estoy tumbada en una cama. Hay 4 paredes. 1 puerta. Una mesita a mi lado. Un vaso de agua sobre la mesa. Luces fluorescentes que zumban sobre mí. Todo es blanco.

Todo lo que he conocido está cambiando.

Alargo la mano hacia el vaso de agua y la puerta se abre. Me cubro con la sábana lo máximo posible.

—¿Cómo estás?

Un hombre alto lleva gafas de plástico. Con montura negra. Un jersey sencillo. Pantalones planchados. Su pelo rubio como la arena cae sobre sus ojos.

Lleva una carpeta.

—¿Quién eres?

Agarra de un rincón una silla en la que yo no me había fijado. La empuja. Se sienta junto a mi cama.

—¿Estás mareada? ¿Desorientada?

—¿Dónde está Adam?

Sostiene el bolígrafo encima de una hoja de papel. Apunta algo.

—¿Tu apellido se escribe con dos erres? ¿O solo con una?

—¿Qué le habéis hecho a James? ¿Dónde está Kenji?

Se detiene. Levanta la vista. No debe de tener más de 30 años. Tiene la nariz torcida. Barba de unos días.

—¿Me dejas que al menos me asegure de que estás bien? Después responderé a todas tus preguntas. Te lo prometo. Pero permíteme seguir el protocolo básico.

Parpadeo.

Que cómo estoy. No lo sé.

Si he soñado. Creo que no.

Si sé dónde estoy. No.

Si creo que estoy a salvo. No lo sé.

Si recuerdo lo que pasó. Sí.

Que cuántos años tengo. 17.

Que de qué color son mis ojos. No lo sé.

—¿No lo sabes? —Suelta el bolígrafo. Se quita las gafas—. ¿Te acuerdas sin problemas de lo que pasó ayer y no sabes de qué color son tus ojos?

—Creo que son verdes. O azules. No estoy segura. ¿Qué más da?

—Quiero asegurarme de que te reconoces a ti misma. De que no has olvidado cómo eres.

—Es que nunca he sabido de qué color son mis ojos. En los últimos tres años solo me he mirado en el espejo una vez.

El desconocido me observa, con sus ojos entornados por la preocupación. Al final tengo que apartar la mirada.

—¿Cómo me habéis tocado? —le pregunto.

—¿Perdón?

—Mi cuerpo. Mi piel. Estoy muy... limpia.

—Ah. —Se muerde el pulgar. Anota algo en los papeles—. Ya. Bueno, cuando llegaste estabas cubierta de sangre y suciedad, y tenías algunos cortes y moratones de poca importancia. No queríamos arriesgarnos a que se te infectaran. Disculpa la intromisión..., pero no podemos permitir que nadie entre aquí con esa clase de bacterias. Tuvimos que hacer una limpieza superficial.

—No pasa nada... Lo entiendo. Pero ¿cómo lo habéis hecho? —añado.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo me habéis tocado? —Estoy segura de que lo sabe. ¿Cómo no iba a saberlo? Dios, espero que lo sepa.

—Ah... —Asiente, distraído por las palabras que garabatea en la carpeta. Le echa un vistazo a la página—. Con látex.

—¿Qué?

—Con látex. —Levanta la vista unos instantes. Percibe mi confusión—. Con guantes de látex.

—Vale. —Por supuesto. Guantes. Incluso Warner llevaba guantes hasta que lo descubrió.

~~Hasta que lo descubrió. Hasta que lo descubrió. Hasta que lo descubrió.~~

Reproduzco el momento una y otra y otra vez en mi mente. La fracción de segundo de más que tardé en saltar por la ventana. El momento de duda que lo cambió todo. El instante en que perdí el control por completo. Todo el poder. Todo sentido de dominación. No parará hasta que me encuentre, y es culpa mía.

Necesito saber si está muerto.

Tengo que obligarme a estar quieta. Tengo que obligarme a no temblar, estremecerme ni vomitar. Necesito cambiar de tema.

—¿Dónde está mi ropa? —Jugueteo con la sábana blanca y perfecta que oculta mis huesos.

—La han destruido por las mismas razones por las que tuvieron que desinfectarte. —Agarra las gafas. Se las pone—. Tenemos un traje especial para ti. Creo que te hará la vida mucho más fácil.

—¿Un traje especial? —Levanto la vista. Sorprendida, separo los labios.

—Sí. Dentro de un rato retomamos ese tema. —Se detiene. Sonríe. Tiene un hoyuelo en la barbilla—. No me atacarás como atacaste a Kenji, ¿verdad?

—¿Ataqué a Kenji? —me avergüenzo.

—Solo un poco. —Se encoge de hombros—. Por lo menos ahora sabemos que él no es inmune a ti.

—¿Lo toqué? —Me incorporo hasta sentarme en la cama y casi se me olvida taparme con la sábana. Estoy ardiendo de los pies a la

cabeza, me sonrojo mentalmente, me aferro a la sábana como si fuera un salvavidas—. Lo siento mucho...

—Estoy seguro de que agradecerá tus disculpas. —El rubito examina religiosamente sus apuntes, de pronto fascinado por su propia caligrafía—. Pero no pasa nada. Esperábamos presenciar tendencias destructivas. Has tenido una semana mala de cojones.

—¿Eres psicólogo?

—Más o menos. —Se aparta el pelo de la frente.

—¿Más o menos?

Se ríe. Se detiene. Juguetea con el bolígrafo entre los dedos.

—Sí. A todos los efectos, soy psicólogo. A veces.

—¿Y eso qué quiere decir...?

Separa los labios. Los cierra. Al parecer, está pensando si responder o no, pero en lugar de hacerlo me analiza. Me mira durante tanto rato que noto cómo se me calienta la cara. Empieza a garabatear algo frenéticamente.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —le pregunto.

—Recuperarte.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Has dormido casi catorce horas. Te dimos un sedante bastante potente. —Mira su reloj—. Parece que estás bien. —Duda—. De hecho, tienes muy buena cara. Es impresionante, la verdad.

En mi boca hay un puñado de palabras revueltas. En mi rostro, cierto rubor.

—¿Dónde está Adam?

El rubito respira hondo. Subraya algo en sus papeles. Sus labios se tuercen en una sonrisa.

—¿Dónde está?

—Recuperándose. —Por fin levanta la vista.

—¿Está bien?

—Está bien. —Asiente.

—¿Eso qué quiere decir? —Me quedo mirándolo.

Llaman a la puerta 2 veces.

El desconocido de las gafas no se mueve. Relee sus apuntes.

—Adelante —dice.

El que entra es Kenji, un poco indeciso al principio. Me observa con una mirada cautelosa. Nunca pensé que me alegraría tanto de verlo. Pero, aunque sea un alivio ver una cara conocida, en mi estómago se forma de inmediato un nudo de culpabilidad que lo retuerce. Me pregunto el daño que le debo de haber hecho. Kenji da un paso adelante.

La culpabilidad desaparece.

Lo examino más de cerca y veo que está ileso del todo. Tiene bien la pierna. Su rostro ha recuperado la normalidad. Ya no tiene los ojos hinchados y le han curado la frente, que ahora resulta suave e intacta. Tenía razón.

Es cierto que su cara es espectacular.

Mentón desafiante. Cejas perfectas. Ojos tan negros como su pelo. Esbelto. Fuerte. Un poco peligroso.

—Hola, guapetona.

—Siento haber estado a punto de matarte —se me escapa.

—Ah. —Se sobresalta. Se mete las manos en los bolsillos—. Bueno. Me alegro de que le hayamos puesto fin a lo nuestro. —Veo que lleva una camiseta harapienta. Vaqueros oscuros. Hace mucho tiempo que no veo a nadie con vaqueros. Últimamente lo único que he visto han sido uniformes del ejército, ropa sencilla de algodón y vestidos elegantes.

No puedo mirarlo a la cara.

—Me entró un ataque de pánico —intento explicarle. Abro y cierro los dedos.

—Lo supuse. —Arquea una ceja.

—Lo siento.

—Ya lo sé.

Asiento.

—Tienes mejor aspecto.

Esboza una sonrisa. Se estira. Se apoya en la pared, los brazos cruzados sobre el pecho, las piernas cruzadas a la altura de los tobillos.

—Debe de ser difícil para ti.

—¿Perdona?

—Mirarme. Darte cuenta de que no te mentí. Darte cuenta de que tomaste la decisión equivocada. —Se encoge de hombros—. Lo entiendo. No soy un hombre orgulloso, ¿sabes? Estaría dispuesto a perdonarte.

Lo miro boquiabierto, sin saber si echarme a reír o lanzarle algo a la cara.

—No me obligues a tocarte.

Menea la cabeza.

—Es increíble que alguien con tu físico me atraiga y me convenga tan poco. Kent es un cabronazo afortunado.

—Perdonad... —El psicólogo se levanta—. ¿Habéis terminado? —Mira a Kenji—. Creía que venías por algo.

Kenji se separa de la pared. Endereza la espalda.

—Claro. Sí. Castle quiere conocerla.

CUARENTA Y CUATRO

—¿Ahora? —El rubito está más confundido que yo—. Pero no he terminado de examinarla.

—Quiere conocerla. —Kenji se encoge de hombros.

—¿Quién es Castle? —pregunto.

El rubito y Kenji me miran. Kenji aparta la vista. El rubito, no.

—¿Kenji no te ha contado nada sobre este sitio? —Ladea la cabeza.

—No —titubeo, insegura, contemplando a Kenji, que no me mira—. No me ha dicho nada. Solo me dijo que conocía a alguien que disponía de un lugar seguro y que creía que ese alguien podría ayudarnos...

El rubito se queda atónito. Se ríe tan fuerte que resopla y todo. Se levanta. Se limpia las gafas con el borde de la camiseta.

—Qué cabrón eres —le dice a Kenji—. ¿Por qué no le contaste la verdad?

—No habría venido si le hubiera contado la verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—Ha estado a punto de matarme...

Mis ojos vuelan de uno al otro. Del pelo rubio al pelo negro y viceversa.

—¿Qué está pasando? —exijo saber—. Quiero ver a Adam. Quiero ver a James. Y quiero prendas de ropa...

—¿Estás desnuda? —De pronto, Kenji examina mis sábanas sin molestarse en ser sutil.

A pesar de mis esfuerzos, me ruborizo, nerviosa, frustrada.

—El rubito dice que han destruido mi ropa.

—¿El rubito? —El rubio se ha ofendido.

—No me has dicho cómo te llamas.

—Winston. Me llamo Winston. —Ya no me sonrío.

—¿No acabas de decir que tenías un traje para mí?

Frunce el ceño. Mira su reloj.

—Ahora no tenemos tiempo para eso. —Suspira—. Dale algo que pueda llevar de manera provisional, ¿quieres? —Se dirige a Kenji. A Kenji, que sigue mirándome.

—Quiero ver a Adam.

—Adam todavía no está preparado para verte. —El rubito Winston se guarda el bolígrafo en el bolsillo—. Te avisaremos cuando esté listo.

—¿Por qué iba a confiar en vosotros si ni siquiera me dejáis verlo? Si no me dejáis ver a James. No tengo ni lo más básico. Quiero salir de esta cama y necesito ponerme algo.

—Ve a buscarlo, Moto. —Winston se reajusta el reloj.

—No soy tu perro, Rubito —le espeta Kenji—. Y te dije que no me llamas Moto.

Winston se pellizca el puente de la nariz.

—No te preocupes. También le diré a Castle que la chica no está con él ahora mismo por tu culpa.

Kenji murmura alguna obscenidad en voz baja. Sale cabreado. Casi cierra de un portazo.

Nos quedamos varios segundos en un tenso silencio.

Respiro hondo.

—¿Qué significa «moto»?

—Nada. —Winston pone los ojos en blanco—. No es más que un apodo... Su apellido es Kishimoto. Le da rabia que se lo acortemos. Es un tema que le afecta mucho.

—Entonces, ¿por qué se lo acortas?

—Porque es difícil de cojones de pronunciar —resopla.

—¿Eso es una excusa?

—¿Qué? —Frunce el ceño.

—Tú te has enfadado cuando te he llamado Rubito en lugar de Winston. ¿Por qué no tiene derecho a enfadarse él si tú lo llamas Moto en lugar de Kenji?

Mascullla algo que se parece a «no es lo mismo».

Me tumbo en la cama. Apoyo la cabeza en la almohada.

—No seas hipócrita.

CUARENTA Y CINCO

Con esta ropa tan grande parezco un payaso. Llevo la camiseta de otra persona. Los pantalones del pijama de otra persona. Las zapatillas de otra persona. Kenji dice que también tuvieron que destruir la ropa de mi mochila, así que no sé de quién es la ropa que me envuelve el cuerpo. Estoy prácticamente nadando bajo la tela.

Intento hacer un nudo con la tela que sobra y Kenji me detiene.

—Te vas a cargar mi camiseta —se queja.

—¿Me has dado tu ropa? —Bajo las manos.

—¿Qué esperabas? No es que por aquí tengamos ropa de sobra precisamente. —Me lanza una mirada, como si tuviera que darle las gracias por dejármela.

Bueno. Supongo que más vale eso que ir desnuda.

—¿Quién dices que es Castle?

—El que está al mando de todo —me responde Kenji—. El jefe del movimiento.

—¿Del movimiento? —Abro los ojos como platos.

Winston suspira. Parece muy tenso. Me pregunto por qué.

—Si Kenji todavía no te ha contado nada, quizá deberías esperar a que te lo explicase Castle en persona. Ten paciencia. Te prometo que responderemos a todas tus preguntas.

—Pero ¿qué pasa con Adam? ¿Dónde está James...?

—Vaya. —Winston se pasa una mano por su blanda cabellera—. No te vas a rendir, ¿eh?

—Adam está bien, Juliette —interviene Kenji—. Necesita algo más de tiempo para recuperarse. Tienes que empezar a confiar en nosotros. Aquí nadie te va a hacer daño a ti, y tampoco vamos a hacerles daño a Adam ni a James. Los dos están bien. Todo marcha bien.

Pero yo no sé si *bien* es suficiente.



Caminamos por una gran ciudad subterránea con pasillos y corredores, suelos de piedra pulida, paredes rugosas intactas. Cada pocos metros hay discos circulares horadados en el suelo que brillan con luz artificial. Veo que hay ordenadores, todo tipo de dispositivos que no reconozco y puertas abiertas que dan a estancias repletas únicamente de aparatos electrónicos.

—¿De dónde sacáis la electricidad necesaria para esta ciudad? — Observo más de cerca las máquinas inidentificables, las pantallas que parpadean, el zumbido inconfundible de cientos de ordenadores integrados en la infraestructura de este mundo subterráneo.

Kenji me tira de un mechón de pelo. Me doy la vuelta.

—La robamos. —Sonríe. Señala con la cabeza un callejón estrecho —. Por aquí.

Gente joven y mayor de todas las clases y etnias entra y sale de las habitaciones arrastrando los pies, a lo largo de los pasillos. Muchos nos miran, otros tantos están demasiado distraídos para reparar en nuestra presencia. Algunos van vestidos como los hombres y las mujeres que anoche salieron corriendo hacia nuestro coche. Es un uniforme bastante extraño. Parece innecesario.

—Oye... ¿Todo el mundo viste así? —susurro señalando lo más discretamente posible a los desconocidos que van pasando.

Kenji se rasca la cabeza. Se toma unos instantes para responder.

—No todos. No a todas horas.

—¿Y tú? —le pregunto.

—Hoy no.

Decido desafiar su tendencia a ser críptico y le formulo una pregunta más directa.

—¿Me vas a contar en algún momento cómo te has curado tan rápido?

—Sí —dice Kenji, impertérrito—. De hecho, te vamos a contar muchas cosas. —Doblamos abruptamente por un pasadizo que aparece de pronto—. Pero antes... —Kenji se detiene delante de una puerta de madera enorme—. Castle quiere conocerte. Fue él quien te

solicitó.

—¿Me solicitó?

—Sí. —Kenji parece estar incómodo durante un solo segundo de indecisión.

—Un momento. ¿A qué te refieres con que...?

—Me refiero a que no me alisté en el ejército así como así, Juliette.

—Suspira—. No me presenté delante de la puerta de Adam así como así. Y, en teoría, no me tenían que disparar ni me tenían que dar una paliza que me dejara medio muerto, pero pasó. Aunque no me dejó ahí un tío desconocido. —Casi sonrío—. Siempre he sabido dónde vivía Adam. Era mi trabajo saberlo. —Una pausa—. Todos te hemos estado buscando.

Tengo la boca por las rodillas.

—Entra. —Kenji me empuja hacia dentro—. Saldrá cuando esté listo.

—Buena suerte —se limita a decirme Winston.



Pasan 1.320 segundos hasta que hace acto de presencia.

Se mueve de forma metódica, su rostro es una máscara neutral mientras se recoge las rastas rebeldes en una cola y se sienta al fondo de la sala. Es delgado, está en forma, va impecablemente vestido con un traje sencillo. Azul oscuro. Camisa blanca. Sin corbata. No hay arrugas en su rostro, pero tiene un mechón gris en el pelo y sus ojos confiesan haber vivido por lo menos 100 años. Debe de tener unos 40. Miro a mi alrededor.

Es una estancia vacía que impresiona por su austeridad. El suelo y el techo están hechos de ladrillos unidos con sumo cuidado. Todo parece viejo y antiguo, pero de algún modo las nuevas tecnologías confieren vida a este espacio. Las luces artificiales iluminan la extensión cavernosa, hay pequeños monitores inseridos en las paredes de piedra. No sé qué hago aquí. No sé qué esperar. No tengo la menor idea de qué clase de persona es Castle, pero después de tanto tiempo con Warner intento no hacerme ilusiones. Ni

siquiera me doy cuenta de que he aguantado la respiración hasta que empieza a hablar.

—Espero que por ahora estés disfrutando de tu estancia con nosotros.

Levanto la cabeza para mirar sus ojos oscuros mientras oigo su voz, fina y fuerte a un tiempo. Sus ojos destellan con genuina curiosidad, con una pizca de sorpresa. He olvidado que sé hablar.

—Kenji dice que quería conocerme. —Es mi única respuesta.

—Kenji está en lo cierto. —Se toma unos instantes para respirar. Se toma unos instantes para recolocarse en su asiento. Se toma unos instantes para analizar mis ojos, elegir las palabras, tocarse los labios con dos dedos. Por lo visto, domina el concepto del tiempo. *Impaciencia* no debe de ser una palabra que forme parte de su vocabulario—. He oído... historias. Sobre ti. —Sonríe—. Solamente quería saber si eran ciertas.

—¿Qué ha oído?

Sonríe y muestra unos dientes tan blancos que parecen nieve que cae por los valles de chocolate de su rostro. Abre las manos. Se las observa durante unos segundos. Levanta la vista.

—Que puedes matar a un hombre solamente con tu piel. Que puedes atravesar un metro de hormigón con la palma de la mano.

Estoy ascendiendo por una montaña de aire y mis pies no paran de resbalar. Necesito aferrarme a algo.

—¿Es cierto? —pregunta.

—Es más probable que lo maten los rumores que yo.

Me contempla durante demasiado rato.

—Me gustaría mostrarte algo —dice al cabo de un momento.

—Quiero respuestas a mis preguntas. —Esto está durando ya demasiado. No quiero dejarme llevar por una falsa sensación de seguridad. No quiero asumir que Adam y James están bien. No quiero confiar en nadie hasta que tenga pruebas. No pienso fingir que todo va bien. Todavía no—. Quiero saber si estoy a salvo —le digo—. Y quiero saber que mis amigos también lo están. Cuando llegamos, un niño de diez años iba con nosotros y quiero verlo. Necesito asegurarme de que está sano y salvo. De lo contrario, no

voy a cooperar.

Sus ojos me inspeccionan un rato más.

—Tu lealtad resulta refrescante —comenta, y lo dice en serio—.

Por aquí te irá bien.

—Mis amigos...

—Sí. Por supuesto. —Se levanta—. Sígueme.



El lugar es mucho más complejo, mucho más organizado, de lo que me imaginaba. Hay cientos de direcciones diferentes en las que perderse, casi tantas como habitaciones, unas más grandes que otras, todas ellas dedicadas a diferentes actividades.

—El comedor —me dice Castle.

—Los dormitorios. —En el ala opuesta.

—Las instalaciones de entrenamiento. —Siguiendo ese pasillo.

—Las salas comunes. —Justo por ahí.

—Los baños. —En ambos extremos de la planta.

—Las salas de reuniones. —Detrás de esa puerta.

Por todas partes hay gente, cada persona está consagrada a una rutina concreta. La gente levanta la cabeza cuando nos ve. Algunos saludan, sonrían encantados. Me fijo en que todos miran a Castle. Él asiente con la cabeza. Su mirada es amable, humilde. Su sonrisa es radiante, reconfortante.

Es el líder de este *movimiento*, ha dicho Kenji. Esta gente depende de él para algo más que para la mera supervivencia. Este lugar es más que un refugio nuclear. Este lugar es más que un escondite. Tienen un objetivo mayor en mente. Un propósito mayor.

—Bienvenida —me dice Castle gesticulando con una mano— al Punto Omega.

CUARENTA Y SEIS

—¿El Punto Omega?

—Es la última letra del alfabeto griego. La última variación, la última de una serie. —Se detiene delante de mí y por vez primera reparo en el símbolo omega cosido en la espalda de su chaqueta—. Somos la única esperanza que le queda a nuestra civilización.

—Pero ¿cómo...? Siendo tan pocos, ¿cómo pretenden luchar contra ...?

—Llevamos mucho tiempo preparándonos, Juliette. —Es la primera vez que pronuncia mi nombre. Su voz es fuerte, suave, firme—. Hace años que planeamos, organizamos y trazamos nuestra estrategia. El colapso de nuestra sociedad no debería sorprendernos. Lo hemos provocado nosotros mismos.

»La cuestión no era si todo iba a desmoronarse —continúa—. Era cuándo. Era cuestión de esperar. Era cuestión de ver quiénes intentarían tomar el poder y cómo lo usarían. El miedo —me dice girándose unos instantes, sus pasos apenas suenan sobre la piedra— es un motivador excelente.

—Es patético.

—Estoy de acuerdo. Por eso una parte de mi trabajo consiste en reanimar a los corazones parados que han perdido toda esperanza. —Torcemos por otro pasillo—. Y en decirte que casi todo lo que sabes sobre el estado de nuestro mundo es mentira.

Me quedo inmóvil. Casi me caigo al suelo.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que la situación no es tan mala como quiere hacernos creer el Restablecimiento.

—Pero no hay comida...

—No hay comida a la que ellos os den acceso.

—Los animales...

—Están escondidos. Los han modificado genéticamente. Crecen en pastos secretos.

—Pero el aire... Las estaciones... El clima...

—No es tan malo como pretenden que creamos. Es probable que sea nuestro único problema de verdad, pero está causado por la perversión con que se ha manipulado la Madre Tierra. Manipulaciones hechas por el ser humano que todavía podemos arreglar. —Se vuelve hacia mí. Me contagia su concentración a través de su mirada fija.

»Todavía hay una posibilidad de cambiar las cosas. Podemos abastecer de agua potable a todo el mundo. Podemos asegurarnos de que los cultivos no sean regulados con fines lucrativos, garantizar que no se los modifique genéticamente para beneficiar a los productores. La gente se muere porque los alimentos que ingiere contienen veneno. Los animales se mueren porque los obligamos a comer desechos, a vivir rodeados de sus propios excrementos, a vivir encerrados en jaulas masivas, y porque abusamos de ellos. Las plantas se marchitan porque vertemos productos químicos en la tierra que las vuelven peligrosas para nuestra salud. Pero son cuestiones que podemos solventar.

»Nos engañan con mentiras porque al creerlas somos débiles, vulnerables, maleables. Dependemos de los demás para tener comida, salud, sustento. Eso nos paraliza. Produce gente cobarde. Niños esclavos. Es hora de contraatacar. —Sus ojos brillan por la emoción, tiene los puños apretados por el fervor. Sus palabras son poderosas, muy convincentes, claras y elocuentes. No me cabe duda de que ha persuadido a mucha gente con esos argumentos tan rocambolescos. Al esparcir esperanza hacia un futuro que parece perdido. Al ofrecer inspiración en un mundo sombrío que no tiene nada que ofrecer. Es un líder nato. Un orador prodigioso.

Me cuesta mucho creer lo que me dice.

—¿Por qué está tan seguro de que sus teorías son correctas? ¿Tiene alguna prueba?

Sus manos se relajan. Sus ojos se calman. Sus labios esbozan una leve sonrisa.

—Por supuesto. —Casi se echa a reír.

—¿Qué le hace tanta gracia?

Sacude la cabeza. Un poco nada más.

—Me hace gracia tu escepticismo. Lo admiro, de hecho. Nunca es buena idea creer todo lo que oyes.

Comprendo el doble sentido. Lo asimilo.

—*Touché*, señor Castle.

Una pausa.

—¿Eres francesa, señorita Ferrars?

—~~Quizá mi madre sí lo sea.~~

Aparto la mirada.

—¿Y dónde están sus pruebas?

—Nuestro movimiento es prueba suficiente. Sobrevivimos gracias a esas verdades. Salimos a buscar alimentos y suministros en los numerosos recintos de almacenamiento que ha construido el Restablecimiento. Hemos encontrado sus campos, sus granjas, sus animales. Disponen de cientos de hectáreas dedicadas al cultivo. Los granjeros son esclavos, trabajan bajo amenaza de muerte, tanto hacia ellos como hacia sus familiares. El resto de la sociedad o ha sido asesinada o está apiñada en sectores separados para que los puedan monitorizar y vigilar con esmero.

Compongo una expresión impasible, neutra. Aún no he decidido si creerle o no.

—¿Y qué quiere de mí? ¿Por qué ha pedido que estuviera aquí?

Se detiene delante de una pared de cristal. Señala hacia la sala que hay al otro lado. No responde a mi pregunta.

—Tu querido Adam está recuperándose gracias a nuestra gente.

Casi tropiezo por las ganas de verlo. Apoyo las manos en el cristal y miro hacia el espacio, tenuemente iluminado. Adam está dormido, con el rostro perfecto, tranquilo. Esta debe de ser el ala médica.

—Fíjate bien —me dice Castle—. No hay agujas clavadas en su cuerpo. No hay máquinas que lo mantengan con vida. Llegó con tres costillas rotas. Con los pulmones a punto de sufrir un colapso. Con una bala en el muslo. Tenía los riñones heridos, igual que el resto de su cuerpo. Tenía cortes en la piel, las muñecas ensangrentadas. Un

esguince en el tobillo. Había perdido más sangre de la que la mayoría de los hospitales sería capaz de donarle.

El corazón está a punto de salirse del cuerpo. Quiero romper el cristal y acunarlo con los brazos.

—En el Punto Omega hay cerca de doscientas personas —me informa Castle—. Algo menos de la mitad de ellos poseen algún tipo de don.

Me doy la vuelta, estupefacta.

—Te he traído aquí —me dice con prudencia, en voz baja— porque es el lugar en el que debes estar. Porque tienes que saber que no estás sola.

CUARENTA Y SIETE

La mandíbula me cuelga del cordón de las zapatillas.

—Serías valiosísima para nuestra resistencia —me dice.

—¿Hay otros... como yo? —A duras penas puedo respirar.

Castle me mira con unos ojos que empatizan con mi alma.

—Fui el primero en darme cuenta de que era imposible que tu desgracia fuera solo tuya. Busqué a los demás siguiendo los rumores, escuchando las historias, leyendo en los periódicos noticias acerca de anomalías del comportamiento humano. Al principio solo porque quería compañía. —Se detiene—. Estaba harto de la locura. De creer que yo era inhumano, un monstruo. Pero después me di cuenta de que lo que parecía una debilidad en realidad era fuerza. De que juntos podíamos ser algo extraordinario. Algo bueno.

No consigo inspirar oxígeno. No consigo plantar los pies en el suelo. No consigo escupir la imposibilidad que se me ha atascado en la garganta.

Castle está esperando mi reacción.

Me he puesto muy nerviosa muy de repente.

—¿Cuál es... su don? —le pregunto.

Su sonrisa desarma mi inseguridad. Extiende la mano. Ladea la cabeza. Oigo el chirrido de una puerta que se abre a lo lejos. Ruidos de aire y de metal; movimientos. Me giro hacia los ruidos y veo que algo se dirige hacia mí a toda velocidad. Me agacho. Castle se ríe. Lo agarra con la mano.

Suelto un gritito.

Me muestra la llave que ahora sostiene entre los dedos.

—¿Puede mover cosas con la mente? —No sé dónde he encontrado las palabras para hablar.

—Tengo un nivel extremadamente avanzado de psicoquinesis. —Esboza una sonrisa—. Así que sí.

—¿Existe un nombre para eso? —Creo que estoy gimiendo. Intento tranquilizarme.

—¿Para mi don? Sí. ¿Para el tuyo? —Se detiene—. No estoy tan seguro.

—¿Y los demás...? ¿Qué... son?

—Si te apetece, te los presento.

—Yo... Sí... Me gustaría —tartamudeo, emocionada, una niña de 4 años que todavía cree en las hadas.

Me quedo paralizada al oír de pronto un ruido.

Sobre la piedra retumban pasos. Percibo los jadeos de una respiración entrecortada.

—¡Señor...! —grita alguien.

Castle se sobresalta. Se yergue. Se dirige hacia un rincón, hacia el mensajero.

—¿Brendan?

—¡Señor! —vuelve a resoplar.

—¿Tienes noticias? ¿Qué has visto?

—Estamos escuchando cosas por radio —empieza a decir con palabras entrecortadas y un pronunciado acento británico—. Nuestras cámaras han detectado más tanques de lo normal patrullando la zona. Creemos que tal vez se estén acercando...

Se oyen ruidos de energía estática. De electricidad estática. Se oyen voces incoherentes en una débil emisora de radio.

Brendan maldice entre dientes.

—Lo siento, señor... Normalmente no está tan distorsionada... Últimamente no consigo contener las cargas...

—No te preocupes. Solo necesitas práctica. ¿Tu entrenamiento va bien?

—Muy bien, señor. Ya casi lo tengo todo bajo control —Brendan se detiene—. La mayor parte.

—Excelente. Mientras tanto, avísame si los tanques se siguen aproximando. No me sorprende que estén más alerta. Intenta captar cualquier mención a un ataque inminente. El Restablecimiento lleva años tratando de localizar nuestro paradero, pero ahora tenemos a alguien muy pero muy valioso para ellos y estoy seguro de que

querrán recuperarla. Me da la impresión de que a partir de ahora la situación se intensificará más deprisa.

Unos instantes de confusión.

—¿Señor?

—Me gustaría presentarte a alguien.

Silencio.

Brendan y Castle se giran. Aparecen delante de mí. Y tengo que hacer un gran esfuerzo por evitar que me cuelgue la mandíbula. No puedo dejar de mirar.

El acompañante de Castle es blanco de los pies a la cabeza.

No solo su extraño uniforme, que es de un blanco brillante y cegador, sino que su piel es más pálida que la mía. Hasta el pelo lo tiene tan rubio que solamente podría describirse como blanco. Sus ojos son hipnotizantes. Son del color azul más claro que he visto nunca. Penetrantes. Prácticamente transparentes. Debe de tener mi edad.

No parece real.

—Brendan, ella es Juliette —nos presenta Castle—. Llegó justo ayer. Le estaba haciendo un resumen sobre el Punto Omega.

La sonrisa de Brendan es tan radiante que casi me hace estremecer. Me tiende una mano y casi me da algo, pero entonces frunce el ceño. La aparta y dice:

—Ay... Espera, lo siento. —Y flexiona los dedos. Se cruje los nudillos. Salen algunas chispas de sus dedos. Lo miro boquiabierto.

Se encoge un poco. Sonríe con cierta timidez.

—A veces electrocuto a la gente sin querer.

Algo se desprende de mi pesada armadura. Se funde. De repente, me siento comprendida. No tengo miedo de ser yo misma. No puedo evitar sonreír.

—No te preocupes —le digo—. Si te doy la mano, quizá te mate yo.

—Ostras. —Parpadea. Me mira. Espera a que retire lo que acabo de decir—. ¿En serio?

—Muy en serio.

Se ríe.

—Vale. Entonces, nada de tocarse. —Se inclina hacia mí. Baja la voz—. Tengo un ligero problema con esto, ¿sabes? Las chicas siempre hablan de la chispa de sus historias de amor, pero parece ser que a ninguna le hace especial ilusión que la electrocuten literalmente. Es rarísimo, no me digas que no. —Se encoge de hombros.

Mi sonrisa es más amplia que el océano Pacífico. El corazón se me ha llenado de alivio, de consuelo, de aceptación. Adam llevaba razón. Puede que las cosas vayan bien. Puede que no tenga que ser un monstruo. Puede que haya alternativas a mi disposición.

Creo que me gustará estar aquí.

—Ha sido un placer conocerte, Juliette. —Brendan me guiña un ojo—. ¿Te veré por aquí?

—Creo que sí —asiento.

—Genial. —Me vuelve a sonreír. Se dirige a Castle—. Le avisaré si oigo algo, señor.

—Perfecto.

Y desaparece.

Me doy la vuelta hacia la pared de cristal que me separa de la otra mitad de mi corazón. Apoyo la cabeza en la fría superficie. Ojalá se despertara.

—¿Quieres saludarlo?

Levanto la vista hacia Castle, que sigue observándome. No deja de analizarme. Por alguna razón, sin embargo, su interés no me incomoda.

—Sí —le digo—. Quiero saludarlo.

CUARENTA Y OCHO

Castle utiliza la llave que tiene en la mano para abrir la puerta.

—¿Por qué está cerrada el ala médica? —le pregunto.

Se da la vuelta. Por primera vez me doy cuenta de que no es demasiado alto.

—Si hubieras sabido dónde encontrarlo, ¿habrías esperado pacientemente al otro lado de la puerta?

Bajo la mirada. No contesto. Espero no haberme puesto colorada.

—Su curación es un proceso delicado —intenta animarme—. No puede interrumpirse ni verse alterado por emociones variables. Tenemos mucha suerte de contar con la ayuda de dos sanadoras... De hecho, son gemelas. Pero lo más fascinante es que cada una de ellas se centra en un ámbito diferente: una en las heridas físicas y la otra en las mentales. Hay que tratar los dos aspectos, ya que de lo contrario la curación sería incompleta, débil, insuficiente. —Gira el pomo de la puerta—. Pero creo que no habrá problema en que Adam te vea ahora.

Entro y un aroma a jazmín invade mis sentidos casi de manera inmediata. Barro la estancia en busca de las flores, pero no las encuentro. Me pregunto si será un perfume. Es embriagador.

—Esperaré fuera —me informa Castle.

En la habitación hay una larga hilera de camas individuales. Hay unas 20 y todas están vacías a excepción de la de Adam. En la otra punta de la habitación hay una puerta que seguramente lleva a otra zona, pero ahora mismo estoy demasiado nerviosa como para sentir curiosidad.

Acerco una silla y procuro ser lo más sigilosa que puedo. No quiero despertarlo, solo quiero saber que está bien. Abro y cierro las manos. Soy muy consciente de que se me ha acelerado el corazón. Y sé que probablemente no debería tocarlo, pero no lo puedo evitar.

Cubro su mano con la mía. Sus dedos están calentitos.

Sus ojos pestañean durante unos instantes. Pero no se abren. Adam toma aire de golpe y me quedo paralizada.

Estoy a punto de romper a llorar.

—¿Qué estás haciendo?

Levanto la cabeza al oír la voz asustada de Castle.

Suelto la mano de Adam. Me aparto de la cama con los ojos muy abiertos y preocupados.

—¿A qué se refiere?

—¿Por qué... acabas de...? ¿Puedes tocarlo? —No creí que fuera a ver a Castle tan confundido, tan perplejo. Ha perdido la compostura y ha extendido una parte del brazo en un amago para detenerme.

—Claro que puedo to... —Me detengo. Intento mantener la calma —. ¿Kenji no se lo había dicho?

—¿Este joven es inmune a tu piel? —susurra Castle, pasmado.

—Sí. —Mi mirada vuela de Castle a Adam, que sigue dormido como un tronco. Y Warner también.

—Es... asombroso.

—¿Ah, sí?

—Mucho. —Los ojos de Castle resplandecen, entusiasmadísimos —. Seguro que no es una coincidencia. En esta clase de situaciones no hay coincidencias. —Se detiene. Camina de un lado a otro—. Es fascinante. Hay tantas posibilidades..., tantas teorías... —Ya no me habla a mí. Su cabeza se ha acelerado demasiado como para seguirle el ritmo. Respira hondo. Por lo visto, al final recuerda que me encuentro en la habitación—. Lo siento. Por favor, continúa. Las chicas llegarán pronto. Ahora mismo están con James. Debo transmitirles esta nueva información cuanto antes.

—Un momento...

—Dime. —Levanta la vista.

—¿Tienen teorías? —le pregunto—. ¿Ustedes... saben por qué me suceden estas cosas... a mí?

—A nosotros, ¿no? —Castle me dedica una amable sonrisa.

Intento no sonrojarme. Consigo asentir con la cabeza.

—Hace años que lo investigamos con ahínco —me explica—.

Creemos haber llegado a una buena conclusión al respecto.

—¿Y bien? —Me cuesta respirar.

—Si decides quedarte en el Punto Omega, te prometo que pronto mantendremos esa conversación. Además, seguro que ahora no es el mejor momento. —Señala a Adam.

—Ah. —Noto que me arden las mejillas—. Claro.

Castle se da la vuelta para irse.

—Pero ¿cree que Adam...? —Las palabras escapan de mi boca de manera atropellada. Trato de calmarme—. ¿Cree que él... también es como nosotros?

Castle se da la vuelta. Estudia mis ojos.

—Creo —dice con cautela— que es perfectamente posible.

Suelto un jadeo.

—Disculpa —dice—, pero de verdad debo irme. Y no me gustaría entrometerme en vuestro reencuentro.

Quiero decirle que sí, que claro, que por supuesto, que no pasa nada. Quiero sonreír y hacerle un gesto y decirle que no hay problema. Pero tengo tantas preguntas que hacer que puede que estalle; quiero que me cuente todo lo que sabe.

—Sé que es mucha información que asimilar al mismo tiempo. — Se detiene junto a la puerta—. Pero tendremos un montón de ocasiones para hablar. Debes de estar cansada y estoy seguro de que te gustaría dormir un poco. Las chicas cuidarán de ti... Te están esperando. De hecho, serán tus nuevas compañeras de habitación en el Punto Omega. Seguro que estarán encantadas de responder a las preguntas que les quieras formular. —Me aprieta el hombro antes de marcharse—. Es un honor tenerte entre nosotros, señorita Ferrars. Espero que pienses seriamente en la posibilidad de unirme a nosotros de forma permanente.

Asiento, paralizada.

Y se va.

«Hace años que lo investigamos con ahínco», ha dicho. «Creemos haber llegado a una buena conclusión al respecto», ha dicho. «Te prometo que pronto mantendremos esa conversación».

Por primera vez en mi vida puede que tenga la oportunidad de

entender qué soy, y me parece imposible. Y Adam. *Adam*. Meneo la cabeza y me siento a su lado. Le aprieto los dedos. Castle podría estar equivocado. A lo mejor sí que es una mera coincidencia.

Tengo que centrarme.

Me pregunto si alguien sabe algo de Warner.

—¿Juliette?

Adam tiene los ojos entreabiertos. Me observa como si no estuviera seguro de si soy real.

—¡Adam! —Tengo que esforzarme por no perder los nervios.

Me sonrío y el esfuerzo parece extenuarlo.

—Dios, cuánto me alegro de verte.

—Estás bien. —Le agarro la mano, me obligo a no rodearlo con los brazos—. Estás bien de verdad.

Su sonrisa se ensancha.

—Estoy agotado. Creo que sería capaz de dormir durante varios años.

—No te preocupes, dentro de poco el sedante dejará de surtir efecto.

Me vuelvo. Dos chicas con unos ojos del mismo color verde nos están contemplando. Nos sonrían a la vez. Llevan el pelo castaño largo, grueso y liso, recogido en sendas colas de caballo. Visten un traje gris idéntico. Y zapatillas doradas.

—Soy Sonya —dice la chica de la izquierda.

—Yo soy Sara —añade su hermana.

Soy incapaz de distinguirlas.

—Nos alegramos mucho de conocerte —dicen al unísono.

—Yo soy Juliette —consigo decir—. Encantada de conoceros.

—Adam está a punto de recibir el alta —me dice una.

—Sonya es una excelente sanadora —dice la otra.

—Sara es mejor que yo —tercia la primera.

—En cuanto se le pasen los efectos del sedante, podrá marcharse —dicen a la vez con una sonrisa.

—Anda... Genial... Muchas gracias. —No sé a cuál de las dos mirar. A cuál de las dos responder. Miro de nuevo hacia Adam. Parece pasárselo en grande.

—¿Dónde está James? —pregunta.
—Jugando con los demás niños. —Creo que es Sara la que habla.
—Acabamos de acompañarlo al cuarto de baño —dice la otra.
—¿Queréis verlo? —Sara otra vez.
—¿Hay otros niños? —Tengo los ojos como platos.
Las dos asienten a la vez.
—Vamos a buscarlo —corean. Y desaparecen.
—Parecen majas —dice Adam al cabo de unos instantes.
—Sí. La verdad es que sí. —En este lugar todo parece agradable.



Sonya y Sara regresan con James, que está más contento de lo que lo he visto nunca, casi más que cuando vio a Adam por primera vez. Está encantado de estar aquí. Encantado de estar con otros niños, encantado de estar con «las chicas guapas que me cuidan porque son muy majas y hay muchísima comida y me han dado chocolate, Adam... ¿Has probado alguna vez el chocolate?» y le han asignado una cama enorme y mañana irá a clase con los demás niños y ya está muy emocionado.

—Me alegro mucho de que te hayas despertado —le dice a Adam, casi saltando sobre su cama—. Me dijeron que te habías puesto enfermo y que estabas descansando, así que si estás despierto significa que te encuentras mejor, ¿no? ¿Estamos a salvo? No recuerdo qué pasó mientras veníamos hacia aquí —admite, un poco avergonzado—. Creo que me dormí.

Creo que ahora mismo a Adam le gustaría partirle la cara a Kenji.

—Sí, estamos a salvo —le confirma Adam mientras le pasa una mano por el pelo rubio y alborotado—. Todo va bien.

James se marcha corriendo hacia la sala de juegos con los demás niños. Sonya y Sara inventan una excusa para irse y dejarnos cierta intimidad. Cada vez me caen mejor.

—¿Ya te ha hablado alguien sobre este sitio? —me pregunta Adam. Consigue sentarse. La sábana se desliza hacia abajo. Se le ve el pecho. Tiene la piel curada del todo... Me cuesta que la imagen

que tengo en la memoria encaje con la que veo delante de mí. Se me olvida responderle.

—No tienes cicatrices. —Le toco la piel como si necesitara comprobarlo por mí misma.

—Por aquí no son muy tradicionales en cuanto a las prácticas médicas. —Intenta sonreír.

—¿Lo sabes? —Levanto la vista.

—¿Has conocido a Castle ya?

Asiento, desconcertada.

Se remueve. Suspira.

—Hace mucho tiempo que oigo rumores sobre este sitio. Me volví un experto en escuchar susurros, sobre todo porque tenía que protegerme. Pero en el ejército oíamos cosas. Todo tipo de amenazas. Posibles emboscadas. Desde el día en que me alisté, oí hablar de un movimiento clandestino inusual. La mayoría decía que era una memez. Que era una chorrada inventada para asustar a la gente, que era imposible que fuera verdad. Pero siempre tuve la esperanza de que los rumores se basaran en algo real, sobre todo desde que me enteré de lo que te había ocurrido... Esperaba encontrar a otras personas con habilidades parecidas. Pero no sabía a quién preguntarle. No tenía contactos ni ninguna forma de encontrarlas. —Niega con la cabeza—. Y durante todo ese tiempo Kenji ha estado infiltrado.

—Me dijo que me estaba buscando.

Adam asiente. Se echa a reír.

—Igual que te buscaba yo. Igual que te buscaba Warner.

—No lo entiendo —murmuro—. Sobre todo ahora que sé que hay más gente como yo, más fuerte incluso... ¿Por qué Warner me quería a mí?

—Te descubrió antes que Castle —responde Adam—. Supongo que creyó que tenía más derecho a captarte que nadie. —Adam se inclina hacia atrás—. Warner será muchas cosas, pero no es estúpido. Estoy seguro de que sabía que había algo de verdad en esos rumores... y quedó fascinado. Porque de la misma manera que Castle quería usar sus habilidades para hacer el bien, Warner quería

manipularlas en su propio beneficio. Quería convertirse en una especie de superpoder. —Hace una pausa—. Invirtió mucho tiempo y energía para estudiarte. No creo que quisiera que todos los esfuerzos cayeran en saco roto.

—Adam —susurro.

—Dime. —Me agarra la mano.

—No creo que esté muerto.

CUARENTA Y NUEVE

—No lo está.

Adam se gira. Frunce el ceño al oír esa voz.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vaya. Menudo recibimiento, Kent. Cuidado, no muevas un músculo para darme las gracias por haberte salvado el culo.

—Nos has mentado a todos.

—De nada.

—¡Sedaste a mi hermano de diez años!

—De nada.

—Hola, Kenji —lo saludo.

—Te queda bien mi ropa. —Se acerca un poco más, sonrío.

Pongo los ojos en blanco. Adam se fija por primera vez en la ropa que llevo.

—No tenía nada más que ponerme —le explico.

Adam asiente poco a poco. Mira a Kenji.

—¿Tienes algún mensaje que darnos?

—Sí. Se supone que debo enseñaros dónde os quedaréis.

—¿A qué te refieres?

—Tú y James vais a ser mis nuevos compañeros de habitación. — Kenji sonrío.

Adam maldice entre dientes.

—Lo siento, tío, pero no hay suficientes habitaciones como para que tú y Manos Calientes durmáis solitos. —Me guiña un ojo—. Sin ánimo de ofender.

—¿Tengo que irme ya de aquí?

—Sí, chaval. Quiero irme a dormir pronto. No me pasaré el día entero esperando a que muevas el culo.

—¿Que mueva...?

—¿Cómo que quieres irte a dormir? —me apresuro a interrumpir antes de que Adam le espete algo—. ¿Qué hora es?

—Son casi las diez de la noche —me informa Kenji—. Bajo tierra es difícil de saber, pero todos procuramos estar atentos a los relojes. Hay pantallas en los pasillos y la mayoría intentamos llevar relojes de pulsera. Perder la noción del día y de la noche te revienta la cabeza enseguida. Y ahora no es el momento de ponerse demasiado cómodo.

—¿Cómo sabes que Warner no está muerto? —pregunto, nerviosa.

—Acabamos de verlo por una cámara —responde Kenji—. Él y sus hombres están patrullando intensamente esta zona. He conseguido oír una parte de su conversación. Resulta que alguien le disparó.

Contengo la respiración e intento silenciar los latidos de mi corazón.

—Por eso anoche tuvimos suerte... Por lo visto, a los soldados les ordenaron que volvieran a la base porque creyeron que Warner había muerto. Hubo un brevísimo cambio en el mando. Nadie sabía qué hacer. Ni qué órdenes seguir. Pero al final resultó que no estaba muerto. Solo bastante malherido. Llevaba el brazo vendado y en un cabestrillo —añade Kenji.

—¿Y cuán seguro es este lugar ante un ataque? —Adam encuentra las palabras antes que yo.

—Seguro de cojones. —Kenji se ríe—. No sé ni cómo han logrado llegar tan tan cerca. Pero nunca encontrarán nuestra ubicación exacta. Y, aunque la encontraran, nunca conseguirían entrar aquí. Nuestra seguridad es casi impenetrable. Además, tenemos cámaras por todos lados. Veremos lo que hacen incluso antes de que lo planeen.

»Aunque en realidad no importa —continúa diciendo—. Porque vienen buscando pelea y nosotros también queremos pelear. No nos da miedo que ataquen. Por no hablar de que no tienen ni idea de lo que somos capaces de hacer. Y llevamos toda la vida preparándonos para esta puta guerra.

—Y tú... —Me detengo. Me sonrojo—. ¿Tú...? Es decir, ¿tú también... tienes un don?

Kenji sonríe. Y desaparece.

Se esfuma de verdad.

Me levanto. Intento tocar el espacio donde estaba.

Reaparece justo a tiempo para apartarse de mí.

—EH... Tú, cuidado... Que sea invisible no significa que no sienta nada...

—¡Ay! —Me aparto. Qué vergüenza—. Lo siento...

—¿Puedes hacerte invisible? —Adam está más molesto que interesado.

—Te acabo de explotar la cabeza, ¿eh?

—¿Cuánto tiempo hace que me espías? —Adam entorna los ojos.

—El que me ha hecho falta. —Pero la sonrisa que esboza es un tanto pícara.

—Entonces, eres... ¿corpóreo? —pregunto.

—Mírate, utilizando palabros. —Kenji se cruza de brazos. Se apoya en la pared.

—Pero una cosa... No puedes atravesar paredes y tal, ¿o sí?

—Qué va —resopla—, no soy un fantasma. Solo puedo... camuflarme, creo que sería la palabra correcta. Puedo camuflarme en cualquier lugar. Adaptarme para pasar inadvertido entre lo que me rodea. He tardado mucho tiempo en darme cuenta.

—Vaya.

—A menudo seguía a Adam hasta su casa. Por eso sabía dónde vivía. Y por eso logré escapar: porque no podían verme en absoluto. Intentaron dispararme de todos modos —añade con amargura—, pero al menos me las arreglé para no morir.

—A ver, pero ¿por qué seguías a Adam hasta su casa? ¿No me buscabas a mí? —le pregunto.

—Sí... Bueno, me alisté poco después de que nos enteráramos del gran proyecto de Warner. —Asiente en mi dirección—. Habíamos intentado encontrarte, pero Warner disponía de más poder y acceso a más información que nosotros... Nos estaba costando muchísimo localizarte. Castle creyó que sería más fácil tener a alguien dentro que prestara atención a todas las locuras que planeaba Warner. Y cuando me enteré de que Adam era el principal implicado en este

proyecto en particular y que compartía un pasado contigo, le mandé la información a Castle. Me dijo que también vigilara a Adam... Ya sabes, por si resultaba que estaba tan pirado como Warner. Queríamos asegurarnos de que no era una amenaza ni para ti ni para nuestros planes. Pero no sabía que ibais a huir juntos. Por vuestra culpa casi me da algo.

Guardamos silencio durante unos instantes.

—¿Durante cuánto me has espiado? —le pregunta Adam.

—Vaya, vaya, vaya. —Kenji ladea la cabeza—. ¿El señor Adam se siente de pronto un poquito intimidado?

—No seas imbécil.

—¿Escondes algo?

—Sí. Mi pistola...

—¡Vamos! —Kenji da una palmada—. ¿Estáis listos para marcharnos de aquí o qué?

—Necesito pantalones.

—¿En serio, Kent? —Kenji parece molesto—. No quiero oír tus tonterías.

—Bueno, a no ser que quieras verme en bolas, te sugiero que hagas algo al respecto.

Kenji le lanza a Adam una mirada obscena y se va, rumiando algo sobre tener que dejarle su ropa a todo el mundo. La puerta se cierra tras él.

—En realidad, no estoy desnudo —me confiesa Adam.

—Ah —jadeo. Levanto la vista. Mis ojos me traicionan.

No puede reprimir la sonrisa a tiempo. Sus dedos me acarician la mejilla.

—Solo quería que nos dejara solos un segundo.

Se me sonrojan hasta los huesos. Busco algo que decir.

—Me alegro mucho de que estés bien.

Me dice algo que no oigo.

Me agarra la mano. Me lleva hasta su lado.

Se inclina hacia delante y yo me inclino hasta que estoy prácticamente encima de él y me envuelve con los brazos y me besa con un nuevo tipo de desesperación, un nuevo tipo distinto de

pasión, una necesidad ardiente. Enreda las manos en mi pelo, sus labios son muy suaves, muy ansiosos contra los míos, como si en mi boca estallara una explosión de fuego y miel. La temperatura de mi cuerpo sube de golpe.

Adam se aparta lo justo. Me besa el labio inferior. Lo muerde un poco. Su piel está 40 grados más caliente que hace un momento. Me roza el cuello con los labios y mis manos emprenden un camino por su torso y me pregunto por qué tengo tantos trenes de mercancías en el corazón, por qué su pecho es una armónica rota. Recorro el pájaro atrapado para siempre en pleno vuelo en su piel y por primera vez me percató de que Adam me ha proporcionado mis propias alas. Me ha ayudado a echar a volar y ahora estoy atrapada en un movimiento centrípeta, planeando hacia el centro de todo. Acercó de nuevo sus labios a los míos.

—Juliette —murmura. 1 suspiro. 1 beso. 10 dedos que provocan mi piel—. Esta noche necesito verte.

Sí.

Por favor.

2 golpes en la puerta nos separan.

Kenji la abre de pronto.

—Sois conscientes de que la pared es de cristal, ¿verdad? —Da la impresión de que hubiera mordido la cabeza de un gusano—. Nadie quiere ver esas cosas.

Le lanza unos pantalones a Adam.

—Venga, te llevaré con Sonya y con Sara. —Asiente en mi dirección—. Te ayudarán a instalarte. —Se gira hacia Adam—. Ni se te ocurra devolverme estos pantalones.

—¿Qué pasa si no quiero dormir? —pregunta Adam, sin vergüenza alguna—. ¿No se me permite salir de la habitación?

Kenji aprieta los labios. Entorna los ojos.

—No me oirás casi nunca pedirte las cosas de esta manera, pero por favor, Kent, no intentes escaparte de noche. Por aquí debemos controlarlo todo por un motivo. Es la única manera de sobrevivir. Así que haznos un favor a todos y déjate puestos los pantalones. Ya la verás por la mañana.

Pero la mañana está a un millón de años luz del presente.

CINCUENTA

Las gemelas siguen dormidas cuando alguien llama a la puerta. Sonya y Sara me mostraron dónde estaban los baños de las chicas, por lo que anoche me pude duchar, aunque todavía llevo la ropa gigantesca de Kenji. Me siento un poco ridícula al encaminarme hacia la puerta.

La abro.

Parpadeo.

—Hola, Winston.

Me mira de arriba abajo.

—Castle ha pensado que quizá te gustaría cambiarte de ropa.

—¿Tienes algo que me pueda poner?

—Sí. Te hemos hecho algo a medida.

—Ah. Vaya. Pues eso suena estupendo.

Salgo en silencio y sigo a Winston por los oscuros pasillos. El mundo subterráneo está tranquilo, sus habitantes siguen durmiendo. Le pregunto a Winston por qué nos hemos despertado tan temprano.

—He supuesto que durante el desayuno querías conocer a todo el mundo. Así podrás participar en la rutina de este lugar... y empezar con tu entrenamiento. —Mira hacia atrás—. Todos tenemos que aprender a dominar nuestras habilidades de la manera más efectiva posible. No es bueno no tener control sobre tu cuerpo.

—Un momento... ¿Tú también tienes una habilidad?

—Para ser exactos, somos cincuenta y seis personas con dones. Los demás son familiares, hijos o amigos cercanos que ayudan con otras cosas. Así que sí, soy uno de los cincuenta y seis. Del mismo modo que tú.

Para seguir el ritmo de sus largas piernas, prácticamente estoy pisándole los talones.

—¿Y qué puedes hacer tú?

No me responde. Y no estoy segura, pero creo que se ha puesto rojo.

—Lo siento... —me retracto—. No quería meterme donde no me llaman. No debería haber preguntado...

—No pasa nada —me interrumpe—. Es que creo que es una chorrada. —Suelta una breve y tensa carcajada—. De entre todas las cosas que podría hacer... —suspira—. Tú por lo menos puedes hacer algo interesante.

Dejo de caminar, asombrada. Horrorizada.

—¿Crees que es una competición? ¿A ver cuál es el truco de magia más retorcido? ¿A ver quién puede provocar más dolor?

—No quería decir eso...

—Matar a alguien sin querer no es lo que se dice «interesante». Tener miedo a tocar a un ser vivo no es lo que se dice «interesante».

Se le tensa la mandíbula.

—No quería decirlo así. Es que... ojalá fuera más útil. Eso es todo.

—No tienes que contármelo si no quieres. —Me cruzo de brazos.

Pone los ojos en blanco. Se pasa una mano por el pelo.

—Yo soy... soy muy... flexible —dice.

Tardo unos instantes en procesar su confesión.

—O sea... ¿Puedes doblarte como un *pretzel*?

—Claro. O estirarme, si fuera necesario.

He abierto tanto la boca que debo de estar haciendo el ridículo y todo.

—¿A ver?

Se muerde el labio. Se recoloca las gafas. Mira a ambos lados del pasillo vacío. Y se rodea la cintura con el brazo. Dos vueltas.

Tengo la boca tan abierta como un pez muerto.

—Toma ya.

—Es una chorrada —se queja—. Y es inútil.

—¿Estás loco? —Me inclino para mirarlo—. Es increíble.

Pero su brazo ya ha vuelto a la normalidad, y ha empezado a caminar de nuevo. Tengo que correr para alcanzarlo.

—No seas tan duro contigo mismo —intento decirle—. No es algo de lo que debas avergonzarte. —Pero no me escucha y me pregunto

cuándo empecé a dar charlas motivacionales. Cuándo dejé de odiarme. Cuándo me pareció bien elegir mi propia vida.



Winston me lleva a la habitación donde lo conocí. Las mismas paredes blancas. La misma cama individual. Pero esta vez Adam y Kenji me esperan en el interior. Se me acelera el corazón y, de repente, me pongo nerviosa.

Adam está en pie. Sin ayuda, y parece estar perfectamente. Guapo. Ileso. No tiene ni una mancha de sangre en el cuerpo. Camina hacia delante solo con un ligero malestar, me sonrío sin problemas. Tiene la piel un poco más pálida de lo normal, pero superradiante en comparación con el momento en que llegamos. Su bronceado natural está compensado por un par de ojos azules como el cielo de medianoche.

—Juliette —dice.

No puedo dejar de mirarlo. De maravillarme. De sorprenderme por lo alucinante que resulta saber que está bien.

—Hola. —Consigo sonreír.

—Buenos días a ti también —interviene Kenji.

Me sobresalto. Estoy más roja que un atardecer de verano, y me encojo a la misma velocidad.

—Ah, hola. —Agito una mano flácida en su dirección.

Resopla.

—Muy bien. Acabemos con esto de una vez, ¿os parece? —Winston se dirige hacia una de las paredes, que resulta ser un armario. En el interior brilla un toque de color. Lo saca de la percha.

—¿Me dejáis..., mmm, un momento a solas con ella? —pregunta Adam.

Winston se quita las gafas. Se frota los ojos.

—Tengo que seguir el protocolo. Explicar todo lo que...

—Ya lo sé... No pasa nada —dice Adam—. Ya lo harás después. Solo será un minuto, te lo prometo. No he tenido la oportunidad de hablar tranquilamente con ella desde que llegamos.

Winston frunce el ceño. Me mira. Mira a Adam. Suspira.

—Está bien. Pero volveremos. Tengo que asegurarme de que todo vaya bien y tengo que comprobar el...

—Perfecto. Suena genial. Gracias, tío... —Y Adam los empuja hacia la puerta.

—¡Un momento! —Winston abre la puerta de golpe—. Que por lo menos se ponga el traje mientras esperamos. Así no habré perdido el tiempo del todo.

Adam se queda mirando la tela que Winston sostiene en la mano. Winston se rasca la frente y murmura algo sobre gente que le hace perder el tiempo constantemente, y Adam reprime una sonrisa. Me mira. Yo me encojo de hombros.

—Vale —dice mientras acepta el traje—. Pero ahora os tenéis que ir ... —Y los vuelve a empujar hacia el pasillo.

—Estamos aquí mismo —grita Kenji—. A cinco segundos de vosotros...

Adam cierra la puerta tras ellos. Se da la vuelta. Sus ojos me arden por dentro.

No sé cómo tranquilizar a mi corazón. Intento hablar y no lo consigo.

—No he tenido la oportunidad de darte las gracias —se me adelanta.

Bajo la mirada. Finjo que el calor no está intentando trepar hasta mi rostro. Me doy un pellizco así porque sí.

Adam da un paso adelante. Se inclina. Me agarra las manos.

—Juliette.

Lo miro.

—Me has salvado la vida.

Me muerdo la mejilla por dentro. Me parece absurdo decir «de nada» por haberle salvado la vida a alguien. No sé qué hacer.

—Estoy muy contenta de que estés bien. —Es lo único que logro decir.

Me observa los labios y me duele todo. Si me besa ahora mismo, no creo que pueda detenerlo. Adam respira hondo. Parece recordar que lleva algo en las manos.

—En fin. Quizá deberías ponértelo, ¿no? —Me pasa una prenda elegante de color púrpura. Se ve minúscula. Como un mono de la talla de un niño pequeño. Pesa menos que una pluma.

Le lanzo a Adam una mirada vacía.

—Pruébatelo. —Me sonrío.

Lo miro de forma diferente.

—Ah. —Se aparta con cierta timidez—. Claro... Yo... Me daré la vuelta...

Espero a que me dé la espalda para exhalar. Miro a mi alrededor. Al parecer, en esta habitación no hay ningún espejo. Me quito la ropa gigantesca y la tiro al suelo. Estoy de pie, completamente desnuda, y durante unos instantes estoy demasiado petrificada como para moverme. Pero Adam no se gira. No dice ni una palabra. Examino la tela púrpura y brillante. Supongo que se estirará.

Así es.

De hecho, para mi sorpresa, el atuendo es fácil de poner, como si lo hubieran diseñado especialmente para mi cuerpo. Tiene un forro donde debería ir la ropa interior, un refuerzo en el pecho, el cuello queda a la altura exacta del mío, las mangas me llegan hasta las muñecas, las perneras hasta los tobillos y una cremallera lo une todo. Examino la tela ultrafina. Es como si no llevara nada. Es de un color púrpura resplandeciente, ceñidísimo, pero no me aprieta en absoluto. Es transpirable, extrañamente cómodo.

—¿Cómo te queda...? —pregunta Adam. Parece nervioso.

—¿Me echas una mano con la cremallera?

Se gira. Sus labios se separan, dudan, esbozan una sonrisa increíble. Sus cejas rozan el techo. Estoy tan colorada que no sé ni dónde mirar. Da un paso adelante y yo me giro, ansiosa por ocultar mi rostro y las mariposas que revolotean en mi pecho. Adam me toca el pelo y me doy cuenta de que me tapa toda la espalda. Quizá sea hora de cortármelo.

Sus dedos son muy cuidadosos. Aparta los bucles que caen sobre mis hombros para que no queden atrapados en la cremallera. Traza una línea desde la base de mi cuello hasta donde empieza la costura, pasando por la curva de la parte baja de mi espalda. A duras penas

consigo mantenerme recta. Mi columna vertebral transporta suficiente electricidad como para abastecer a una ciudad entera. Adam tarda lo suyo en abrocharme la cremallera. Con las manos recorre el contorno de mi silueta.

—Dios, estás espectacular. —Es lo primero que me dice.

Me doy la vuelta. Se ha llevado el puño a la boca intentando ocultar la sonrisa, intentando frenar las palabras que quieren salir por sus labios.

Toco la tela. Decido que debería decir algo.

—Es muy... cómodo.

—Y sexi.

Levanto la vista.

Adam menea la cabeza.

—Es sexi que te mueres.

Da un paso adelante. Me envuelve con los brazos.

—Parezco una gimnasta —murmuro.

—No —me susurra, sus labios calientes calientes calientes sobre los míos—. Pareces una superheroína.

EPÍLOGO

Todavía siento un cosquilleo cuando Kenji y Winston irrumpen en la habitación.

—¿Cómo se supone que este traje me hará la vida más fácil? —le pregunto a quienquiera que desee responder.

Pero Kenji está paralizado, mirándome sin inmutarse ni disculparse. Abre la boca. La cierra. Se mete las manos en los bolsillos.

—Se supone que debe ayudarte con lo de tocar a los demás —interviene Winston—. No tienes que preocuparte por si vas tapada de los pies a la cabeza en este clima tan impredecible. El tejido está diseñado para mantenerte fría o caliente en función de la temperatura. Es ligero y transpirable para que no te ahogue la piel. Evitará que le hagas daño a alguien sin querer y, al mismo tiempo, también te permitirá tocar a alguien... si quieres. Por si lo necesitas en algún momento.

—Es increíble.

Sonríe. De oreja a oreja.

—De nada.

Examino el traje más de cerca. Me acabo de fijar en algo.

—Pero tengo las manos y los pies completamente desprotegidos. ¿Cómo se supone...?

—Ay, claro —me interrumpe Winston—. Casi se me olvida. —Se dirige al armario y saca unos botines negros planos y un par de guantes negros que me llegan hasta el codo. Me los da. Examino el cuero suave de los complementos y me maravillo ante la elasticidad y la flexibilidad de las botas. Podría bailar *ballet* o correr un kilómetro con ellas—. Deberían irte bien —añade—. Son el accesorio de tu conjunto.

Me las pongo y muevo los pies, embelesada con mi nueva ropa.

Me siento invencible. Por primera vez en mi vida, ojalá tuviera un espejo. Mi mirada va de Kenji a Adam y a Winston.

—¿Qué opináis? ¿Me queda... bien?

Kenji hace un ruido extraño.

Winston se mira el reloj.

Adam no puede dejar de sonreír.

Los dos seguimos a Kenji y a Winston fuera de la habitación, pero Adam se detiene para quitarme el guante izquierdo. Me agarra la mano. Enlazamos los dedos. Me dedica una sonrisa que consigue llegarme al corazón.

Y miro a mi alrededor.

Flexiono el puño.

Noto que el material me abraza la piel.

Me siento genial. Me noto los huesos rejuvenecidos, la piel vibrante y saludable. Inspiro grandes bocanadas de aire y paladeo su sabor.

La situación está cambiando, pero esta vez no tengo miedo. Esta vez sé quién soy. Esta vez he tomado la decisión correcta y voy a luchar en el bando correcto. Me siento segura. Confiada.

Emocionada, incluso.

¿Que por qué?

Pues porque esta vez estoy preparada.

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento infinito a:

Mi marido, mi mejor amigo, mi mayor fan y el único hombre del mundo que entiende los recovecos de mi cerebro. Eres la estrella más brillante de mi universo.

Mis padres, que me han animado en todos los minutos de mi vida, sin dudar de mí ni una sola vez y sin desiluzionarme jamás. Sois mi inspiración, día tras día.

Mis hermanos, porque nadie conoce nuestras historias como nosotros. Porque seguimos unidos. Porque siempre habéis creído en mí y yo siempre creeré en vosotros.

Tana y a Randa, por todo. Por todos los momentos, todas las palabras de ánimo, todas las risas, todos los recuerdos preciados. Habéis estado ahí desde el mismísimo comienzo.

Sarah, que me dio la fuerza para ser valiente. Me agarraste la mano cuando más lo necesitaba, y eso es algo que nunca olvidaré.

Jodi Reamer, el superhombre más increíble que he conocido nunca. Has llenado mis días de estrellas fugaces y un día voy a arrancar la Luna del cielo para dejártela en el buzón.

Alec Shane, que me dio la oportunidad que me cambió la vida.

Tara Weikum, la mejor editora que puede tener una escritora. Es un gran privilegio trabajar con alguien que comprende mi historia sin fisuras. Mis personajes están a salvo contigo como no lo habrían estado en ningún otro sitio, y todavía no me creo que haya tenido tanta suerte. Eres increíble y te adoro.

Muchas gracias a todas las personas de HarperCollins y Writers House que trabajan sin descanso entre bambalinas para hacer que mis sueños se vuelvan realidad: a Melissa Miller, por no ser otra cosa que fabulosa; a Christina Colangelo, Diane Naughton y Lauren Flower, por su interminable entusiasmo y genio con el *marketing*; y a

Allison Verost, ¡mi intrépida publicista! Gracias también a Alison Donalty, la directora de arte, portadora de bolsos y experta en café: eres una absoluta joya; a Ray Shappell, el brillante artista responsable del diseño de la cubierta; a Brenna Franzitta, cuyos consejos de escritura valen millones; a Cecilia de la Campa, por sus incansables esfuerzos para conseguir derechos de traducción; y a Beth Miller, por ser una de mis primeras animadoras.

A mis lectores beta, entre quienes cuento a Sumayyah, Bahareh y Saba, así como a mis fantásticos amigos del blog y de Twitter, que hacen que mis días sean mucho más alegres e infinitamente más bonitos: gracias por compartir este viaje conmigo y honrarme con vuestra amistad. ¡Espero que sepáis que siempre voy a apoyaros en todo!

Y a todos los lectores que escojan este libro: sin vosotros, ¿dónde estaríamos?

¡Gracias, gracias, gracias!

Table of Contents

UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
VEINTIUNO
VEINTIDÓS
VEINTITRÉS
VEINTICUATRO
VEINTICINCO
VEINTISÉIS
VEINTISIETE
VEINTIOCHO
VEINTINUEVE
TREINTA
TREINTA Y UNO
TREINTA Y DOS
TREINTA Y TRES

TREINTA Y CUATRO
TREINTA Y CINCO
TREINTA Y SEIS
TREINTA Y SIETE
TREINTA Y OCHO
TREINTA Y NUEVE
CUARENTA
CUARENTA Y UNO
CUARENTA Y DOS
CUARENTA Y TRES
CUARENTA Y CUATRO
CUARENTA Y CINCO
CUARENTA Y SEIS
CUARENTA Y SIETE
CUARENTA Y OCHO
CUARENTA Y NUEVE
CINCUENTA
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS